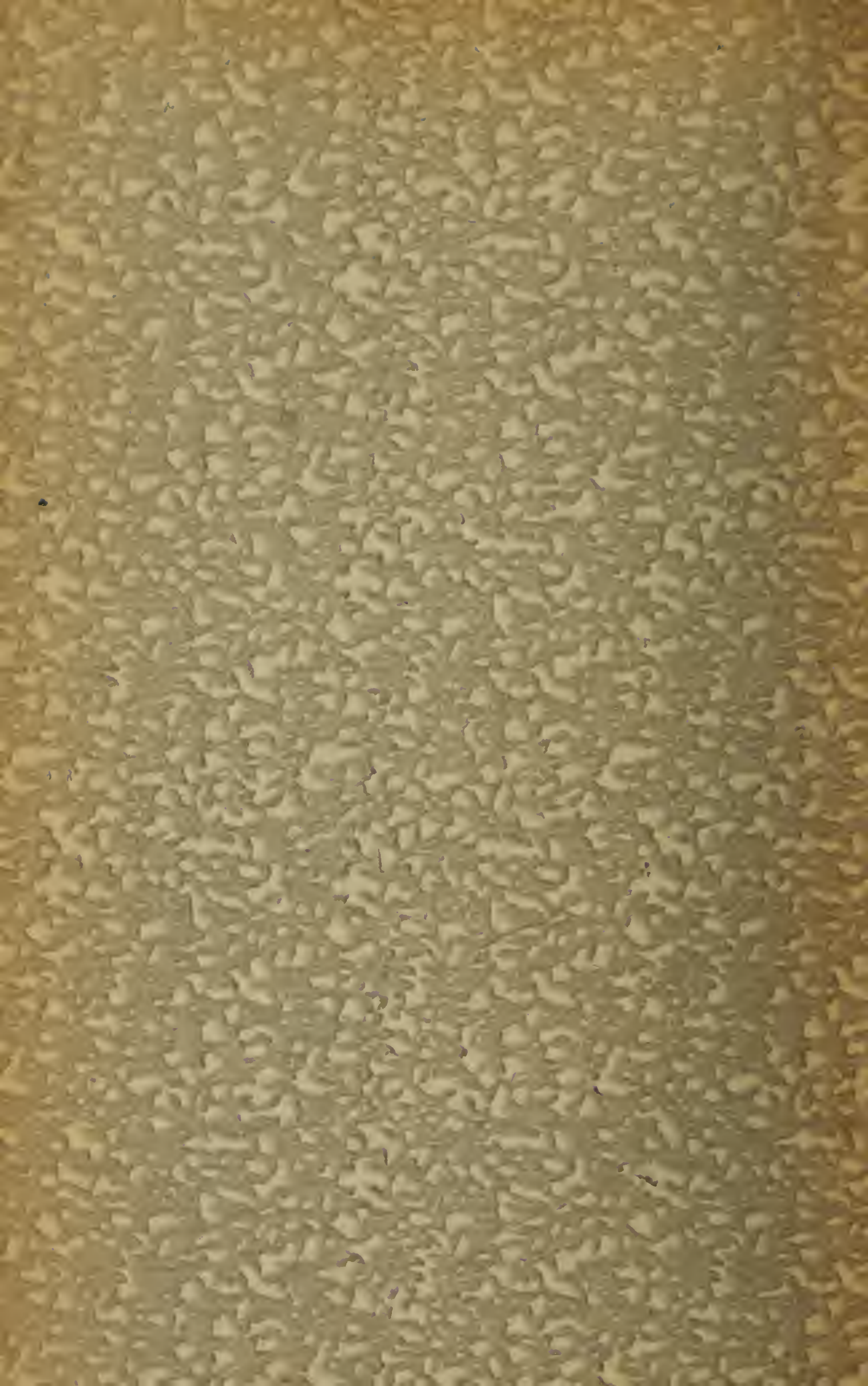




SIETE TRATADOS

SIETE

TRATADOS

POR

JUAN MONTALVO

TOMO PRIMERO

BESANZON
IMPRENTA DE JOSÉ JACQUIN
—
1882

SIETE TRATADOS

DE LA NOBLEZA

Los que á fuero de creyentes reconocemos un solo orígen al género humano, habremos de renunciar al aspecto filosófico que presenta desde luego esta materia. La fé es holgazana que vive sin trabajo : la duda la irrita, la investigacion la mata. Respetemos los privilegios de esta soberana ciega, y aun puede ser que en su vacío imperio tenga su cuna la verdadera sabiduría. El presidente del Senado entre los egipcios llevaba al pecho una figura de esmeralda sin ojos : éste era el símbolo de la verdad. Nosotros, buenos sabios de estos tiempos, llevamos al pecho una figura de oro sin ojos : ésta es la fé. Y como somos « tan devotos que apénas somos cristianos, » damos con piedras y palos sobre los que se atreven á discurrir, lamentándonos de la abolicion del Santo Oficio. En hecho de persuasiones religiosas todo el que tenga una gota de sangre española en las venas se descubrirá ante la imágen de Felipe segundo. « Luz! exclamaba Gœthe al rendir el aliento ; luz ! luz ! » La luz tarda, pero llega al Nuevo Mundo, este inmenso

depósito de sombras, entre las cuales se paseaba la del conde de Santa Fiore, alta y terrible como la del ejecutor del género humano. Muchos hay ya que se quedan cubiertos cuando pasa este monarca ungido con sangre, cuyo carro triunfal es el patíbulo arrastrado por tigres. El fuego sagrado de Torquemada se apaga, se apagó; y como todas sus vestales son impuras, no hay una que eche su velo en el hogar y lo vuelva á prender por la fuerza de la oracion. No se nos olvide, con todo, la suerte de Tomas Payne, y la que está corriendo Renan; Renan, ya que es indispensable designarle por su nombre, como ha dicho un obispo. El famoso le llaman estos, el ilustre le llaman esos. Un gran escándalo que no trae consigo favor ninguno para la sociedad humana, no es sino una gran locura. Los hombres están bien hallados con ciertas creencias en las cuales arraigan sus leyes y costumbres, y adheridos á ellas con tal solidez, que ni otros mil ochocientos años bastarian para arrancár-selas. No hiere nadie en la conciencia de trescientos millones de hombres al traves de veinte siglos, por fuerte que sea el golpe y por largo que sea el brazo del gigante. Si Renan ha hecho prosélitos, no sé; pero se me alcanza que aun los que pensasen como él se rehusarian á aplaudirle. El pueblo debe ignorar muchas verdades y creer muchas cosas falsas, dijo el más sabio de los romanos, y un Padre de la Iglesia afirma que en este apotegma de Varron se encierra toda la política. Si Renan triunfara, la mayor parte de las virtudes cristianas se hubieran ido ya en el humo de las Tullerías : sin el freno de la religion, el hombre hace lo posible para perder su semejanza con el Hacedor : solamente los filósofos pudieran

vivir sin él como viven con él, si ya hubiera filosofía negada la Soberana Esencia. Estamos huyendo de Felipe segundo, y hemos de ir á dar en manos de Robespierre? Raoul Rigault y Ferré le han dado un golpe mortal á la democracia irreligiosa; la democracia pura y santa tiene necesidad de Jesucristo.

Quiero insinuar que nada presta el embestir con ciertas creencias, las cuales á fuerza de ser generales y útiles á todos, vendrian á ser verdades, aun cuando de la curiosa y atrevida inquisicion de las cosas antiguas resultara haber fundamento para que de ellas se dudase. En presencia de la multitud de razas en que los hombres se hallan repartidos por el globo, los que gustan más de averiguar que de creer, han puesto siempre en discusion la unidad del género humano, si ya no la niegan de redondo. El gran código de cristianos y judíos nos hace descender á todos de unos mismos padres; y los bardos han poetizado esta doctrina elevándola á las regiones misteriosas y divinas del paraiso perdido. Qué digo? la unidad de nuestra especie no es dudosa sino para el escaso número de sabios cuya sabiduría bastardea con la ignorancia del peor linaje : sed sabios sobriamente, dice el Apóstol; no lo seais más de lo preciso. Autoridad religiosa no es razon, contestaria Bentham. Muy bien : aquí san Pablo no habla como sacerdote, sino como filósofo. Conviene en efecto no traslimitar los confines de la inteligencia humana en el peligroso afan de averiguar el principio de las cosas, buscando verdades donde acaso no encontraremos sino errores. Todos los pueblos, todas las religiones admiten la idea de un solo hombre y una

sola mujer para la poblacion del planeta que habitamos, de lo cual ningun perjuicio resulta para nadie. Los gentiles poblaron el mundo con una sola pareja, y lo repoblaron con otra, cuando hubo perecido el género humano, fuera de Pigmaleon y Pirra. Hasta los bárbaros del Nuevo Mundo concordaban, sin saberlo, con los demas pueblos en órden á estos principios. Mama Oello, la Eva de los incas, salió del lago de Titicaca, y se unió à Manco Cápac, de cuyo enlace derivaron los mortales. ¿De dónde procede el descontento de algunos, cuando echan la vista sobre aquel abolengo hermoso? Tener lecho en el paraiso, jardin más embelesante que los de Adónis resucitado, y los de Alcinoo, huésped del viejo Laertes, como dice quien bien lo conocia, á pesar de la falta de vista, no es, sin duda, cosa de andarse lamentando con ayes de que se irritan los seis mil años que llevamos de existencia, si Mitlchel anda infundado cuando envejece al mundo con más de treinta millones, por haberlo leido con el telescopio en las nebulosas. Si es por motivo de la serpiente, eso estuvo de Dios; sin ella no anduviéramos hoy dándonos de las astas sobre si somos ó no hermanos unos de otros. Si los conocedores de la naturaleza, sopesando en la mano sus entrañas é iluminando sus tinieblas con los ojos han visto que descendemos del orangutan de Sumatra, *simia satyrus*, ántes que del hombre hecho por la mano de Dios, ufánense ellos de prosapia tan ilustre, y ansien por volver á su orígen, cuando la raza bastardee : nosotros que ni esperamos ni deseamos llegar á ese extremo de sabiduría, veamos rodar nuestra cuna en las encañadas deliciosas y los recodos encantados del Eden. La sabiduría que

envilece debe ser prohibida : aspiremos á mejorar, no á empeorar; á subir, no á descender. El que

> Alza la frente al cielo y se contempla
> Poco inferior al ángel,

vale más que los sabios cuya gloria se cifra en su deudo con los chimpanzés y los mandriles de las selvas africanas. Moisés merece más crédito que el doctor Buchner *. Admitido un solo orígen para todos los hombres, no tarda en presentarse la dificultad nunca resuelta por historiadores ni filósofos : si descendemos todos de unos mismos padres, ¿cómo sucede que nos hallamos divididos en razas, cuyas disimilitudes esenciales parecen constituirnos séres de naturaleza diferente? No se ha dado hasta ahora otra respuesta á este argumento, hablando con la razon, sino es la influencia del clima; que la figurilla de oro sin ojos no tarda en resolver el punto echando mano por la maldicion de Noé sobre uno de los futuros pobladores de la tierra. Sea en buenhora; salvo que todas las razas tienen sus malditos : á buen seguro que el infierno está rebosando en hijos de Sem, Cam y Jafet, todo revuelto.

La razon del clima se entrega á la observacion sin resistencia : bajo las propias latitudes, con un mismo sol, unos mismos vientos, moran vecinos en varias partes de la tierra hombres tan desemejantes unos de otros, que los partidarios del clima descreen luégo de su piedra filosofal y ven perdida su sabiduría. Los pueblos de Georgia, Circasia y Mingrelia viven en los confines de los

* Naturalista aleman. Vive empeñado en probar que el hombre desciende en línea recta del mono. Buen provecho.

chuchis y los tártaros nogais, respirando un mismo aire, aspirando las emanaciones del propio suelo, descollando sin más ni ménos grados de calor, asombrados por idénticas montañas. Los modelos de la belleza en nuestro tiempo se hallan, como es sabido, entre las georgianas, las circasianas, las que habitan el valle de Cachemira y la falda del Cáucaso conocido con el nombre de Gurjistan; bien así como el dechado de la hermosura, en lo antiguo, estaba en Chipre, Páfos y Amatonte *. Pues al lado de esos pueblos hermosos y delicados están las criaturas más deformes, las que salieron de manos de la naturaleza durante una horrible pesadilla que esta buena madre tuvo una noche de enojo de la Providencia; esto es las ramas de los tártaros que con las denominaciones de nogais y chuchis causan desagradable sorpresa al viajero europeo, poniéndole en el caso de negar la fraternidad humana; tan feos son como todo eso. Los unos blancos, sonrosados, de formas elegantes, contornos primorosos, derramándose en toda su persona la gracia que enamora; los otros de color de fierro bruto, cabellera erizada, frente estrecha, juanetes desencajados, ojos al soslayo, horribles en fin á la vista y al trato estos miserables bárbaros. La razon de todas las cosas para Montesquieu es el clima : este hombre ilustre pensó que las diferencias más notables se explicaban por medio de ese agente tan poderoso como misterioso; pero la lógica de los hechos es de bronce : en ellos se quiebran el ingenio más bien templado y la ciencia más elástica. No hay sino la figurilla de oro sin ojos que atina con estas

* Virey, *Histoire naturelle du genre humain.*

dificultades : la maldicion del buen viejo Noé le dió al tártaro nogais ese « color de hollin desleido, » y al negro del Senegal esa nariz ancha y aplastada, cuyos boquerones semejan á las entradas del Averno. Por desgracia uno y otro son feriados en los mercados públicos, bien así la negra de Guinea como la blanca georgiana; y si la maldicion de nuestros padres ha producido algun efecto, éste es la esclavitud. A más de que nadie seria harto sabio para probarnos que todos los pueblos hollinientos y desgraciosos descienden de Cam en línea recta de varon, y todos los blancos y bien apersonados de Sem y de Jafet. No pocos blancos hay cuyas acciones los atan con vínculos estrechos á Cain, y gente presumida de noble que entronca orgullosamente con el gran Judas Iscariote.

El Nuevo Mundo está desmintiendo á voz en grito el sistema de Montesquieu : la raza africana, si no se cruza con las otras, permanece en su sér : transcurrirán cuarenta siglos, y el negro será en América tan negro como en el Congo. El tiempo nada puede sobre la naturaleza; siendo como es inflexible tirano, se humilla á la autoridad de esa modesta anciana. Pues el indio, el originario de estas nuestras luminosas comarcas, nos trae por ventura á su condicion física al influjo de su clima? Bouguer, en el « Viaje al Perú, » sostiene que los indios de la Cordillera de Quito, si no fuera por los vientos del este que les dan de continuo en el rostro, serian tan blancos como los europeos, como lo son, dice, los que viven al pié de los Andes hácia el occidente. Bouguer, en su vasta curiosidad científica, traslimitó los términos de su comision : en tanto que llevaba adelante la gran obra de medir el

meridiano junto con sus ilustres colegas, se dió á investigaciones geográficas, históricas y filosóficas. Pero Bouguer propendió siempre á las regiones orientales, y no dió un paso á la espalda de la Cordillera : no pudo constarle, por tanto, lo que afirma como verdad inconcusa. En mis diferentes viajes por las selvas occidentales no he visto pueblo ni tribu de indios cuyo color no fuese tan cobrizo como el de los del oriente. Los vegas están libres de los vientos del este, teniendo como tienen tras ellos el inmenso baluarte de la sierra; y de ellos á los papallactas y los archidonas no va la mínima diferencia. A la isla de Tumaco salen á menudo los callapas, tribu que vive casi libre en las faldas occidentales, atrás del Rucupichincha : los callapas son como los hijos del Amazonas en color, porte y modo, con más tendencias á la civilizacion que los ribereños del Napo. Esos indios *tan blancos como los europeos* no los ha visto sino el sueño de los que profesan á todo trance el sistema de Montesquieu. Verdad es que los hay muy bien apersonados; pero sus ventajas son ántes de clase que de casta, personales primero que específicas. El buen paso de la vida, los alimentos, el aseo esmerado son parte para que las familias distinguidas y ricas, entre todas las razas humanas, cobren ese aspecto de hermosura y superioridad con que predominan á la plebe sumida en la esclavitud y la miseria. Los indios que habitan las faldas del Cotacachi dan la ley de la gentileza á los demas : blancos no, pero despercudidos : cabello liso, lasio, luengo : ojos profundamente oscuros : mirada soberana : nariz recta, de finos perfiles : dientes de divinidad mitológica : porte señoril, paso regio. Estos indios, cuando

en sus dias de solemnidad y alegría se ponen de tiros largos, son verdaderamente hermosos : zaragüelles blanquísimos hasta la rodilla : cushma de fina lana tejida por sus propias mujeres, negra como el azabache. Esta prenda de vestir es una túnica corta, sin mangas, de rara elegancia en cuerpos bien formados. El sombrero, con su cinta desfluecada de color ardiente al rededor de la copa, es de ancha ala arriscada á un lado y á otro. Desnudo de pié y pierna, el indio lleva tambien al aire el brazo, como los antiguos romanos, y es de suma gracia verle ese manejo del cetro ó baston de sortijas de plata que el indio gran señor tiene por parte del vestido. Pero este noble tan sobresaliente por su aspecto, no habita la espalda de la Cordillera, como quiere Bouguer; ni los vientos del este pasan *á una legua sobre su cabeza;* al contrario, se repule con ellos, goza en ellos, recibiéndolos en todo el cuerpo; mira frente á frente á la aurora, y ve salir el sol por sobre los montes orientales.

A despecho de las preeminencias de clase, los caractéres de los aborígenes de América son permanentes: de las razas que se van atravesando resultan estos mestizos de elevado entendimiento y fuerte corazon que forman la aristocracia de la América del sud ; mas cada una de ellas, cuando vinculan sus placeres en sus propios individuos, permanece sin alteracion á despecho de los siglos. Cuándo, por qué accidente extraordinario acaeció el rompimiento de la unidad humana verificándose este calamitoso deslinde de razas distintas y enemigas, cuyas relaciones no consisten sino en la cadena que el uno tira como dueño, la cual sigue el otro como bestia? El ale-

man sanguíneo, el ingles rubicundo, el español de color de cera sonrosada, por una parte; el calmuco, el hotentote, el cafre por otra, negros y deformes, todos descienden de unos mismos padres; y Adan es tan justo que á todos los reconoce. Porqué son blancos estos, negros esos? Porqué los unos tienen barba, lana los otros? cuales á semejanza de Dios, tales á la del demonio? Si no convenimos en que lo que pasa por el cañon del crímen pierde todas sus virtudes, no habrá explicacion posible para esta anomalía. Cain tiene la culpa de las lupias de la hotentota y del color *de hollin desleido* del calmuco. Satisfagan unos su orgullo con las lucubraciones confusas del pensamiento, apacigüen otros su conciencia con la fé: en medio de éstos quedan los desgraciados que gimen en la duda. Las luces encontradas de la razon se convierten en tinieblas: anochecimiento lúgubre al cual Dios proporciona feliz alborada, cuando levanta hácia él el corazon y se resigna el hombre á la ignorancia; la ignorancia, mágica bienhechora que así salva de la impiedad como de la vanidad.

Los distintivos de las castas humanas no consisten solamente en los caractéres visibles, mas aun en la organizacion interior, y de tal suerte, que ellos vienen á formar diferencias esenciales y una como gradacion en la naturaleza misma. Se ha reconocido que el ángulo facial, este símbolo de la inteligencia, se abre á medida que las castas son más nobles y perfectas, y se cierra en las que se aproximan á la idiotez y el brutismo. La raza caucásica blanca, tronco de los hermosos pueblos civilizados que habitan la Europa, lo tiene casi recto; esos

aduares miserables que vaguean por los bosques del África con nombres de chubaches y eboes, lo tienen tan agudo, que sus mandíbulas resaltan á manera de hocico, al paso que la frente se quiebra en una hondura que no deja lugar al entendimiento. Más diferencia hay de hombre á hombre que de hombre á bruto, se ha dicho con justicia: « Un cafre es respecto de Platon más inferior que un orangutan respecto de un cafre. » La organizacion sutil y perfecta; la fibra elástica; los nervios tejidos con el primor que gasta la naturaleza cuando trabaja bajo la inmediata direccion divina, hacen del uno este sér elevado cuya inteligencia le actúa en los misterios de la creacion, y cuya sensibilidad le comunica esa delicadeza por medio de la cual goza y padece, girando en la órbita casi infinita de ideas y sensaciones que le ha prescrito el Hacedor. La bronquedad del organismo; esa fibra tiesa y resistente; esos nervios sordos, irreducibles; esa piel bravía; esas formas imperfectas; esos sentidos incultos le vuelven al otro el ente descabalado que no piensa ni siente más que los animales de los bosques por los cuales arrastra su existencia miserable. Platon es casi un dios, el salvaje casi un bruto; y uno y otro cuentan el propio orígen. Quisiera yo saber si ese filósofo divino reconocia su propincuidad con el topinambúe, y si su árbol genealógico se coronaba con un horrible mono? Los antiguos insinúan, por el contrario, que la bella Perictione no fué jamás de su marido Ariston, y con todo dió á luz un niño que al andar del tiempo seria el príncipe de los filósofos. Saturno habia tenido un secreto celestial con la madre de ese niño para honra de la especie humana.

Si la civilizacion fuera modificador tan poderoso que cambiara, en cierto modo, la naturaleza, diez mil años no bastarian para abrirle el ángulo facial al negro zabio de Guinea y comunicarle las prendas físicas y morales con que sobresalen las razas blancas del Asia y la Europa, siendo de presumir, además, que tan antiguo es el negro como el blanco, supuesto que son hijos de dos hermanos. El uno se ha civilizado, el otro no: el uno recibió de la naturaleza alguna parte de la divinidad con que Dios la enriquece, y el otro fué más desgraciado en el gran repartimiento de los dones celestiales. La poblacion del Nuevo Mundo es otro argumento de que los filósofos descreidos se sirven para combatir la doctrina de la comunidad humana. En el país de Senaar se hallaban reunidos todos los habitantes de la tierra en los primeros tiempos, cuando aun no componian sino una vasta familia: de allí se repartieron por los lugares del mundo adonde les fué dable transportar sus penates, y principió á verificarse de nuevo el mandato del Señor: Creced y multiplicaos: *Replete terram.* Por dónde pasaron al ahora llamado continente americano los descendientes de Noé? Si navegaron los hebreos ó los fenicios de propósito hácia él, era ya conocido por ellos, y no se pudo perder los siglos posteriores; si fueron á dar en esas apartadas costas por casualidad, arrebatados por los vientos, allí hubieran perecido esos pocos, sin que les fuese dable sufragar por la propagacion de la especie, supuesto que las mujeres no tomaban parte en los viajes de mar que hacian en son de comercio los fenicios. Pues qué hay sino suponer que el continente americano estuvo unido al asiático en tiempos muy anteriores á nosotros,

y que un acontecimiento extraordinario los rompió y separó, metiéndose el mar entre ellos? La España formaba un cuerpo con el África, la Sicilia con la Italia, la Gran Bretaña con la Francia; así lo dan á entender los historiadores antiguos, segun los campeones de la Biblia *. Y la Atlántida, con ser vasto continente, ¿no fué tragada por el océano, cuando este bello y grande monstruo, hirviendo desde sus asientos en cólera sublime, se alzó hasta el cielo y la hundió con una ola gigantesca? El dragon del Apocalípsis barre con su cola la mitad de las estrellas del firmamento; ¿porqué el mar, este dragon más poderoso, no ha de barrer un continente con la suya? El mar lo pudiera, pero Dios no lo quiere: De aquí no pasarás, le dijo. Los más ardientes defensores de la Biblia muestran no creer en ella: impíos! Yo quisiera que Voltaire nunca tuviera razon; pero sus contrarios, ocupados en injuriarle, le dejan el brazo sano, y este Encélado golpea como si estuviera forjando en el monte Etna las armas con que se propone derribar á los dioses. Porqué este descomulgado gigante no pereció cuando no era sino el muchacho Arouet? Ah! si sus maestros de Lancashire lo hubieran previsto **...

No está fuera de la naturaleza de las cosas el que dos océanos rompan la porcion de tierra más ó ménos grande que los separa, y pasen á comunicar sus caudales, yendo y viniendo poderosos con asombro de la tierra quebrantada: Neptuno y Anfitrite tienen amores perpétuos: can-

* Duclot, *Vindicias de la Biblia.*

** Voltaire salió del colegio de Jesuitas de Lancashire.

sados de visitarse á hurtadillas por debajo de las montañas y las sierras, extienden los brazos por encima en ocasiones y se dan esos besos gigantescos que van á resonar en la bóveda celeste. Mas dando por inverosímil, á causa de la prohibicion del Todopoderoso, ese ayuntamiento descompasado de los dos mares mayores del globo, matrimonio á viva fuerza, todavía no les quedaba del todo cerrado el paso á esos curiosos y vagabundos Cananeos. Mórton y Háyes, exploradores atrevidos del mar libre del Norte, tomaron por tierra firme los enormes témpanos de hielo que acaso flotaban á la distancia en ese mar pavoroso y terrible en demanda del cual se perdió Franklin. Los osos blancos del polo viajan largos trechos embarcados en sus naves heladas, las cuales van desfilando con las corrientes marítimas ó impelidas por los vientos: ¿qué maravilla que los habitantes del extremo del Asia hubiesen pasado á pié enjuto por un puente de nieve, ó á bordo de un blanco navío que cual cisne apocalíptico volaba de un mundo á otro? Si á la vuelta de los siglos salió del seno de la eternidad un hombre iluminado por un rayo divino, y sobre seguro enderezó su rumbo á estas regiones ignoradas, bien puede ser que dos ó tres mil años ántes algun sabio, siquier aventurero, hubiese hollado las costas vírgenes de América. Un brasileño amigo de las ciencias pretende haber dado con la clave del secreto, mediante el hallazgo de una piedra cargada de una inscripcion fenicia, cuyos caractéres insinuan lo necesario para que vengamos en conocimiento de los primeros pobladores de nuestro continente. Piedra santa, si verdadera, piedra consagrada en la oscuridad por la mano del tiempo, sa-

cerdote invisible que consuma sus misterios en el altar del universo ; piedra sagrada, piedra santa, yo te bendigo.

El senhor Wladislao Netto ha descifrado esos caractéres fenicios de órden del Instituto histórico de Rio Janeiro, con auxilio de la lengua hebraica antigua, y ha descubierto que ahora veinte y tres ó veinte y cuatro siglos, por los tiempos de Hiram II, fueron deportados al África ciertos Cananeos de Sidonia, los cuales huyendo de los huracanes del Cabo de Buena Esperanza y Senegambia, se echaron mar adentro, y fueron arrastrados por la corriente ecuatorial hasta las costas del Brasil. Por desgracia este sabio no ha visto la piedra ni se ha estremecido agradablemente poniendo los dedos en ella : sus ojos vieron una copia de la inscripcion, y está por descubrir dónde pára ese precioso documento, si en la Parahiba del Sur, si en la del Norte. Existe en realidad de verdad esa piedra, la cual seria más preciosa que un carbunclo de su propio tamaño? Si no existe, ¿ quién pudo inventar y forjar esos caractéres fénico-púnicos del más puro y bello perfil, como dice alborozado el descifrador de ese noble geroglífico? No sé si nos hallamos ya harto sabios y corrompidos para esas imposturas de genio con las cuales algunos bribones de gran talla han hecho fisga de todo un mundo europeo. Séneca echó de ver que, cuando comparecieron los hombres hábiles, los de bien habian desaparecido. Ya un monje del siglo xv regaló á sus contemporáneos con las obras perdidas de Manethon, Beroso, Methas y otros historiadores de la antigüedad, todas de su propio caudal, esfuerzo increible de la imaginacion. Un mucha-

cho de trece años contrahizo los poemas de Rowley de tan acabada manera, que fueron precisos todo el criterio y la penetracion de un Roberto Walpole para descubrir la superchería del pequeñuelo Chatterton. Simónides echó evangelios á manta de Dios, y hasta Shakespeare tuvo quien le aumentase sus tragedias; y no hacen cuatro años hemos visto á un miembro del Instituto de Francia comprar cueste lo que costare autógrafos de los hombres más ilustres de los tiempos antiguos. Si no somos víctimas de un Jorge Psalmanazar ó de un Uranio Lucas, el secreto de la poblacion del nuevo continente nos será al fin revelado, y nos ensoberbeceremos con sentir correr por nuestras venas los remanentes de la sangre de uno de los pueblos más ilustres de la antigüedad, junto con la más noble de estos tiempos. Los mares todos prestaron pleito homenaje al cetro de los fenicios; el mundo se ha dejado estar en silencio temblando ante el leon de Castilla : pueblo que descendiese de españoles y fenicios estaria, sin duda, llamado á las mayores cosas. Quién sabe, en efecto, lo que serán nuestros descendientes cuando el viajero se siente triste á meditar sobre los escombros del Louvre, del Vaticano ó de San Pablo ? Ni se diga que las moléculas ardientes de sangre africana que nos rojea un tanto el cútis retarde algun espacio nuestro engrandecimiento por medio de la civilizacion : *el humus*, la tierra negra, es la que comunica á las demás la virtud productora : la creta, la arena son estériles de suyo. ¡ Y yo que he visto un consistorio donde los señores negros renegros, más graves que los senadores romanos con sus cetros de marfil, se estaban á dictar leyes á un Estado ! Vasco

Nuñez de Balboa, cuando subido en la cumbre de un monte contemplaba asombrado en lontananza el relumbron del océano Pacífico, no sabia que ántes de tres siglos el Africa habia de reinar en el mar donde él iba á plantar la bandera de los reyes de Castilla. Libertad es el supremo civilizador de los hombres : pueblo donde el negro y el indio pueden sentarse en el Senado, sin detrimento de la raza predominante, ha hecho, sin duda, mucho por la civilizacion. Los anglo-americanos persiguen cual pudieran á bestias bravas á los dueños legítimos del territorio que poseen : en cuanto al negro, nada presta el que la ley le hubiese declarado libre, si las preocupaciones y las costumbres no aflojan un punto el yugo debajo del cual le tienen. Los hispano-americanos, por el contrario, alargan la mano bañada en luz á la raza india, y cuando ésta da de sí individuos organizados como Benito Juarez, los pone bajo el solio. Si Dios es servido de permitir que algun dia se civilice toda esta raza, entónces nos será remitido el crímen de nuestros padres ; crímen, no el haber conquistado á los indios, sino el haberlos vuelto rayas y párias. Nosotros no los matamos ; los procuramos sacar, y no sin trabajo, de la servidumbre á que ellos se inclinan fuertemente, como acreditando una esclavitud de naturaleza. Estéban de la Boetie tendrá razon ? Dios no lo permita : en ese caso la filosofía y la filantropía serian las mayores criminales.

Un predicador de mucha fama dijo una vez en mi presencia que Lincoln era un gran malvado. Para algo les ha de servir la corona á ciertos crueles enemigos de

sus semejantes. *Juxta illud : si quis suadente diabolo :* así principia el cánon en donde el concilio de Trento excomulga al que los hiere. Con ésos cuando más puede uno hacer lo que el general de Goyon un dia que se estaba repuntando con Monseñor de Mérode. Como Su Eminencia apretase : Cardenal ! le dijo, si vuestros hábitos sacerdotales no me lo estorbaran, os asentaria ahora mismo un bofeton ; pero dadlo por recibido. Qué decis de un sacerdote que llama gran malvado al libertador de una vasta porcion de hombres, abolidor de la esclavitud en casi medio mundo ? Ese fraile no sabia, sin duda, que uno de los encargos de Jesucristo fué la fundacion de la libertad, y que con la cruz por delante han ido siempre los benefactores del género humano. El obispo de Chiapa cometió un error criminal, con sustituir unos esclavos á otros, como si del encadenar negros sacaran más provecho el reino de Dios y la filosofía, que del desatar las cadenas de los indios. Error de la conmiseracion, error de la virtud ; error, crímen no. Los negros le deben en mal al santo Casas lo que los indios en bien : su intencion respecto de los primeros no fué perversa; Dios no ha tenido en cuenta sino las buenas respecto de sus obras para con los segundos. Con gusto hemos oido despues exclamar á otro sacerdote, que en los brazos de la cruz pendian fracasadas las cadenas del mundo.

No repugna á la razon la idea de que los hombres,

tantos cuantos son los millones que cubren el haz de la tierra, provengan todos de un solo y mismo padre. Dios es uno : la unidad es el infinito del cual nacen todas las cosas ; y remontando hácia el orígen de ellas, siempre vamos á parar al *uno,* gérmen fecundo que llena el universo con su multiplicacion infatigable. Un grano de trigo da una espiga ; una espiga da ciento. Cuando esta simiente nobilísima queda entregada á la simple naturaleza, degenera, pierde sus calidades y se torna grano silvestre. Porqué no suponer que algunas ramas de la familia primitiva, echadas á la soledad de luengas tierras, sin más herencia que su propio poder, se hubiesen visto en la imposibilidad de pulir y cultivar el alma, que á más andar se les embastecia ? Los caractéres peculiares á ciertas razas de hombres desatinan á los que cargan la consideracion en estas cosas, sin que de las otras argumentaciones de los sofistas saquemos nada de provecho. La red de Malpighi, ese tejido misterioso en el cual la luz toma una modificacion siniestra, modificacion que le comunica al negro su color ; la mengua de los sesos ; lo agudo del ángulo facial ; las verrugas y dobleces de la hotentota, los cuales son una suerte de miembro supletorio de que carece el cuerpo en las demás razas ; éstas y otras consideraciones han hecho dudar de buena fé á algunos filósofos acerca del orígen comun de los hombres ; duda que los más audaces han elevado á principio incontrovertible, dando por el pié el grandioso monumento que contiene las creencias de gran parte del género humano. La propension de ciertos animales á entroncar con el hombre, y el apocamiento de algunos hombres cuyos

sentidos tiran á enlaces envilecedores, pudieran tambien servir de alegato en este gran litigio de religion y filosofía. Los viajeros atestiguan que la hembra del orangutan y los otros monos de las especies grandes muestran tal predileccion por el negro, que si éste no anda muy sobre sí, se mira luego objeto de un asalto cuyo fin es el amor, y se ve arrebatado por esa rústica Medea á lo profundo de los bosques, en donde exige de él la última fineza. Los machos por su parte viven apasionados de las mujeres, y, atalayas constantes, se dejan estar en la cumbre de sus árboles, viendo á qué hora ha de comparecer allí la prenda de su cariño. Si su buena fortuna les depara una inocente Rebeca que va por agua á la fuente ó por leña al chaparro, da sobre ella la bestia inmunda con un alborozo selvático que le vuelve el ente más dichoso de la tierra. Hay observadores que se propasan en estas horribles noticias, llegando al extremo de decir que los negros raras veces faltan á la cortesía debida al sexo femenino, y sin alharacas ni aspavientos, que en un hombre serian ridículos, condescienden con esas dríadas libidinosas. Las negras por su parte no muestran el más subido punto de terror cuando un gorilla hermoso ó un babuino formidable cae sobre ellas, les habla de amor con las manos, y, fugitivos afortunados, allá se enselvan en esas oscuras soledades, cual otros Chactas y Atala, á vivir en la beatitud de sus amores. Quién sabe qué descendencia dará esa hibridacion horrible en las descomulgadas selvas del Africa, donde el cristianismo aun no ha conseguido plantar su símbolo, ni siquiera curiosear con la vista las ruidosas tinieblas de la parte más

desconocida de la tierra? Sátiros, faunos, títeres, silvanos y otras divinidades habitan esos árboles corpulentos y vetustos, y mil y mil Genios tenebrosos que favorecen diabólicamente esas infames aventuras. Si Pasifae amó al toro de Maraton, ésta es una figura mitológica: y el carnero que vivia enamorado de la cortesana Glaucia nunca se desaforó con ella ni dió á entender pretensiones abusivas. Pero ese ahinco por la satisfaccion de sus deseos en la especie de los monos; ese ponerlos por obra sin gran resistencia de la parte contraria; ese huir á lo profundo de los bosques para volver al regosto cada dia, ¿no inducen á sospechar en esas naturalezas montaraces conexiones más estrechas de lo que conviniera á la elevada y noble del género humano? Dios le vió y le amó al hombre justificado: véanos y ámenos á nosotros, cuyo pecado no es sino insuficiencia de razon y sobra de ignorancia. No saber nada en esos misterios fuera lo más sabio; no decir nada, lo más cuerdo. La imaginacion arde y no se quema, como la zarza de Oreb, cuando el corazon está girando en la órbita de la inocencia; mas cuando se pone á requerir profundidades llenas de sombra, corre funesta, como el caballo de la leyenda que se llevaba los muertos rompiendo el silencio de la noche con su fantástico galope.

Puesto en controversia el orígen único de la especie humana, no habria cosa que dificultar en órden á la desigualdad de las clases, y la nobleza de la sangre vendria á ser prerogativa natural y esencial en las que la reclamasen y poseyesen á justo título. Si admitimos empero una sola cuna para todos los mortales, el principio de

la nobleza lo hemos de buscar en otra parte. Fundar un hecho en una hipótesis, seria absurdo á todas luces; hablando en uno tan notorio como el de la nobleza, hemos de partir de cosa conocida y reconocida, cual es la verdad del Evangelio. En una de esas efusiones á que suelen entregarse la libertad y la democracia, cuando se encuentran y se besan, como la misericordia y la paz se besan en la Escritura, un tribuno de la plebe dijo en su discurso, que la nobleza procedia del robo, y los nobles todos del mundo habian nacido de asesinos y ladrones. Los negros pintan blanco al diablo, y á sus dioses negros como el ébano. Pero no se trata de pintar de fantasía, sino de averiguar la verdad de las cosas; ni la democracia ilustrada ha menester que los aristócratas todos sean buenos para la horca. Que el alcalde de Zalamea mande dar garrote á un grande de España, está en lo justo; pero que nos pongamos á abrumar á puntapiés á los niños, á ejemplo del zapatero Simon, sin más que porque son hijos de reyes, esto seria ir á galeras cuando el equilibrio social se restableciese. A esa cuenta los Romanoff de Rusia, los Hapsburgos de Austria, los Hohenzollern de Prusia, los Borbones de Francia, los Tudores y Estuardos de Inglaterra, los Braganzas de Portugal debian ser ahorcados en ley de justicia hombres, mujeres y niños? Theroigne de Méricourt lo hubiera sostenido; y Lutz, el cabecilla de los incendiarios de la Comuna, lo ha probado con su tea formidable. La libertad sábia no habla como ese tribuno, ni la democracia virtuosa experimenta en el pecho esas brutales sensaciones. Tiberio Graco alzando el ánimo del pueblo romano á deseo de grandes cosas, puso á

temblar en sus sillones á los senadores patricios; y Mirabeau andaba siempre en su vuelo de águila por las regiones encumbradas de la filosofía y la política. Los grandes demócratas son grandemente nobles: el señorío del ánimo y los alcances de la inteligencia los vuelven dignos de ésta superior doctrina ó principio que se llama democracia. El espíritu elevado desciende con gusto á la modestia, y en ella no le falta espacio para holgarse: virtud es ésta que se aviene muy bien con la importancia. Hijo mio, hazte pequeño, le decia Parmenion á Filotás. Hijos mios, haceos grandes, les diria yo á esos pequeños que no hallan medio de prevalecer si no arruinan á los que valen más que ellos. Los verdaderamente grandes lo son por su propia grandeza, no por la pequeñez de los demás. Ese tribuno de la plebe no sabia, sin duda, que el segundo Graco, para hacerse pequeño, esto es moderado, ponia tras sí, cuando hablaba al pueblo, á su esclavo Licinio con su flauta. El que siente una víbora en el corazon, hágase seguir por un criado con su flauta, si no quiere ser Marat ni publicar « El padre Duchesne. » Con semejantes apóstoles, ¿ qué seria de la democracia ? Por dicha ésos no son sino la espuma en la cual se van las impurezas de los pueblos, cuando éstos hierven en la efervescencia revolucionaria. Entran en sí mismos, y el caudal de la democracia es manso, puro y saludable. Por muchas vias podemos salir á la comodidad; á la virtud, por una solamente. El que no sigue la de la hombría de bien, no hace buena jornada.

Cuando los habitantes del globo fueron harto numerosos para dividirse en familias; cuando las familias

formaron tribus y las tribus pasaron á componer naciones, natural es que los individuos que en ellas preponderaban por las dotes de la naturaleza prevalecieran sobre los demás y los rigieran con derecho tácitamente reconocido por los ménos fuertes. Quien por la inteligencia, quien por la fuerza, quien por el valor, fuéronse constituyendo superiores, y los hijos de éstos, como descendientes de los más notables, nacian, en cierto modo, naturales al imperio. Las riquezas no eran de ninguna significacion entónces : los hombres ganaban la nobleza por las virtudes, entendiéndose por ellas hasta los defectos grandes y terribles, cuales son fuerza, ambicion, dirigidas por el atrevimiento. Nemrod, el fuerte cazador de hombres, fué el primero que intentó volverse rey y uncir á sus semejantes al yugo de la esclavitud. Ese gigante ha tenido imitadores en todos tiempos; y, cazando estos, cazados esos, ya no hay remedio sino que el poder y la tiranía de unos sobre otros han venido á ser cosa tan difícil de abolir, que despues de cuarenta siglos apénas si los conmueven estos sacudimientos estupendos en que se levanta el mundo con nombre de revoluciones y transformaciones. La nobleza tiene, pues, orígen noble, como que ha nacido del talento y el valor, prendas de la naturaleza humana; y si es verdad que el pueblo es siempre más pujante que la clase principal, de esto mismo se deduce que la superioridad de ella es efectiva, ya que no sucumbe ni á los embates más furiosos de la plebe, cuando con razon ó sin ella ésta se levanta, da sus colazos formidables y devora como la serpiente de Bagrada. Qué maravilla es que los tiranos y los nobles

lleven adelante la codicia y la soberbia? Mayor maravilla es que los que son más en número y fuerza vivan por costumbre tan uncidos al yugo del trabajo y la penuria. Dios ha querido contrarestar el poder del pueblo con cierta humildad inherente á su clase, de la cual es raro que se desvie : cuando se les sube á las barbas, los reyes y señores dan un alarido y caen por el suelo. El pueblo es como el buey, trabaja todo el dia : cuando pierde la paciencia, el pueblo es el jabalí de Erimanto.

Conviene averiguar si los grandes hechos de ciertos varones ínclitos inoculan en la sangre de sus descendientes un principio que comporte el respeto y la admiracion de los demás, y si á causa de sus mayores han de gozar inmunidades y prerogativas que los levanten sobre la comunion social; esto es que se llamen nobles, y miren para abajo al pueblo, sin el cual nada serian. No cabe duda en que los grandes hombres labran para su posteridad, y en que sus hijos son acreedores á ciertos miramientos, si prescindiesen de los cuales los pueblos darian en la ingratitud, el peor de los vicios. Mas qué significa la nobleza del ruin palaciego, el cual de la segunda generacion para arriba se veria á oscuras con su árbol genealógico, si ya no fuese á parar en un ahorcado? Siempre podemos apostar veinte contra uno, dice el filósofo ginebrino, que un noble desciende de un bribon. No faltará quien responda que él no es descendiente de Juan Jacobo; mas nada prestará la injuria, pues el dicho Juan Jacobo no hizo sino vestir con otras palabras una de las verdades de Platon : No hay rey

que no descienda de un esclavo, dijo el príncipe de los filósofos, ni esclavo que no cuente algun rey entre sus abuelos. Si Platon hubiera dicho : No hay rey que no descienda de un ollero, Agatócles hubiera comparecido arrastrando el grandioso manto de púrpura á corroborar la sentencia de la Academia. Y si su ilustre fundador, por acreditar del todo su proposicion se pusiera á dar esta voz paseándose á lo largo de los jardines de Academo : Hola ! porquerizos ! allí se presentara luégo un tumulto deslumbrador de reyes, emperadores y pontífices.

Platon. Hola, porquerizos !

Justino, antecesor de Justiniano : Aquí estoy !

Platon. Hola, porquerizos !

El gran Taborlan, rey de los Citas : Aquí estoy !

Platon. Hola, porquerizos !

Nadie responde.

Platon. Pastores de puercos ! no hay otros ?

Una gran figura vestida de blanco se presenta : trae en la cabeza un « birrete alto y redondo, cercado de tres coronas de oro, guarnecidas de pedrería fina, con un globo ó mundo que sostiene una cruz por remate. » En el dedo anular carga una enorme piedra morada. Este hermoso fantasma anda con majestad é imperio, y no se inclina ante el filósofo.

Platon. Quién sois ?

El fantasma blanco. Me llamo Sixto V. No habeis llamado á los pastores de puercos ? Platon se inclina, pero no cae de rodillas.

Estos son los fundadores de las primeras noblezas del mundo. El vuelo de la inteligencia y la fuerza del

corazon los levantaron al primer peldaño en esta alta gradería que los hombres han fabricado para ponerse unos sobre otros. La nobleza sale de la plebe y vuelve á ella : en el vaiven sempiterno del género humano todo se trastrueca. Cuántos descendientes de reyes componen hoy la hez del pueblo en las naciones de la tierra? A nuestra corta vista le parece que las cosas duran mucho ; no es así : el tiempo es impaciente ; no gusta de verlo todo en un mismo sér á cada vuelta suya. El tiempo no vuelve, me dirán. Los rios tampoco vuelven, y con todo el agua es siempre una misma. El tiempo da su vuelta por la eternidad, pero no le podemos seguir ni con la imaginacion, y por eso juzgamos que pasa sin regreso. Si no es el mismo, ¿dónde cae y se deposita el caudal que va corriendo? de qué abismo inagotable sale el que va viniendo? Sale de la eternidad, entra en la eternidad. Esta es una region muy oscura para nosotros : Dios ve en ella, pero no nos dice lo que ve : satisfecha nuestra curiosidad, perderíamos la vida. Un antiguo pidió á sus dioses le dejasen ver de hito en hito el sol, tocar su sustancia, saber lo que era la luz, y morir luégo. Los dioses no vinieron en ello. « La filosofía no tiene cosa mejor que el no hacer de la nobleza estimacion ninguna. » Si la autoridad de Séneca es decisiva, ahora es cuando. Séneca habla de la nobleza sin méritos intrínsecos, la nobleza heredada que no recibe ningun realce de la persona que se acredita con ella. Mas Séneca hace mucho caso de los Fabios, los Marcios, los Decios, esos nobles que se sacrifican por la patria, propagan las virtudes en Roma, toman ciudades y dilatan los confines de la República. Esos nobles son mucho para el filósofo

y la posteridad, por cuanto su nobleza está en la regia tirantez del alma que los impele á grandes cosas.

Si la filosofía es la ciencia de la verdad, la verdadera filosofía merece fé. Para los estoicos no hay sino una nobleza, y ésta es la virtud. Quién llevará á mal que la virtud constituya nobleza? La virtud no consiste en el ejercicio de la vanidad y la soberbia, ni vayan á juzgarse por virtuosos ciertos hombres acaudalados que hacen su ruin limosna á campana tañida, y oyen misa con el burrillo en la mano: la virtud es persona de gran talla en cuyo rostro brillan los caractéres de la Divinidad, y anda por lugares inocentes llena de majestuoso silencio. La virtud no se hace anunciar con bocinas y trompetas, no va hiriendo los ojos de los pobres con los colores de sus libreas; es Genio mudo é invisible que anda descontando con sus obras los escándalos del crímen y las ficciones de la hipocresía. Comer de un manjar y no de otro; hartarse de carne el jueves y de pescado el viernes; tirarse de rodillas ante un leño para cavilar en la iniquidad; aporrearse el pecho sin verdadera contricion; andar sacando media vara de lengua negra al pié del altar y asesinando á Jesucristo en lo secreto de unas entrañas corrompidas; echar de ventana abajo un cuarto al pordiosero, y reembolsarlo con la herencia del huérfano desvalido; proferir sin conciencia algunos términos venales, en la rutina de esa devocion sin corazon con que ofendemos al cielo, y encarnizarnos sobre la honra y el sosiego de nuestros semejantes; cumplir, en una palabra, los mandamientos de la Iglesia en cuanto le con-

viene á uno á su negocio, y huir de los de Dios; esta virtud es la del hipócrita; no comunica más nobleza que la de Satanás. Satanás tiene ejecutorias, es condecorado, carga la cruz de San Andrés: no le veis pasar en carroza tirada por caballos negros cuyos ojos fulguran y echan ráfagas de fuego? Sus lacayos van tras él, de librea colorada; el auriga blande la fusta resonante; saltan las bestias, piafan espumosas, vuelan atropellando al mundo: es Satanás el noble; el noble cuya nobleza está fundada en soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia. En pereza no, porque es muy diligente en el daño del prójimo y el fomento de sus caudales. Lo demas, todo lo desdeña. Por mucho que uno valga, hará mal en tomar el desden por parte de la importancia: su mérito consiste en hacerse querer por algunos y estimar por todos: si á esto es posible que añada un poco de admiracion de los que le aborrecen, ya podrá presumir algo de sí mismo. La soberbia es quizá la única pasion estéril; nunca da fruto saludable; en cuanto á los amargos, de ella se cuelgan en racimos. Ripio de la naturaleza, bien se la pudiera suprimir, sin que su eliminacion perjudicara al equilibrio de las pasiones. Si mio fuera el pulimentar la sociedad humana, la nobleza sin méritos intrínsecos seria la que primero se escapase por el lomo del cepillo. Andar carireido con el poderoso, rostrituerto con el desgraciado ¿ esto es ser noble?

Hubo en lo antiguo un hombre que no perdió jamas la paciencia, ni hizo mal á nadie, sin desaprovechar ocasion de practicar las buenas obras. Esto es decir que era hombre de bien, si « hombre de bien es el que hace

bien á cuantos puede, y á nadie perjudica, si no le provocan con injurias. » Provocarle á ése nada presta; ni se da por agraviado, ni se resiente, ni se venga, y no por desden, sino por benevolencia. Ese hombre cultiva la pobreza con mas empeño que los otros las riquezas; y siendo pobre se conceptua el más rico de los mortales. Sus riquezas no las confiscan tiranos, ni las roban ladrones; no le infunden avaricia, ni le inducen á los vicios; no le envilecen con el amor de ellas, ni le ensoberbecen con mostrarles fingido menosprecio: sus riquezas le alumbran, le encienden, le levantan; son el fuego sagrado en que arden los escogidos de la naturaleza, fuego por medio del cual mantienen su comunicacion secreta con la Divinidad. Ser sabio y virtuoso, ¿no es ser rico verdaderamente? Ese hombre se detiene de improviso en el campo, la calle, los pórticos de Aténas: suspendido en éxtasis celestial, la tierra no existe para él; su cuerpo es una estátua miéntras su espíritu está hablando con los dioses, quienes le comunican, sin duda, esas ideas y afecciones con las cuales será el más cuerdo de los hombres. Interrogada la sibila de Délfos cuál era el más sabio de todos, respondió que Sócrates. Sócrates, el más noble de todos, habia nacido de un pobre escultor y una partera. Sócrates fué plebeyo, y este plebeyo sublime *trajo el mundo al conocimiento del verdadero Dios y la práctica de las buenas costumbres* *.

Nobles, sed plebeyos como Sócrates.

En nuestros tiempos las riquezas son el fundamento

* Bossuet, *Discours sur l'histoire universelle.*

de la nobleza: el mundo ha pasado por la cola de un cometa y ha perdido la vista: ahora no vemos como veian los antiguos, esos patriarcas venerables que cabalgaban en asnos y andaban el pié desnudo. En cuanto á la filosofía de Zenon, ¿ cómo la hemos de saber, si no hay Pórtico donde aprenderla ? Un hombre se dirige hácia la orilla del mar con un fardel á cuestas, lo arroja en él, y se va la vuelta de Sirene. La carga se fué al fondo ; yo presumo que ella fué oro, puesto que el hombre era Aristipo. Mas nos desvanece la riqueza que nos abate la pobreza : la felicidad pide uno á Dios en estos términos : « Señor, dadme, pero no me deis sino lo necesario ; no sea que la abundancia me corrompa y me haga renegar de vos. » Esos sabios ancianos de la Biblia sabian muy bien lo que al cielo le pedian. Los pobres pueden estar bien hallados con lo estricto necesario, al paso que los ricos casi nunca están bien con lo superfluo. El maná del desierto no caia sino en proporcion igual á la necesidad del pueblo errante, como observa un gran autor ; el resto se corrompia inmediatamente. Ah, si se les corrompieran las riquezas á los ricos ! Así corrompidas las guardáran los que tienen creido que Aristipo fué un simplon. De los pocos que esto lean ¿ cuántos habria que me preguntasen si yo hiciera lo que ése ? No por cierto. Ejemplos semejantes no los sigue uno á la letra ; mas no dejaria yo jamas de decirle al que quisiera escucharme : Tu nobleza sea el cultivo de la inteligencia, tu orgullo si practicas las virtudes. Los haberes adquiridos por medios lícitos, poseidos sin pasion, usados con liberalidad y juicio, son un bien, grande bien, sin duda : nadie los desprecia : si Curio y Fabricio vi-

vieran, a buen seguro que pusieran algunos cuartos á un lado para su entierro, hoy que ni cura entierra de balde, ni gobierno paga los derechos por los buenos hijos de la patria.

Los varones más esclarecidos de la antigüedad fueron hombres de humilde cuna, sin antecedentes por parte de sus mayores, cuya gloria se cifraba en sus hechos puramente. Temístocles en Aténas, Camilo en Roma, nacieron de la plebe, y uno y otro tuvieron la gloria de arrancar á su patria de garras de los bárbaros; el griego en Salamina escarmentando á los persas, el romano en las plazas de Roma exterminando á los galos. Nada encarece más Plutarco en estos héroes que el haberlo debido todo á su mérito personal, sin que en su grandeza entrasen por algo títulos ni bienes de fortuna de sus padres. Si por gracia de los tiempos ó por descuido del olvido existiese hoy en la ciudad eterna algun vástago de Camilo, ¿quién seria osado á disputarle la superioridad en la nobleza? Plebeyo echado de su patria por los nobles, la bendice al alejarse, llora por ella, y vive silencioso en el destierro. Los bárbaros han entrado Roma por fuerza de armas, el senado ha sido degollado en el recinto de las leyes, los dioses mismos van á caer con el Capitolio en sus manos. Breno está pesando el oro del rescate, esto es el oro de la deshonra, la infamia de Roma. Quién la salva? Los dioses quisieron que á la sazon hubiese un plebeyo desterrado, escarnecido por los nobles: Camilo llega, rompe la balanza ignominiosa, destruye á los enemigos de Roma, y salva el Capitolio.

Nobles, sed plebeyos como Furio Camilo.

Alejandro pensaba, sin duda, que así como en el mundo no tenia superior, así en el infierno no habia de tener rival. Se engañó : Aníbal está allí que le disputa la precedencia : Tú naciste al pié del trono, hijo de un rey poderoso, en país rico y floreciente ; yo en una isla mezquina, en condicion privada, de padres casi oscuros. Tú dispusiste de grandes tesoros, guiaste ejércitos formados y vencedores ; á tí te acompañaron capitanes tan ilustres como tú mismo ; yo no tuve un óbolo, ni un soldado, ni compañero de quien aconsejarme. Tú mandabas como soberano, eras obedecido sin contradiccion; tu patria te servia de rodillas ; yo no tuve autoridad ninguna, los poderosos de Cartago me combatian, la patria era opuesta á mis empresas. Tú venciste á Darío y sus asiáticos afeminados ; yo me apoderé de Italia é hice temblar á Roma. Yo debo pasar adelante *. Aníbal fundó su nobleza con su gloria, todo lo debió á sí mismo. Y quién fué cónsul en Roma siete veces sino un hijo del pueblo ? Quién escarmentó á los cimbrios en Polencia sino un hijo del pueblo ? « Mario, ménos grande por haber exterminado á los cimbrios, que por haber destruido en Roma la aristocracia de la sangre. » Y esto lo dice un noble ! Bien es que cuando esto decia, ya Mirabeau se habia aplebeyado de propósito, volviéndose traficante de paños en Marsella. Grandes aristócratas que se pasan á la democracia porque la juzgan mejor, estamos viendo desde el primer Graco, ese que *al espirar echó un puñado de polvo al cielo* para que naciese Mario. Aquí los nobles

* Aníbal alegaba que todos sus triunfos los habia debido á su mérito personal, y que por tanto era superior á Alejandro. (LUCIANO, *Diálogo de los muertos.)*

me traerán á su Sila, cabeza de la aristocracia de Roma. Sila, conquistador del Asia, vencedor de Mario, dueño de Roma y el mundo, fué aristócrata, y el más grande hombre que ha producido la especie humana, segun la hipérbole de Byron. Habia en ése *de zorro y leon*, de histrion y rey, de dios y demonio : era realmente el sér extraordinario que causaba la admiracion de Eucrates : Señor, yo veia bien que vuestra alma era alta, pero no pensaba que fuese grande. El modo que usais ahora en vuestras obras cambia todas mis ideas *. Sila fué aristócrata, y para honra de la aristocracia y de los hombres todos hubiera valido más que nunca naciera ese monstruo sublime. Hasta cuándo derramas la sangre de tus semejantes? Sila, quieres no imperar sino sobre las murallas de Roma? le decia un animoso romano. Quiero que los pocos que queden sean dignos de vivir en una ciudad libre, respondió Sila. Eucrates ha visto un dios atrás de estas crueles y nobles palabras. Mario y Sila, el uno peleando por la democracia, el otro por la aristocracia, consuman grandes hechos y son grandes criminales. La reputacion de esos dos antiguos no refluye en favor de ninguna de esas causas.

Cuando los plebeyos empuñaron el cetro de marfil de los senadores patricios ; cuando fueron cónsules y anduvieron precedidos de lictores ; cuando la dictadura vino á sus manos cayendo por la primera vez en las de Marcio Rutilio ; cuando fueron censores, y aun se elevaron con Coruncano á la suprema dignidad del sacer-

* Montesquieu, *Diálogo de Sila y Eucrates.*

docio, los plebeyos vieron para abajo á los aristócratas vencidos. Las damas nobles, irritadas de que una de sus cofrades se hubiese casado con un plebeyo, el cónsul Volumnio, la expulsaron del templo de la pudicicia patricia. La mujer del cónsul fundó el templo de la pudicicia plebeya, y atrajo á todas las divinidades del Olimpo: en poco estuvo que el dios Término mismo no se moviese del Capitolio. Nuestras patricias, en vez de darse por agraviadas cuando sus cofrades las excluyen de su gremio porque aman á gente llana, funden templo aparte: como la Pudicicia sea la primera, á él acudirán todos los dioses. Jesucristo, segun la Escritura, tiene orígen noble; y esto es así, ya que desciende en línea recta del más santo de los reyes. Pero no olvidemos que David fué él mismo un pobrecillo, pastor ignorante sobre el cual habia caido la mirada de la Providencia para que venciese al filisteo. Jesucristo tuvo orígen noble, y consagró la democracia; fué descendiente de reyes poderosos, y santificó la pobreza: su cuna rodando en el pesebre, sus humildes pañales y la modestia con que vivió siempre, dan á entender que la humildad es el título más ilustre para con su padre. Si él lo hubiera querido, sus discípulos y apóstoles hubieran salido de entre los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley, los ancianos del reino; su partido, la nobleza de Jerusalen: los buscó entre los plebeyos, dejando á Heródes, Caifás y Pilatos la gloria de juzgarle, condenarle y ajusticiarle; Heródes, Caifás y Pilatos, reyes, gobernadores y jueces, esto es la aristocracia de Judea, los ricos y potentados. Jesucristo propendia á la igualdad del género humano en todos sus consejos y sus actos; y puesto que las leyes

de Moisés prohibiesen la enajenacion de las herencias vinculadas, asegurando de este modo la superioridad de unas familias sobre otras, todavía es cierto que el nuevo legislador no confirmó la ley antigua, ni hizo cosa que no acreditase su preferencia por el pueblo. Los israelitas que no pudieron probar su descendencia fueron excluidos del sacerdocio á la vuelta del cautiverio de Babilonia *. Moisés, Josué y Aaron fueron aristócratas. Las tribus de Leví y de Judá habian sido destinadas por Dios para que imperasen sobre Israel.

La nobleza, como clase distinguida, merece el respeto de las demas clases sociales, dado que ella las respete á su vez; ni el mundo está ya para sufrir el despotismo de la sangre. La filosofía no tiene cosa mejor que no hacer ningun caso de la nobleza; y con todo, la nobleza es feliz recomendacion que despierta el respeto, dice Marco Tulio. Este gran plebeyo que no hacia por su parte ningun caso de la aristocracia, no se abstenia, sin embargo, de quejarse de los aristócratas: « Nosotros, hombres nuevos, exclamaba, no podemos congraciarnos con los nobles: por muchos y grandes que sean nuestros servicios, no vencemos jamas su repugnancia. » El plebeyo que habia salvado á la patria aniquilando á Catilina y su infernal partido; el plebeyo ante el cual César temblaba trasudando al poder de esa lengua sublime; el plebeyo que reinaba sobre el senado y el pueblo, ¿ qué necesidad tenia de la benevolencia de los nobles ? Si á las dotes del corazon añade esa favorable calidad de tener en

* Libros de Esdras.

las venas sangre pura, ya puede uno llamarse feliz, aun ántes del rato de la muerte. Cuando naturaleza y fortuna se dan la mano y chichisbean misteriosas donde nadie las oye, para dar á luz una obra maestra, todos las aplaudimos. Si esas dos artistas soberanas anduvieran acordes de continuo, ménos quejas oyera el mundo y ménos ayes nos lastimaran los oidos. Pero ésas que alguna vez se unen por capricho, al modo que se saludan por cortesía dos mortales enemigos, se complacen de ordinario en llevar sendas opuestas; y la una de ellas suele ser tan maliciosa, que adrede hace lo contrario de la otra. Cuando la fortuna se va para la naturaleza, y le da un beso en la mejilla, peor aun; esta piensa que será secundada, y poniendo de su parte en la obra lo mejor, saca uno de esos séres armoniosos que viven gimiendo como una arpa eolia: delicados, puros, tiernos, la sensibilidad y la inteligencia los vuelven como divinos; pero la fortuna está ahí negra y deforme que se rie de su grandeza, echándoles al rostro los trapos que guarda en sus almacenes malditos para los escogidos de su rival. Homero y Camoens, ciego el uno, tuerto el otro, á cual más muerto de hambre. La guerra de la fortuna con la naturaleza es muy antigua: los que van cayendo de una y otra parte no son pocos. El ir y venir continuo de la vida no es sino un zozobrar horrible, en el cual todos los dias son vísperas del naufragio; y, quién lo creyera, el dia del naufragio es el primero de la felicidad, supuesto que la tumba es campo de paz y olvido.

Cuando la naturaleza niega sus dones á los nobles y

los ricos, estos hijos de la fortuna suelen á su vez ser muy desgraciados, si desgraciado puede llamarse el que ni conoce ni siente su desgracia. Un noble tonto, como sea rico, piensa hasta que tiene talento; y si conviene en que no lo tiene, es porque vive persuadido de la escasa importancia de esa prenda. Menguados hay que echan por el camino de la soberbia, y hacen por prevalecer sobre los hombres de mérito, cabalmente porque se reconocen incapaces. Los bienes de fortuna no pueden suplir por ningun caso la inteligencia, ni la vanidad el justo orgullo, el orgullo cuyo fundamento es la virtud: inteligencia y virtud, únicos fundamentos de la gloria. Mas no muestran empacho ciertos nobles en ser los últimos, cuando para ser primeros conviene erogar alguna cosa; como si la liberalidad no fuera carta ejecutoria, y la excesiva parcitud achaque de la plebe. A ser ellos para saber gobernar, nacion alguna estuviera fuera de sus manos; tal es la ventaja que les comunica su nobleza; mas la soberbia los vuelve montaraces, y es difícil traerlos al yugo de la buena crianza. Riqueza no hace rico, dice el romance de la Rosa: nobleza no hace noble, cuando ella no sirve sino para acarrear el odio del vulgo y el desprecio del filósofo. La modestia no habla ni obra sino con tal pulso, que por mucho que diga y haga á nadie ofende. La fuerza de la ambicion ha salido bien á algunos, la de la soberbia, á nadie. Hay hombres que gozan de doble maternidad: naturaleza y fortuna, empeñadas á cual más en su cariño, son sus madres. El noble que, dando gracias al cielo de sus bienes, no está siempre aparejado para escarnecer á los ménos favorecidos, ese merece su suerte: infanzon

amable en su fiereza misma, no goza de sus prerogativas sino de manera de no ser aborrecido ni envidiado. El bribon y el infame, puesto que descendiesen de Carlomagno, carecerian de nobleza. Lo ruin y lo noble son cosas tan opuestas, que cuando prevalece lo uno desaparece lo otro. Elevacion de carácter y práctica de las virtudes, títulos sin reproche; las otras son ejecutorias subrepticias. Cuando hablan de su condicion, los que acaso la tienen peor que los demas, todo es escupir sangre, cargando la mano en el negocio de su cuna : hombres de buen parecer y mal obrar que andan reñidos con la honra, yerguen la cabeza y hacen pié contra todo lo que redunda en menoscabo de sus privilegios. Privilegios! reconoce otros el sabio que los que otorga la virtud?

La democracia camina á más andar : si algun dia prevalece el espíritu del Evangelio, ella será la ley de las naciones. Pero nadie se la opone más que los que lo profesan y tienen el alma santamente puesta bajo el yugo de la fé. El clero ha sido siempre aliado natural del despotismo, y aun muy dichosos los pueblos si no toma parte con la tiranía. El furor de los demagogos contra los eclesiásticos no siempre nace de pasion irreligiosa, sino del apoyo que éstos suelen prestar á los opresores, al tiempo que forman ellos mismos clase privilegiada. Lolive, cuando bendice al arzobispo de Paris con su bala sacrílega, no es el ateismo que asesina á la religion ; es la parte baja de la sociedad humana que hace esfuerzos por colocarse á un nivel con las elevadas *. No le harán

* Los rehenes van á ser ejecutados de órden de Raoul Rigault en uno de los patios de la Roquette. Monseñor Darboy, al tiempo que los sicarios de

éstas á la democracia el flaco servicio de decir que las obras de la Comuna son la encarnacion de sus ideas? No es á culpa de los principios si los hombres pierden la razon : la Acrópolis no fué destruida por los demócratas de Aténas sino por los bárbaros. Mazzini ha imperado en Roma, y San Pedro y el Vaticano están en pié. Las enfermedades sociales son terribles : cuando se les va el juicio, los nobles hacen otro tanto que los plebeyos. *La San Bartolomé* no fué proeza de socialistas, comunistas y demagogos : reyes mandaban y nobles ejecutaban. La revolucion de la Montaña y la Gironda le dió un golpe mortal á la aristocracia europea ; la de Belleville no hirió sino á la democracia misma. A la democracia no; á la demagogia : el escorpion tuerce la cola y se hinca en la nuca su pua envenenada. Por desdicha ese escorpion es como la hidra de Lerna ; tiene cien cabezas y nunca muere del todo. Miéntras haya despotismo y tiranía de uno ó unos pocos, ha de haber despotismo y tiranía de muchos : la realdad necesita un contrapeso ; la demagogia nace de la oligarquía. Se quejan de los hechos del pueblo los que sostienen y fomentan el absolutismo tiránico de uno solo; y no están en lo justo. Cuando todos se midan con la razon, y los deberes y derechos de todos pongan la sociedad humana en perfecto equilibrio, los pueblos serán felices. La gran revolucion francesa fué monstruo bienhechor : la de la Comuna, la chiquita, comedia sangrienta, y nada más. En la primera ardió el fuego de la libertad ; en la segunda,

la Comuna alargan los fusiles sobre él, cae de rodillas y echa la bendicion á sus verdugos. Lolive se adelanta hácia él y le apaga su revólver en el pecho : Toma, le dice, esta es mi bendicion.

el de las pasiones : si éste devora tanto como el otro, no por eso deja de ser fatuo. Los siglos tienen que hacer mucho en favor de los tiranos, para que sea necesaria una cosa semejante á la sumersion espantosa en que fueron tragados por la nada reyes y señores : de ese abismo lleno de sangre salieron los derechos del hombre, no teñidos en ella, sino blancos y puros, porque habian ardido en una llama sagrada ántes de mostrarse al mundo. Una nueva *revolucion francesa* seria ahora cosa excusada : podemos echar tronos abajo y poner príncipes en la frontera : llamar la guillotina altar de la patria, y sacrificar en él reyes inocentes, princesas virtuosas y buenos sacerdotes, seria atrocidad sin motivo ni objeto. Ah, si pudiéramos hacer revoluciones en paz !

Hay un pueblo en el mundo en donde la nobleza es cosa tan superior y sagrada, que los individuos pertenecientes á las otras clases andan por la ciudad en continuo peligro de muerte, ó de ser apaleados cuando ménos se lo piensan ; así es que han de venir gritando al volver de las esquinas, á fin de no topar con un noble, el cual tiene derecho para quitar la vida á cualquiera de la plebe, si por casualidad sus vestidos se rozaron con los de este *. No sucede lo propio, gracias á Dios, en las cultas naciones que pueblan la Europa, y dan la ley de la civilizacion al mundo. Honra, honores, mando, todo es igualmente posible para todos, y la dificultad no consiste sino en ser de la casta del más pequeño de los

* En Calecut. *Essais de Montaigne.*

nacidos, para levantarse á las regiones superiores de la política. Con qué derecho se quejarian los demócratas, cuando han visto al plebeyo Thiers al frente de una de las naciones más ilustres de la tierra, y están viendo à Gladstone de primer ministro de la Gran Bretaña? La nobleza, en todo tiempo, ha desembocado falanjes de varones ínclitos que han regido los pueblos como gobernantes, ó han dirigido el espíritu humano por la via de las ciencias y las artes : la democracia empero está probando su grandeza, cuando á despecho de sus naturales desventajas compite con su adversaria, aun en las naciones monárquicas, y muchas veces le echa el pié adelante. Entre los mortales venturosos que han ceñido la tiara, más de uno se acordó, sin duda, de sus puercos ó sus cabras cuando salia del Vaticano en hombros de los nobles, para entrar en el recinto de San Pedro. Un hijo de un cervezero de Utrecht vino á poner en paz el conclave que se combatia dividido en dos bandos opuestos ; y con el nombre de Adriano, dejó por puertas á un Julio de Médicis y un Pompeyo Colona, la primera aristocracia de Italia. Verdad es que el cervezero no gobernó la Iglesia sino un año : como fuese soberano reformador y sacerdote de virtud, no podia durar más. Cuando Chateaubriand escribia de Roma : « El papa no es popular, porque gobierna bien, » no hablaba sino de uno, pero habló de todos. Muerto el cervezero de Utrecht, los devotos de Pompeyo Colona y Julio de Médicis le adornaron al médico de Su Santidad la puerta de su casa con una hermosa corona de flores, en medio de la cual esta inscripcion : « Al libertador de la patria. » El cervezero habia introducido grandes reformas encaminadas todas

al establecimiento de las virtudes públicas y privadas; era, pues, urgente libertar á la patria.

Sea de esto lo que fuere, la familia de los Ursinos, noble y muy noble, dió ella sola cinco succesores á San Pedro y más de treinta miembros al Sacro Colegio. Cinco papas y treinta cardenales! Ved si era familia de méritos. La de los Colonas no le iba en zaga: el gran Oton Colona fué luégo Martino V; Próspero Colona mandó los ejércitos del emperador de Alemania y rey de España, el muy ilustre Carlos Quinto; los ejércitos de este gran monarca en las guerras de Italia. Victoria Colona resplandeció en los conocimientos humanos no ménos que en los ejercicios de virtud, y dió un gran ejemplo de amor y dolor santo sepultándose en un monasterio á la muerte de su marido. Y esos marqueses de Pescara que se llevaban prisionero en Pavía al rey de Francia! Oh, de esa nobleza, puede llenarse el mundo, sin que la democracia dé muestras de envidia ni de enojo. Cualquier clase social que produzca muchos grandes hombres será ilustre. Aristocracia que ha dado Condés y Turenas, Villars y Catinats á la guerra, nada tiene que envidiar á la democracia de Temístocles. Verdad es que el rey poderoso vivia rodeado de plebeyos tales como Racine, Molière, Boileau, La Bruyère, resplandeciendo á semejanza de Demetrio á cuyo torno giraban los astros, figurados en su manto con hilo de oro y pedrería fina. Los Rohan, quienes no pudiendo ser reyes desdeñaban el ser príncipes; los Montmorency, los Choiseul, los Noailles, los Gramont, los San Simon y mil otras familias ilustres, no lo eran puramente por la sangre, sino

tambien por las dotes de la naturaleza : grandes capitanes, grandes políticos, grandes sacerdotes, grandes escritores, grandes ciudadanos, todo salia de esa nobleza. Mas al paso que la espada fulgura en mano de Condé, la corona de mirto adorna las sienes de Corneille. Napoleon decia que si este plebeyo hubiera vivido en su tiempo. le hubiera hecho príncipe, porque él hacia hombres grandes con sus obras. La aristocracia y la democracia, unidas por los lazos de la inteligencia y el valor, dieron á ese reinado maravilloso de Luis el Grande la prenda de la gloria.

La nobleza no es cosa esencial, innata; el noble se hace, como el orador; puédese decir por tanto : *Nascitur plebeius, fit nobilis.* Los emperadores que salen del estado llano, esos cuya cuna rueda en una isla bárbara al rugido del mar y el grito salvaje del pigargo, esos hacen nobles, fundan casas grandes é ilustres, y aun ponen en el trono á los hijos del pueblo que les han ayudado á sojuzgar la tierra. La nobleza fundada por Napoleon primero, Napoleon-leon, Napoleon-Chimborazo, Napoleon-Atlántico; ese que se anda por el mundo haciendo un solo paso de un reino á otro; ese que devora los pueblos con el fuego de sus ojos; ese que toca los tronos con su varilla mágica, y los echa al suelo fracasados; ese que sopla sobre las testas coronadas y las hace enloquecer; ese que se va guardando las coronas y los cetros del mundo en su mochila encantada; ese á quien contemplan cuarenta siglos desde las cumbres de las pirámides de Egipto; ese Napoleon funda una nobleza, nobleza grande, que aun no acaba de reinar en

Europa. De dónde sacó sus compañeros de armas? Del pueblo. En dónde los volvió dignos de la corona? En la guerra. La gloria es maga que ingiere nueva sangre en las venas de sus hijos, si la tuvieron ordinaria, y les da largo vivir, como ya hizo con su caballero Urganda la desconocida. Napoleon III ha fundado asimismo su nobleza, deleitándose en tomar sus condes, sus duques de entre la gente más desconocida de Francia : títulos y honores brotaron súbitamente de un crímen, gran crímen, que ha dado á una nacion ilustre la más ruda leccion que puede recibir un pueblo. Aventureros audaces, cortesanos hábiles, hélos allí en la cumbre de la nobleza, duques y marqueses, en tanto que los restos esclarecidos de San German permanecen callados en su desierto barrio. La nobleza tiene su religion : la dignidad es el altar donde verifica sus ceremonias en silencio, si ya el orgullo ofendido, siquier soberbia, no se sienta en el trípode sagrado y bravea en su furor divino. Si el Napoleon chiquito, Napoleon-sombra, hubiera muerto en gracia de la corona imperial, levantado sobre sus huesos un Napoleon IV, esa aristocracia de Mornys y Palikaos hubiera sido gran aristocracia, cuando los años la ungiesen con ese óleo milagroso que se llama antigüedad. Pero al volver la cabeza los nobles de Napoleon-sombra, Eurídice habia desaparecido; ya no tendrán sucesion. Esos se van, y sin la corona gramínea, porque no han salvado la patria.

Cuéntase que un mancebo vivia apasoniado de una gran reina, y que al fin le declaró su cuita en términos casi ininteligibles grabados en una vidriera del palacio.

La reina, echando de ver en ellos, le puso al pié esta palabra : « Atreveos. » Si ella entrañaba su muerte, si su gloria, el mancebo no lo sabia. No se atrevió. Un jóven de Londres, un simple caballero, fué más audaz ; pidió la mano de una de las hijas de la reina Victoria. Amar á una princesa un simple caballero, es ya atrevimiento ; pedir su mano á todo una reina, audacia que raya en locura. Pero la amada habia dicho *atreveos;* el amante se atrevió : la hija amó, la madre consintió. La princesa Luisa es hoy esposa de uno que ya no es por cierto simple caballero. En la China la nobleza asciende de los hijos á los padres ; ¿porqué en Europa no se transmitiria de la mujer al marido? El marido de la reina es rey; el de la princesa ha de ser príncipe. El amor es un monarca : da carta ejecutoria, confiere títulos y condecoraciones : casamentero amable, brujo refinado, se mete por las rehendijas de las puertas, escala los palacios, se convierte en vapor sutil y halla ocasion de llevar sus tiernas embajadas. Los príncipes son desgraciados hasta en esto, han de casarse con personas á quienes no aman ni conocen quizá, alargando la mano de Rusia á Portugal, de Alemania á Inglaterra. La reina Victoria ha dado un bello ejemplo de longanimidad, bondad, real modestia : esta gran señora que sabe lo que es caridad, piedad, devocion, ha sabido en otro tiempo lo que es amor, y no piensa que sus títulos pierdan algo en su lustre porque los saque un instante al aire. Esas prendas, como los dioses de Labinium, se

vuelven por sí mismas á su templo. Si hay en el mundo una nacion aristocrática, es la Gran Bretaña; si los nobles son levantados y fieros en alguna parte, es en la Gran Bretaña. Pero estos nobles no fincan su orgullo en la sangre, cosa que para los mejores es secundaria, mas aun en el cultivo de la inteligencia y el manejo de la espada, siendo ellos por la mayor parte los sabios, científicos, estadistas, oradores que en raudales echa al mundo esa nacion períncIita. En los conflictos de la patria, nuestros nobles se están empollando huevos: torreados en sus memorias solariegas, si bajan á entre el pueblo, quieren subir en carro al Capitolio. Los príncipes reales en la Gran Bretaña principian su carrera de guardamarinas ó cadetes, siendo obligacion suya el saber muchas cosas, ora tocante á la guerra, ora al Estado; y cuando ella se declara, los príncipes adelantan al campo de la gloria bajo las órdenes de generales plebeyos. Bacon, Talbot, Worcester han hecho olvidar sus títulos de nobleza, descollando en el mundo del saber como los primeros filósofos, sabios y descubridores de estos tiempos. Lord Bacon es *el padre de la filosofía moderna*: lord Talbot es el célebre químico: el marques de Worcester es el descubridor de la fuerza del vapor, al cual Newcomen y Savari debieron sus inventos. El telescopio construido por Rosse le levanta de las regiones de la nobleza á las de la inmortalidad. Lord Brougham fué científico, literato y jurisconsulto: jurisconsulto de esos que *trataban la profesion á lo grande*, como los Aruncios y Eserninos. Pues lord Derby, el gran ministro, no es al propio tiempo el más gran humanista del Reino Unido? Si la democracia tiene la gloria de haber dado

un Shakespeare, la aristocracia se halla ufana con su Byron, los poetas más eminentes de Inglaterra, y acaso de los tiempos modernos. Este noble lord no tenia en ménos sus dotes intelectuales; mas por un extraño abuso del orgullo pensaba que valia más por su nobleza, en términos que ni á la tranquilidad de su espíritu, ni al sosiego de su vida, ni á la felicidad misma la hubiera sacrificado. Contemplando la persecucion mortal declarada por sus compatriotas, esa caza sangrienta al genio, ese alzamiento de la envidia y la calumnia, mostraba un dia á un amigo las llagas de su corazon. Milord, póngase vuestra señoría en cobro, le respondió éste; hay un buen medio de salvarse. — Cuál? — Se aleja vuestra señoría algun tanto de Inglaterra: sus amigos echamos fama de su muerte; yo lo tomo sobre mí : se embarca luégo para Buenos Aires ó el Perú, y allí, con el nombre de Mister Smith ó Mister Cótton, se establece y vive tranquilo el resto de sus dias, distrayéndose en plantear y beneficiar una fábrica de loza, ó en otra ocupacion honrada.

El noble lord le volvió las espaldas con esta única respuesta : El heredero de mi título tendria mucho que agradeceros.

Cómo en efecto huir un Byron? Para acallar la calumnia y poner en trailla á sus feroces galgos. Sí, éstos son los que no muerden á los difuntos! Vale más enfurecerla hasta no más, desconcertarla con un semblante augusto é impasible á esa Euménide homicida que se llama difamacion; pues muchas veces el mirar demasiado al decir de la gente apoca un ánimo grande y generoso por naturaleza. La sabiduría consiste en no poner siempre en olvido el juicio de los demas, y en no

ser esclavo sumiso del qué dirán. Si el temor de la murmuracion fuera la norma constante de nuestras acciones, nunca saliéramos de la órbita mezquina en que ruedan las del vulgo : sin noble atrevimiento no puede haber grandeza. Bonito era lord Byron para llamarse Mister Smith ni una hora !

Si los nobles anhelan por la democracia del saber, los plebeyos suben á la aristocracia por una escala de luz, cual es la de la inteligencia : pecheros hay en la Gran Bretaña que fundan casas grandes, dinastías privadas, y mueren lores, despues de haberse esclarecido por las ciencias ó las artes. El rapista de la esquina, cuando hacia la barba á esos gordos y rubicundos Mister Smith de la Cité, pensaria jamas que el muchacho su hijo habia de ser lord Tenterden ? Entre los egipcios á nadie le era permitido seguir otro oficio que el de su padre : las leyes europeas le libraron á lord Tenterden de ir la toalla al hombro y la bacía bajo el brazo. Oh Dios ! cuando pienso en que don Quijote pudiera haberle dicho á ese grande de Inglaterra : Mire vuesamerced cómo habla, don barbero, que no todo es hacer barbas..... En cierta universidad de la América democrática el rector hizo echar bolas negras á un buen estudiante de jurisprudencia despues de lucido exámen. « Que siga el oficio de su padre, exclamó airado el dicho rector ; la universidad no es para los herreros. » El hijo del herrero ha perdido la esperanza de ser santo Tomas en su patria ; si ya no le ocurre ennoblecer su nombre con un *de* ó un *de la* de esos que confieren hidalguía en la república ; siempre que halle además la piedra filosofal, y convierta en oro

el fierro de su padre. Sin que le pasase por la cabeza, aquel magistrado literario aplicaba á sus dependientes las leyes del antiguo Egipto : Monsieur Jourdain habia hablado prosa cuarenta años sin saberlo. En cuanto al hijo del herrero que no pudo ser doctor á causa del oficio de sus mayores, hoy es, me han dicho, de los marqueses de García Moreno, y ha recibido de Su Santidad el cordon de la órden de San Gregorio. Para ese rey de las marmotas todo el que se hace á su genio es noble de suyo, y le trae de Roma á buen precio cordones y cruces nobiliarias. ¿Qué inversion más loable habian de tener los tributos impuestos sobre las marmotas? Si álguien le habla del pudor, él le aplica á las narices sus monedas, y le pregunta si huelen á lo que sabia Vespasiano. El coronel Cambronne, resistiendo airado á los vencedores en el campo de Waterloo, estaba sin duda léjos de sospechar que *su vocablo* sublime habia de merecer un impuesto del gran señor de la Puerta Otomana de la América del Sud. Tampoco percibiera Tito olor ninguno en el dinero proveniente de Cambronne ; y el Gran Turco del catolicismo no siente sino que para este efecto no sean bueyes sus esclavos en vez de ser marmotas. Por lo demas, queda sentado que á lord Tenterden se le pudiera muy bien llamar lord barbas. Y no se crea que este lord rapador sea una maravilla, pues hubo otro buen hombre que se ganaba la vida haciendo carbon, las manos y la cara cubiertas de cisco, su delantal de cuero á la cintura, camisa arremangada hasta el codo, y en la cabeza un capirote, boina, becoquin, montera, gorra, gorro, bonete ú otra cosa : un carbonero, si acortamos razones. Pues de entre las sacas rotas y las

telarañas de la tienda salió un mozo que en breve seria lord Eldon, sin que en nada perjudicasen á su hidalguía el hacha, el hurgon, la boñiga ni los otros elementos é instrumentos del oficio de su honrada familia.

Nacion verdaderamente grande y noble aquella donde á la ínfima plebe le es dado aspirar al remate de la gradería social, y hombrearse con los príncipes de la sangre. Lord Lindhurst fué hijo de un pintor; y sir Joshua Reynolds, pintor él mismo, ascendido á la nobleza del reino á causa de su ingenio. Boticarios ha habido fundadores de condados : el muy ilustre de Northumberland reconoce por el suyo á un droguista, el cual, cuando redondeaba sus píldoras muy de propósito entre el índice y el pulgar, no sabia quizá que él era mejor para ricohombre y terrateniente de un monarca poderoso, que para soplar la hornilla. Ved si la botica es una de las puertas por las cuales sale uno á la nobleza, y si la espátula no puede campear en el escudo de armas entre veros azules.

Qué hace ese hombre en su banquillo silba que silba de la mañana á la noche, alargando y recogiendo el brazo en sempiterno vaiven? Voto al demonio! ó es sastre, ó yo sé poco. Pues señor, sastre y muy sastre; y este sastre viene luégo á fundar el condado de Cráven, y pasa á ser lord Cráven, constituyéndose grande de la Gran Bretaña. Vayan ahora que les tome la medida, ó háganle tijera con los dedos..... Quisiera yo saber si lord Cráven se hacia él mismo sus casacas? Johnson, el ex-presidente de los Estados Unidos, no paga hechuras. Ricardo Foley, simple oficial en una fábrica, será par de

Inglaterra ántes de mucho; y un mandadero, un criado de todos, mandará luégo á muchos como gobernador de Irlanda, con el título de lord Canciller.

En una llanura de la Bélgica hay un árbol hácia el cual se dirigen todos los que viajan por el antiguo mundo. Un hombre pálido se está á su sombra, devorando con los ojos dos ejércitos que á su vista se combaten : trae uniforme militar, y no obstante dos gruesas lágrimas se desprenden de sus pestañas y bajan lentas por las mejillas. Los soldados lloran como cualquier otro : lloraba ese hombre al ver perdida de nuevo la libertad de Europa y el mundo en ese campo, donde el dios de la guerra llueve rayos sobre los monarcas coligados contra él; él, proscrito audaz que ha reconquistado á Francia sin más que con mirar en ella. Qué ha sucedido? El rostro del hombre pálido se ilumina, resplandece en sus ojos alegría salvaje, blande en el aire la espada del triunfo. Cayó el gigante : de allí irá á una roca solitaria en medio de los mares, donde le esperan las cadenas de Prometeo.

Wellington, el vencedor de Napoleon, salió del estado llano, y fué luégo duque de Wellington, noble de primera clase *.

Herschell, el astrónomo, sacó su nobleza de la bóveda celeste; los astros le declararon gran señor : las estrellas estaban ahí acreditando lo ilustre de su cuna. Roberto

* El árbol debajo del cual Wellington estaba contemplando la batalla de Waterloo, y, llorando, segun dicen, no existe ya : lo compró un ingles no ha mucho, y se lo llevó á su casa. ¡ Cuando otro ingles quiso comprar el Alcázar de Sevilla para llevárselo á Inglaterra !

Peel se volvió noble á fuerza de talento; lo mismo que Hill, Claide, Ferguson y otros. Pues qué decir de lord Chatham, *el gran pechero?* Chatham, el más gran ministro y más sublime orador que ha producido Inglaterra, fué plebeyo, y le honraron sus contemporáneos con el dictado de *el gran pechero.* Murió, y su cuerpo fué al panteon de los reyes; Westminster posee sus cenizas. El Parlamento le tributó honores oficiales, pagó sus deudas, decretó pension para sus hijos: el pueblo á su vez costeó el monumento erigido luégo por la admiracion de todos. El pechero no tuvo por qué exclamar como el mayor de los romanos: Patria ingrata, no poseerás mis huesos. La sombra de Chatham frecuenta todavía la sala oscura de Westminster-Hall; y como Casio volvió los ojos hácia la estatua de Pompeyo cuando iba à libertar á Roma en el senado, así los grandes hijos de la Gran Bretaña buscan esa sombra en el palacio de Guillermo Rufo, para encomendarse á ella en sus propósitos sublimes. El plebeyo, el pechero fué el noble por excelencia: y como no fué irlandés, no es este el caso de decir: *Ibernia semper incuriosa suorum.*

Cromwell..... Ah, el espectro de Carlos II me pone el dedo en los labios. Cromwell, segundó Sila, fué noble, y está bien.

Para que la aristocracia no venga cuesta abajo, le traeremos aquí á uno de sus hijos más ilustres, puesto que hablamos de Inglaterra. Fielding pertenecia á la casa imperial de Austria, nació de la rama de los Habsburgos que se fijó en Inglaterra, cuyos miembros descendieron á la condicion de « simples caballeros, » en tanto que sus hermanos ceñian la corona imperial de Alema-

nia y la real de España. Empero ese descenso en nada le perjudica á esa rama esclarecida, si ha subido por otra parte á lo más alto de la inteligencia y la gloria literaria ; en términos que el Escorial, orgulloso monumento del poder de sus deudos, caerá, dice el solitario de Lausana, ántes que el renombre de tan elevado y poderoso ingenio.

Un diligente investigador de las cosas ignoradas ha descubierto que Miguel de Cervantes era pariente de Felipe II *. Si esto es así, observa don Diego Clemencin, no se pudo acusar al rey de nepotismo. Hizo mal Navarrete en obsequiarnos con semejante descubrimiento : la democracia estaba muy satisfecha con ver en su gremio á una de las inteligencias más raras y elevadas que ha producido el género humano. A mucho hacer consentiria ella en que Cervantes perteneciese al estado llano; y en tanto que el concilio ecuménico, reinando nuestro venerable padre Pio IX, lo declara dogma de fé, dudaremos con buenas razones de ese regio parentesco. El soldado raso de Lepanto, el camarero del cardenal Aquaviva, el cautivo de Argel habrá pertenecido por entronque de sangre á la familia reinante de España? En este caso el muy ilustre don Juan le hubiera hecho por lo ménos su teniente general en la guerra con los turcos. Si los nobles se llevaran á Cervantes, la democracia gemiria como Raquel : *Rachel plorans filios suos* ; sin que le importasen gran cosa los tres cardenales que han regido dos de las más ínclitas

* Navarrete, *Vida de Cervantes.*

naciones, son á saber Richelieu, Mazzarino y Jimenez de Cisneros, salidos del pueblo, cual pudieran tres leones de una selva. La púrpura no está mal con la democracia : muchas veces el manto cardenalicio se vuelve una alma bienaventurada de blanco, por obra de esa magia cuyo secreto poseen ciertas cabezas y ciertos corazones. Los hábitos del papa son blancos. Ah, si esos insignes clérigos fuesen como los espejos ustorios de la edad media que reflejaban el porvenir..... Los filósofos preven el triunfo de la república universal, los bardos la sueñan, los profetas la anuncian, amables sabidores que muestran al género humano en puras formas la prefiguracion de su felicidad. El mundo será republicano, y por tanto democrático. Chateaubriand y Lamartine, aristócratas y realistas, lo han dicho. Estos cisnes son las dos palomas de Dodona : Apolo nunca engañó á su sacerdotisa.

EPISODIO

LA FLOR DE NIEVE

En el año de 1863, un naturalista ruso llamado Anthoskoff se encontraba en la Siberia septentrional, despues de haber recorrido el Cáucaso, siguiendo el hilo de ciertos secretos de la ciencia, que él tenia en el ánimo sacar á la luz del mundo. Esas comarcas desdichadas no conocen la vegetacion, ni los ojos del viajero

hallan nunca sombra de árbol donde se pongan en cobro del resplandor hostil que los persigue. El haya, hija de fierro de la roca fria, se detiene en las pendientes de los Montes Urales, sin atreverse á dar un paso hácia las planicies áridas donde reina el hielo, describiendo con su cetro un círculo aterrante al rededor del polo. La yerba es desconocida para esa tierra : ni el verdor de las plantas gramíneas, ni la amarillez de las flores silvestres comunican á el alma esa como alegría ó esperanza que aun los desgraciados suelen concebir misteriosamente en el regazo de una bella, amable naturaleza. La paja silbadora, el frailejon solitario y triste de los altos páramos sirven de placer y consuelo, si contemplamos en la aridez mortal de esas regiones. El sol las mira desde léjos, y se vuelve desconfiando de ellas; el calórico, sangre invisible de la naturaleza, no tiene cabida en ese limbo descubierto, donde impera el frio, dios enemigo de la vida. Ni plantas ni animales : alguna vez una sombra rápida cruza á lo léjos ese mar empedernido, y se desvanece á mayor distancia : es el renjífero que pasa de un abismo á otro en busca de un amor imaginario, ó el alce que va huyendo de un fantástico cazador que le persigue en sueños. El hombre mismo, animal de todos los climas, no habita la Siberia septentrional. El groenlandes salvaje, el kampchadal helado, el lapon cubierto de pieles se agencian sus moradas debajo de la nieve; en sus oscuras yurtas viven y se juzgan felices : la Siberia septentrional es todavía más ingraciable que la Groenlandia, Kampchaka y la Laponia. Allí no hay bosques en cuyas profundidades faunos y silvanos persiguen á las ninfas; rios que hume-

decen la tierra y la excitan á dar fruto; fieras que dan testimonio de la vida, bramando de cólera ó mugiendo suavemente de placer; aves que llenan de música los árboles y vuelven nuestro planeta un globo de armonía.

Qué pasos lentos van retumbando por allá? Es el elefante que rompe la selva con su movimiento de rey majestuoso, y se dirige á beber á orillas del Lualaba. Ruge el leon y comparece infundiendo terror á todo sér viviente con esos ojos encendidos : el tigre, agazapado al pié de un tronco, está acechando al boa que se viene con su meneo formidable : manadas sin cuento de monos llenan de ruido los vetustos robles : un orangutan gigantesco, recto como persona, camina paso á paso con semblante meditabundo; bandadas de loras y guacamoyos atraviesan la atmósfera con grito colectivo que asorda todo un continente : culebras de mil colores van haciendo eses por el suelo, ó prendidas de las ramas por el extremo de la cola se están columpiando por el aire. El sol resplandece y abrasa; el cielo se halla limpio, su azul purísimo se derrama desde el zenit, y desaloja las nubes hasta más abajo del horizonte. Esta es el África, cuna del fuego, asiento preeminente de la zona tórrida. No es así la Siberia septentrional: despoblacion, tristeza, silencio vasto y profundo son caractéres de esa tierra desventurada. Allí no hay sol sino cuatro meses al año : la noche es de dos mil quinientas horas; noche larga, horrible, durante la cual Muerte anda devorándolo todo, invisible en medio de la palidez oscura que envuelve ese hemisferio. La rosa no se abre ni sonrie á

la luz que comparece alegre por atrás de la montaña; la azucena no tiene sol á quien provocar con su voluptuosa elegancia; el clavel no arde en su pura rubicundez, porque no hay fuego que lo encienda. La sangre de la tierra, cuajada en esas partes, las priva del movimiento; el alma del mundo, retirada de ellas, las dejó cadáveres. Fuego, santo fuego, símbolo de la vida, tú eres principio y sosten del universo: sin tí no hubiera luz, sin tí Dios mismo no arderia en su inmortalidad eternamente. Dios está tras las llamas devorantes del Africa: fuego es poder, y Dios todo es fuerza. Dios está sobre la luz del Ecuador: la luz figura la inteligencia, y Dios todo es inteligencia. En la mansion helada de la muerte no está Dios, porque Dios es vida, vida alta y profunda, vida eterna. En la Siberia septentrional no está Dios.

Qué estás diciendo ahí, blasfemo? Su imágen se presenta en la bóveda celeste, y fulgura con divinos resplandores: inocencia, amor, felicidad animadas por el aliento del Todopoderoso, teñidas por esos sus ojos que las miran, están acreditando su presencia. La aurora boreal, en las regiones septentrionales, es la sombra de Dios: fenómeno desconocido para nosotros, es la incarnacion más bella de las leyes naturales. La Soberana Esencia, vista en delirio por poeta que hubiese perdido la razon á puro amor divino, se le presentaria en forma de aurora boreal. La aurora boreal es música de otro mundo cuajada en los colores del arco iris: es oleada de poesía cristalizada en el horizonte, que está brillando suavemente por los cien lados de un prisma fabuloso. Aurora boreal, malicia de la inocencia, beatitud

de la naturaleza adormecida por dolor profundo, tú eres espejo en el cual los míseros habitantes del círculo polar están viendo esa promesa de perdon con que el Altísimo los consuela. Aurora boreal, asomo vago de felicidad, puerta lejana de la gloria, tú eres humilde, pero feliz suplente de la luz del dia. Aurora boreal, alma tranquila del sol, alma desnuda de sus rayos, tú eres la patrona del Norte, tú le proteges, le salvas cuando él se retira y le abandona. Feliz recobro de las desventuras de ese clima, este hermoso fenómeno es muy comun para los hijos del septentrion : la aurora boreal les proporciona uno como dia, ó si decimos, espíritu sin fuerza, ensueño feliz de sol dormido que llena de alborozo y esperanza á los míseros que, hartos de oscuridad, levantan la cabeza en su larga noche, y aspiran esa brillante memoria de la luz como alimento de la vida.

Anthoskoff, sabio moscovita, despues de largos y penosos viajes por los Montañas Rifeas, llegó á la Siberia septentrional. Desembocando en un mar de nieve, se detuvo de improviso, poseido de admiracion, experimentando en el alma placer de esos que suele proporcionar la sabiduría únicamente. Hay en un autor aleman una historia de lo más extraño : Dos naturalistas han cultivado desde la infancia amistad que no le va en zaga á la de Pílades y Orestes : siempre juntos desde niños, estudiaron, vivieron, se engrandecieron con la fama, sin que discrepasen jamas en la menor cosa. Un dia, infatigables en el estudio práctico de la naturaleza, viajando por un monte, hallan un insecto desconocido,

hacen un descubrimiento : la ciencia va á recibir alborozada este recien venido. Cuál de los dos le vió desde luégo? Cuál le tomó? Cuál hizo notar que esa mosquita resplandeciente no estaba en ninguna de las clasificaciones científicas? Ni Linneo, ni Cuvier, ni Buffon la han conocido; es cosa nueva, admirable : á cuál la palma? á cuál la gloria? Las disputas, porfías, injurias, amenazas, ferocidades, venganzas, desesperaciones; los odios, arrebatos, celos, acometimientos, propósitos criminales que se pusieron entre los dos amigos, solo Dios en su infinita sabiduría lo puede concebir y graduar. Largo fué el litigio. « Pérfido! le escribia el uno, te atreves á decir que Aimatocare es tuya? y lo sustentas, hombre sin fé ni justicia? Con que la viste, la tomaste primero que yo? Y has de pasar á la inmortalidad por medio de un hurto escandaloso al que te hizo la honra de llamarte amigo y la fineza de quererte como á hermano? Hábil fuiste en el engaño, miserable; te tuve por sincero, y resultas aleve; te juzgué afectuoso para conmigo, y no era el tuyo sino aborrecimiento disfrazado de cariño; te reputé hombre bueno, y vienes á parar en malvado. Qué es sino malvado el que se burla de la conciencia, habla contra verdad y obra contra hombría de bien? Abusas de la sencillez del amigo; en esto eres pérfido. Ocultas ó cambias la verdad; en esto eres mentiroso. Te apoderas de lo ajeno; en esto eres ladron. Pues á uno de éstos, yo le desprecio. Le desprecio por lo ruin y canalla; por lo salteador, me le voy encima, le echo en tierra, le piso, le mato, y junto con la vida le arranco el inestimable objeto de que se llama legítimo y perpetuo poseedor, sin más escritura

que la que firma con su puñal el facineroso á media noche..... Cárlos, amigo, hermano mio, vuélveme mi Aimatocare. »

« Infame! contestaba el otro, el enternecimiento con que das fin á tu carta es ficcion que sirve para fomentar el odio inspirado en mí con tu maldad. Amigo me llamas, y tus obras, más que tus palabras, están acreditando la enemistad más negra; hermano, y andas en busca de la quijada del asno con que piensas asesinarme. No soy hermano ni amigo tuyo, porque soy hombre de bien y cultivo la moral: tu amigo es el ladron de caminos, tu hermano el rufian de ciudad : el verdugo es tu amigo y hermano, y el patíbulo el lecho donde él y tú dormís juntos. Aimatocare..... no sabes que Aimatocare es mia? Arráncame los ojos, exprímeme el alma, quítame la vida; Aimatocare no será tuya jamas. Aimatocare..... Este divino insecto era, sin duda, el objeto de esas aspiraciones vehementes que me agitaban, causándome los dolores misteriosos de los cuales en vano procurabas aliviarme. El vacío profundo de mi corazon, ese anhelo inmotivado de mi espíritu, los arranques vertiginosos de mi pensamiento, la angustia, la desesperacion de mi vida tenian, ya lo he visto, causa y fin. Poseo, poseo el objeto de mis ánsias; mis ambiciones están cumplidas, mi alma satisfecha. Aimatocare es mia : ni todos los reyes coligados contra mí podrán arrebatármela. Y tú, mezquina y baja criatura; tú, salteador de encrucijada; tú, desleal y perjuro, tú piensas privarme de ella? Te he ofendido, pobre amigo; te he cubierto de vilipendio en esta carta. Teodoro, las

lágrimas me están corriendo por las mejillas : los insultos que acabo de hacerte me matan de vergüenza : compadéceme, perdóname ; pero no me vuelvas á hablar de Aimatocare ; con esto me privas de la razon. Casa, fincas, títulos, todo cuanto poseo es tuyo : nos repartiremos mis bienes de fortuna como dos buenos hermanos. De Aimatocare, no me hables, te lo repito. Puede nadie exigir á su amigo que le entregue su esposa? pondrias tú la tuya èn manos del que la estuviese codiciando? Aimatocare es para mí más que mi mujer, más que mi honra. Deliras, infortunado, si piensas disputármela : te arrancaré el corazon con un puñal buido, te ahorcaré con mis manos..... Teodoro, Teodoro, loco estoy. »

Esta pasion científica, este amor frenético por los secretos de la naturaleza nos parecerán inverosímiles á los hombres desprovistos de la sensibilidad de la sabiduría ; y en realidad es una de las pasiones más violentas que pueden caber en pecho humano. Sabido es que Arquimédes se dejó matar, por no distraer su espíritu del problema que estaba á punto de resolver : muchos sabios se olvidan del alimento cuando están embebecidos en sus lucubraciones. Los cuentos fantásticos de Hoffmann no se fundan en la imaginacion puramente : casi todos ellos se levantan sobre teorías respetables, ó sobre hechos reales y positivos. Los dos sabios que se vuelven enemigos mortales, disputándose un insecto, no se pleitean el insecto mismo, mas aun la gloria de su descubrimiento : cosa muy puesta en razon, que vemos cada dia en el mundo de las ciencias y las buenas

letras. El Tasso anduvo fuera de sí, desesperado, medio loco, porque imaginó que su poema iba á salir á luz con nombre distinto del suyo. Robarle al Tasso su *Jerusalen libertada*, allá se hubiera ido con robarle el alma; la poesía es el alma de los poetas. Y digo si Phidias hubiera quedado contento de que su Minerva pasase á la posteridad como obra de un rival aborrecido? En las ya citadas de Hoffmann hay una historia de un lapidario que comete más de cincuenta asesinatos misteriosos, por volver á apoderarse de las preseas que él mismo habia vendido, ó que le habian mandado hacer. El móvil de esa sed de sangre no era codicia, sino amor á la obra primorosa que habia salido de sus manos. Y, quién lo creyera, el maestro Cardillac es personaje histórico: las muertes de que habla el autor aleman ocurrieron positivamente. Recreábase tanto el lapidario en sus hechuras, embelesábale su perfeccion con tal extremo, que no podia vivir sin poseerlas. Tan luégo como entregaba una joya, se valia de cuanto ardid cabe en la astucia del hombre para volver á apropiarse de ella. En último caso, un homicidio ponia en su poder la prenda maravillosa. Ahí está Mademoiselle Scuderi que no nos dejará mentir ni á Hoffmann ni á mí. Los que, viajando á Paris, capital de Francia, se hallen en el Palacio Real, hagan por saber cuál de esas ricas tiendas habrá sido la del maestro Cardillac. En cuanto al que está haciendo estos recuerdos, no le falta sino advertir que las cartas de los dos naturalistas son de su propio caudal, y no transcritas del libro tudesco, donde no consta sino el gérmen de esta amplificacion. Y con esto volvemos á Anthoskoff, el sabio moscovita, pero no ántes de dar á

saber á los lectores que Aimatocare era el nombre de pila, nombre de amor con que los consabidos filósofos habian bautizado á la mosca que tanto pudo. Desde la bella egipcia que trastorna á Salomon, hasta doña Isabel de Segura, no se ha visto hembra más querida que esa pizpireta de Aimatocare. Su nombre científico, puesto en latin por los discípulos de Linneo, lo puede ir á buscar el curioso lector en cualquier entomología moderna: si lo buscare en el tratado de los pájaros del americano Auduvon, no lo hallará; pues ya he dicho que Aimatocare no es pájaro sino mosca. Mosquita resplandeciente de cuatro alas: las que le tocan al cuerpo son uno como tul claro, fino: son la ropa blanca, las confidenciales enaguas que forman los bajos de la pulcra retrechera. Bajos, en buen idioma castellano, son los centros del vestido, oh vosotros que anhelais por hablar la lengua de Cervantes. Si quereis pruebas, aquí sale por mí don Francisco de Quevedo.

La otra loca perenal
Piensa, cubierta de andrajos,
Que tiene mejores bajos
Que la Capilla Real.

Los bajos de la Capilla Real son todo ese rico almacen que, bien aplanchado, la vuelve hermosa y elegante los dias solemnes, cuando los devotos monarcas van á echar corazon humilde al pié de los altares: son los manteles con blondas de encaje de Flandes que cubren las aras; la blanca pelliz; el alba deslumbrante; el diminuto lavabo. Todos éstos son los bajos de la Capilla Real, así como los tres ó cuatro *fustanes* son los de las judías que nos quitan el juicio. Este pillo los habrá con-

tado? va á decir algun mojigato que sabe y no confiesa, ó algun santurron que á fuerza de fealdad y bobería no da noticia de estas cosas. No los he contado; mas sabemos todos por tradicion que Clitemnestra se ponia desde luégo enaguas de lienzo medianamente suave, hasta sobre la corva; en seguida unas de liencillo asargado con cordones azules gruesos como el dedo mayor, hasta la pantorrilla; despues unas de anascote con vuelos de lo mismo, hasta la garganta del pié; y en fin unas de *grano de oro* circuidas de encaje hecho á mano de vieja de anteojos, la cual, por más señas, chupa tabaco y ayuna los cuarenta dias. Estas últimas enaguas tienen el privilegio de mostrar las orejas al mundo, y estar oyendo los disparates con que los enamorados de profesion regalan á su dueña. Dicen los malsines que hasta ahora poco nuestras Cleopatras se echaban en lo más recóndito una cosa como pollera de un género como bayeta, la cual suele ser blanca, y algunas veces, para mayor condenacion, amarilla. Quédanos el consuelo de que nosotros no hemos alcanzado esos feos tiempos, y de que nuestra inocencia no se hundiria, puesto caso que triunfase la serpiente, sino en abismos de inmaculado vírgen lino.

Y nuestro ruso ¿dónde se halla? Tenemos especie de haberle visto en la Siberia septentrional, contemplando maravillado un objeto que está llenando sus ojos y su espíritu. Mas no pasaremos á tratar de él, ántes de que hubiésemos concluido de vestir á la linda Aimatocare, camareros y gentiles hombres de esa princesa del monte; Aimatocare, serafin del reino animal,

suspiro de poetisa consolidado por el céfiro que desciende por los nevados, bajando del arco íris. Las dos alas primeras, como queda dicho, eran de tul fino y transparente, blancas, puras como el alma de un niño hijo de dos santos; las de encima, las principales, al contrario, eran el resúmen de los colores y los resplandores juntos, revueltos en inextricable laberinto. Desde la simple línea recta hasta el círculo, obra maestra de la ciencia de Euclides, todas las figuras geométricas estaban allí. Paleta que manejara un ángel para pintar el cielo, las alas de Aimatocare contenian matices y tintes desconocidos para nosotros. La luz, en sus mil secretos con las materias colorantes, habia formado un mundo reducido en la figura del insecto prodigioso. Del blanco al negro, pasando por todas las combinaciones, todos los colores hacian figura en esa frágil tela: azul oscuro, azul celeste: rojo subido, sangre de toro: verde vejiga, verde madroño: amarillo tostado, semejante al de las águilas americanas; amarillo claro, como el de las onzas godas: negro superfino: violado: púrpura de Melibea, de todo habia, por menor, en esa arca de Noé de los colores, juguete admirable donde el sol estaba haciendo un nuevo milagro á cada rato. Si las alas blancas le servian de enaguas á la bella Aimatocare, las segundas eran como la casulla bordada de oro con que pontifica el arzobispo; ó como el laticlave primoroso con que se ennoblecian los romanos en los grandes dias de la libertad y los dioses. Aimatocare, tesoro de la ciencia, hubiera sido la corona del gran museo zoológico de Londres, el alma del Jardin de Plantas de Paris. Los dos naturalistas no hicieron mucho con haberse anonadado

á puros ultrajes; debieron haberse rompido la cabeza. Antonio perdió el cetro del mundo y la vida juntamente por la reina de Egipto, esa bellaca digna del amor de Júpiter y de Julio César. El hijo de Sofronisco y Fenareta fué el más virtuoso de los griegos, Platon el más sabio, Diógenes el más pobre : Xenócrates, en mi humilde opinion, fué el más tonto de todos : el que no se ha suicidado siquiera dos veces por dos ó tres mujeres, no alcanza ni mencion honrosa en los Arrestos de Amor. Leandro y Diego Marsilla valen más que el hombre de mármol de la hermosa Lais.

Ahora venga de nuevo nuestro ruso Anthoskoff, el cual, si se ha llamado Ivon, será don Juan, pues babeis de saber que Ivon en lengua moscovita es Juan en castellano. Sucedió por casualidad que fuese 2 de enero el dia en que el sabio llegó á la Siberia septentrional. Un océano de nieve se dilata á sus ojos : todo es albo y cristalino ; mas si el viajero no estaba debajo del poder del sueño, no era otra cosa que un jardin real y positivo el que tenia por delante. Tallos erguidos, á un metro de altura, sustentan cada uno tres ricas flores en figura de estrella. Esta flor prodigiosa se compone de tres hojas: cinco son sus estambres : mil diamantes diminutos están brillando en sus extremos, diamantes como cabezas de alfiler, donde se mete el íris achicado adrede en culebritas como espíritus casi invisibles, y se mueve á modo de colibrí que no aquieta las alas ni un segundo. Estos diamantes pequeñuelos son la semilla de la planta, semilla que, regada en el Paraiso, hubiera dado una generacion de ángeles animados del amor del mundo. Los estambres

se entrelazan de mil maneras, y forman un inextricable tejido, que no es sino la red donde se queda presa la sabiduría. Bien así los pétalos como el tallo están propendiendo al Norte, reino de la nieve. Anthoskoff, medio despierto, medio en sueños, temblando de placer, se llega á una de esas plantas, la toca... Un montoncito de polvo luminoso cae debajo de su mano. La flor habia sido de nieve, frágil y delicada como quimera de felicidad que se desvanece al menor ruido. El sabio recogió con mucho trabajo una narigada de ese polvo, y lo guardó como si fuera la viva ceniza de la ciencia, reliquia que liberta de los maleficios de la ignorancia. Cuando volvió otro dia á ese campo de azucenas fantásticas, todo habia desaparecido : concurso de almas bienaventuradas, tornaron á la gloria, despues de haber cumplido algun piadoso objeto. La flor de nieve no se produce espontáneamente sino en la Siberia septentrional : rompe el hielo el primer dia del año, vive dos más, y muere para doce meses. Anthoskoff, alborozado, feliz con su simiente divina, vuela á Sanpetersburgo y la siembra en una capa de hielo. La inquietud, el ánsia con que esperó un año, no son para descritas. El 1° de enero el emperador, su corte, la Academia de Ciencias, convidados por el naturalista para ese casto y puro alumbramiento, vieron con sus ojos que el alma de la nieve la habia roto y se estaba presentando al mundo. El emperador le echó los brazos al cuello al sabio, y le agració en seguida con el título de conde. Mirad si una rústica flor de la Siberia no ennoblece tanto como la Rosa de oro del Vaticano, ó como el Toison que condecora á los nobles de primera clase. El naturalista Anthoskoff,

hombre de humilde orígen, es hoy conde Anthoskoff: sus hijos serán nobles desde la cuna y ornato del imperio.

A ley de cristianos prescindiríamos de hablar de la nobleza criolla, no yéndonos nada en traer á ménos una buena parte de esta noble asociacion mestiza á la cual pertenecemos; ni fuera de provecho alguno irnos agua arriba por el abolengo de nuestra sediciente aristocracia hasta dar en el Potro de Córdoba, el Azoguejo de Segovia ó la Playa de Sanlúcar. Y no es manera de decir, ni se tome ésta por la expresion de la malevolencia; que las declaraciones de la verdad son todavía de ménos favor para ciertos reyes de abejas que se juzgan naturales al mando y los haberes juntos en la tierra de los indios. Antes oigamos á uno que nunca juró falso, ni mostró mal querer á nadie, sino fueron los moros. « Viéndose tan falto de dineros (don Felipe de Carrizales), y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio que otros muchos perdidos se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres *... » Ahora bien, ¿cuántos de nuestros nobles no descenderán de don Felipe de Carrizales? Ya oigo el severo expresarse, no solo de los aristócratas indianos,

* Cervantes, *El celoso estremeño.*

mas aun de los demócratas de buena ley, los cuales ni por las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo quisieran provenir de los *cicateruelos de Zocodover*, los *esportilleros de Sevilla*, y todos esos *mandilejos de la hampa*, que dejando desiertos los Percheles de Málaga, las Islas de Riarán y la Olivera de Valencia, se acogian á estas nuestras buenas Indias Occidentales, donde sembraban su descendencia ilustre, bien como el atrevido capitan que metiéndose en el mar Pacífico hasta la cintura clavó el pabellon de los reyes Católicos. El que nos señalase á la animadversion de nuestros compatriotas, daria golpe en vago, pues de estos tristes recuerdos pensamos sacar nuestros mayores títulos á la gloria, puesto que nos sea lícito gallardearnos al modo de los siete sabios. Interrogado Bion por el rey de Macedonia acerca de sus padres: Señor, respondió el filósofo, soy hijo de un liberto deudor fallido y de una ramera; y citó este verso del ciego de Esmirna :

Desciendo de esa sangre y me glorio *.

Antígono comprendió á qué centro tiraba sus líneas el sabio, y redobló para con él las muestras de respeto y consideracion. Ser hijo de un liberto y una ramera, y levantarse por la nobleza del corazon y el vigor de la inteligencia al primado de la sabiduría, es ser grande verdaderamente. Mileto, cuando ponia el trípode de Elena en manos de Táles, no pensaba sin duda que su gran ciudadano se conceptuaba inferior al hijo del deudor fallido. Consultado el oráculo por bien de paz, or-

* Diógenes Laercio, *Bion*.

denó que esa prenda que contenia los secretos del destino fuese ofrecida al más sabio de los griegos. Táles se la pasó á Bias, Bias á Bion el hijo de la ramera. Mas como sabio, éste debia ser modesto; se la pasó á Solon, y de mano en mano volvió á la de Táles: círculo sublime en cuya órbita giran armoniosas cordura, modestia y sabiduría, cual tres esferas animadas en cuyas entrañas viene sonando la música del cielo.

Considerar la verdad por su aspecto filosófico no es ofender á nadie: hay plumas que son como el áspid sagrado, no pican sino á los malos. Cervantes tendrá razon, por otra parte, mas no sin amplias restricciones: los fundadores de mil ciudades, los preceptores de la religion y la moral, los maestros de las ciencias y las artes, hombres de bien han de haber sido, y no todos gente hampesca ó de la vida airada. Y esos aventureros fabulosos que acometian empresas tales, que al andar del tiempo serian tan puestas en controversia como las de los héroes de la Ilíada, si la historia no estuviera ahí apalancando contra la duda ó la incredulidad de las futuras generaciones; esos soberbios castellanos, caballeros sin miedo, aunque no del todo sin reproche, que así miraban por su Dios como por su rey y su honra, se habrán echado al mar desde la Héria de Sevilla, pidiendo licencia á Monipodio? Calle! los conquistadores del nuevo mundo no se llamaban Chiquiznaque y Maniferro, Rinconete y Cortadillo; se llamaban Francisco y Gonzalo Pizarro; se llamaban Pedro Alvarado y Sebastian Benalcázar; se llamaban Hernan Cortés y Pánfilo de Narvaez; y los que iban viniendo no eran ménos que

Blasco Núñez de la Vela, Pedro de la Gasca, y luégo el apóstol del verdadero cristianismo, el ángel de la guarda de los indios, Casas, el divino Casas. Y aun cuando éste y los de su condicion no habrán contribuido á poblar el nuevo mundo, no es ménos cierto que moralizaban á los pobladores, en cuanto les era posible, con sus exhortaciones y su ejemplo. Los vireyes, capitanes generales, oidores, recaudadores y más empleados de alta jerarquía que venian de la metrópoli, eran hidalgos, sin duda, y acaso grandes de España ; puesto que es verdad que las mujeres honestas no tomaron parte en la conquista ni en los establecimientos posteriores, y, ménos Amazonas que las del Termodonte, se dejaban estar sentaditas en sus estrados, influidas del refran que dice, — la mujer honrada la pierna quebrada y en casa. Si algunos de los empleados principales trajeron á las suyas, con ellas se volvieron á su patria, sin dejarle al nuevo mundo sino los bastardos. Que esto no os desconsuele, nobles : Don Enrique de Trastámara fué tambien bastardo, y rey por la gracia de Dios y su cuchillo. Si pues esos buenos castellanos, estremeños, aragoneses y andaluces andaban á cuestas la una cruz y la otra no, de presumir es que la numerosa descendencia con la cual poblaron la América hubiese provenido de alguna parte; máxime cuando los españoles no eran hombres que se dormian en las pajas, ni de San Antonio nos traian sino el puerco. Las indias pusieron la mitad en esta gran familia americana, y de ellas y los Almagros, Sotos, Valdivias, Quesadas, Encisos, Ojedas se ha formado esta hibridacion admirable, tan superior por la sensibilidad como por la inteligencia. Las castas más finas y precia-

das entre los animales nobles provienen del cruzamiento de las razas ; y si se da que un agente superior fecunde á la hembra, el efecto de esta union misteriosa es bueno sobre toda ponderacion. Las yeguas de la Bética, movidas de amor inexplicable, se ponian de frente hácia la aurora, tan luégo como se levantaba el céfiro ; y, abriendo las fauces voluptuosamente, aspiraban con ahinco las ráfagas de ese invisible galan : de este placer fantástico nacian los caballos de los héroes. Si el egoista semental sospechara esa poética infidelidad, todavía no se diera por ofendido : ya os dije que el viejo Ariston tuvo á gloria prohijar al hijo de Saturno.

Las frutas más suaves y gustosas son las provenientes del ingerto : durazno y manzana, membrillo y pera. Así el español y la india, el español y la negra, el español y... Por dicha nuestros bosques nunca han servido de templo á las salvajes divinidades que habitan los del África, sátiros, silvanos, faunos, títeres, ó sean orangutanes, jocos, pongos, mandriles y otros miembros de esa real prosapia. Dicen que los españoles tenian predileccion por sus esclavas, lo cual es muy probable : la robusta clase que dirige las riendas del gobierno, empuña la espada, mueve la pluma y ase el cayado en la América del Sud, atrás del cútis europeo deja ver cómo corre veloz la sangre ardiente agitada por una gota de ébano disuelto en un licor encantado. Las hadas blancas poseen el secreto de esa prestigiacion sublime : Melisa é Hipermea cuidan de sus caballeros. Los que se cierran en ser cachupines puros, están á riesgo de ir á encontrar su abuelo en Peralvillo. No creeremos en su sangre sin

aligacion, aun cuando, nuevos Barcochebases, vengan echando llamas por la boca. Ah, sí, ellos son los hechiceros, ellos los magos, ellos los profetas! No llaman hasta ahora *chapetones* á los tontos? Cuando á uno le digan *chapeton*, tenga él por bien averiguado que lo que le dicen es jumento. Y no que con esto tire nadie á zaherir á nuestros mayores; cuándo! Los compatriotas de Quevedo, Moratin y Larra no son *chapetones*: chapetones son estos mestizos que fincan su nobleza en la ignorancia, y se prevalen del dinero para apellidar aristocracia, olvidando *la cuarta* que tienen en las venas. El *de* y el *de la*, eslabones con que algunos ilusos han esclavizado su nombre á su apelativo, no indica sino la vanidad de esos inhábiles Vulcanos: la red con que el dios cojo pilló á Marte era más fina. Los grandes de primera clase se llamaban en España Juan Enriquez, Silva Mendoza y Sarmiento, duques de Medina y Marqueses de Rivadeo; se llamaban y se llaman Pedro Giron, Angel Saavedra, Juan Prim, sin *de* ni *de la* que los aplebeye por el vanistorio. Los Moncadas y Requesenes, los Rebellas y Villanovares, los Palafojes y Rocabertis, los Cerdas, Manriques, Guzmanes y Mendozas; los Alencastres, Palles, Nuzas y Meneces tenian en la cuna lo necesario para no pedir al *de* la pureza de sangre que acaso les falta á los que por ahí lo tienen garrafiñado. En Francia el *de* es inseparable de la nobleza, lo mismo que en Alemania: *von* Moltke, *von* Arnim: en España no es necesario, y lo usan los que quieren, *ad libitum*, dice Fernan Caballero. En Inglaterra tampoco se usa el *de*: nunca se ha dicho John *of* Buckingham, William *of* Pembroke, sino Juan Buckingham, Guillermo Pembroke.

Lord Byron se llamaba Jorge Górdon. El que tuviese en las venas sangre de Duchicelas seria tan noble como el que la tiene de Orleanes; y descender de la reina Paccha vale tanto como ser nieto de Catalina de Rusia. Si va á los negros, ¿porqué no suponer que nuestras abuelas fueron princesas de esas que, caballeras sobre livianas avestruces se desflechan cual sombras encantadas por los arenales ardientes de su patria? Sabido es que el vencedor cautiva al pueblo vencido en esos países bárbaros, y lo vende príncipes y princesas inclusive: aun puede ser que vuesasmercedes, grandes señores de las Indias, hubieseis cabalgado en avestruces, ménos ha de cuatro siglos, cuando Huaina Cápac traia á sus piés al viejo Pichincha, hiriéndole en la frente con el cetro de los Incas.

Que hay en la América meridional clase noble por la sangre y por las obras, nadie lo pone en duda, segun es preciso que la haya en todos los pueblos de la tierra; pues aun cuando remontando por su genealogía hasta ponernos en Toledo, Madrid ó Zaragoza hallásemos que no todos nuestros aristócratas descendian en linea recta de los Zúñigas de Villamanrique ó de la gran casa de Béjar, todavía es verdad que la sangre se ennoblece, como se puede ennoblecer una casta de animales, como se mejora una planta, mediante aquellos procedimientos que eliminando el mal principio hacen prevalecer el bueno. El cruzamiento de las familias con tendencia á mejorar de continuo, acaba por azular las venas, y á la vuelta de algunas generaciones prepondera lo mejor, dejando en el pecho huellas casi imperceptibles de los

agentes sojuzgados. Los Médicis de Florencia fueron en su orígen simples mercaderes, hijos del pueblo por el mismo caso; y andando el tiempo, de entronque en entronque, llegaron á ser de la primera nobleza europea, y aun á sentarse en más de un trono. Tanto como esto pueden las riquezas bien usadas, siendo como es la liberalidad sabiduría de la ambicion. Liberalidad cuerda y grandiosa; no el labrar gratitudes individuales, que tampoco es malo; liberalidad practicada en favor de la asociacion general, las luces, las buenas costumbres y otras cosas altas y profundas; liberalidad, en fin, que vuelve nobles y señores de pueblos á los que la ponen por obra. A nuestros nobles los pintaria Miguel Angel la una mano extendida hácia la banda presidencial, la otra apretando la faltriquera. Miel en la boca y cierra la bolsa: mala política. Y aun muy felices si no les pusiera lo que le puso á cierto miembro del Sacro Colegio en su gran cuadro de los Números. Tan instruidos son la mayor parte de nuestros aristócratas, que hay que decirlo claro: ¿Saben lo que le puso Miguel Angel al consabido cardenal? Orejas de burro, como lo puede ver en la capilla Sixtina cualquiera que viaje á Roma. Y no otra cosa les pusiera, si está ya bien averiguado que la aristocracia sud-americana reconoce por sus progenitores legítimos á cuanto gallego y asturiano concurrió á la conquista de las Indias. Borbones, Borbones de las Indias... Barbones, cuanto quieran: Hudibrás fué barbon; á Melgarejo, canalla de orígen desconocido, le he visto retratado con barbas de Zoilo; Lucifer peina unas rucias formidables:

Gl' involve il mento, e su l' irsuto petto
Ispida e folta la gran barba scende;
E in guisa di vorágine profonda
S' apre la bocca d' otro sangue immonda.

Barbones de las Indias, ah, Barbones... Como fueron sus ascendientes así son ellos, si enemigos del saber, si extraños á las virtudes. Sin luz ni amor, sino con el orgullo quieren regirlo todo. Andar, son hombres y llenos de flaqueza.

El mal no estaria en que hubiese entre nosotros clase aristocrática, sino en que ella no fundase su nobleza en la superioridad del carácter y la ilustracion del espíritu, dirigidos sus esfuerzos al cultivo de las virtudes públicas y privadas. En las diferentes repúblicas hispano-americanas muchos debe de haber, y los hay sin duda, que siendo parte de familias principales, se entregan muy de propósito al cultivo del corazon y el entendimiento, por medio del estudio y las consideraciones filosóficas; con cuya salvedad podemos ya decir que, por la mayor parte, nuestros príncipes republicanos son caballeros de capa y espada, que echan por el camino del menosprecio de las letras humanas, siendo á su vez el ludibrio, y con razon, de los que se adornan con ellas. Señorones condecorados cuya venera es la ignorancia, andan garbosos con las insignias del espíritu malo: soberbia, codicia, lujuria, cruces de Satanás. Este emperador es muy amigo de la nobleza; de la falsa,

que la verdadera no consiste sino en el señorío del alma. Si los trajésemos al cepillo á esos grandes señores, las que nos cayesen bajo de él no serian sus mayores asperezas. Desalados por los bienes de fortuna, tienen en poco la honra, y se van con el turbion de la codicia, que da con ellos no pocas veces en la infamia. Tanto como esto son difíciles los hechos generosos para los que han recibido poco de la naturaleza, siendo al propio tiempo los engañados de la suerte. En la vida social no se hacen con los pobres; y cárguelos Judas si pudieran vivir sin ellos: necesidad de unos es abundancia de otros. Y como en este mundo feliz donde la república ha nivelado las clases, no hay sino las riquezas que prevalezcan despues del talento, resulta que por allegarlas sueltan la rienda á las peores pasiones, y se van tras ellas adonde quieran llevarlos esas divinidades tenebrosas.

Las riquezas son, pues, el fundamento de la aristocracia hispano-americana, atento que ni la ley reconoce títulos, ni las costumbres les hacen á los aristócratas preferencias debidas á sus memorias solariegas. Los últimos marqueses, marqueses de hecho, no de derecho, han desaparecido de la América democrática, y no muestran semblante de volver en ningun tiempo víncu- los ni mayorazgos, sino es en un oscuro rincon donde se echa de la universidad á los plebeyos, se vuela de los beneficios á los curas aindiados, y se da el escándalo de discutir en el Congreso si el más corpulento de los eunucos acepta ó no las insignias nobiliarias que han comprado en Europa con las lágrimas del pueblo. Hay con

todo familias que se aferran sobre sus tradiciones, y otras que han fundado dinastías domésticas por su cuenta y riesgo, tan en su punto la soberbia, que se dejan consumir en sus casas, ántes que prestarse á enlaces deslayados que las traerian á ménos en el concepto de sus cofrades de Rusia y Alemania. Como de esas ha habido en una ciudad de la nacion más democrática y liberal de sud América en la cual la democracia hizo estragos tales, que el recinto sagrado de la nobleza quedó para guarida de ratas y murciélagos. *Jerusalem deserta facta est.* Cansadas de la cruz que San Jerónimo ofrece, pero no ayuda á llevar, las infantas vinieron en buscar remedio á su cuita; y como frisase con los treinta años, la primogénita miró por sí con el mayordomo de la hacienda. La segundona, envalentonada por el ejemplo de su hermana mayor, anocheció y no amaneció, como suelen decir; y como lo propio habia sucedido con el sastre del portal, los malsines quisieron suponer que habia sido de concierto con la hermosa Briolanja. La última no quiso ser para ménos, y del pié del confesonario, tomó las hebillas de don Diego, como dice un gracioso hablador, con el zapatero de la esquina. Añade la maledicencia que el sastre era remendon, y el zapatero lo era de viejo. Pongo á la consideracion de legos y letrados si los cachorrillos de esos hábiles artistas no traian ya en las venas más de libra y media de sangre de Puñonrostro y Sabioneta! Las reinas madres, de puro enojo, se rindieron á la sepultura; dispersáronse los criados, y la mansion de las Musas quedó como si por ella hubiera pasado Atila. La carta de San Jerónimo á las vírgenes de Hermon llegaria tarde á esa ciudad.

« Sembrarás con lágrimas, á fin de cosechar con alegría ; cubrirás tu cuerpo con un horroroso cilicio, que es el vestido que más agrada á Jesucristo. » *Manco male :* á los ermitaños de la Tebaida el seguir estos consejos. Un cierto grande y venerable cura á quien tengo el honor de conocer, los sigue letra por letra : cuando ha de montar á caballo, hace llamar con campana á sus feligreses para que le ayuden á alzar la pierna : No me toquen, no me toquen, no me toquen por los cilicios! exclama, y monta con mucho trabajo. Esto no quita que sea el padre de su pueblo, como Inocencio VIII, y que siga aumentando la poblacion, por que aun no es viejo. Pobre San Jerónimo, cómo le engañan sus devotos!

Montesquieu, en su gran estilo, ha dicho que los conventos son abismos siempre abiertos donde se hunden las generaciones venideras : así las casas que cierran la puerta al Himeneo son dragones que devoran á los que deben nacer, y destruyen en el seno de la nada los mejores frutos de la naturaleza. Esa amable divinidad se venga con furor cuando la desprecian y la irritan : á falta de Adónis y Narcisos, buenos son para ella sastres y zapateros. El que está esperando señorones para casar á sus hijas, corre peligro de entregarlas á un príncipe de Cavalcanti. No ha mucho llegó á Quito un primo hermano del emperador Francisco José con el título de *conde de Churimburgo.* (Les perdono la vida á los lectores suprimiendo las diez ó doce consonantes que traia el nombre verdadero del príncipe aleman.) No gozaba de renta sino la bicoca de mil pesos diarios el pobrecito; mas traia carta blanca de Su Majestad impe-

rial sobre todos los banqueros del nuevo mundo. Unos á ofrecerle sus casas, otros á ponerle á su disposicion sumas competentes de dinero; estos á sacarle en coche, esos á lustrarle las botas; tales á darle mesas de once, cuales á pedirle su retrato, se afanaron de suerte esos buenos dervises y santones de la bienaventurada Quito, que si el conde se les muestra más propicio, se lleva diez vestales por lo ménos, siquiera para azafatas y meninas de la emperatriz su cuñada, ó para damas de honor de su augusta esposa, si él viniera en tomar estado por su parte. Y son pocos los pisaverdes y pisanegros que querian irse de guardamanjieres y maestresalas de Su Alteza! Tal se enmadriga el pueblo en la plaza de San Pedro cuando Su Santidad le echa la bendicion desde una ventana del Vaticano, tal se arremolinaban nobles y plebeyos en la casa *del conde,* por si éste quisiera enseñarles el hocico entreabriendo la puerta de su sala. El conde por aquí, el conde por allí: primero que ir á misa, las viejas habian de pasar por la calle del conde; y las muchachas se vestian de mendigos para ir á verle, aun cuando no fuera á la luz del sol. Sabian éstas, sin duda, el refran que dice, á la mujer y á la tela no las cates á la vela; pero como el conde parecia no ser hembra, bien se le podia ver de noche. El shah de Persia no llamó la atencion por tal extremo en Paris la curiosa y novelera. Para desesperacion de la aristocracia, se fué el príncipe: no haber podido conseguir un mechon de pelo del conde! Con un tris de uña se hubieran contentado para ponerlo en relicario. A la vuelta de seis meses, el primo hermano del emperador de Austria estaba en el presidio en la Habana. Era un famoso caballero del

milagro, lo que se llama un refinado pícaro. Esperen los aristócratas príncipes y condes para casar á sus hijas. Si por bárbaros nos tienen esos pillos de franceses, razon les sobra : de un infeliz procurador judicial que pasa al nuevo mundo, y se corona rey de Araucania, á un jornalero de Estrasburgo que viene y funda casa de nobleza en una de las capitales de la América civilizada, no va mucho. Su Majestad Aurelio I sabe cuántos azotacalles de Lion, cuántos metemuertos de Marsella, cuántos destripaterrones de Ruan, cuántos echacuervos de Paris, casándose por las nubes vienen á ser de la aristocracia de Quito, Carácas, Bogotá y otras partes? Aun muy dichosa la princesa si su novio no es siete veces casado, de esos que se casan cada vez que pueden, y se hacen bautizar por especulacion, como ya hizo en todas las ciudades del Ecuador cierto aleman de no rancia memoria. Y esos pecadores de obispos abriéndose la boca un palmo en los *Te Deum* que se cantaban á cada bautizada de aquel honrado tudesco! No iban á dejar dentro de poco un protestante en Alemania, teníanlo creido : Augusto Nicolás y Donoso Cortés se llevaban de calles á Lutero. Usted no se bautizó en Quito? le preguntaron en Guayaquil á aquel maduro neófito, como se acercaba á la pila bautismal. « Yu mi bauteze dunde llega, » respondió con loable franqueza el teuton en buen castellano címbrico. Garcia Moreno le trajo al banco del imperio, y mandó levantarle auto cabeza de proceso por hereje. Mas sucedió que á la sazon desembocase en el Pacífico un acorazado prusiano de los de á doce por banda, y el siete veces católico se fué sano y salvo y muy fresco á continuar su bautismerio en el Perú, acre-

ditando así los progresos del catolicismo. García Moreno aun no deja de hacerse cruces, *præpostera :* el diablo se santigua por atras.

En no viniéndoles á la mano infantes, delfines, czarewitches, ó principes de Gales para yernos, los nobles de las Indias suelen circunscribir por tal extremo el círculo de sus relaciones conyugales, que muchas veces los matrimonios no salen de la familia, privándose voluntariamente de girar en la órbita inmensa del género humano. Bien así el gran Sofí de Persia juraba en el acto de su coronacion no beber agua sino del rio Chauspez, secando, en cierto modo, el universo para el rey de los reyes, cuando por el contrario este gran monarca debia hallar en donde quiera levantada la copa de los dioses. En algunos pueblos las leyes han extendido la prohibicion del matrimonio hasta el tercer grado de consanguinidad, despues que la fisiología ha puesto de manifiesto cuán en mengua de la especie obra la propagacion entre próximos parientes. Tiene secretos la naturaleza que nunca le serán revelados ni á la ciencia mas profunda, acerca de los cuales lo más sabio es respetarla, sin requerir ahincadamente sus entrañas. Sabemos que los hijos de dos primos hermanos, verbigracia, nacen á riesgo de no sacar lo de sus padres, sí éstos tienen lo de Salomon : pues atengámonos á esta ley de nuestra buena madre, sin importunarla respecto á las causas de semejante capricho, el cual bien puede ser un gran principio en el órden de las cosas. Si los padres no son de lo mejor en lo tocante á la cabeza y el corazon, peor todavía; los hijos no serán idiotas por

pura gracia del cielo. Mas á poco que insistamos en el menosprecio de ciertas disposiciones tácitas del Hacedor, las cuales son explícitas por sus efectos, ya nuestra descendencia frisa con el cretinismo, sin que nazca asegurada contra las escrófulas, los lamparones, la sordera, la mudez y más achaques de que adolece el mísero del hombre. Se ha echado de ver que las familias que no se emparentan con otras, cruzándose entre personas ajenas á los lazos de la sangre, raras veces gozan de ventajas intelectuales y morales, hallándose mas bien expuestas á ciertas enfermedades, incurables por lo que tienen de naturales. Hay árboles bravíos cuyo fruto salvaje no se presta al paladar, ni lo suavizan jamas, si no le obligan á producir en junta de una rama de otro árbol : así los individuos de la especie humana suelen dar frutos silvestres inadecuados para la cultura, si no buscan en otra rama el jugo con el cual deben mezclar el de su corazon. No es raro ver casas donde todo es ineptitud, sin un rayo de luz que caiga sobre la funesta lobreguez de la razon y el alma, las cuales envueltas en la soberbia van rodando sin conocimiento al olvido, pasando por el menosprecio de sus semejantes. Estas casas por la mayor parte suelen ser aristocráticas, de esas para cuyos hijos no hay pareja en toda una ciudad, que obligan á los varones á casarse por ahí á furto, y vuelven histéricas ó locas á las mujeres, ántes que darlas por esposas á hombres que no cuentan entre sus abuelos Arjonas y Benavides de Leon.

Si en el Banquete de Xenofonte propusiera uno este punto á la consideracion de los convidados : obra con-

forme á la razon, la equidad, la piedad el padre que deja consumirse á su hija en las ansias de una soledad contra naturaleza, ántes que entregarla por compañera de la vida á un hombre de bien cuya sangre no es tan pura como la de ella? Ya oigo la respuesta del divino Sócrates: No puede obrar conforme á la razon, puesto que se opone á los fines de la naturaleza; no á la equidad, puesto que le frustra los derechos inherentes á la especie humana á uno de sus miembros; no á la piedad, puesto que condena á una hija á los tormentos infernales en que gimen el corazon y los sentidos encadenados. Será justo, cuerdo, piadoso el hombre que gusta de ver á una hija convelerse en las contorsiones de la epilepsia, echar espuma por la boca, rechinarle los dientes, la cabellera revuelta, el vestido en impúdico desórden, primero que verla tranquila y virtuosa en un hogar modesto, adorada y servida por un hombre sin tacha, feliz con las caricias que hace á sus hijos pequeñuelos y las que de ellos recibe? La sabiduría de Dios no sufre contraresto: ella puso la soberbia como el primero de los pecados capitales. ¿ Y qué proporcion guardan la humildad cristiana, la caridad, la piedad de ciertas mujeres realmente buenas, con la ira en que se inflaman cuando un hombre á quien juzgan inferior solicita la mano de una de sus hijas? Mantenerlas y obligarlas á morir en ese doloroso aislamiento en el cual no saborean las tiernas afecciones y los legítimos placeres con que la Providencia ha querido descontar los quebrantos y dolores de la vida, es transgredir las más santas leyes y hacer pié contra el Todopoderoso. Manifieste esa familia infatuada y orgullosa las ventajas de abrigar en su seno

una ó más jóvenes entregadas á esa horrible brujería del histerismo, padeciendo por su parte y haciendo padecer á todos, y le podrá ser remitido el crímen de la mutilacion humana. ¿Qué es sino una mutilacion el secuestro de un miembro de la especie, matándole en las entrañas del porvenir el fruto que debia ser gloria del Creador y propia alegría? Hace además un maleficio sobre las facultades del corazon y el alma, las cuales permanecen bajo una oscura capa de insensibilidad, si no se las despeja halagando á la naturaleza con aquella variedad honesta de que gusta en sus misteriosas aspiraciones. La union conyugal entre primos hermanos, entre tio y sobrina ó viceversa, es error que redunda contra el perfeccionamiento del linaje humano, fin al cual todos sus miembros han de tender por conveniencia y obligacion. Pero los nobles, en ciertas ciudades no muy populosas, entroncan entre sí, y de ellos salen esos como sátiros cuyos disparos son pura obra de la carne, estando dentro de ellos el alma sepultada en pesado sueño, del cual no se despierta ni un instante. En las grandes ciudades en cuyo circuito las clases son harto numerosas para que las familias todas no sean una misma, pueden cruzarse entre personas de condicion análoga: de esto proviene quizá el que la aristocracia en las naciones europeas compita con la democracia en las producciones del entendimiento, los elevados y fuertes impulsos del corazon, el cultivo, en una palabra, de la sabiduría y las virtudes, las cuales son en realidad la única gloria del género humano.

En las ciudades de la América meridional, de escaso

número de pobladores, la clase aristocrática suele ser de suyo reducida, enlazadas las familias por estrechos vínculos de sangre. No contentas con esto, hacen lo posible por que uno de sus miembros no salga del hogar, y allí le casan con su prima hermana ó con su sobrina; aun muy dichoso el mancebo si su novia no es su tia, no embargante la peluca ni la pechuguera inveterada. Pues cómo, cuándo han de mejorar su condicion moral, si léjos de propender al pulimento y la lisura del alma, la embastecen y achaparran? No es raro ver á algunos *grandes señores* de los de capa y gorra empeñados de continuo en ser los primeros en la gradacion política, y quedarse con la mano extendida hácia el baston del mando, á causa de su incapacidad, sin que afloje empero su ambicion al desengaño repetido. Hay incapacidad intelectual é incapacidad moral: el talento no suele ser bastante para los fines de la ambicion, si no se le impulsa con la fuerza del valor, untada la rueda con ese filtro mágico que se llama liberalidad. A falta de estas prendas, conviene la impetuosidad del huracan y la fuerza del leon en el carácter; si nada de esto concurre en el ambicioso, habrá de ser el hijo de la fortuna, de esos á quienes proteje Satanás para mayor gloria de su reino. Los tesoros nada pueden, si no toman su esplendor de la largueza; y aun ésta, si no la lleva de la mano la cordura, no grangea sino ridiculez. Inteligencia necesitamos hasta para los vicios, esos vicios mayores de marca que acreditan la elevacion del ánimo en esos corrompidos que no temen ni mutilar las estatuas de los dioses, sintiéndose, como se sienten, grandes hasta para el crímen. El que es ambicioso como Alcibía-

des, ha de tener su inteligencia, ha de ser valiente como él, hábil y predominante por las dotes físicas y morales. Lépido, rico y tonto, fué la burla de los romanos. El mundo es del genio, como en manos de César; de la habilidad consumada, como en las de Augusto; de la fortuna y el crímen, como en las de Domicio Œnobarbo. La fortuna suele ponerse muchas veces en lugar del mérito, y esta es la negra perversidad del mundo; pero cuando obra la gran virtud de las cosas, en vano lucharia Esau con Jacob en el vientre de su madre.

No queremos decir que á un pobre esguízaro se otorgue al punto la mano de una niña hermosa, cuando tras la belleza y la principalidad el dios Oro, de recio corazon, niega airado su acquiescencia; ni seria justicia rigurosa que socolor de fraternidad fuésemos á deslayarlo todo, trabucando la armonía que debe reinar entre las cosas: la asociacion civil tiene su ritmo al cual no se puede faltar aquí, sin que la disonancia se haga sentir allá: la sociedad humana no es obra de una pieza; son innumerables las que la componen: si las discolocan y revuelven en confuso desórden, todo se viene abajo. Señoronas que van con manto de seda de los de á cinco en pua, no son para la gente de toda broza, y es bien que esperen la de traza; del mismo modo los caballeros principales huirán tanto cuanto de casarse por el barrio de San Antonio, como Pedro Bonaparte. Mas cuando el mérito personal sobresaliente, sabiduría, ingenio, honradez, valor, generosidad realzan á un hombre; honestidad, cordura, diligencia, cultivo, en

fin, de las virtudes femeninas á una mujer, ¿ estará puesto en razon se les descomponga la sangre en prolijo análisis, para sacarle los buenos quilates, y echarles la escoria al rostro ? Dios de la vida ! cuáles son entre nosotros esos Portocarreros de Varon, condes de Medellin ; esos Enriquez y Borja, marqueses de Alcañifas y Almansa ; esos Ramirez de Arellano, marqueses de Hinojosa, señores de los Camareros ; esos Mendozas y Zandobal, duques del Infantado; esos Silva y Manriquez de Lara, marqueses de la Liseda; esos Pachecos y Giron, condes de Puebla; esos Toledos y Fonseca, marqueses de Tarazona; esos Men Rodriguez de Sanabria; esos Espínolas y Aragones; esos Ladrones de Guevara, Saldañas y Moscosos ; esos condes de Gelves; esos duques de Sidonia y de Veragua? Dónde están en América los renuevos de esos ilustres señores, gloria en otro tiempo de la madre patria ? Los *huaches* de Bogotá, los *cholos* de Quito, los *rotos* de Santiago, los *léperos* de Méjico : los *chagras, huasos, gauchos :* los *ños, ñores* y *dones* ; los encamisados y los descamisados, en fin, de toda la América meridional, inclusive la formidable cohorte de zambos, mulatos, cuarterones y quinterones ; todos éstos y cada cual de ellos, si entendiesen de genealogía, pudieran probarle al más pintado caballero que sus abuelas fueron hermanas y moraban contiguas, la una en la abacería de tal calle, la otra en el figon del frente. Cholos y rotos vemos en el dia que serán, sin duda, troncos de familias de la primera aristocracia, segun que se hacen traer ropa de Dusautoy y van con guante de Jouvin : el *pessant lourd et trebouchant clair* de Rabelais entraña hoy más nobleza que la sangre de los Me-

rovingios y los Carlovingios. El judío Rothschild es el *baron de Rothschild,* de la nobleza de Francia; y llévele pateta si halla sus progenitores entre los Montmorency ni los Valois: la cuna de sus padres rodó tal vez entre los harapos del barrio de los hebreos de Francfordia; la tumba del hijo se levantará de mármol de Carrara en *el Padre Lachaise* junto á las de los duques y mariscales de Francia. El *pessant lourd et trebouchant clair* es gran elevador de la condicion humana.

La nobleza es prenda sujeta al vaiven de todas las cosas, prenda que puede ser adquirida, y se la puede perder por el mismo caso. Se la adquiere por los grandes hechos, por el valor ajuiciado, ese valor que constituye el heroismo: casi todos los tenientes de Napoleon vinieron á ser la principal nobleza del imperio, y reyes varios de ellos. Se la adquiere por los servicios á la patria, esos servicios que la ilustran y engrandecen: Bismarck es hoy, no solo cánciller del Imperio aleman fundado por él, mas aun príncipe y deudo del emperador, por una curiosa ficcion de la corona. Se la adquiere por la inteligencia descollante, por las obras extraordinarias de la sabiduría: los Reyes Católicos dieron carta ejecutoria á Cristóbal Colon; Herschell la obtuvo por su parte de Inglaterra. Se la adquiere por las riquezas bien habidas y bien usadas, esas que granjean á sus poseedores la estima y el cariño de sus semejantes, interviniendo caridad, liberalidad, grandeza de alma: el nombre del banquero Laffitte es uno de los que pronuncian con más respeto y amor sus compatriotas. Si Peabody hubiera nacido en una monarquía, habria sido noble de primera

clase: sus millones invertidos en remediar el hambre de los pobres y en ilustrar al pueblo, le habrian hecho duque. No importa que no lo haya sido; es el príncipe de la caridad y la filantropía en una gran nacion republicana. Se adquiere, finalmente, la nobleza por el favor del soberano. Esta suele ser la ménos envidiable. La nobleza de Napoleon chiquito es nueva casi toda: los que le dieron la mano en su fuga de Ham; los que le acompañaron en sus calaveradas de Estrasburgo y de Bolonia; los que le aconsejaron y le apoyaron *el 2 de diciembre,* todos éstos vinieron á componer la nobleza del segundo imperio, sean quienes se fuesen. Una inglesita de Londres, de esas á quienes no hubiera escrito San Jerónimo, fué luégo *condesa de Beauregard,* y moraba en un castillo junto al parque de Saint-Cloud. A lo ménos estas ejecutorias tenian noble principio: Luis Bonaparte no era ingrato: esa mujer le habia amado, servido y mantenido durante el período mas amargo de su destierro; él la hizo condesa cuando se vió emperador. Hizo bien. La gratitud, encarnada en formas puras, es una de las más bellas figuraciones del espíritu.

La nobleza se pierde moral y positivamente: así como los soberanos conceden títulos nobiliarios, y envisten de calidad señoril á una persona, asimismo dan carta desaforada. Una vez anulados los honores y prerogativas, el noble queda plebeyo. Todo el que incurre en caso de ménos valer aplebeya su sangre: el infame no puede ser noble: hay tambien incompatibilidad entre el señorío y la indignidad. Los que dan principio á su enriquecimiento con lucros despreciables, grangerías ruines,

no son, no pueden ser nobles : *el agio,* verbigracia, es una de las formas del robo : el ladron no es noble. Los que tiran á la ruina de sus semejantes por medio de la murmuracion, la difamacion, la calumnia, no son, no pueden ser nobles : la nobleza se contonea en el orgullo de buena casta, y éste es gran señor que mira para abajo á las pasiones viles. Los que se venden á la avaricia, y por satisfacerla vuelven la espalda á la moral, no son, no pueden ser nobles : la nobleza anda con gran prosopopeya por el ancho campo de la liberalidad ; el desprendimiento es su corona. Los que juran falso, profesan la mala fé, practican el dolo malo, no son, no pueden ser nobles : la nobleza jura por Dios y la honra, y no engaña á uno ni á otro ; habla siempre la verdad, *ca ninguna cosa es mas del caballero* que el ponerla por delante en las palabras y los hechos, y mira con horror toda superchería. Los que se arrastran á los piés de un tirano y le rompen á besos la mano podrida en sangre, no son, no pueden ser nobles : la verdadera nobleza es austera, no contemporiza con los crímenes y la corrupcion ; no sufre mordaza en la boca ni cadena en el tobillo. Tan gran cosa es una ilustre sangre, que no apreciarla, es negadez ; enturbiarla con una accion ignominiosa, irreparable desgracia. En estas consideraciones se fundó, sin duda, la más sábia de las sectas de filosofía, cual era la de los estoicos, para sentar este principio : No hay más nobleza que la de las virtudes.

COMENTARIOS

En el año de 1873, tiempo en que fueron escritos casi todos los Siete Tratados, estaba haciendo mucho ruido en América el descubrimiento de una piedra cargada de la inscripcion fénico-púnica que prometia dar indicios acerca del orígen verdadero de los indios del Nuevo Mundo. Cosa formal habrá parecido el hallazgo, cuando el Instituto Histórico de Rio Janeiro pensó que debia examinar aquel testigo insensible de un secreto de los tiempos y las razas humanas, y encargó á un sabio averiguase las revelaciones silenciosas que se querian oir en la Parahiba. Ningun resultado han tenido las diligencias del señor Uladislao Netto, ni nosotros conocimiento de su interrogatorio á la piedra que, dejando de ser sibila benéfica, se habrá hecho, probablemente, impostora maliciosa. Hombre ha habido con la imaginacion necesaria para crear una lengua él solo, inventar una escritura, una ortografía, una sintáxis ; componer una gramática, un diccionario, y echarlos al mundo junto con el descubrimiento de pueblo que no existia bajo el sol. Jorge Psalmanazar y la isla Formosa están acreditando de cuanto son capaces el ingenio y la audacia del hombre. El baron de Humboldt ha visto entre los aborígenes de América y los tártaros semejanzas tales, que se halla en poco de darnos esos bárbaros por abuelos. Las antiguas emigraciones de los pueblos del Asia

del norte no se han perdido por completo en las oscuridades de la historia casi borrada de esos tiempos; y el sabio viajero alude á no sé qué movimientos en globo que se verificaron en épocas remotas, dirigiendo sus oleadas hácia la gran mesa de Méjico, de donde pasarian los asiáticos á la parte de la tierra que hoy llamamos América del sur. Los indios tuvieron su cosmogonía especial: segun ellos la cuna del género humano es el lago de Titicaca, de donde salieron Manco Cápac y Mama Oello, padres de los hombres.

La historia verdadera de la segunda revolucion francesa no se ha hecho todavía: por tras el humo de las Tullerías la vista no alcanza lo que ha sucedido en Belleville ni en los funestos patios de la Roquette. Una viajera, más poética que historiadora, visitó esa terrible prision, y es ella á quien debo la anécdota de Lolive que se adelanta hácia el arzobispo caido de rodillas, y le apaga el revólver en el pecho, al tiempo que el prelado bendice á los sicarios. Procurando descubrir la verdad de las cosas en el teatro mismo de los acontecimientos, he venido á saber que ese cuadro de la viajera americana es tan bien pergeñado como fantástico. Lolive no comparece en la Roquette el espantoso 24 de mayo, ni es Raoul Rigault quien da la órden de fusilar á los rehenes: la dió Ferré, miembro de la Comuna y prefecto de policía: Sicard mandó la ejecucion con el sable de Fortin.

Cuando me he estado paseando en las galerías del Palacio de Justicia, he visto cruzarse á un lado y á otro esos como clérigos que tienen en sus manos los asuntos de la justicia y los negocios de la iniquidad. Esos hom-

bres de ropa talar, bonete cuadrado y patillas bonachonas ¿son ó no para revolucion cuando llega el caso? Sicard, personaje sombrío que levanta el sable en señal de hacer fuego sobre el grupo de clérigos, era un pacífico abogado que estaba de juez de instruccion en ese año. Comia pescado el viérnes, y no carne; se santiguaba tres veces al acostarse; dormia siempre en su casa; iba á misa juéves y domingo: su mujer sabe si era buen católico, y si ayunaba en témporas y vigilias. Llegó la Comuna; Sicard fué de los primeros. Guárdeme Dios de los que se hacen cruces en la boca si bostezan, ofrecen velas á los santos, llaman «hija» á su mujer, y se descubren cuando pasan por delante de una iglesia. ¿Qué culpa tenian de las obras de los *versalleses* el señor Darboy y los jesuitas que murieron en el patio de la Roquette? Verdad es que los dichos versalleses acababan de entrar Paris á sangre y fuego; que habian fusilado por de pronto seis comunistas en la calle Comartin; que estaban dando caza á los que se retiraban al *Château d'eau*; que el «siniestro anciano» se bebia á torrentes la sangre de los incendiarios; pero el arzobispo y sus pobres clérigos ¿qué pito tocaban en ese órgano de Móstoles del demonio? Monstruo ciego es la revolucion, revolucion así con el entendimiento perturbado y el corazon enloquecido. Hagamos revoluciones; pero hagámoslas dignas de la libertad y la moral: acaso la civilizacion ni el progreso tienen sed de sangre, y ménos de sangre inocente?

El tio Luis, soldado del peloton que ejecutó á los rehenes, acaba de morir: en su lecho de agonía contó la verdad, y nada más que la verdad, á un célebre perio-

dista de Paris. Lolive queda fuera de combate; Sicard, el abogado sencillo, el cristiano devoto, se pone en lugar de ese fantasma ensangrentado. El tio Luis citó á Fortin de testigo: Fortin es el único que aun vive de los del famoso peloton; Fortin, secretario de Sicard en el Palacio de Justicia, vive honradamente: es escultor; hace labores de madera para muebles, no con el sable que prestó á su patrono, sino con la cristiana herramienta del operario humilde. Fortin no ha desmentido las revelaciones del tio Luis. Todos los demas han muerto mala muerte: Genton, fusilado el 30 de abril de 1872; Francisco, el guardian de la Roquette, fusilado el 25 de julio: fusilado el tercero, fusilado el cuarto, fusilado el quinto, fusilado el sexto, fusilado el séptimo, todos fusilados: ¡y miren si el tio Adolfo habia sabido donde le apretaba el zapato! El *siniestro anciano* se hartó de sangre criminal, porque los buenos tienen sed de justicia. Fortin, deportado á la Nueva Caledonia, volvió con la amnistía.

Y Sicard? Sicard murió en su cama: juicios de Dios.

DE LA BELLEZA

EN EL GÉNERO HUMANO

DE LA BELLEZA EN EL GÉNERO HUMANO

Los griegos poseian el arte de imprimir direccion á la belleza, y aun crearla, mediante ciertos procedimientos y reglas aplicadas al cuerpo humano, cuando éste, gracias á la docilidad de los miembros, era aun capaz de recibir la mocion exterior que le forzaba á desenvolver sus formas de la manera más adecuada para que resultase un conjunto seductor. Ese arte se ha perdido corriendo á la nada en el flujo de los dias que alimenta de continuo el lecho de la eternidad, sin esperanza de llenarlo ni al cabo de los siglos. Las obras más útiles y portentosas de los hombres, esas que los sabios primeros depositaron en los sublimes monumentos que los ignorantes atribuyen á pura vanidad, no existen, ó la sabiduría moderna tiene que inventarlas de nuevo, si no las desentraña de las tinieblas que habitan las Pirámides y ocultan en su seno los arcanos del mundo. El sistema planetario tal cual lo ordenó Copérnico por medio de su inteligencia casi divina; el del universo, descubierto por Newton, en las Pirámides de Egipto están representados con figuras y geroglíficos que ya admiraron y consultaron los filósofos viajeros de la antigua Grecia. Todo ese depósito de conocimientos inmortales que formaban la ciencia de los sacerdotes egipcios, se

fué al olvido en medio de las revoluciones de la naturaleza, los tiempos y los hombres ; y la ignorancia, que brota de la sangre de la sabiduría muerta por los bárbaros de todas las edades, tiene buen cuidado de ocultar en lo profundo de sus sombras luces y virtudes de las épocas brillantes de la especie humana. Estrellas famosas en la antigüedad han desaparecido de la bóveda celeste ; montañas se han hundido en el globo que habitamos ; animales poblaron las selvas en otros períodos del mundo, que la geología los admira en el nuestro reconstituyéndolos con el detritus maravilloso que los husmeadores de los secretos naturales van descubriendo debajo de la tierra : ¿ qué mucho, pues, si los hombres han dejado perder las ciencias primitivas, y hoy se afanan por inventar lo mismo por ventura que ántes fué hecho notorio y sabiduría práctica ? Los misterios científicos de los coeos, esos que hoy, casi borrados en lo interior de los sepulcros tolomeicos asombran á los que los descifran ó piensan que los adivinan ; ésos, digo, fueron al fin misterios como cerrados con el sello de la religion, *sancta sanctorum* donde no le era dado al vulgo sentar el pié ni echar allá la vista. Pero lo que podemos llamar ciencia pública, no porque la poseyeron todos, sino porque estaba á los alcances de todos, y los maestros á nadie la ocultaban ; esas combinaciones admirables de la física por medio de las cuales los sabios olian á hechiceros ó á inspirados por la Divinidad ; las grandes cosas que han desaparecido en detrimento de la especie humana, ¿ cómo sucede que hayan desaparecido ? Los inventos de Arquimédes, verbigracia, fueron cuarenta, segun Papo: mirad qué de agentes

desaprovechados, qué de bienes perdidos, ya por brutalidad de los bárbaros, ya por negligencia de los civilizados. Un hombre solo era más poderoso que millares de hombres: el ingenio daba la ley á la fuerza; y los romanos, sitiando á Siracusa, veian llenos de admiracion levantarse en los aires sus naves, como arrebatadas por la mano invisible del que todo lo sabe y todo lo puede, y caer dentro de las murallas enemigas. La ciencia de Euclides ha sido arrancada nuevamente de las entrañas de la naturaleza por la fuerza del ingenio: el padre Secchi, siguiendo las huellas de Arquimédes á lo largo de los siglos, ha estado en potencia propincua de alzar el globo terrestre con una palanca, puesto que le diesen punto de apoyo. Mas los cuarenta inventos que las legiones conquistadoras de Marcelo sepultaron en las ruinas de Sicilia, no serán repuestos ni aun cuando los matemáticos del dia hallen el medio de comunicarse con los espíritus que pueblan los mundos invisibles.

El arte de la belleza, con tanto acierto practicado por los griegos, es una de las ramas del saber humano perdido para nosotros. Cómo perdido? van á decir los que ahí tienen el Gimnasio por escuela de salud y embellecimiento, siquiera sea arbitrio poco usado y ménos utilizado por las naciones modernas, cuya pujanza está más fuera del hombre que en el hombre mismo. Aun el Gimnasio ha caido en desuso; ni éste era aquel arte misterioso, habilidad recóndita que hacia frisar á la criatura humana con los séres inmortales por medio de la perfeccion física, teniendo presente el cuerpo que

solemos atribuir á los que no lo tienen. El Gimnasio, tal cual lo conocieron griegos y romanos, fué institucion ruda y sin provecho: en ella sufragaba la inteligencia para la idiotez, el espíritu para la materia; y lo sumo del adelanto era adquirir fuerza inrestricta, donde las facultades del alma se iban á más andar á perder en la jurisdiccion de la carne, oscura y sorda. Escuela de gladiadores, del Gimnasio salen esos atletas que se afrontan en el Circo, y en presencia de magistrados y pueblo se rompen el cráneo, se fracasan los huesos, para solaz y gloria de los espectadores. Esos como irracionales que se matan poniendo en ejecucion el ruin aprendizaje que los ha convertido en Hércules sin alma, han perdido la parte celestial del género humano, por tan tristes ganancias como son las propiedades de las bestias. Cada leccion, cada ejercicio que robustece el cuerpo y engruesa las cuerdas interiores, es golpe funesto en el espíritu. El semidios nombrado poco ha nunca prevaleció por el ingenio; al contrario, la fábula de los dioses, que bajo sus groseras capas oculta un mar de sabiduría, expone el dechado del poder corporal sin reverso donde brillen las armas de la inteligencia. La barba espesa y el muslo fornido de Hércules son el símbolo de la fuerza y la potencia generadora. El héroe que embiste con los leones del desierto, los mata á puñadas, los desuella, y comparece adornado con sus pieles, no es el dios de la luz, ese Apolo replandeciente que ilumina los ámbitos de la poesía con la lumbre de sus ojos, y anda por el firmamento hendiendo el vacío con alas de fuego tenue y delicado. Pudo el domador de hombres y fieras violar cincuenta vírgenes en una noche y dejarlas madres de

otros tantos hijos ; pero el mundo no sabe que este bárbaro prodigioso tuviera asiento en los consejos de Minerva, ni hubiera consumado hazañas de las que suelen ser obra del númen. El Gimnasio fué la tumba de la razon, adonde los esclavos llevaban á enterrar su alma arrancándosela del cuerpo con las fuerzas adquiridas en sus nefandos ejercicios.

Quéjanse hoy de la abolicion de ciertas costumbres algunos ciegos adoradores de lo antiguo, y no están en lo justo : la gimnástica, saliendo de ciertos límites dentro de los cuales puede reinar la diosa Hijia, madre de la salud, es perjudicial por una parte, innecesaria por otra. Perjudicial, en cuanto embronquece el corazon y pone turbia el alma ; innecesaria, en cuanto el ingenio, supliendo las fuerzas, ha hallado el modo de establecer equilibrio rigoroso entre los enemigos. Y esto más, que los gladiadores nunca fueron buenos para la guerra, en la cual, como profesion honrosa de hombres libres, no podian tener parte. La fuerza individual sobresaliente no alcanzaria hoy ventaja ninguna en el campo de batalla, así como no la alcanza en los trances de punto de honra. Una legion de atletas en presencia de una ametralladora ó de un cañon de Krupp, es monton de carne que puede volar en pedazos, ni más ni ménos que un rebaño. Cuando los beligerantes se venian á las manos á media espada, el vigor del brazo era premisa de victoria : hoy las guerras han menester ciencia, ánimo y pundonor : los jayanes á quienes Grecia y Roma despojan de la parte moral del hombre que triunfe la materia, adolecen de otro empacho, y es que hasta el valor pier-

den ésos con las fuerzas adquiridas. En la arena, ante el rival, no se da uno que muestre temer: el pueblo los anima, el emperador otorga de cabeza, la vírgen inocente se pone de piés frenética de alegría, y aprueba los golpes maestros: incontrastables aguijones son éstos: el campo de batalla no es suyo: tiemblan los míseros, y arrojando las armas se ponen en cobro sin miedo de la infamia. La belleza no está derramándose, además, por los groseros declives de las estatuas que representan los héroes antiguos del Circo: estupidez y fiereza en sus facciones, vigor y pujanza en sus miembros abultados. ¿ Ni qué belleza sin ese principio colorante que bajando del cielo por conductos invisibles está imprimiendo en nosotros ese como cuerpo del espíritu que vemos resplandecer en los ojos, sesguear en los labios, arder en las mejillas con fuego inteligente? La belleza, no la busqueis en la arena de Aténas ni de Esparta, donde luchan hombres desnudos embarrados de aceite; buscadla en el taller de Zeuxis: allí están Lais, Phrine, Mneserate, Flora, Gnathemion, Glicere ofreciendo al divino artista sus divinas formas, que de todas ellas tome lo más cumplido y componga el bello ideal físico de la hermosura. Estas mujeres no han grangeado sus perfecciones en la escuela de la fuerza; al contrario, ese pecho por cuya sobresalencia están derramándose las gracias; ese brazo gordo, terso, blanco, que se viene adelgazando gradualmente hasta la delicada exigüidad de la muñeca; esa pierna de Vénus, cuando vestida con pollera de púrpura hasta la rodilla se presenta á Eneas en un bosque de Cartago; esa cintura que cupiera entre las manos de un silfo; ese pié de oréade que corre por

el prado huyendo del amor de un gnomo, sin hollar las flores que caen debajo de su planta; ese cuello que semeja al aterciopelado gollete de la azucena; todo, todo indica la vencedora debilidad con que triunfan de héroes y filósofos. Pujanza no da cabida á la belleza: jayana rostrituerta, pone miedo en esta ninfa pusilánime, cuyas armas son miradas y sonrisas, cuyas fortificaciones son las flores por entre las cuales gusta de ir tras la mariposa que la remeda en lo travieso, lo resplandeciente y lo voltario.

Salud, tampoco es herencia del Gimnasio: caudal ingente de sangre, abundancia de carne, grosura desproporcionada de huesos, pasto son de los peores achaques; y de los ruines y prosaicos, no de esas enfermedades sublimes con las cuales Hipócrates agracia á los predilectos de la naturaleza, pacientes afortunados que no se hallan con el dios que les rebosa en el pecho y les consume las fuerzas físicas en favor de las morales. Aire libre, claridad, espacio, esto requiere la inteligencia, y del sol se alimenta, bebiendo en sus rayos la mirada del Todopoderoso, belleza infinita, que desciende sobre sus escogidos en forma de luz, brisa amable, arco íris y arreboles. En todo tiempo la fuerza ha estado embebida en el ánimo: el que lo tiene, tiene fuerza. La victoria no propende hácia la parte bruta; busca la moral, como que cultiva con ella relaciones misteriosas que son fianza de la una, corona de la otra. David, exiguo pastorcillo, dando en tierra con el gigante, es la promesa de la cual viven colgados los flacos contra los fuertes, los buenos contra los malos; y como efecto de esa pre-

ferencia de Dios, preferencia del espíritu sobre el ímpetu irracional, vemos que el cetro del mundo no lo tienen los forzudos, sino esos hombres débiles que se llaman filósofos, sabios, descubridores, hombres de Estado. El arte que conocian los griegos de embellecer á sus hijos, no era la gimnástica, sino uno del cual no tenemos idea, puesto que se ha perdido. Se perdió la fuente de Juvencio, se perdió el gran Paititi, ¿porqué no se hubiera perdido esotra maravilla? Yo presumo que ella debió de consistir en cierto sistema de suaves compresiones, mediante las cuales las formas humanas iban tomando tal carácter cual requeria la voluntad del artista que las tenia entre manos, si es posible que expresiones de este linaje obtengan el pase de los críticos. Bien así como ciertas figuras de materia blanda, saliendo del molde, admiten retoque y pulimento de los dedos; así el cuerpo del recien nacido, sustancia tierna y dócil, puede brindarse á manipulaciones delicadas que impriman en él un cierto impulso de desenvolvimiento, digamos así. Nadie afirmará, por lo ménos, que somos, cuando salimos á la luz del dia, como la estatua de bronce que comparece toda perfecta una vez roto su gran molde, y no hay ya manera de dar algun desvío á sus contornos. Los indios salvajes de las selvas amazónicas poseen el arte de reducir la cabeza de los muertos á volúmen tal, que no parece ella mayor que la de una muñeca; y esto sin que hubiese perdido el rostro ninguno de sus lineamentos naturales ni sus facciones características; ¿porqué, pues, los griegos antiguos, sabios como los que más, no habrán conocido la ciencia de hermosear al género humano, obligando á la naturaleza á dar mejor

aspecto á su obra? Ni puede haber sido de otro modo, cuando vemos hormiguear los dioses en la tierra como bajados exprofeso para hacer morir de envidia al mundo, que está echando á ese brillante rincon miradas encendidas. Yo sé muy bien que Sócrates ha pasado hasta nosotros tanto por la sabiduría cuanto por la fealdad; pero no se me oculta que ese hombre tan feo es *el más bello de los hombres*: el espíritu divino, ardiendo en él cual llama dentro de un vaso de hechura tosca, pero de materia noble, le transfigura y presenta á los ojos de los mortales asombrados como Genio superior á los séres que pueblan la tierra.

Esopo fué asimismo griego; tiene éste la gloria de ser el modelo perpetuo de los feos, príncipe de los gibosos, dechado y prototipo de esos *calabacinos de testa y badea de cogote*, para hablar con Luis Velez de Guevara, que mueren solterones, porque no hay demonio con dientes amarillos y peluca que se juzgue harto deforme para ser uno con semejantes antípodas de Adónis. Feo fué el pobre Esopo: feo, refeo: feo donde más largamente se contiene: feo de más de marca: esencia de feos: archifeo, feote, feísimo. Pero no hay memoria de que hubiese mutilado las estatuas de los dioses, como Alcibíades, el más bello de los griegos, ni de que hubiese recibido dinero del rey de Persia, cual otro Timágoras, ni de que hubiese mostrado el paso de las Termópilas á Xerjes. Fué ciudadano irreprensible, patriota acendrado, gran filósofo en verso, aunque no, por fortuna, buen padre de familia. Familia, Dios le dé: no he dicho ya que ni el diablo vestido de mujer le hubiera querido? Y

digo por fortuna, por cuanto nacieran de él, probablemente, Esopitos que hubieran echado á perder la raza y obligádola á bastardear, pervirtiendo la generacion, aun á despecho del libertino de poco ha, ese que nombramos Alcibíades, y la hermana de Cimon, pindonga que por la fermosura hubiera tenido precedencia sobre la sin par Dulcinea del Toboso. Si el provecto fabulista no tuvo gentil parecer, consuélese con que su ingenio no le iba en zaga á su fealdad ; y para mayor abundamiento de resignacion, sepa allá donde le puso el Dios de los dioses, que despues de él han hecho reverter su fama del mundo Hudibrás, Duguesclin, Juan Duns Escoto y otros hombres célebres que se lo llevan de calles á Narciso. La gimnástica, dentro de los términos de la moderacion, guardando correspondencia con los principios de la musculatura humana, es elemento de salud y belleza ; mas una vez que la parte física está llegando á prevalecer sobre la moral, ese es el punto de hacer alto, no sea que á fuero de gruesos y pujantes vengamos á dar al alma una solidez por medio de la cual no le fuera posible á la inteligencia requerir en los cielos el gran motor del universo. La gimnástica tuvo su parte, no hay duda, en el fomento de la belleza ; mas no fué el arte mismo, ese arte compuesto de móviles que obraban hasta en el color, disponiendo la red de Malpighi para que de tal suerte recibiesen la luz, que el blanco y el sonrosado produjesen un conjunto primoroso. ¿Cómo daban esos hombres sabios á la pupila el negror profundo que resplandece en los ojos de Lastenia ? La boca de las griegas era el cielo : en su ir y venir continuo, la sangre hervia al fuego invisible de esos labios, en medio de los

cuales Amor, bien como entre un haz de culebras divinas, se estaba estirando y solazando maliciosamente. La dentadura por fuerza debia ser perfecta ; blanca, limpia, prodigio de igualdad, su asiento es la fresca encía. Esta parte del cuerpo humano es la más capaz de educacion : los dientes son el espejo de las costumbres ; son lo que es el hombre, si pulcro, si enemigo del aseo. Por dicha el tabaco, matador de la belleza, no habia sido descubierto aun ; y los dientes no temian verse enterrados vivos debajo de la asquerosa pasta de humo y bílis que los vuelve difuntos horribles, clavados allí en sepultura abierta. Los dientes, en las griegas, eran parte esencial de ese primor con que estaba en poco no les postergasen á los dioses mismos ; así como lo suave de la piel y lo terso del cútis ponian en duda si esas manos eran de simple persona humana, ó de ondina que se reserva y cuida en la gruta de una peña cuando sale de su palacio submarino. En órden á la frente angosta, que era el toque de la belleza suma, formábanla quizá provocando el cabello con la virtud de una sustancia desconocida para nosotros ; por la inversa de lo que hacen las turcas, que es limpiarse el cuerpo de toda vellocidad con el *rusma* ó depilatorio que las sultanas guardan en sus tocadores.

A fuerza de suposiciones estoy en un tris de dar con el arte cuya desaparicion nos hallamos lamentando : mucho es que no lo dé yo por descubierto, con lo cual, pasando de investigador sensato, daria en sofista audaz ó en gracioso parlanchin que hace fisga de sus benévolos lectores. Pues no ha querido el otro dia un gentil

hablador mamárselo en cánones á uno que es el águila, contándole que habia inventado el método de enseñar á leer y escribir á los sordo-mudos? Que á cualquier pazguato le comulguemos con ruedas de molino, anda con Dios; pero á un zahorí, un jerifalte... eso es ponerse á riesgo de ver castigada la sandez que los atrevidos suponen en nosotros. « Habia en la ciudad de Lima dos idiotas hijos de padres nobles y opulentos: ricos, sí señor, lo que se llama ricos. En mis meditaciones, una noche, santa noche, noche de inspiracion, vi que no seria imposible enseñarles á esos desventurados el arte de leer y escribir. Usted sabe que el alfabeto fué inventado por los fenicios, de los cuales lo tomó Cadmo y lo trajo á Grecia. Una vez concebida la idea por obra y gracia del Espíritu Santo, el método se desenvolvió de suyo en mi pensamiento. Este método lo dividí, es claro, en cuatro partes. Cuatro partes, atienda usted. La necesidad es madre de la industria. En cuatro partes. Consumidos mis bienes de fortuna por mis eternos planes de libertar la patria, llegó el dia en que el destierro echase sobre mí toda su amargura. Preciso era vivir: Los padres de esos idiotas, que jamas hubieran hecho carrera con ellos, no se hallaron cuando los vieron bajo mi direccion y enseñanza silabar y deletrear como los más expeditos alumnos de los hermanos cristianos. En cuatro partes.

» Y la pronunciacion, que tal? buena? pregunté. Excelente, dijo él: rasgada y sonora: unos toledanos los idiotas. Vaya, don Juan... qué pronunciacion, si estamos hablando de sordo-mudos?

» Ah, repliqué: no el ah interjeccion, el ah admira-

tivo, sino ese ah que quiere decir : Dispense usted; me lo habia olvidado.

» Era cosa de caerse uno desmayado de gusto ver á esos imbéciles rasguear y tagarotear como los más consumados pendolistas. Pues si yo dictaba, unos taquígrafos.

» Buen oido, dije.

» Admirable, respondió de buena fé : el pensamiento me lo tomaban al vuelo. Oido... don Juan, usted no ha dejado de ser colegial: qué oido, si el punto es que eran sordo-mudos?

» Ah, volví á decir; y él continuó : Parece que usted abriga su dudilla ; pues le voy á enseñar las cartas que hasta ahora me dirigen : y sepa que sus padres no dejan de mostrárseme profundamente agradecidos.

» Pero no mandan nada. »

Como el amigo es de los que pueden arder en un candil, y sabe donde le aprieta el zapato, de bonísima gana me acompañó la carcajada con que yo le queria decir : Está usted mintiendo como un camandulero; tanto más, cuanto que ese arte que dice haber inventado en Lima, es institucion antigua en todas las naciones civilizadas de Europa.

Para que nadie me diga « ah! » en mis barbas, no pretendo haber inventado ni desenterrado la antigua ciencia de los griegos de dar impulso á la belleza; digo solamente que ella existió, y que para desesperacion de los que nacen feos, se ha perdido, y no habrá arqueólogo ni anticuario que rompa las entrañas del olvido y la saque á la luz del dia. Feos nacimos, feos nos criamos, feos nos hemos de envejecer, feos hemos de morir, y

feos han de vivir en los infiernos los que sobre feos son tontos y pícaros. Los que, si no con las virtudes prácticas, con la buena intencion nos estamos recomendando á Dios de dia y de noche, y poniendo de nuestra parte el huir de crímenes y vicios, no seremos como los espíritus de belleza perfecta dentro de los cuales habita el señor, pero dejaremos de ser feos y desgraciados, y seremos ángeles de felicidad y hermosura.

El primer atributo de la Divinidad no es la belleza, supuesto que ella no está simbolizada por las primeras gerarquías, sino por las últimas en la mansion infinita del Padre de la gloria. La felicidad de los Serafines, séres predilectos del Altísimo, consiste en *el amor violento* de que viven inflamados : su naturaleza es el amor violento. El encargo de estos espíritus *inflamados* es hacer participar á los hombres del amor de que viven consumidos sin consumirse.

La parte de los Querubines es la sabiduría. Estos son muy versados en los secretos divinos, y tienen la comision eterna de instruir à los hombres, descubriéndoles algunas de las verdades de la religion. La revelacion es pues asunto de los Querubines.

Los Tronos son séres perfectos en los cuales habita el Señor; le sirven de morada al Todopoderoso. Con respecto á los mortales, su obligacion es infundirles en el pecho et afecto de la justicia *.

* *Doctrina teológica.* DELAAGE, *les Ressuscités.*

Estas tres clases de espíritus componen la primera gerarquía. Las Dominaciones, las Virtudes, las Potencias forman la segunda; y la tercera es compuesta de los Principados, los Angeles y los Arcángeles. Me gustan más los Serafines : ese *amor violento* es digno del Criador de cielos y tierra.

Los ángeles, quizá porque nuestra imaginacion finge estar más en contacto con nosotros, son para el género humano el tipo de la belleza : no los hemos visto, no los conocenos, y con todo, para expresar lo sumo de la belleza en un niño, una mujer, decimos : Bello, bella como un ángel. De hoy más, sepan cuantos leyeren este libro, que cuando ocurra hablar de una persona poseida de amor, amor inmenso, amor alto y profundo, han de decir : « Inflamado de amor como un serafin, » supuesto que sea amor casto, puro, ese que arde sin volver escoria las entrañas, y levanta al dichoso mortal que lo abriga á las regiones infinitas de la gloria en llamas que van haciendo viento saludable por el mundo. En tratándose del amor fuerte, ese amor violento que chisporrotea en la hoguera de la voluptuosidad, donde los pecados están hirviendo en burbujas preñadas de negra dicha, ya no podemos decir que ese triste mortal se halla debajo del poder de los serafines. Las llamas que alumbran las bodas de Pirithoo con Ipodámia son vislumbres del infierno : embriaguez las exalta, concupiscencia las embrutece, ira las destruye : Centauros y Lapitas, malos testigos son : el sosegado blandon del himeneo da luz que ilumina el seno y calienta el alma santamente : el amor de los serafines derrama por los ámbitos del cielo ese calor que comunica bienestar inde-

cible á los entes divinos. Los gentiles, no ménos que los cristianos, simbolizaron las buenas pasiones, las prendas del género humano, y las personificaron en sus dioses. Júpiter, ambicion y poder : Marte, Pálas y Belona, el furor guerrero : Apolo, la inspiracion poética : Cupido, el amor. La belleza tuvo en el mundo antiguo su representante en el Olimpo, y fué la más amable de las divinidades ; lo tiene en nuestro cielo, y es el más gracioso y puro de los séres perfectos ; es el ángel, que nos rodea y sirve de custodio, siendo como es su encargo velar sobre nosotros. Un dechado de hermosura, que sea niño, que sea mujer, es un ángel : es tambien un ángel si es bueno, si es buena cuanto cabe en humana criatura. El ángel es familiar con nosotros ; es nuestro amigo, nuestro protector. Será á causa de esta simpatía natural que los filósofos antiguos han poblado los aires y la tierra de estas deidades invisibles que están con nosotros si dormimos, si velamos ; que nos siguen cuando nos ponemos en camino ; se detienen si nos detenemos. Los perversos que caen en esas obras pesadas que llamamos crímenes ; los miserables que viven aleteando en el atolladero de los vicios, ésos han perdido amistad y proteccion de su ángel ; y por lo mismo, abandonados, tristes, viven expuestos á las asechanzas del espíritu malo que en forma de homicidio, incesto, embriaguez, robo, traicion, perjurio, calumnia anda desolando el mundo, llevándose consigo á los que han ahuyentado á su ángel de la guarda. Este no es pajarillo arisco que se va tan luégo como halla coyuntura ; no es niña sentida que se enoja por quítame allá esas pajas : es constante, sufrido : su tole-

rancia traspasa los límites de nuestro merecimiento. Pero si á fuerza de desdenes le despedimos, echa sobre nosotros una mirada de compasion infinita, levanta el vuelo y se va, dejando un perverso más en la tierra, un réprobo más para el infierno. Mirad de contenerle á tiempo : atajadle, colgaos de sus vestidos; y si levanta el vuelo á pesar de vuestras lágrimas tardías, poneos ligeros con el arrepentimiento, dejadle su polvo á la tierra, ídos con él, y ved si son altas, claras y hermosas las regiones donde vive eternamente el Padre de los mundos, dueño de la sabiduría y generador de la belleza.

La juventud es conjunta con la belleza á primera entrada; mas si contemplamos en ésta y le buscamos el viso, luégo advertimos que es propiedad de todas las edades bien así como de uno y otro sexo. El niño, el adolescente, el hombre, el viejo tienen su género de hermosura, sin que ésta se halle vinculada en la mujer ni en los floridos años. Los talóforos ó sacerdotes de Minerva eran escogidos entre los ancianos más bellos del Atica; y Termosíris, patriarca de la ley gentílica, es el símbolo de la belleza antigua. El hombre, el dia que deja las oscuras entrañas de su madre, no es bello; al contrario, algo hay de repugnante en esos miembros ternísimos embarrados de grasas nauseabundas; esa cabeza monda; ese rostro hinchado y peloso; esos ojitos difíciles de abrir; esa movilidad que semeja á una figura de azogue ó de cuajada tierna. Pero cuando la luz hiere la retina de esa pupila deslumbrante, el alma se despierta y transpira afuera en resplandores que están

sufragando por la inteligencia y las pasiones futuras. El agua limpia el feto convertido en sér exterior y visible; el aire le repule; los dias dan firmeza á sus movimientos; y ese como animalejo deforme que nos hubiera causado miedo, es el ente más delicado y simpático que acaricia el mundo ahora, á trueque de hacerle saborear mañana quebrantos y amarguras de la vida. Los poetas orientales dicen no haber sensacion más deliciosa en la tierra que el tacto de un niño; y es así: un mamoncito de buena salud, vivo, gordo, blanco, sin más que su camisa de cendal hasta el ombligo, es un espíritu divino que ha tomado la encarnacion más propia para el embeleso de los mortales. Lutero tenia conciencia de la belleza y el cariño infantil, cuando describia á su hijo diciendo: « Chupa alegremente el pecho de su madre y mira al rededor. » Si ese atrevido sacerdote hubiera observado algo más los hechizos y las seducciones de la infancia, hubiera visto que miéntras con la boca está colgado del rico pezon, y con los ojos indaga curioso lo que no sabe si existe, con la manecita está cogido del pié, formando un arco que, si no encerrara el circuito de la inocencia, seria realmente el arco de Cupido. Dicen de Neron que cuando se llamaba Domicio era tan hermoso, tan sumamente hermoso, que su nodriza Ecloge nunca podia llegar á su casa, por cuanto las matronas romanas contenian sus literas en la calle para admirar y acariciar á ese hijo de las Gracias; de las Gracias, si éstas no fueran vírgenes, emblema de la castidad y el amor inocente. La cabellera ensortijada en anchos anillos de color de oro; los ojos brillantes como las dos estrellas más vívidas de la bóveda celeste; la

nariz, de lineamentos perfectos; la boca admirable, con dientes purísimos y labios sonrosados : conjunto verdaderamente seductor, que en ninguna manera prometia el animal bravío á quien no deja de abominar el género humano. Bien es que su padre Œnobarbo, cuando la nodriza Ecloge le contaba los milagros del niño en Roma, solia decir : De Agripina y de mí no puede haber nacido sino un monstruo.

Por desgracia la belleza no es hermana de la virtud, ni siquiera de la bondad. Si no fuese poner tacha impía á la obra de la Providencia, seria yo capaz de afirmar que hubiera sido mejor que sin virtud no reconociésemos belleza de ningun linaje, y que la fealdad fuese anexa á la maldad y las propensiones indignas. Pero de aquí resultaria el inconveniente de que el alma de cada cual estaria á la vista, cuando Dios ha querido lo contrario : el alma es un secreto : en las acciones la echamos fuera, es cierto ; mas nunca será obra de justicia nos juzguen y condenen por lo que podemos ser, y no por lo que somos. Los feos de suyo serian criminales, y los hermosos consigo mismo traerian su corona, sin que ni los unos hubiesen incurrido en esa pena, ni los otros ganado este premio. Ved aquí cuan fuera de camino van siempre las correcciones y reformas que los insensatos de los hombres solemos indicar para la obra del Altísimo. Así como debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor, así debajo de una mala cara puede ocultarse una persona para quien virtudes son necesidades, y anda dia y noche desalado por alimentar su naturaleza, sin mitigar jamás la santa sed que le devora. De un hombre

á quien instintivamente juzgamos mal, solemos decir : « mal encarado. » Pero este vocablo ofensivo que casi siempre entraña la verdad, no indica siempre que ese aspecto repelente es feo, sino que ciertos rasgos ó toques de la fisonomía que están acriminando el conjunto, sirven de testigos mudos de vilezas y crímenes posibles. Un individuo mal carado puede no ser feo ; y ocurre de continuo que los poco favorecidos por la naturaleza con los dones exteriores abrigan las afecciones que los vuelven santos, á pesar del gentilismo, y los impulsos grandiosos, como á Filopemen, ese hombrecico pequeño, bajo y mezquino de figura. Si sois servidos, me decid, oh vosotros adoradores de la belleza tangible, cuál es más, el rorro de la esclava Ecloge, ese angelito del Olimpo antiguo que era el amor de Roma, ó ese hombre que parece un sátiro por lo grosero de las facciones, y un dios por los pensamientos y las obras? Los que os quedais á Domicio, retiraos, malditos, y descended á los profundos infiernos á pagar la pena de vuestras iniquidades. Los que os descubris ante el hijo de la partera de Aténas, y doblais admirados la rodilla, venid á gozar en el regazo de la gloria las recompensas prometidas á los buenos.

La adolescencia, en el sexo femenino, ofrece admirables ejemplares de belleza : esa agraciada persona que sin ser mujer hecha y derecha todavía, ha dejado de ser niña, da una idea remota y vaga de lo que fueran los ángeles en situacion de estar asomándose al amor y la malicia, si malicia y amor culpable no fueran gajes, muchas veces funestos, de la tierra. Mirad esa jóven

erguida con el donaire y elegancia que da su paso de princesa, alta la frente, ingenua la mirada, como quien endereza su camino hácia el trono que le han erigido las Gracias en la cumbre de la felicidad. Los catorce años, derramándose en flores y rocío por toda ella, le concilian esa frescura primorosa con la cual ha de sazonar luego el fruto de la vida : la cabellera, dividida en dos madejas rubias, se le cuelga á la espalda y corre por ella hácia abajo cual dos chorros de luz espesada al calor de la sangre : la tez sirve de capa al líquido viviente que circula repartiendo calor á los miembros : en las mejillas hace alto este perpetuo viajero, y arde un instante, aprovechándose del fuego que allí tiene depositada la vergüenza. Los ojos, no enturbiados aun por esas lágrimas que son testigos de dolores criminales, miran francamente, y en el centro de ellos estamos viendo la prefiguracion de la suerte de esa niña, si feliz, si desgraciada. Cuando sonrie, el arco íris, reducido á proporciones pequeñuelas, está acreditando su presencia con las curvas en que se mueven esos labios : cuando se rie, la música del paraíso, música perdida junto con la inocencia, oimos brotar de pecho humano y salir por una garganta en gorgoritos que nos hartan de armonía los oidos, de alegría el corazon. El pecho no provoca aun con esos blancos panecillos coronados de fuego con que han de producir en nosotros mil delirios : á esa edad, el pecho de la mujer es altar inconcluso, no consagrado por el sacerdote de la malicia, cuyo ídolo permanece dormido entre cortinas nunca abiertas. Pero así, nadando en un océano de inocencia, esa niña es hermosa : la admiramos sin codiciarla, la amamos sin mancillarla

con malos pensamientos, pero le estamos envidiando al mortal dichoso que ha de plantar en ese corazon el árbol de la vida, ese que suda lágrimas, gime al viento del mundo y da fruto de dolores perpetuos despues de tal cual manzana de felicidad.

El hombre prevalece por el valor : su belleza es la honra, su poder la inteligencia. Un muchacho hermoso es ménos que uno á quien agracian los gérmenes de las virtudes; y por dicha ni los reyes buscan hoy privados de quince años á quienes marchitar y envilecer, ni el pueblo se reune para aplaudir las gracias no adquiridas de esos triunfadores sin mérito que la antigüedad coronaba, sin más que mirarlos y apasionarse de ellos. No pocas veces ha ganado la hermosura una corona en nuestros tiempos : dígalo Atenaís, muchacha sin herencia, desgraciada peregrina que llega cubierta de harapos á las puertas de Constantinopla, y luégo sube al trono al lado de Teodosio para asombro del mundo. Mas no deja de ser verdad de á folio que en el hombre la belleza, hoy dia, es timbre del todo secundario, que se retrae y huye ante las prendas varoniles que componen la verdadera importancia masculina. El varon poseido del principio del deber, que cultiva el pundonor y da realce á su talento con las obras magnánimas ; el valiente cuyo ánimo parte límites con el heroismo ; el hombre cortés que sabe hacer su mesura ante las damas de guisa, como era costumbre en los tiempos caballerescos ; el de carácter elevado que tiene en poco ambiciones y triunfos comunes ; el generoso, culto, fino, pero enérgico, y aun inapeable cuando lo exige la honra, ese es bello para

todos, y más para las mujeres que saben poner las cosas en su punto, y están viendo un Alcibíades debajo de las propiedades y facultades de ese hombre. Qué son los más apuestos caballeros delante de Beltran Duguesclin, el personaje más feo de la Edad Media? Las damas, de las reinas para abajo, venden sus joyas y le rescatan cuando está cautivo : acerca de aventuras amorosas, vengan y díganme Leandro, Masías, el moro Gazul, cuál de ellos las corrió nunca ni en más número ni más almivaradas? Ese feo era por adentro el más bello de los mortales, y su alma nobilísima le estaba de continuo saliendo afuera por los ojos. Paladin esforzado, no hay empresa que no tome sobre sí : campeador sin rival, se lleva de calles á cuantos son los enemigos : vencedor, siempre magnánimo : vencido, nunca. En medio de las armas y la cólera de la batalla, su cortesía sirve de modelo á los mejores : como galan, el más cumplido : enamorado, un don Gaiferos : ¿qué mucho se los hubiese llevado por delante á los más gallardos paladines? Verdad es que para ver y palpar la hermosura interior, la hermosura invisible é impalpable, los ojos han de tener el alcance y la penetracion de la inteligencia : el vulgo no toma sino lo que está á la mano, y á la mano se halla la materia : lo que tomamos con el espíritu, eso es lo bueno, y don de pocos la facultad de mirar adentro de nuestros semejantes y admirar las flores y esencias que adornan y suavizan esa mansion recóndita de la Divinidad. Una alma pura, grande, gloriosa ¿qué es sino mansion de la Divinidad? La belleza física está dentro de los términos del poder humano; al paso que la belleza moral es obra exclusiva de la sabiduría di-

vina. Cuadros, estatuas, bajos relieves, cualquier hábil artista los pergeña : mujeres delicadas, honestas, diligentes, cuyo pecho es semillero de santas afecciones ; hombres íntegros, valerosos, magnánimos, dentro de los cuales está ardiendo la inteligencia, no los hacen Fidias ni Praxiteles; formados salen de manos del soberano artífice, y la educacion los encamina á sus grandiosos fines.

No niego que un jóven apuesto, cuya galanura cautiva á los que le contemplan, lleve mil ventajas sobre los hombres vulgares, y abrume con el peso de su hermosura á los mal apersonados : tez blanca, ojos negros de largas pestañas ; labios encendidos, dientes primorosos ; barba suave, crecida en las dos alas de ave Fénix que forman las patillas; frente dura, límpida, no muy ancha; cabellera revuelta en magníficos anillos que llevan adelante una insurreccion perpetua; cuello delgado, recto, que ostenta orgullosamente la nuez, símbolo de la masculinidad; cabeza bien plantada sobre los hombros; pecho prominente, echado afuera como en desafío honroso al mundo : victoria anticipada son todas estas distinciones en campañas de amor, y salvoconducto ciego entre gente y pueblos ajenos á la patria. He oido que para viajar con gusto habemos menester tres cosas : buen ánimo, buena cara y buen dinero. Ninguna de estas prendas ha de faltar, no sea que nos ocurra lo que al gran capitan de la Liga Aquea, á quien, sobre su mala representacion una buena mujer le puso á rajar leña; y lo que, no ha mucho tiempo, á un embajador del Brasil que fué ignominiosamente arrojado del cé-

lebre apeadero de *San Nicolás* de Nueva York, porque el dueño de casa echó de ver que ese hijo del sol ecuatorial, cuya tez semejaba á la de un pastor de la Calabria, tenia acaso una gota de sangre africana en las venas. El buen parecer halla las puertas de par en par: todos los ruines son hujieres que anuncian en voz alta: « Su alteza monseñor el Gran Duque de Gerolstein! » cuando comparece allí un personaje cuyos títulos resonantes son el cútis blanco, la barba aristocrática, el cuello enhiesto, la mirada imperiosa, el porte real con que adelanta, una bolsa de escudos en la mano, pagando la multa de sus insolencias y sus desprecios á los á quienes obliga á servirle y reverenciarle, cual otro Veracio que descuenta los bofetones que va repartiendo por la calle con la talega de oro que en pos de él lleva un esclavo. Las prendas intelectuales y morales, por desgracia, son divinidades recónditas que no vienen en nuestro auxilio sino donde hay ojos que las miren, oidos que las oigan; lo cual no sucede sino en ese recinto sacrosanto iluminado por la inteligencia donde moran las virtudes. Hombres de primera línea hay que si son prudentes huirán los concursos y certámenes cuyo primer premio se lleva la cara, sin que jurado equitativo se lo hubiese adscrito. Un mequetrefe sin mérito ni valor, como su estampa le favorezca, pasará ántes que el hombre de pro entre gentes que no conocen ni al uno ni al otro. No son pocas las amarguras que los ignorantes y ruines le hacen apurar al alma grande, humillándola con injustas preferencias ó con desabrimiento descortés: entre necios y soberbios, los hijos de la fortuna son reyes; los príncipes de naturaleza, pobres diablos. Viajeros

conozco que hubieran hecho muy bien de no pasar de sus umbrales, disfrutando el humo simbólico de la felicidad, ese humo que Montesquieu veia desde léjos con indecible pena levantarse del fogon, del horno de su casa. En pueblos cultos, interesados, como Francia, aun no tan malo : el buen dinero suple la buena cara, y el buen ánimo está allí para echar raya con los más pintados, y hacer temblar las barbas á soberbios y atrevidos. Pero nacion tan extravagante y caprichosa como los Estados-Unidos de América, donde las costumbres contrarestan á las leyes ; donde éstas llaman al Senado á los negros, y ésas los repelen de las fondas, las posadas ; donde impera la democracia en las instituciones, y la aristocracia en forma de orgullo y menosprecio excluye del gremio comun á los que no brilian por el color ; donde nada presta el talento mismo, ni las riquezas, cuando el individuo está sindicado de cuarteron ó de mulato ; donde la tez tanto cuanto apagada es lepra que el oráculo de Amon denuncia á los Faraones y condena al destierro al pueblo de Israel ; esta nacion, digo, en medio de su libertad, su liberalismo, su progreso, debe infundir terror en los sud-americanos que, ya porque en su abolengo está brillando una sombra oscura, ya porque el calor exuberante de la zona tórrida imprime en su rostro el sello de la luz, espesa y fosca á fuerza de tomar punto, no se recomiendan con la blancura deslumbrante del germano ni con las mejillas rubicundas del indígena del Támesis.

Cuando el señor de Lamartine le hubo agraciado al autor de estas páginas con dirigirle una esquela y otor-

garle una visita, le dijo : Entre las cartas que ayer recibí, diez habia de viajeros de los Estados-Unidos que solicitaban verme en mi casa : á todos me he negado. De la América Española no hallé sino la vuestra : os la he contestado, y os recibo con gusto, tanto más cuanto que habeis prevenido mi ánimo en vuestro favor con la hermosa epístola impresa con la cual me habeis favorecido. Quiero mucho á la raza hispano-americana : su generosidad, su elevacion, sus prendas caballerescas me cautivan. A la norte-americana, la admiro: habilidad, fuerza, progreso inaudito ; mas tiene para mí defectos que me obligan á mirarla con tedio. Su divisa es atroz: *times is money, money is God.* La esclavitud, como institucion, me asombra, por otra parte, en pueblo tan inteligente, religioso y adelantado ; y el escarnio con que envilecen y oprimen á los mulatos, y aun á los que no lo son, me llena de amargura cuando contemplo en los caractéres de las naciones. Lamartine se hubiera reconciliado, sin duda, con los Estados-Unidos, y Lincoln fuera para él uno de los varones más egregios del Nuevo-Mundo ; pero en llegando á su noticia la accion nefaria de que fué víctima el embajador del Brasil, hubiera vuelto á cerrarles su puerta á los norte-americanos. Su Majestad don Pedro segundo fué bien recibido por ellos, merced á la sangre de Braganza que corre por sus venas, á lo blanco de su rostro y lo bien puesto de su barba : si el emperador fuera autóctona del imperio y no tan aventajado de persona, Nueva York le echara á rodar sus baules y le enviara á buscar posada en un camaranchon del barrio más humilde. Pero venga un condenado á muerte huyendo de su patria, como sea teuton ó hijo de la

Selva Negra, le enviará de embajador y le hará ministro de Gobierno: testigo Carl Schurz, aleman á quien España ha visto ladearse con los enviados de primera clase de las potencias europeas. Y cómo no? Carl Schurz es blanco, de ojos garzos y barba rubia: importa poco que los tribunales de Berlin le hubiesen condenado al último suplicio. Averigüémonos bien, señores: ese extranjero declarado criminal por Alemania, no habia sido sino conspirador: hombre de ánimo, acometió á pelear bajo la enseña de la unidad americana, sirvió á Abrahan Lincoln en la santa causa de la libertad, ganó batallas, alcanzó las primeras graduaciones de la milicia, y concluida la guerra, el presidente le honró con el alto cargo de ministro de los Estados-Unidos en Madrid, y despues en Berlin mismo, cosa rara. Aquí hay grandeza: no impruebo esta conducta; pero el embajador del Brasil... esto es lo que me desatina. Cuando me preguntan cómo en dos viajes al viejo mundo, ni de ida, ni de vuelta he pasado por los Estados-Unidos, la vergüenza me obliga á reservar la verdadera causa: no ha sido sino temor, temor de ser tratado como brasileño, y de que el resentimiento infundiese en mi pecho odio por un pueblo al cual tributo admiracion sin límites. Un irlandes sin ejecutorias de ninguna clase, sin luces ni virtudes, llega ahí con su cara rubicunda, y como no traiga el bolsillo escueto, será un lord de la República: á un hijo del Ecuador, el Perú ó Venezuela no le aprovecharán inteligencia, sabiduría ni dinero, si á estas ventajas no acompaña la preeminencia de la tez. Entre nosotros somos hidalgos, y aun hijosdalgo, lo que llamamos *caballeros*, con nuestro colorcito de perla impregnado de

coral; y *cholos* empalagosos hay que con su cara de morcilla quieren tambien ser nobles: en el país más democrático del mundo es preciso ser rubio á carta cabal para ser gente. Los yankees ignoran, sin duda, que en el Egipto condenaban á muerte á todo pelirojo, y que Judas fué un austriaco y tuvo la cabellera á la inglesa: un *catire*, como decimos en América.

Puesto que nunca me han de ver la mayor parte de los que lean este libro, yo debia estarme calladito en órden á mis deméritos corporales; pero esta comezon del egotismo que ha vuelto célebre á ese viejo gascon llamado Montaigne, y la conveniencia de ofrecer algunos toques de mi fisonomía, por si acaso quiere hacer mi copia algun artista de mal gusto, me pone en el artículo de decir francamente que mi cara no es para ir á mostrarla en Nueva York, aunque, en mi concepto, no soy zambo ni mulato. Fué mi padre ingles por la blancura, español por la gallardía de su persona física y moral. Mi madre, de buena raza, señora de altas prendas. Pero, quien hadas malas tiene en cuna, ó las pierde tarde ó nunca. Yo venero á Eduardo Jenner, y no puedo quejarme de que hubiese venido tarde al mundo ese benefactor del género humano: no es á culpa suya si la vacuna, por pasada, ó por que el vírus infernal hubiese hecho ya acto posesivo de mis venas, no produjo efecto chico ni grande. Esas brujas invisibles, Circes asquerosas que convierten à los hombres en monstruos, me echaron á devorar á sus canes; y dando gracias á Dios salí con vista é inteligencia de esa negra batalla: lo demas, todo se fué anticipadamente, para advertirme

quizá que no olvidase mis despojos y fuese luégo á buscallos en la deliciosa posesion que llamamos sepultura. Deteneos! oh no, no vayais á discurrir que puedo entrar en docena con Scarron y Mirabeau: gracias al cielo y á mi madre, no quedé ni ciego, ni tuerto, ni remellado, ni picoso hasta no más, y quizá por esto he perdido el ser un Milton, ó un Camoens, *ó la mayor cabeza de Francia*; pero el adorado blancor de la niñez, la disolucion de rosas que corria debajo de la epidérmis aterciopelada, se fueron, ay! se fueron, y harta falta me han hecho en mil trances de la vida. Desollado como un San Bartolomé, con esa piel ternísima, en la cual pudiera haberse imprimido la sombra de una ave que pasara sobre mí, salga usted á devorar el sol en los arenales abrasados de esa como Libia que está ardiendo debajo de la línea equinoxial. No seria tarde para ser bello; mas esas virtudes del cuerpo ¿en dónde? prescritas son, y yo no sé como suplirlas. Consolémonos, oh hermanos en Esopo, con que no somos fruta de la horca, y con que á despecho de nuestra anti-gentileza no hemos sido tan cortos de ventura que no hayamos hecho verter lágrimas y perder juicios en este mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, miéntras los pícaros feos no acaban de hartarse de felicidad. Esopo he dicho: tuvo él acaso la estatura exelsa con la cual ando yo prevaleciendo? esta cabeza que es una continua explosion de enormes anillos de azabache? estos ojos que se van como balas negras al corazon de mis enemigos, y como globos de fuego celeste al de las mujeres amadas? Esta barba... Aquí te quiero ver, escopeta: Dios en sus inescrutables designios dijo: A éste nada le gusta

más que la barba; pues ha de vivir y morir sin ella: conténtese con lo que le he dado, y no se ahorre las gracias debidas á tan espontáneos favores. Gracias, eternamente os sean dadas, Señor: si para vivir y morir hombre de bien; si para ayudar á mis semejantes con mis escasas luces fuera necesario perder la cabellera, aquí la tendríais, aquí; y mirad que no es la de Absalon, el hermoso traidor.

La belleza es idea abstracta sujeta á los sentidos: así como el filósofo Simónides interrogado por Hieron nunca acertó á definir á Dios, así nadie será capaz de manifestar en lo que consiste la belleza. Belleza material es lo que simpatiza con los ojos y llena el corazon, pudiéramos decir; pero éstos son efectos de la belleza, y no la belleza misma. Porqué son bellas una pintura, una estatua, una mujer? Porque nos agradan: está bien. Ahora, ¿porqué nos agradan? Porque son bellas. Ni sabio ni poeta saldrá de este círculo vicioso dentro del cual se están desenvolviendo perpetuamente los misterios de la hermosura y el amor, sin que nos puedan ser revelados en ningun tiempo. Si decimos que la belleza consiste en la perfeccion, volviéndonos un paso atras veremos que la perfeccion misma no es sino la belleza. Belleza, armonía inestricable de mil voces, conjunto de facciones acomodadas artisticamente por el sabio invisible que pergeña en el seno de la nada las obras maestras; universo donde concurren todos los elementos de que

Dios hizo los ángeles y los hombres, pero dispuestos de tal modo, que si lo vemos y lo palpamos, no nos es dado averiguar ni descubrir la naturaleza de cuestion tan fácil para la vista, como difícil para la investigacion y la fórmula con la cual nunca daremos. Blancura y suavidad del cútis: viveza, tamaño y resplandor de los ojos: lineamentos atrevidos y elegantes en la nariz: esponjosidad voluptuosa y sangre hirviente en los labios : mejillas de curvas levantadas adonde la rosa vuela en pensamiento y se imprime por obra del espíritu que tiene á su cargo la gracia femenina: cabello abundante, ondeado y luengo, que así parezca manto natural con que la mujer cubra sus primores, desde los hombros hasta la pantorrilla : ceja arqueada, cuyo rabo está apuntando á las sienes con poética ufanía : cuello alto, recien salido del torno aéreo donde el amor labró el de Berenice, el de Estatira : pecho que parece vestíbulo del templo dentro del cual los dioses están entregados á los juegos florales, saltando desnudos, medio locos de consumidora licencia : porte donairoso, paso regio, movimientos de Musa que cansada de la austera virtud, está ensayando tímidamente la seduccion y la malicia : sobre esto una blanca, apretada gordura, de esas que resisten el atrevido pellizco ; de esas de las cuales nadie da fe, si las Gracias no le han iniciado en los misterios de la soledad y la dicha; tales son los caractéres de la belleza en general, aunque los pueblos difieren de concepto en varias partes de la tierra, siendo tachas para unos lo mismo que son timbres para otros. Las naciones civilizadas de Europa y las que de ellas se derivan tienen un solo modo de mirar las cosas : no así los turcos, verbigracia,

para quienes frisan con la perfeccion las mujeres que, no estoy en un tris de pensarlo, causan despego en nosotros. La abundancia de carne y grasa es toque de alta belleza para los musulmanes ; y tanto más bellas sus mujeres cuanto más obesas y enormes. A esta cumbre llegan fácilmente con el escaso movimiento de su vida sedentaria y ociosa, encerradas en las cuatro paredes del serrallo, aspirando las flores de sus jardines, deleitándose con la miel de sus abejas. No obstante, á nadie que no tuviese el corazon á la jineta dejarian de volverle loco esas odaliscas de tres á cuatro lustros que harto tienen en su persona de las huries del Profeta, deidades puestas por Alá en los Campos Eliseos para recompensa de los fieles que prevalecen por las virtudes en el mundo. Una Zoraya de diezisiete abriles, con su pantalon abombado de raso purpurino, que frunce y estrecha al tobillo por medio de un agarrador de Hevila : la chinela de grana cuya capellada bordada de hilo de oro está figurando las travesuras del niño ceguezuelo : la chaqueta compuesta por una Aracne de Stambul, que sirve de cárcel á esas tórtolas blancas sujetas hasta medio cuerpo : la manga anchísima que flota en pomposo vuelo no más abajo del codo : la manecita de ninfa de la fuente ajustada en la muñeca por el brazelete sembrado de rubíes : la uña sonrosada, la yema del dedo como si brotara sangre : las mejillas ardiendo en llamas prohibidas : los ojos de resplandor siniestro... siniestro, porque la pérfida está pensando en la manera de huir de su encantado calabozo é irse con su amante á despecho del Sultan y sus guardianes : esta mujer, digo, es uno de los modelos más cumplidos de la belleza en el género hu-

mano. Qué maravilla? su dueño la obtuvo de un rico bajá, quien á su vez la habia comprado á un viejo musulman que la trajo de Circasia.

Ahora ved si el serrallo de Ispahan abriga más beldades que el cielo de los muslimes contiene séres femeninos, de esos cuya profesion es el amor y la felicidad de los bienaventurados. Zizi, la bella Zizi, ganó el primer premio en la exposicion de hechizos que el gran Sofí mandó prevenir en la capital de su imperio. Zizi es oriunda de Georgia: sus padres, magnates de esa tierra, se prometen la honra de ver á su hija de sultana, y bien adornada con el oro y las pedrerías de Zafir, la envian á presentarse á los ojos del príncipe. Vino, vió y triunfó la bárbara hermosa, cual César de corazones, contra la cual nadie da batalla que no quede vencido y prisionero en la red de miradas y sonrisas que le tiende allí á su propia vista. Zizi deslumbra con las preseas que trae sobre sí y los primorosos vestidos que la cubren; pero el amor, como la verdad, es desnudo: preciso es dejar á un lado esa elegante carga, y encomendar á la limpia y pura naturaleza el éxito de su causa. Sus ojos están resplandeciendo tras el pudor que les obliga á bajar los párpados de cuando en cuando: sus mejillas son fragua donde chisporrotea la vergüenza en lucha con el deseo: su boca es puerta por donde se atropellan mil amorosos ayes: la garganta es en ella parecida al muslo del dios de los amores: el seno, descubierto, es todavía prominente, á pesar del encorvamiento delicado con que esa mujer divina procura ocultar los secretos más recónditos de la hermosura: los pechos, erguidos, parecen dos

trozos de mármol en forma de pan de azúcar pulidos por el cincel de Polycleto : las curvas de su vientre desafian á la comba del arco de Cupido : las caderas se levantan en promontorios alomados, por cuyos derrames suben y bajan los Genios del placer : el muslo, grueso, blanco, de redondez perfecta, va adelgazando hasta los hinojos : la corva es un abismo profundo entre dos gorduras, la de arriba, y la de la enorme pantorrilla que asombra por su riqueza, deleita por su pulidez, y conmueve horriblemente por los caudales de voluptuosidad que de ellas corren á inundar los sentidos. El pié es levísimo : náyade no lo sienta en los dorados guijos de su fuente ni más pequeñuelo ni más blanco.

Esta es Zizi, la reina del haren. Bella es, pero no sin rival : allí está Dalís disputándole la palma en el corazon del sultan. Dalís descuella por la estatura y el donaire : alta, garbosa, rubia, se parece á Diana cuando está bañándose desnuda en un recóndito manantial de la selva sagrada. Si la mirais con ojos indiscretos, convertiros ha la diosa en ciervo, y devoraros han vuestros propios perros. Dalís no deja el cetro sin pleitearlo palmo á palmo : Dalís tiene ojos para ver, y como ellos son azules, del color más limpio de la bóveda celeste, cada mirada suya es una inspiracion divina. Su mata de pelo, admirable : aunque en órden, ni los dioses incorpóreos pudieran romper por esa perfumada maraña ; así es de tupida y abundante. Dalís no ostenta en sus miembros el volúmen de una turca vencedora ; pero está léjos de pecar por esa delgadez helada de que huye la divinidad golosa que se llama lascivia, divinidad satánica, más

hambrienta, miéntras más repleta. Dalís no es flaca: dígalo el brazo hácia el hombro si tiene el manjar suficiente para el amor convertido en dragon insaciable: dígalo el pecho, mullida cama de deseos: dígalo la boca, estrofa de Anacreonte encendida en el aliento de Safo: díganlo esos ojos, hervidero de malos pensamientos que brotan afuera en chispas invisibles y meten fuego al alma de los que están delante de ella en maravillado silencio.

Dalís no tiene competidora, sino es Zizi: Zizi á nadie temiera si no estuviera ahí Nardina. Esta sí que le vuelve loco al marido comun á despecho de todas las demas: esos ojos de gacela, como dicen los poetas árabes, contienen un mundo de seduccion y gloria para el dichoso mortal que ha ganado tal corona en las justas del amor. Nardina está celosa: en dolor no articulado, su cabeza gravita melancólicamente sobre el seno: dos hilos de lágrimas descienden lentos y le bañan las mejillas: las manos están colgando de indolencia que no es sino pesadumbre sin esperanza de remedio. Raddin Ined, Raddin Ined, he allí tu obra. Esas beldades y otras muchas, tuyas son; esos corazones henchidos de amor y deseo, tuyos son; esos senos esponjados con los suspiros impetuosos del cariño, tuyos son: tuya la luz de esas pupilas, tuyo el carmin de esos labios, tuyo el aliento que por ellos sale impregnado de los olores del alma. Ah, cruel, qué órdenes son esas? porqué pones el látigo y el hierro destructor en manos de ese feo negro, ese monstruo que llamas tu primer eunuco? Mira cómo las toma á media noche, las despoja de sus vestidos, las

aherroja... Has oido, miserable, el chasquido del azote mezclado con los gritos de tus víctimas? Esas carnes están inundadas en su propia sangre : esas manos, atadas, no pueden implorar misericordia : esas lágrimas corren sin esperanza de compasion ni de perdon. Qué te hicieron tus queridas, tus mujeres? Gran Dios! el primer eunuco ha descubierto tres mancebos en la alcoba de esas pérfidas : levanta el brazo, castiga, extermina; duda de tí mismo, entrega tu alma al diablo, sultan dichoso, cuando sepas que no te amaron ni un instante. Amarte, ¿y cómo? no fuiste su consorte sino su dueño; no su amigo sino su tirano; no su salvador sino su verdugo. El corazon es águila : gusta de la libertad; en espacio inrestricto se bebe los aires y se encumbra al firmamento. Dirás por ventura que á esa Zizi, esa Dalís, esa Nardina las habias ganado por el amor y la seduccion? Si tú las compraste, no es mucho que ellas te hayan vendido. Sabe que la correspondencia es obra de voluntad, no de mando ni tesoros.

Para cada raza un modelo de belleza : las mujeres persas, las árabes no prevalecen por lo sonrosado de la tez ni la blancura deslumbrante : en al consisten sus hechizos, y es en la ardiente suavidad de la mirada, en la magnitud asombrosa de los ojos, por los cuales el alma se está asomando en ademan apasionado. En esas beldades hay algo como de luz de luna, cuando llena y clara se asoma en el horizonte y viste la montaña. Las griegas antiguas son estrellas vívidas : todo deslumbra en ellas : ingenio, donaire, fuego de la sangre : en órden á los caractéres físicos de la hermosura, la frente

estrecha es lo principal; y tanto más cumplida una mujer, cuanto más se aproxima la orilla del pelo á las cejas. Otras naciones la suelen estimar con frente abierta y anchurosa; pero en las estatuas que de Aténas, Corinto y Siracusa conservan los museos, pueden ver los viajeros que esa parte de la fisonomía es por todo extremo angosta en la Vénus de Milo, en la de los Médicis de Florencia, en el grupo de las tres Gracias, en el de las nueve Musas y en cuanta representacion de la belleza antigua veneran los modernos.

Las mujeres de la Biblia se dan la mano con las matronas romanas : la majestad de Sara, la cordura de Abba, y ese porte sublime con el cual las esposas de los patriarcas eran reinas, todo parece haber pasado á la Roma de los cónsules, y aun á la de los emperadores. Agripina, entrando á la ciudad con el vaso que contiene las cenizas de Germánico, alta, grave, taciturna, bañada en la melancolía que da realce á su belleza, no es sino la santa mujer de un patriarca del tiempo de Abrahan é Isaac. Livia, una de las romanas más bellas, fué asimismo grave, austera quizá : amóla Augusto, respetóla : el frio temperamento que le vuelve un Xenócrates ante la reina del Nilo, está siempre abrasado ante la hermosa Livia, la cual no viene á ménos en su cariño ni con la posesion, ni con los años. Lo que no pudo Cleopatra, vencedora de César y Antonio, lo pudo la mujer de Tiberio Claudio : esto es no poco decir en favor de ese Genio del Tíber.

Entre las griegas, las que frisan con las hebreas de los tiempos bíblicos son las esparciatas : esos fantasmas negros que traen el brazo al aire, y señalan imperiosa-

mente á sus hijos el campo de batalla, son tambien Saras por la majestad, Abbas por la cordura, Esteres por la virtud. En las naciones actuales hay unas que representan á las romanas antiguas, y son las inglesas: estatura sublime, paso grave, aspecto majestuoso; sino que el fuego que tras la frialdad exterior estaba hirviendo de continuo en el pecho de esas antiguas, apénas si se prende en el de estas modernas, tibias por naturaleza y gracia. Si el somaten que llama à la patria contra sus enemigos suena en los templos, allí están ellas, eso sí, á cargar las armas de maridos é hijos hasta la frontera; ni se irán á la mano en la recompensa debida á los vencedores, besando apasionadas los largos bigotes del salvador de Wellington.

Para las atenienses, las francesas: estas amables mujeres, sin dar la ley de la hermosura, dan la de la elegancia y el predominio: donosas de natural, poseen el arte de hacer valer más la gracia que la belleza, y suya es la palma del amor en el concurso de tantos y tan hermosos pueblos como son los de la civilizada Europa. Xantipas, en corto número; Aspacias, algunas; muchas Phrines, y no pocas Elpinices; tales son las francesas, sin que falten mujeres de Phocion para quienes son joyas y riquezas las virtudes y glorias de sus maridos, y no los diamantes y las perlas de las vanidosas.

La belleza tiene mil caras; prisma es que fulgura por donde lo miramos, si el sol está dando en él. Las heroinas de Homero difieren tanto de las de Ossian, que si una belleza excluyera otra, cualesquiera de éstas serian feas, para dejar en el lado opuesto á las hermosas.

Helena es tipo supremo: la sangre que corre al rededor de Troya, las llamas en que arde al fin esta ciudad sagrada, están corriendo y ardiendo en ese Genio impuro del amor y el deleite. Dicen que un jóven esparciata se parecia de tal manera á Héctor, que habiéndose presentado en una ciudad del Peloponeso, le ahogó el tropel de gente que acudió á verle y admirarle: si hubiese mujer parecida á Helena, su familia ó el Gobierno la habian de cercar con barandajes de oro, á fin de que no la matara la curiosidad apasionada del pueblo. Helena y Clytemnestra, beldades infaustas, fueron la maravilla de los tiempos, si por la peregrina condicion del individuo, si por los grandes efectos de sus pasiones. Los poetas suelen comparar un seno admirable, una garganta celestial con los de Clytemnestra. Agamenon, si tiene conocimiento y guarda memoria de las cosas del mundo en la eternidad, debe sentir más haber perdido el corazon de su esposa que la muerte misma.

Sólo el trono merece ser comprado
Con un delito; mas en todo el resto
Sea inviolable la ley de la justicia,

dijo Eurípides, el trágico de alto coturno. Si algun delito mereciera perdon á causa de su estímulo, seria el rapto de una Helena, una Hermione, divinidades en figura humana, que adrede nos enturbian el juicio para que hagamos por ellas mil locuras. Páris es sugeto despreciable, no tanto por haberse alzado con la mujer de su huésped, cuanto por la cobardía y la traicion con la cual mancilló su gentileza: guerrero vil que mata alevemente al mayor de los héroes, con razon no alcanza

ni la envidia de los que tienen presente los favores de la sin par Helena.

Hermione enfurecida, fraguando la muerte de su amante desleal, es otro dechado de belleza terrible; y cuando vuelve el asesino á darle cuenta, inundado en gozo, que sus órdenes están ejecutadas, amor, ira y despecho la vuelven realmente loca sublime. Quién te lo mandó, perverso? porqué le matas, monstruo? Y sus ojos fulguran semejantes á los de Juno irritada en presencia del atrevido mortal que solicita su correspondencia.

Fedra fué tambien hermosa; pero los atractivos de estotra mujer de Putifar nada pueden con el predilecto de los dioses, el bello Hipólito, cuya presencia anunciaba espontaneamente la profetisa de Délfos, cada vez que de Cycione venia á Cerra. Pagada de sus embelesantes formas, tuvo para sí la incestuosa madrastra que todo seria quererlo ella y ver cumplidos sus deseos. El alma de Josef habia pasado al cuerpo de ese muchacho: cuando ella le vió huir dejándole la capa en las manos, allí fué luégo la ira con que acudió á vengarse de las virtudes encarnadas en esos bellos miembros.

Y Safo? Safo no ha transmitido su nombre á la posteridad por lo notable de su rostro, mas ántes por el fuego de su alma, la cual le tenia abrasados sin tregua imaginacion y sentidos. Con todo, cuando la vemos vestida de blanca tela, coronada de flores en el promontorio de Leucadia, repitiendo sus últimos versos para arrojarse en el mar, no podemos contemplarla sino como á deidad gentílica en figura de mujer, cuyos afectos, conservando su condicion de inmortales, la vuelven

infeliz por falta de una correspondencia de que los hombres son incapaces. Por lo ménos es cierto que los asistentes á ese espectáculo sombrío vieron que la hermana de las Musas se levantaba al cielo en forma de cisne, cuando hubo apénas rozado las ondas del mar Jónico. Como el amor fuese entre los griegos materialista de inclinacion y conviccion, la hermosura entre ellos por fuerza habia de adolecer de la impureza con que esta loca poetisa se entrega con sus criadas en su casa á un impúdico secreto. La belleza es fuego en esa nacion de poesía tangible y música palpable : Medea va corriendo sin empacho tras su amante ; Ariadna está llamando al suyo á voz en grito; la mujer de Menelao huye con el amigo de su esposo. La mitología nació en Grecia, y el amor es ciego : si hubiera nacido en los bosques de Germania, el amor seria grave, reflexivo, taciturno, profético, sabio y frio, como Belleda.

Así él está bañado del fresco rocío de las montañas de Inisfail en las heroinas de Ossian, esas mujeres nubes que descienden sobre sus adoradores, los circuyen en forma de niebla sobrenatural, brillan como el íris de las colinas de Morven, y se pierden por el espacio desvanecidas en suspiros que quedan resonando en los oidos de los guerreros, semejantes al murmurio de los manantiales invisibles que corren por los bosques. Todo es espíritu en esas bárbaras encantadoras : aman á sus héroes, les infunden valor con su aliento, los siguen á la batalla para verlos morir, ó los esperan en una roca donde ellos las hallan muertas. Por las heridas mismas de los amantes y las amadas corre un fluido sutil, como

el que mana de las llagas de los dioses. El fuego no chispea sino en la espada del guerrero : cuando Fingal se asoma por el mar en auxilio de Cuchullin, Suarán descubre la flota enemiga desde los montes y la enciende con la ira de sus ojos. Pero el amor de la bella Morna es puro y suave : sus pechos son como los globos de mármol que están medio hundidos en las orillas de las cascadas de Branno, y su corazon palpita en pasion inocente ajeno de todo impulso material. Ducomar, dice, guerrero feroz, no te amo : Cairbar, el jóven Cairbar, viene á mis ayes, cuando estoy dormida soñando en él al borde de la fuente. Ducomar, ve hácia él, y dile que la hija de Cormar, la bella Morna, le ama. Cairbar, responde el amante desdeñado, no volverá á oir que Morna le ama : ves esta sangre que rojea mi espada? Es la de Cairbar. Guerrero, contesta Morna, corriéndole las lágrimas por las mejillas, dame acá tu espada que yo bese la sangre de mi amigo. Ducomar se la presenta : Morna se la hinca en el pecho á su dueño, el cual, arrancándosela con el último aliento, hiere á su vez el blanco seno de la vírgen. Morna cae, lánguida y pura como la azucena debajo de la cuchilla.

Starno, rey de Loclin, tiene una hija á la cual cuida y oculta más que un tesoro. Agandeca oscurece la nieve con la blancura de su cútis, dice el bardo cantando las gracias de la niña. La espuma de las olas no es más suave que su pecho, ni en el cielo hay nube de color más casto y delicado que el de sus mejillas. Sus ojos son azules, su mirada inunda de un amor que ahoga los malos pensamientos. El ruido de los pasos de Agandeca produce una armonía como el ritmo con que andan los

entes celestiales. Cuando se detuvo en los umbrales de Fingal, su prometido, parecia la luna parada sobre una nube del oriente.

Y Galvina? La cabellera de Galvina es negra como el ala del cuervo : los ojos en ella grandes, las pestañas encorvadas y largas. Esta princesa fué triste desde la cuna : reir, nunca en la vida : sonreir, sonrie; pero la melancolía toma cuerpo en sus labios, y esas sonrisas son como lágrimas secas que se entran al pecho y caen sobre el alma. Galvina ama á Conal. Cuando éste salió á caza, la querida acometió á probar el amor de su amante con los celos : vistióse con el traje de un jóven guerrero, y se dejó estar de piés en su puerta. Viene Conal, ve ese hombre allí, pierde el color, requiere el arco, vuela la flecha. El cazador llega animado por el gozo de la venganza, mira el cadáver, tiembla, cae muerto. Galvina, el Genio de las grutas de Tura, estaba allí tendida sobre su propia sangre.

Fingal se halla acampado á orillas del mar con sus guerreros. Allá, juguete de las olas, viene subiendo y bajando una frágil nave. Favorécela el viento : he ahí que llega á la presencia del héroe, rodeada de la muerte. Oh tú, vírgen radiosa, exclama Fingal, eres el Genio de las ondas, y has dejado tus palacios de coral por ver la luz del sol? Si eres mujer y menesterosa, ven : el brazo de Fingal es baluarte de la inocencia y rayo de perversos. Guerrero, responde la desconocida, soy Fainis-Ollis, hija del rey de Craca : Borbar, rey de Sora, quiere mi amor á viva fuerza, y vengo huyendo de su persecucion y sus caricias. Si el rey de Sora te sigue, Fainis-Ollis, aquí hallará su tumba, al pié de esta negra peña

que está blanqueando con la espuma de estas olas. Ven, y ponte á la sombra de mi espada, hija del rey de Craca. Fainis-Ollis es bella como un sueño : su cara resplandece circuida de una auréola divina, sus ojos son fuentes de felicidad no probada por los mortales.

Evir-Ollin baja cantando de la montaña, semejante al arco íris que se extiende sobre las laderas de Lena. Sus cabellos, largos, negros, ondulantes, vienen flotando en manos del favonio que abusa de la soledad y se propasa en sus maliciosas travesuras. Evir-Ollin está tomada del amor de Ossian ; y en tanto que su voz entona el nombre de este bardo guerrero, su seno exhala una vaporacion olorosa como el ámbar del Báltico.

Ullin, el feroz Ullin, está subiendo la colina de Cromla cargado de ira y silencio : quién es la vírgen que de abajo le mira y tiembla, enviando allá su alma por los ojos? Es Gelchosa, querida de Lamdarg. Ullin va á combatirse con su amante, y ella está esperando la muerte de ese su amigo, novel en las armas y la guerra. Ullin es héroe provecto, fuerte como Cuchullin, temible como Starno. Enfurecido de celos, loco de esperanza, Ullin le matará, y vendrá luégo á llevarse consigo á la bella Gelchosa. Lamdarg baja de la colina : Cromla ha oido resonar los golpes de los dos héroes, y el muerto no fué el amante de Gelchosa. Gelchosa, brotándole por el rostro luz de felicidad, le echa los brazos al jóven victorioso, y parece una estrella colgada al cuello del dios de la alegría.

Cada edad tiene su belleza, dijimos : la infancia, la puericia, la adolescencia, la juventud, y la vejez misma presentan modelos que exitando admiracion y simpatía, despiertan en nosotros esta idea visible de fundamento inexplicable que nos da conocimiento y conviccion de la belleza. La del niño inocente que está subiendo y bajando en los brazos de su madre, es cosa palmaria, sujeta á la vista y al amor de todos. La de la adolescente, ya la delineamos segun el caudal de nuestras facultades. La del anciano seria quizá la que muchos no comprendiesen ni sintiesen, atenidos al principio vulgar y falso de que los verdes años son condicion indefectible de la belleza. Si amor y voluptuosidad son caractéres exclusivos suyos, vengo en ello ; pero una cosa es decir que las mujeres hermosas despiertan en nosotros inevitablemente el sentimiento del ánimo con el cual las divinizamos, consumiéndonos en sus aras en nuestro propio fuego, y otra la apacibilidad y la inocencia que nos infunden el niño y el anciano hermosos. Para niño, cualquiera : salud, aseo, gordura bastan para la infancia, que de suyo es bella. Para ancianos, allí está Termosíris, el patriarca venerable que prevalece por la estatura, la calva sublime y la barba que se le descuelga por el pecho en madejas ondeadas y argentadas. Los ojos son azules en este anciano, el rostro largo : la blanca epidérmis ha conservado los remanentes del zumo de clavel que en otro tiempo le encendia las mejillas corriendo aprisa por las venas. Camina con paso que da indicios de los movimientos de los séres inmortales : así es el Eterno cuando se levanta de su trono refulgente, y pasa por ante las gerarquías, dándoles tiempo de verle y

adorarle, perdidas en un océano de admiracion y gloria. El poema de Homero que ofrece modelos de todo lo cumplido y todo lo grande, nos muestra tambien en el viejo Príamo el dechado de la belleza en el hombre de años : tambien éste cultiva una barba sacrosanta, la cual por ventura encierra los secretos del destino de Ilion y su familia. Príamo, al frente de sus cincuenta hijos á la mesa, protegiendo con su mirada á Hécuba, y llorando con ojos proféticos la ruina de Héctor, es figura descollante en la Ilíada, figura que fué concebida por obra de la potencias del Olimpo, y nació en la imaginacion del poeta al mismo tiempo que la del padre de los dioses.

Pero la belleza esencial, la belleza realmente dicha, no hay duda sino que está vinculada en la mujer, ó tiene conexiones inquebrantables con el amor y la voluptuosidad. La edad florida es requisito de esta belleza, fuera de la cual los deseos mismos se amortiguan y se apagan, como que han salido de su circunferencia, echados poco á poco por ol tiempo. Margarita, reina de Navarra, mandó que las mujeres, á los treinta años, cambiasen en buenas el título de bellas. O nunca fué hermosa esa señora, ó le sobró modestia : quince años de guerra, triunfos, lágrimas, placeres y dolores,poco es, en realidad, poco es. Maupercio calculó que el hombre podia disfrutar tres años de dicha acendrada, *desleidos,* dijo, en sesenta ó setenta de sinsabores y amarguras. Luego los quince de la mujer hermosa son mucho, mucho son. Mas ruegoos contempleis que en ellos están revueltos trabajos. desazones, pesadumbres, celos, con

toda clase de logros y delicias : si éstos fueran sin aligacion, gran Dios! los quince años de las flores de la vida contuvieran quince siglos de felicidad, y Maupercio nos habria hecho hurto de doce períodos inmortales. Pero este hombre de bien no roba nada : esos monstruos que nos siguen y rodean con nombre de miserias, desgracias y amarguras son los que nos socaban el tiempo, y nos comen la buena fortuna, y nos envian á la vejez como á una isla sin más paso que la muerte. Abderrahman, califa de Damasco, estuvo más en lo justo cuando afirmó que de sus largos años de poder, triunfos, riquezas, amores y felicidades, á lo sumo podria él sacar catorce dias felices. Estos no eran, sin duda, los de sus victorias, ni los de su coronacion, ni los de los festejos reales con que le endiosaron las ciudades : fueron los que pasó en brazos de una mora de diezinueve años, de cuyo amor y lealtad estaba cierto, en jardines como esos donde se encerraba Salomon con la bella egipcia. Felicidad sin amor, no hay alma seca y helada que imagine : preponderancia, honores, tesoros, salud, fama, todo va á dar al centro de la felicidad única, que es el amor. Por eso el ciego del Paraíso Perdido dijo :

In solitude
What hapiness? Who can enjoy alone?

No hay felicidad posible en la soledad : nadie puede gozar á solas. Todas las otras felicidades no son sino ventajas, elementos de la verdadera ; si ya no decimos que son siervas, tan unas con ella y tan apasionadas, que si su señor viene á morir, todas ellas son dolientes

inconsolables que estarán léjos de labrar la satisfaccion y la alegría del que las poseyere. Condescendencia con los apetitos animales, vicios repletos, ciertas pasiones y deseos llevados á felice cima, pueden causar placer y orgullo ; pero éstos se hallan léjos de la felicidad, la cual es una con ese ritmo profundo y cadencioso que liga el corazon del hombre con el de la mujer. De esta música sin sonido nacen los vínculos de la sangre, el gozo maternal, la ufanía y la esperanza del padre que ve su amor encarnado en esos frescos pimpollos que perpetuarán su nombre y serán la gloria de su estirpe. El conquistador que entra ciudades por fuerza de armas, sojuzga pueblos y extiende sin término la jurisdiccion de su corona, pesando mortalmente sobre gran parte de sus semejantes; el ebrio consuetudinario que abunda en medios de perdicion y se bebe la muerte de dia y de noche en esa copa que es para él la sepultura; el libertino feliz al cual no hay fortaleza que no se rinda, ante el cual no hay inocencia que no caiga derribada; el avariento que tiene llenos de oro dos toneles, semejante al viejo barbon de Lafontaine; el gloton cuyas facultades están apiñadas en el estómago, y es harto afortunado para que no le falten perdices ni capones ; éstos, digo, no son felices : el irracional que da vado á sus instintos cumple con su naturaleza; pero como no posee el discernimiento del corazon ni el órgano del sabor divino, ignora la felicidad, y vuelve al regosto cada dia como quien acude á puras necesidades, no como quien alcanza un nuevo triunfo en el cual toman parte la inteligencia y la conciencia.

Los viejos, incapaces de amor, no son capaces de felicidad, van á decirme esos ergotistas que todo lo vuelven triquiñuelas escolásticas. Los viejos viven, aman, son felices de memoria : su mundo ha pasado; pero, como los astros en sus órbitas, no se pierde, y vuelve á sus ojos cada dia, y está girando sobre su cabeza, para consuelo de sus corazones y gloria de su vida. Aman los viejos : aman á esas sombras que los visitan en sueños, les llenan los oidos de suspiros preñados en recuerdos, los rodean acompañándolos en sus soledades, y les prometen una santa renovacion de amores y placeres allá donde éstos se ofrecen á los labios sin liga de vicios ni amarguras, y son eternos, como las ondas de la luz en que rebosa la morada de la felicidad infinita. El fuego del padre, además, ¿no sigue vivo en el corazon del hijo? el amor de la madre, ¿no pasa al pecho de la hija, y allí hace obras de dos caras, que tanto miran al tiempo pasado cuanto al porvenir? Bienes de fortuna, títulos, preseas, la muerte nos regala envueltos en el llanto que debemos á nuestros progenitores : sus pasiones, sus placeres, sus esperanzas, herencias son con que nos enriquecen en vida, haciéndonos escritura que sellan sus enfermedades y dolores, y certifican nuestra salud y brio. El amor de su seno, nuestro amor es; el ímpetu de su corazon, nuestro ímpetu es; la fuerza de su vida, nuestra fuerza es : ellos apagados, nosotros ardiendo; ellos ya no cultivan la esperanza, nosotros esperanzamos; ellos miran hácia atras, nosotros nos bebemos con la vista los años que en tropel se nos vienen allí cerca. Dejadlos, pobres viejos, personas venerables, que descansen en la fria atmósfera

donde los ha metido el tiempo : el afecto de sus hijos, las caricias de sus netezuelos les abrigan el alma, y en el calorcillo del hogar donde arden las virtudes, perciben ellos uno como aliento de las llamas de la gloria. Si un viejo amó en sus dias, si fué amado, no digais que es infeliz : desgraciado es el que vuelve la cabeza y ve un desierto inclemente sin afecciones ni virtudes. La memoria es un universo : todas las cosas de la vida, en forma de globos resplandecientes, arcos luminosos ó nubes negras, están girando en confuso laberinto, sin faltar, empero, al órden indefectible con que la verdad pone las cosas en su punto.

Para felicidad, mucho son los tres años de Maupercio ; para belleza, poco los quince de la reina de Navarra. Aun cuando se echara de ver segunda intencion en mí, yo sentaria, y esto sin relevarme de la prueba, el principio de que la mujer puede ser bella hasta los cuarenta años. Bárbaro! grita por ahí un clavel encendido que está viendo á la rosa su vecina desmazalada y triste de la mañana á la noche ; pues cuáles son las viejas ? A los cuarenta años, unas parecen las siete vacas flacas del sueño de Faraon ; otras no saben qué hacer de la carne que se les sale del vestido y se derrama por todas partes. Abúltaseles la cara, acórtaseles la garganta : el dios del amor no irá, sin duda, á disparar de allí sus flechas. Demos que las canas sean vanas ; pero esas culebritas que empiezan á serpentear por la frente, por los ojos, por la barba ¿ no se llaman arrugas ? Mirad si sobre esas encías pálidas se levanta la órden primorosa de dientes marfilados que asomaban afuera cual pequeños dioses

cuando la hermosa sonreia! Huesitos amarillos son ahora; amarillos, pero delicados: no los mireis con fuerza; la vista es harto poderosa para derribarlos: si atáredes una araña con su propio hilo á uno de ellos, irse ha con su estaca la hija de las paredes. La crasitud de sus miembros la trae sofocada á esa mujer voluminosa; su aliento es labor ímproba: aun muy feliz si el tabaco no le convierte en sepultura la boca que ahora veinte y cinco años era gruta de coral donde los amores gustaban de triscar y hacer su musical ruido. Los ojos... Démosles tregua á las gordas: venid acá, señoras flacas, y decidnos, ¿cómo os dais maña en llevar unidas las cien mil cucharas que componen vuestro cuerpo? Hojalata vieja, castrapuercos, matraca, ruido de cuero seco, huevos vacíos echados en las piedras, cantimplora rota, vejiga con alma de maíz, todo he oido en este mundo; pero cosa que me lastime más el órgano auditivo que la osamenta de una cuarentona soltera y devota, no hay en la circunferencia de la tierra. Seria yo un pazguato si dejara pasar la oportunidad de una *vendetta*: yo soy veneciano sin puñal: muchas veces me he vengado; nunca sin reirme. Aqui viene como anillo al dedo darle una tanda á una niña de cincuanta navidades que empeñada en hablar bien de mí, con sus ojitos de lagartija y su voz de preñadilla: « De talento, instruido, enérgico: debe ser diputado: acaso para ser legislador es preciso ser blanco ni buen mozo? » Oiga, mama Difi... Para dar leyes no es preciso ser blanco ni buen mozo; pero para quedarse con la desvergüenza seria preciso no ser ni vieja ni fea: yo no perdono sino á las bonitas; y eso esperanzado en que ellas me sirvan algun dia de palacio

de cuerpo legislativo, donde talento, instruccion y energía hallen ancha y cómoda butaca; que para sentarme sobre una talega de costillas de pescado, no quiero ser ni emperador.

Añudemos el hilo del asunto. Dije, y el clavel me contradijo, que la mujer podia ser hermosa hasta los cuarenta años. Raras son las que poseen el arte de conservar sus incentivos allende los términos prescritos por doña Margarita de Navarra : mas si á la predileccion de la naturaleza por algunas personas añadimos ese arte encantado con el cual la aurora va huyendo de la vejez, tendremos que entre muchas viejas de treinta años, brillan no pocas jóvenes de cuarenta. Buena constitucion física, apacibilidad de genio, templanza en las pasiones, medida en los placeres, costumbres acordes con las virtudes no en extremo austeras, y una como ciencia filosófica para el acicalamiento del rostro y el atavío general, partes son de la juventud, y campeones que se oponen denodadamente á los asaltos de esa fada terrible que viene amenazando con las canas, las arrugas y el desmuelo. A los cuarenta no son, pero solemos llamarlas viejas, por vengarnos de sus desdenes, por hacerles mala obra, ó por pura iniquidad y flujo de maledicencia. Abuelas hay que causarian la ruina de Ilion, si consiguiesen persuadirnos de que sus hijas son sus hermanas, y sus nietos son granujos pertenecientes á la casa vecina. Por lo tocante al garabato y la frescura, ponedlas entre las troyanas del cuadro de Apeles, y sobre mí si no les echan el pié adelante á Casandra y Policena. Diana de Poitiers tuvo la virtud de prolongar

las gracias de los verdes años hasta la edad en que otras están bajo de tierra. Dicen que esa mujer, bella como una deidad pagana, poseyó un secreto nunca revelado ; secreto que lo adivinó ó lo descubrió á su vez la célebre cortesana del tiempo de Luis décimocuarto, Ninon de Lenclos. Esta sin par hermosura inspiró pasiones profundas de los cincuenta años para adelante : ¡ qué seria de los veinte á los treinta ! Su última aventura amorosa la corrió á los sesenta cumplidos. Cuando el caballero de Grammont le hizo á su amigo el duque de Brissac la pega que todos saben, no era aun vieja ni de edad : en cuanto al rostro y el cuerpo, Hamilton, cronista acendrado de ese famoso libertino, nos la describe como la beldad de quien Aristeneto decia : Vestida, cuán hermosa es! pero desnuda, es la hermosura misma. *Induitur, formosa est ; exuitur, ipsa forma est.* Curiosos habria que si tuvieran ménos noticia de mi desabrimiento natural, me preguntaran : cuál fué la pega que el de Grammont le hizo al de Brissac, si gustais, señor don Juan ? No gusto, en verdad, de ocuparme en niñerías ; y puesto que las del caballero de Grammont viven por escrito en el libro más clásico de los galos modernos, á él os habré de remitir donde más largamente se contienen las calaveradas de buen gusto y pilladas estupendas del último de los galanes franceses. Mas si quereis ahorrar lectura, sabed en dos palabras que el caballero tuvo una noche cita con la Ninon hermosa. Emperejilado para lance tan supremo, hirviéndole la sangre en las venas, va á echar pierna á su caballo, cuando he aquí un billete : « Me hallo indispuesta : no vengais ahora. » Bonito era el mancebo para dejarse llevar al pi-

lon. Va, se aposta por ahí tras una columna del portal y, atalaya vigilante, espera en silencio á su competidor afortunado. Héle allí : es Brissac, su amigo; el dichoso Brissac, señor de devengar tres mil escudos. Brissac, amigo querido, te envia aquí el Dios de los desamparados : me sucede el caso más extraordinario que pudieras imaginar. Sin preguntas ni rodeos, dame acá tu capa y tu sombrero, ten mi caballo, y espérame quince minutos. Sálvame, camarada, sálvame! Tú sabes que mi vida es tuya, si va de punto de honra. El señor duque era un jerifalte, pero cayó en el buitron : capa y sombrero, allí están : toma el caballo por la brida, y espera, espera. Grammoncito ha llamado á la puerta de Ninon : « Quién va? » — « Psit! » — « Qué psit? » — « Brissac. » Ábrese el santuario, Grammont adentro. La diosa está resplandeciente : suelto el pelo sobre los blancos hombros : las mejillas echan fuego, los ojos luz de placer. Una túnica de cendal ondea sobre ella en vasto pliegue... « Duque, amigo del alma! » El á quién tenia entre los brazos era el postergado caballero, cuyo tacto, gracia, ingenio y cortesía fueron premiados ampliamente en medio del más gustoso reir, à costa del más feliz de los enamorados, quien se estuvo hasta la media noche asido de la brida del caballo. Qué tal? Si quereis de éstas, á las « Memorias del caballero de Grammont, » por su cuñado el inglés Hamilton; que yo no digo más, y vuelvo sobre mi asunto.

Elpinice, hermana de Cimon, no fué tan dichosa : en esos felices tiempos en que el gran pintor de Aténas la ponia al natural en uno de sus mejores lienzos, pudo

vanagloriarse de que no habria pretension suya que no fuese razonable, ni cosa que le fuese negada. Esta hermosa griega, semejante á Marco Bruto, lo que queria lo queria fuertemente, y lo que pedia, obtenido estaba de antemano. Sucedió para su desgracia que por entónces mandase la República un austero demócrata llamado Perícles, para quien no habia otra mujer que Aspasia. Tengo para mí que Elpinice estaba frisando con los cuarenta y cinco años cuando se fué para él, y le pidió un favor de esos que los hombres de Estado no suelen conceder sino á las lágrimas mezcladas con las sonrisas de los diezinueve á los veinte. Elpinice, respondió el mal criado sin andarse en chiquitas, eres ya muy vieja para salir bien en semejante empeño. Santísima Vírgen, y cómo saltaria esa divinidad herida por un simple mortal! Diana, viendo correr la sangre de su mano, no miró con furia más olímpica al feroz Diomedes. Suelta la tarabilla, dijo cosas tales, que si fuera de ahorcar mujeres, allí diera consigo al traste esa ex-reina de Páfos. Mas no hay cuidado : persona era el arconte que daba como el caucho, y se contentó con pasar por cerca de ella y decirle sonriendo :

Ni con ser tan madura dejarás de afeitarte?

Echo de ver ahora que tiré por largo cuando dije que una mujer podia llamarse jóven hasta los cuarenta años. Pero en realidad de verdad no dije eso, sino que podia ser hermosa, dando de barato que cierta madurez de corazon y abundancia de mundo, demonio y carne suplan ventajosamente el frescor de la rosa que empieza á desabotonarse y romper hácia afuera, embelesándonos

con la música sin ruido que se derrama por sus contornos primorosos. Mas cuando Calderon lo dijo, estudiado lo tendria; ni soy de los que han de ir á espantar la caza y ponerse en quintas con filósofos, poetas y amantes, los cuales, si los moliesen no convendrian en dar á la beldad perfecta ni un dia más de los que le concede la reina Margarita. Sean, pues, bellas nuestras mujeres de los quince á los treinta años, y no pongan el grito en el cielo, ni hagan de nuestra cortedad tan grande ponderacion : las árabes, á los veinte son ancianas ; ¿qué mucho? se casan á los nueve ó los diez, y son madres á los once ó los doce. Por la mayor parte las asiáticas de las regiones cálidas viven á prisa : la pubertad se asoma en ellas con tempranadas de amor que las impulsan al matrimonio, y el flujo mensual está allí para advertir que ese adelantado enfervorizamiento no va contra la ley comun de las pasiones. En las costas de Malabar no es raro ver casadas de ocho años de edad, hábiles, por consiguiente, para los secretos del himeneo; y ciertos viandantes observadores afirman que en algunas comarcas ardentísimas de la zona tórrida la costumbre les autoriza á las mujeres á casarse á los cuatro ó cinco de nacidas, aunque ellos no piensan que son todavía aptas para las labores de la maternidad *. El Talmud y el Tora fijan la de los doce para el ayuntamiento legal entre los judíos. En Esmirna, Argel, la isla de Menorca paren las muchachas á los once años, lo mismo que en ciertas comarcas del mediodía de Italia y España. Las persas, las árabes, y en general todas aquellas para quienes el

* VIREY, *Histoire naturelle du genre humain.*

menstruo prematuro es la campanada del matrimonio, viven muy poco á la belleza, siendo su juventud tan volandera, como larga y triste su ancianidad. La vida no es más corta para ellas que para los demas habitantes de la tierra: se anticipan al amor, naturaleza las trae á repelones por el mundo, devoran la existencia, y despues de ocho ó nueve años de amores y placeres, rayan en la vejez, y se duermen en ella cincuenta ó sesenta años mortales. Estas asiáticas y africanas apénas si gozan de esa época de la vida puesta entre la infancia y la pubertad; época que entre la familia europea y la americana encierra los secretos del destino y está resplandeciendo con las joyas del porvenir. De los siete á los catorce años la mujer es capullo precioso en cuyas entrañas inocencia, amor, delirio, triunfos, placeres, lágrimas y dolores se están formando y desarrollando al compas de la alegría, que es el empeño de esa edad gozosa, pollez inocente de cuando en cuando perturbada por relámpagos de superfina malicia. Las que á los ocho ó los nueve años son madres, ¿á qué hora han vuelto y revuelto en la imaginacion ese universo de ilusiones y esperanzas que suelen ser la dicha presente, y á veces el desengaño de lo venidero? Felicidad no tiene sino un trago en esa copa: aun muy felices si con él no apuran la ponzoña de los celos, y mueren debajo de la desesperacion, sin atinar salida en el laberinto de ese irremediable desbarajuste de pasiones.

Las europeas se llevan lo mejor en este remate universal de bienes y males con que los hombres enriquecen ó empobrecen, libertan ó esclavizan, ensalzan ó

deprimen á las mujeres en todas partes del mundo. Naturaleza es liberal con ellas : infancia y puericia, catorce años : adolescencia y juventud, otros catorce ; y dos de adehala, son los treinta de la ley : ley ó coyunda en la cual de buena gana somos esclavos apasionados con nombre de galanes, novios, maridos y amantes, el más dulce de todos. Si de allí para arriba empieza á flaquear su poderío, no es culpa nuestra : la estatua de bronce, el mármol de Páros, con ser cuerpos sin alma, beldades sin placer ni dolor, vienen á ménos entregando sus hechizos y perfecciones á ese viejo que pide limosna con autoridad y toma lo más valioso sin que nadie se lo ofrezca. Conoceis á ese tirano? Su rostro es arrugadísimo : la barba, cana del todo, se le cuelga al pecho : los ojos brillan en él profundos, y parece que se están bebiendo horas y dias : viene á prisa, pasa al instante, y nos deja marcados con un signo indeleble que se llama *un año*. Un año más es una arruga en la frente, un nublado en los ojos, un huésped ménos en la boca. Y el viejo se va, da su vuelta por la eternidad más raudo que la luz, y vuelve á pasar por sobre nosotros, y nos huella, sin que nos quede el arbitrio de quejarnos ni curarnos : sus males y deterioros hacen operacion fuera de nuestra advertencia. Ese ladron invisible se llama tiempo. Id tras él, hermosas, alcanzadle, echadle mano : resplandor de la vista, carmin de las mejillas, suavidad del cútis, frescura de los labios, él se os los lleva : tomadle, traédmele aquí : si no os hago restituir lo mínimo, por descortes caballero me tened, mal enderezador de tuertos y ruin desfacedor de agravios.

Nada habeis perdido por haber pasado, señoras ex-hermosas, si dejando de ser bellas os adornais con el título de buenas, y lo sois verdaderamente. Belleza convertida en bondad es mirada de Dios que, dejando de iluminar el rostro, se mete para adentro á calentar el alma. Belleza suele valer más en el mundo; y el mundo mismo, tan cautivo de ella, no en pocas ocasiones opta por la bondad: para con el cielo ¿qué es la miserable belleza humana? Entrais en juicio con Dios, mujeres: Señor, dice una, guardando la boca guardé el alma: no puse mancilla en mi honra: la verdad, de mis labios salió: ni hambriento sin pan, ni sediento sin bocado de agua se volvieron nunca de mi casa: si tuve dos vestidos, el uno fué para la mujer desnuda: os serví sirviendo al pobre, os visité, visitando al enfermo: para mi esposo, casta, humilde; para mis hijas, ejemplo: sufrí los agravios, no acosé con mi venganza al prójimo: órden en mi casa, rigidez en mis costumbres. Si esto es ser buena, Señor, lo he sido: si con serlo he alcanzado misericordia, acogedme. Y el Señor la acoge.

Ahora tú, mujer hermosa, veamos tus méritos, tus virtudes. Dirás por ventura: Señor, mis ojos fueron negros, rasgados, sumamente bellos: ay del que se atrevia á mirarme en el centro de esa lumbre mágica.... Mis mejillas no les hubieran pedido favor á las de Herodías, la linda hebrea rojeada con la sangre del Bautista. Mis labios fueron ascuas donde ardieron amores y placeres: mi cabellera, la noche recogida en un garbin y puesta en mi cabeza: mi pecho el suntuoso palacio del deleite: mis manos, envidia de mortales, lo fueron asimismo de ángeles y serafines. No tienes otra cosa que

exponer? dice el Señor: fuiste bella; esto no hace al caso para la gloria: explaya aquí tus obras. Mis obras? Perturbé la tranquilidad de una santa reina infundiendo amor en el rey; le quité su marido á una virtuosa parienta mia; dos ó tres mancebos apasionados se volaron la tapa de los sesos por mi causa; dejé en la calle dos ó tres familias, comiéndome sus bienes de fortuna por conducto de sus padres. Todo lo sé, desventurada; no prosigas: belleza como la tuya, negra es: en el infierno priva y hace ganancia: desciende adonde no verás ni una sola de esas á quienes despreciaste por faltas de hermosura visible, y aborreciste con motivo de sus buenas obras.

He aquí la ventaja de las feas que las cultivan, la suerte de las hermosas que no las practican. El nudo del asunto será poner la belleza al servicio de las virtudes, y sacar de ella provecho que no traspase los límites de la admiracion y el respeto que suelen tributarle buenos y malos en el mundo. La mujer buena está sobre la bella en el concepto de los hombres cuya vista rompe la cara y va á requerir los sentimientos del ánimo allá en el sagrado del espíritu. Salomon delinea la mujer perfecta sin que entre para nada en su modelo la hermosura física: vergüenza, modestia, castidad son diamantes de su cuello: diligente, hacendosa: se levanta á las cinco de la mañana, prende el fogon, reparte á sus criadas la lana para el dia, alaba á Dios, y sigue trabajando. Su casa está cerrada á los chismes y las farándulas de los vecinos: mentira, nunca por sus labios; murmuracion, proscrita de ese recinto sacrosanto. Aseo,

atildadura, primor en todo : hasta los cozos, las sartenes están colgados con órden admirable en una espetera limpísima. Sus doncellas no riñen jamas : ni la alegría, ni la tristeza forman escándalos en su casa : moderacion preside esas virtudes, y la felicidad, cabizbaja y en silencio, está allí en forma de satisfaccion modesta, pasando á los corazones de toda esa santa familia. Quién habla allí de belleza? Perdonad si le he cogido al Sabio la palabra de la boca, y he hilado el asunto conforme con mis propias nociones de moral, en mi modo de decir y segun mi convencimiento. La mujer perfecta es ésa, no la bella descuidada de sus obligaciones de hija, esposa y madre. Si yo estoy dando ciento en la herradura y una en el clavo, allí está Xenofonte que corre en mi auxilio, diciendo á su mujer : Tú tendrás, esposa mia, otros cuidados más importantes : tomas una criada que no sabe hilar, y la enseñas. Era desmañada, desagradable : tú la vuelves diestra en sus quehaceres, hacendosa, fiel y pronta. El más puro de tus placeres será ver en mí un hombre bueno y sumiso, cuando á fuerza de suavidad y gracia me hayas vuelto perfecto. En el mundo, no es la edad la que se lleva el respeto ; es la virtud. Nada más seductor, esposa mia, nada más útil que el órden : hermoso espectáculo, no para el hombre ligero y burlon, sino para el grave y pensador, es ver hasta las marmitas y los cozos colgados con inteligencia*. Ya veis que mi cozo y mi sarten los he tomado del más casto y dulce de los escritores filosóficos, ese en cuyos labios anidaban las abejas del Himeto. Yo he puesto la

* Iscómaco á su esposa. En las *Económicas* de Xenofonte.

espetera : bueno es que esten colgadas en ellas esas armas del hogar, utensilios benditos para la mujer que presentan de ejemplar Salomon y Xenofonte. « Oye, Iscómaco ! gusto más de la virtud de una mujer que de una obra maestra de Zeuxis. » Quién es este que así nos interrumpe ? Es ese á quien el oráculo de Délfos declaró el más sabio de los mortales, ese á quien los treinta tiranos condenaron á muerte, por que estaba enseñando la sabiduría y propagando los principios morales en Aténas.

Entrad conmigo en esta heredad embelesante : sus jardines encierran la familia de las flores, desde la rosa abierta en insolente desparpajo, hasta la humilde violeta que se está calladita á la sombra de sus hermanas mayores. Descuella la azucena á modo de infanta real: la margarita esparce por los contornos su oloroso aliento, y el jazmin la corresponde echando á su vez raudales que acarician el olfato y pasan á embriagar el alma. El lirio, el lirio azul que se gallardea como un embajador del paraíso, hace figura de poeta en medio de todas esas ninfas de Flora : cantando está, pero de suerte que sus entonaciones no le oyen sino los silfos y las mariposas á las cuales ha pasado el alma de la aurora muerta de amor por el arco íris. Galan es el clavel que no puede faltar de esos saraos resplandecientes donde rosas, azucenas y margaritas danzan como frenéticas, suspirando apasionadas en los mil brazos de favonio. Al pié de

ellas aprenden á bailar y susurrar esas pequeñuelas, soberbias ya con su hermosura, que se prometen triunfos del alocado céfiro : gramonilla y coronilla se llaman estas princesas de menor cuantía, las cuales suelen tener sus desvíos y aventuras con el ambiguo *pensamiento* que les echa sus besos aromáticos. Un ciclamor pomposo, de piés en un recodo del jardin, expone su mundo de flores carmesíes en esa exhibicion de maravillas con las cuales naturaleza acredita su poder : y al otro lado se apiñan más y más un colegio de mirtos en cuyas profundidades rompe con la aurora la música de mil jilgueros. Paredes de color de tierra serian términos desapacibles de tan poéticos dominios : la yedra, extendida sobre ellas, las cubre con sus pámpanos, miéntras los arbustos corimbulosos están ofreciendo á la redonda sus racimos de mil formas y matices.

Esta es la parte bella y recreativa de la posesion campestre: la sólida y provechosa, la que constituye la herencia de su dueño y el sustento de la familia, está debajo de la madre tierra en forma de raíz humilde, preparando en sus fibras los principios vitales que sostienen al hombre. Es la papa, cuyo almidon suaviza la asperaze de la sangre : la yuca de harina suculenta : ese aduar del estado llano, tan socorrido para los pobres, compuesto de la zanahoria, el camote, el melloco; el melloco, impulsor incontrastable, del cual Hércules sacó por ventura su secreto... Ahora las espigas? Ved si es gorda y lozana la del trigo, pan en bruto, ese grano sagrado que así representa la vida material como la espiritual; sustancia predilecta de los hombres que se

convierte en cuerpo de Dios por obra de una alquimia superior á los alcances de nuestra inteligencia. La cebada es persona humilde ; es la plebe de las mieses ; y bien como las testas coronadas y los nobles no pudieran vivir sin el pueblo, así la cebada viene á ser indispensable en la gerarquía de la naturaleza. El licor espumante que rebosa del dorado vaso en mesa de reyes; el polvo que va á la espalda del indio sobrio y fuerte en ordinaria mochila, ¿ todo no proviene de ella ? Noble líquido es el vino, y el más poderoso de los cordiales : *Potentissimum omnium cordiacorum est vinum*, dice Etmulero ; pero esa espuma deliciosa, ese oro disuelto con que ingleses y alemanes entonan el espíritu, no sale del trigo ni de la uva ; de la cebada sale. Si te nombro, si no te nombro, néctar de Baviera ? Humilde eres, pero socorrida ; fea, pero de buen obrar : cerveza te llamas, y eres la sustancia con que Ganimedes y Hebes secundarios mantienen á la muchedumbre y plebe de los dioses. Qué fuera de los ribereños del Danubio, de los insulares del Támesis sin este horrible líquido ? El vino, que lo apuren vampiros, que se pierda : la cerveza, que sobreviva al mundo y dé testimonio de la felicidad del género humano á los séres que le han de suceder sobre las ruinas de Germania. Pues el maíz? Riqueza del pobre, fuerza del trabajador constante, oh grano bendito, tú eres pan y vino para la clase más útil é infeliz del Nuevo Mundo. Tu gorda mazorca seria puesta en un altar como efigie de un santo, si los frutos de la naturaleza vinieran á ser adorados en nuevo figurantismo. Sin maíz, ¿ qué es del campesino ? sin maíz, ¿ qué es del que ara, el que siembra, el que siega ? Si sólido, carne de

faisan; si líquido, vino de Burdeos. Maíz, yo te diera ejecutorias, y fueras ofrecido al águila del monte Olimpo, si para crecerte en importancia fuera preciso ennoblecerte. El pueblo, así como es, tiene su valor: quédate de ciudadano de la clase modesta, espina dorsal de la sociedad humana por donde pasan los sucos más delicados y las sustancias de la vida. No es ésta el estado llano de España, la *clase media* de Francia? Tú perteneces al estado llano, maíz; y por eso encierras tantas virtudes en tu seno. El trigo, el arroz son aristócratas: tú no puedes lo que ellos; pero ellos tampoco pueden lo que tú. El trigo y el arroz son monarquistas; tú eres republicano: hijo del Nuevo Mundo, sustenta, sustenta al arriero que se va tras la acémila cargada; al mestizo, señor de pegujal, rey de la sierra; al indio, al pobre indio, que con un puñado de un grano cualquiera ó un saquito de polvo de cebada pasa el dia, y todo se lo trabaja, y todo para sus amos, sus tiranos. Maíz, maíz bendito, nutre al desheredado, salva al pobre, haz tu obra de misericordia sin cansarte.

Ois ese mugido lento y amoroso que está resonando en la dehesa? Es la vaca de ubres henchidas que clama por el ordeño: el becerrito acude, se arrodilla debajo de su madre, chupa las tetas con ahinco, llama la leche con calabazadas furibundas, las deja en punto y se retrae. Mirad si es armónico y provocativo el ruido de los dos recios chorros que salen del puño de la vaquera y se rompen en caliente espuma en el asiento del dornajo! La leche, vino natural, es el verdadero principio de la vida: en las venas, sangre; en los huesos, tué-

tano ; en los conductos más recónditos, quilo precioso : todo es la leche. Y el queso ? y la carne del cebon ? y la lana de la oveja ? productos que componen los bienes de fortuna de su dueño y son lo esencial de sus posesiones, donde las flores y los arbustos estériles no son sino arrequives deslumbrantes. Pues yo digo ahora que la belleza en la mujer son las flores marchitables sin valor real ni duradero : son asimismo esas curiosas exornaciones con las cuales las más hábiles suelen dar realce á su hermosura, llamándolas música, dibujo, baile, y otras partes de la educacion exterior. Prendas del espíritu, sentimientos del ánimo, virtudes, éstos los tesoros esenciales, granos, raíces, crias y más esquilmos que vuelven opulentos á vincularios y terratenientes afortunados. El hombre cuerdo ¿ propenderá á las flores efímeras, las cuales, si animan el íris de sus ojos y acarician su olfato, ni le alimentan ni le sacan de un apuro ? Se atendrá á la heredad productora de donde saque pan, vestido, educacion para sus hijos. Si así como el propietario industrioso y vigilante sabe hermanar en el campo lo bello con lo formal, nos fuere dable criar hijas hermosas cuyo pecho sea semillero de santidades, gloria á Dios ! criémoslas, busquémoslas. Pero no echeis en olvido que ni el Sabio exige belleza en la mujer perfecta, ni entre las virtudes con las cuales la adorna Xenofonte encontramos el requisito de la hermosura. Las matitas de rosa, el culantrillo, ni el nardo fragante crecen el valor de una heredad. Las artes, á su vez, son partes de la educacion femenina, pero de la secundaria : la principal consiste en las nociones morales, el conocimiento de los deberes, la práctica de las virtudes do-

mésticas. Para Salomon y Xenofonte, la sarten primero que la guitarra; los ganchos de la espetera ántes que las teclas del piano. Insensato ha de ser el que funde el timbre y la felicidad de su hogar en los mamarrachos que estampa su novia en el carton y en las raquíticas melodías que extrae de su instrumento. El Consejo de Instruccion Pública de la Gran Bretaña ha declarado el arte de la cocina indispensable para la educacion de la mujer: para que se vea si el modo de pensar de los antiguos, en ciertas materias, puede nunca llegar á ser obsoleto ni anticuado. En cuanto á los franceses, hasta los hombres son cocineros: testigo Dumas el viejo, que pudiera entrar en campo con Heraclides y Mythico en Siracusa, con Biffi y Brillat-Savarin en Paris. Qué diria una presumidilla de las nuestras, si viese á la mariscala de Mac Mahon, su delantal á la cintura, avienta y más avienta el brasero donde se está cociendo la primera refeccion del presidente de la República Francesa! Instrumentos músicos, canto, baile, en buenhora, niña hermosa: jóven sois y afecta á frivolidades inocentes; mas ved que el ser bonita no excluye el que seais buena, ni el poseer muchas artes se viene de vuelta encontrada con el conocimiento y la práctica de los deberes femeninos. Esta es la belleza del alma, y nuestro asunto era la del cuerpo; mas ideás tan conjuntas como veis con mi intencion, imposible hubiera sido que dejasen de darse la mano; ni prestaria gran cosa una disquisicion interminable sin fundamentos de moral: donde la imaginacion viniera triunfando, el corazon por fuerza se estuviera mano sobre mano dentro del pecho, haciendo el triste papel del gurrumino que se allana á obedecer

en todo las voluntades abusivas de su tiránica esposa, en detrimento de los fueros que componen la autoridad varonil y labran la prepotencia del marido. El corazon, y con él los afectos y sentimientos del ánimo, se han de asomar afuera por el menor resquicio, y la imaginacion ha de ser domeñada y postergada muchas veces. Con esta salvedad, volvamos á la belleza física, y contemplémosla desnuda por un instante, sin mengua del pudor ni desafío á la modestia.

Vénus, diosa de la belleza, desnuda brota de la espuma del mar : Tétis, ni por cursada en todo género de primores, deja de admirar el fruto de sus entrañas, y da un ay profundo de alegría cuando ve toda formada á su hija comparecer y recibir los homenajes del sol, bañados de luz sus divinos miembros. Las estatuas griegas de Corinto, los restos admirables de los tesoros antiguos que hoy guardan con amor los museos de Roma, Nápoles y Florencia, ninguno trae sobre sí vestido ni cosa que hurte á los mortales las perfecciones acabadas de esos cuerpos. Verdad es que la naturaleza, si nos pone desnudos en la tierra, parece estar prescribiéndonos el vestido con esta afeccion indefectible que llamamos pudor, ó ahinco de ocultar lo que no quisiéramos fuese visto ni en pensamiento por nuestros semejantes. Razones positivas y materiales militan además por la ropa que nos cubre, y son la falta de toda defensa natural, la delicadeza de la piel, la nimia sensibilidad que nos hace encogernos como la mimosa al menor ruido de la atmósfera, digamos así, poseidos de una afeccion que tanto tiene de física cuanto de moral, siendo como so-

mos heridos en la carne y el espíritu. Desde el pontífice de los animales, ese personaje grave y majestuoso que se va paso entre paso rompiendo con la trompa las breñas de las selvas africanas, hasta el perro, el más humilde y sufridor de los séres vivientes, no hay uno que no tenga en sí mismo el resguardo necesario contra las intercadencias del aire y los rigores de las estaciones. El cuero espeso y bronco del elefante es caparazon impenetrable, que así resiste los ardores de la zona tórrida como los hielos del norte. El leon viste su greña, que cual muceta grandiosa le comunica seguridad y arrogancia en torno al cuello y la cabeza, miéntras el tupido pelo le cubre los miembros prepotentes. El jabalí está vestido de cerda inquebrantable, á modo de loriga donde se amocha la saeta. El caballo no teme el frio ni el calor. La oveja carga consigo blanca estufa que calienta sin fuego, y se opone á los rayos encendidos del sol. Pues las aves? Mirad esa pluma con que el águila se levanta y posa en la cima de los Alpes, sin advertencia á la nieve ni al cierzo helador que no sufre vejetacion en sus dominios: manto impermeable, debajo de sí mantiene la temperatura que ha menester ese forajido de los montes; y cuando abiertas las alas se tiende de barriga en medio de su balanza propia, y rompe vientos y se bebe mundos, ellas mismas van fraguando el céfiro que le sirve de contraresto á la candencia del astro hácia el cual va remontada. Ni el miserable habitante de las cavernas, el húmedo murciélago, adolece de falta de ropa natural: esa lana sutil, odiosa á nuestra vista, es suave flanela para el hijo de la oscuridad y el frio. Todos, todos los séres vivientes reciben de la madre naturaleza

lo que han menester para el abrigo, no que para la vergüenza: el hombre, el hombre sólo viene al mundo con ese cútis fino y terso donde el hielo hace estragos y el calor produce incendios que le afean y descomponen. Entre los salvajes del Amazonas hay tribus tan desheredadas é infelices, que aun no conocen el uso de la ropa: el sexo femenino, principalmente, anda del todo descubierto, donde el otro apénas lleva un taparabo sin eficacia ni primor. Los negros del Africa central, impúdicos por ignorancia, atrevidos por necesidad, gustan por extremo de la desnudez absoluta; y aun en pueblos civilizados esta raza suele ser propensa á infracciones de las cuales pudicicia recibe daños irresarcibles. Los negritos de uno y otro sexo, en las ciudades cálidas de Sud-América, andan desnudos, y se arrastran junto con los marranos en sus revolcaderos. Pero esto es gloria para con lo que no pocas veces hemos visto nosotros mismos en pueblos cultos que por ningun caso debieran sufrir esas transgresiones brutales con que algunos individuos dan en rostro á la honestidad pública y las buenas costumbres. Los bogas de ciertos rios echan de sobre sí el último harapo, y graves como el dios de esas regiones silenciosas, andan de popa á proa apalancando contra la corriente. Habrán por ventura algunos viajeros reparado en el negro del istmo de Panamá, cómo está subiendo una colina, la piel de su cuerpo resplandeciendo al sol, miéntras la locomotora pasa con su temblor ruidoso por los bosques medio rendidos ya á las armas de la industria y el comercio. En estado de naturaleza los hombres tienen apego insuperable á la desnudez: cuando la civilizacion alborea en el horizonte. echan mano por

las bragas, y esperan, de medio abajo vestidos, que la religion y las artes vengan á ponerles la camisa.

Desnudos vivieron en el paraíso terrenal nuestros primeros padres, sin frio ni bochorno, y lo que suena mejor, sin vergüenza ni peligro. Mia fe, hermanos en Adan, que ni nosotros, con ser la sensitiva, hubiéramos necesitado flanela, camelote, paño ni lienzo de ninguna clase : la espada del ángel del Señor, encendida en la gloria eterna, daba de sí un calorcillo vivificante, que era una primavera ese dichoso clima. Pero avino que una sabandija sacase un dia la cabeza de entre un monton de hojarasca que allí estaba debajo de un cinamomo, y le clavase á nuestra madre Eva unos ojillos como carbunclos de luz fascinadora. Arrastróse luégo, y en graciosas sortijas se fué desdoblando y extendiendo afuera, calladita, como quien se apercibe para el asalto. Y digo si era linda la enviada de Satanás ! Los colores del íris, cambiados y revueltos, la adornan de la cabeza á la cola y la convierten en cameleon encantado. La hija de la inocencia, al aire sus más íntimos primores, no tuvo miedo ; ni este afecto, ruinoso en ocasiones, salvador en otras, habia nacido. La enviada de las tinieblas se la acercaba haciendo dengues : Psit ! le dijo, hermosa eres ! ¿cómo te llamas, vida mia ? Eva me llamo, para servirte : y tú ? Yo soy la Rosarito Veintemilla ; pero allá abajo me llaman la serpiente : buena amiga, nada chismosa, inclinada al bien del prójimo. Quieres esta manzana ? mírala cuán redonda, madura y suave : no te hace daño : tómala. La ingenua señora tomó, olió, probó, le gustó, comió. Adan vino y le dijo : Qué has hecho, mu-

jer ? He tomado de esta fruta, Adan : está buena : pruébala y veras. El inocenton tomó, olió, probó, le gustó, comió. Al otro dia el hombre dijo á la mujer : Porqué te has cubierto con esa hoja ? y la mujer dijo al hombre : Porqué te has cubierto tú tambien? La vergüenza habia nacido : el vestido estaba inventado.

La pintura es más honesta que la estatuaria. Desde luego á ningun artista le ha ocurrido hasta ahora figurar vestidas á las tres Gracias; pero, bien así los retratos de las beldades antiguas como los de los héroes, todos tienen cubiertos los miembros, y de entre la púrpura que de los hombros se descuelga abajo arranca divinamente la cabeza. Los griegos rendian una como adoracion á la desnudez : Aristóteles tributaba á su mujer Pithia el propio culto que sus contemporáneos á Céres Eleusina. El filósofo fué acusado de esta impiedad, pero no artículo de acusacion el que la adorase desnuda. Eros y Antéros, Genios del amor, desnudos salian de sus fuentes á las evocaciones de Jámblico, le abrazaban las rodillas, y se volvian al agua conforme se lo mandaba el mágico. No he sabido que Cástor y Pólux se hubiesen presentado en Roma con el capotillo corto, la trabea, el paludamento ó casacon chambergo hasta los talones : desnudos se aparecieron en la ciudad augusta y dieron sus avisos proféticos. Los juegos en los cuales Niso y Eurialo se llevan la palma, no se efectuan con los miembros debajo de la empachosa levita ni la ridícula casaca, si ya Virgilio tuvo conocimiento de estas extravagantes piezas : pues digamos que habrán luchado á la carrera con pantalon esos muchachos, hermosos como la luz,

veloces como el viento. Brillando están sus miembros con el aceite benéfico que da suavidad y ligereza : la blancura de sus carnes les proporciona aspecto de cisnes encantados que vuelan en medio de la ansiedad y los aplausos de los circunstantes : la negra mata de pelo va flotando por los hombros y la espalda : cuál ganará? si Niso, si Eurílo en ese torneo de habilidad y gentileza? Esto no hace á mi propósito, sino admirar los graciosos lineamentos de esos cuerpos desnudos, la suavidad encantadora de esos contornos primorosos.

Mirad allí esa mujer cabizbaja delante de ese colegio de ancianos graves que están oyendo y deliberando. Esta no se halla desnuda : una larga túnica de riquísimo ostro la cubre toda, desde la garganta hasta los piés, ceñida á la cintura con una gorda trenza de hilo de oro. Un corchete en forma de mariposa, de oro asimismo, salpicado de diamantes diminutos, le cierra debajo de la barba el noble vestido. La una mano en el seno, la otra á lo largo del muslo, silenciosa y afligida, allí se está la celestial hermosura esperando la sentencia. Ni el habla persuasiva de los jurisperitos de Aténas, ni las lágrimas de sus propios ojos, ni las sonrisas de sus labios preñadas en promesas, han podido con los jueces : han oido éstos, han juzgado en su ánimo, van á resolver en pública votacion : la frente severa, la mirada adusta, el desabrimiento del rostro son présagos funestos para el reo, ese delincuente femenino que ahora semeja á Psiquis, no indignada contra el Amor travieso, sino humillada ante Juno inflexible. Muerte ó vergüenza, tal reo no lo puede sufrir : vuela la mariposa que figura el cor-

chete de la garganta, ábrese en un pronto el cordon de la cintura, cae á sus piés la túnica... Phrine es absuelta, y un aplauso inmenso retumba en el Areópago.

Los pintores y estatuarios de Aténas sentian dentro del pecho el dios de las artes cuando la bella Teodata se les ponia por delante como la madre Ausonia cuando está saliendo de la espuma del mar toda desnuda; y sobrevino un caso, extraordinario, si verdadero, que harto manifiesta el influjo de la vista en el espíritu. Y fué que Alejandro, perdonando à la mujer de Darío, y cediéndoles su virginidad á sus hijas, no pudo ser tan continente con Campaspe: tomóla para sí, y tanta fué su admiracion por esta bella asiática, le hechizaron tanto sus perfecciones, que la puso en presencia de Apeles para que la copiase. El pintor, aun no habia concluido el bosquejo del rostro, cuando ya estaba trémulo. Alejandro le vió que perdia el color y trasudaba. Apeles, con la sangre encendida, está echando fiebre por los ojos; su aliento es un anhélito espantoso: esos miembros desnudos le conturban, ese cuerpo le mata: va á caerse muerto ó á perder el juicio. El héroe es magnánimo: echa de ver el desvarío del artista, y léjos de castigar su atrevimiento, le da en presente la más hermosa de sus queridas.

Las ninfas de las fuentes y los rios, las náyades livianas que viven en sus grutas de piedra, y salen con la aurora á recoger las perlas del rocío en la colina y la pradera, desnudas son: venga aquí el poeta que las ha

visto con pollera, medias verdes y botitas de tacon alto, y susténtemelo en las barbas, y pruébemelo con la espada; ó es bellaco y mal nacido, ignorante además, que no sabe de la misa la media en esto de fantasía y hermosura. Dríadas y amadríadas pueblan los montes y los bosques: por ventura esas encarnaciones luminosas de la imaginacion viven en sus frescos palacios hilvanando sus enaguas? Blanco el seno, alta la cadera, gorda la pantorrilla, vuelan y se ponen tras un árbol, cuando oyen por ahí el ruido de un silfo que tras ellas viene enamorado. Mirad si se dejan estar en silencio, como para no ser descubiertas: si el imprudente cuchicheo no las pierde, allí está una bellota caida por el suelo con la cual tiran al hermoso galan como quienes se están esparciendo y solazando entre ellas. El va allá: corren las ninfas dando voces que son música, y la más apasionada ó más ladina, se cae á cuatro pasos y queda en poder del monstruo. Pues las ondinas, espíritus de las olas, esas almas visibles que vaguean por las inmensidades de Anfitrite, ¿están allí arropadas, ó surcan el agua y se van de polo á polo, seguidas de los gnomos del mar que se desflechan tras ellas fascinados por la blancura de sus miembros? Los cuadros de Teniers, el célebre pintor de la hermosura licenciosa, dan golpe en todo el mundo: las figuras desnudas de Clinstadt son modelos de buen gusto. La belleza es desnuda: nosotros que nos propasamos en nuestra audaz ignorancia á darle cuerpo y forma á la Divinidad, no es mucho la carguemos tambien de los pingajos con que andamos garbeando en ridícula ufanía. No digo que á una santa la representemos en desnudez anti-católica:

fué persona humana, y puede su segundo cuerpo estar vestido; mas sí tengo por impío absurdo que á los séres incorpóreos é increados les pongamos nuestra cara, nuestras piernas, nuestros brazos, y no contentos con esto, les plantemos tambien corbata y pantalon. Más razonables parecen los que adoran á sus divinidades en formas informes, como piedras sagradas sin figura ni pulimento, cuerpos sin cara ni brazos, y otras irregularidades físicas. Esto de hacerle á Dios, belleza y perfeccion infinita, igual en un todo á nosotros, mucho más feo que nosotros, desbarro es que si él fuera tan puntual y ejecutivo como dicen sus calumniadores, ahí nos la cobrara, y diera al traves con tamaña locura. El Señor del Consuelo... el Señor del Milagro... Endríago no hay más temeroso que estos pedazos de madera con que nuestra imaginacion estrafalaria materializa el espíritu, envilece la perfeccion. Camisa, chaleco, botas le ponen al Señor del Milagro estos caballeros del milagro que viven de la estolidez humana; y el cura predica á las beatas, que los bolsillos de la túnica que le van á dar sean más que mediamente grandes. Dios con bragas, Dios con capa, locos! A falta de idea de la Divinidad, nos abalanzamos á lo más palpable y grosero, y llevamos nuestra avilantez hasta el extremo de motejar á las otras religiones, convirtiéndonos en dueños exclusivos de la verdad. Pues no se andan por ahí los ángeles con pollerita y medias acuchilladas? La estatua de Vichnú, sin piés ni manos, que habita las pagodas de la India, es más razonable que los Señores de la Misericordia con manos y uñas largas, y piés que están chorreando polilla por la sandalia rota. Dios no tiene forma : no le

pongais esos ojos desviados, esas orejas de elefancíaco, esos labios de berenjena. Dios no tiene miembros : ahorraos túnicas, cíngulos, capuchas. No sufre golpes ni tiene dolores : no le achaqueis cardenales, costurones, lacras horribles. No hay oscuridad para él : la vela de sebo es un insulto. No experimenta hambre : no le quiteis el pan de la boca al pobre *para el Señor*. No adolece de frio : no le abrumeis con esa ordinaria vestimenta. Los ángeles tienen cuerpo invisible é impalpable, cuerpo espiritual : Dios no lo tiene. Esta es doctrina de teólogos sapientísimos, oh vosotros ignorantes que os horrorizais de la religion desnuda, la religion pura y limpia de supersticiones nefandas y grangerías criminales. Dios no puede ser representado en ninguna forma, y ménos en una tan material y palpable como la nuestra : Dios es tan alto, que da con la cabeza en el cielo y con les piés en el profundo : tan ancho, que del mediodía à la aurora no cabe : tan claro, que el sol es tizon perdido delante de sus rayos : tan oscuro, que la más lóbrega noche no es su sombra : tan sabio, que pudiera crear otro universo distinto del que existe : tan santo, que las virtudes de que tenemos idea son pecados para con las que él abriga en su corazon infinito. Y á este sér incomprensible por lo bello, lo bueno, lo grande, le cogeis y le encerrais en un pedazo de palo ? en un hombre de estuco ? Sábese por los poemas gaélicos del siglo tercero que los hijos de la antigua Caledonia tenian una piedra santa circunscrita en el círculo de Branco. Ese era el símbolo de la Divinidad. Fantasmas nocturnos, espíritus errantes de la atmósfera vienen y danzan en torno de ese círculo, echando aullidos misteriosos,

cuando á los hombres no les es dado aproximarse á ese recinto, el cual abriga un secreto profundo é inescrutable. Así, una cosa fuera de la comprension humana da más idea del poder y la belleza divina, idea de Dios, que nuestras efigies con túnica, golpeada la cara, magulladas, rotosas, puercas, una negra desdicha. Y ésta es la verdad, y no puede baber más verdad que ésta. En los primeros cinco siglos de la Iglesia, durante quinientos años, la verdad fué que la adoracion de las imágenes impelia derechamente á los infiernos, siendo como era la doctrina más errónea de cuantas inventaron los mayores heresiarcas : el emperador Constantino Coprónimo, decidido protector del catolicismo, se complacia en descoyuntar personalmente miembro por miembro, dedo por dedo á los adoradores de las imágenes. De entónces acá la verdad es lo que ántes fué error y condenacion. Los que se condenaron durante los primeros quinientos años del cristianismo por devotos de los leños cargados de trapos, y los que desde entónces se van condenando por que no los adoran, aquí teneis el género humano ardiendo en las llamas infernales, sin que á unos les valga decir : Señor, yo os rendí culto en forma de un hombre de palo horriblemente feo; á otros : Señor, yo no os quise rendir culto postrado ante un demonio de piedra. ¡Cuán inepto, mezquino y loco se muestra el hombre en las mayores cosas de la vida!

Las obras más cumplidas de la perfeccion humana se han mostrado en la antigua Grecia, como llevamos dicho. Sea que la raza pelásgica gozase del privilegio de la hermosura por fuero propio, sea que los aires de esos montes y las aguas de esos rios fuesen partes para el agraciamiento del género humano, lo cierto es que los Fidias y los Polignotos, los Praxiteles y los Polycletos á Chipre, Páfos y Corinto iban á buscar modelos cuyas formas trasladadas al mármol componian esas divinidades que eran asombro y placer del mundo antiguo. En Amatonte las mujeres eran un conjunto primoroso de hermosura y molicie : Corinto proporcionaba las cortesanas seductoras que servian para tentacion de filósofos y perdicion de jóvenes poco ajuiciados. Gnido, Lésbos y Mileto fueron madrigueras de diosas con habla humana, de las cuales cada una hubiera bastado para dar al traves con imperios y naciones, si éstos se hallaran ocasionados de continuo á caprichos y desvíos mujeriles. La suma perfeccion de esas beldades no existe ya; pero no es raro ver en ciertas islas del Archipiélago vestigios deslumbrantes de esa familia tan airosa que poblaba las ciudades célebres de la civilizacion helénica. En Ténedos hay mujeres como las de Páfos : las de Escio recuerdan á Corinto : Argentaria es una como Chipre adonde iria Apeles en demanda de la turquesa en que vaciaba sus Elpinices y sus Phrines. La belleza en el sexo masculino se llama gentileza. El mundo moderno hace poco caudal de esa virtud ó prenda no adquirida; no era así en lo antiguo, donde un hombre hermoso tenia hecho tanto camino como una mujer bella. Pues tan pródiga fué naturaleza con los varones como con las

hijas de Eva en esos semilleros de gracias que hemos designado con los nombres de Páfos, Chipre, Gnido, Corinto, Lésbos y Amatonte. Preguntad á los sabios de « El Banquete » cuál es el objeto de la admiracion que así los deja suspensos y calla los, y os responderán que es el mancebo que acaba de entrar y se está ahí resplandeciendo como Sirio. Ni Sócrates por la sabiduría, ni Antístenes por las virtudes, ni Cármidas por la pobreza brillan más que Autólico por la hermosura. Cada cual de los convidados ha de fijar el objeto de su orgullo : Para mí, dijo Lycon, mi timbre es mi hijo Autólico. Ruborizóse el muchacho, inclinóse hácia su padre, y en voz divina dijo á su vez : Yo me envanezco de mi padre.

— Y tú, Critóbulo, qué es lo que más estimas ?

— La belleza.

Critóbulo era como un dios ; tan bello, que Dailoco fuera el único que pudiera ponérsele delante en yendo de competencia. Y el más valiente y audaz, el más libertino y rico era tambien el más bello de los griegos. Mirad ese rey de la muchedumbre que por allá se asoma arrastrando su cauda de púrpura de Sarra : es Alcibíades que á paso de Apolo se dirige á la tribuna á combatirse con Andocides y arengar al pueblo. Negros los ojos, encen lidos los labios, la cabellera ondeando por los hombros en chorros de ébano diluido, toma posesion del auditorio con una mirada soberana, y rompe en caudal irresistible de elocuencia. Este hermoso perdido no se ahorra con su padre ; ni los dioses se hallan libres de sus atrevimientos ; y al paso que acomete dichosas incursiones en el recinto de la virtud y la hermosura,

embiste por la noche con los Hérmes sacrosantos, y á puras cuchilladas hace riza impía que pone espanto en los religiosos atenienses.

Las queridas de Aquiles han pasado hasta nosotros como dechados de perfeccion física. Deidamía, la belleza de Sciros, le tiene á sus piés al héroe, vestido de mujer, cantando al son de su cítara el amor y el deleite. Las sirenas que á lo léjos hacen oir sus mágicas entonaciones, no tienen sobre los que las escuchan el poder de esa mujer cuya hermosura celestial sirve de cadena al más indómito de los hombres. Briseida, hija de Briseo, sacerdote de los griegos, no le iba en zaga á su antecesora. Esta fué la beldad que, arrebatada por Agamenon, puso en cuentos la victoria, causando la cólera de su amante. Ese guerrero sombrío que se deja estar todo el dia en su tienda en silencio presagioso de mil ruinas, es Aquiles. Le han quitado su amada con injusticia y violencia : Briseida se halla en brazos ajenos, ¡ ay de los griegos imprudentes, si no consiguen suavizar la aspereza mortal de ese resentimiento ! Briseida, blanca como la espuma del limpio arroyo, gorda como el pecho del cisne, suave y coloreada como una nube espesa de esas que se aprietan en reducido volúmen para recibir en el cuerpo los últimos rayos del sol ; Briseida, la jóven, la enamorada, la ardiente Briseida, á despecho de su amor, está esclava de un rival. Mas he allí que el héroe se ha consolado : Policena, con ser miembro de familia enemiga, va á ser su esposa. Policena, hija de Príamo, es la maravilla de Troya : vírgen del Escamandro, los Genios del Ida ambicionaran sus primicias para

honra del Olimpo. Aquiles, el enemigo de Troya, va á casarse con ella. La madre Hécuba tiene á gloria semejante enlace, y consiente en que el guerrero venga adentro del recinto sagrado para la celebracion de la honrosa ceremonia. Entró el guerrero. Policena tiene un hermano indigno de Héctor: el vil se oculta por allí, como el héroe enemigo viene á pasar: apunta, dispara... La flecha le ha herido el talon, muerto es Aquiles! Policena llora á su promedito; sus ayes van propagándose por las orillas del Janto, y las ninfas del rio los acogen en sus suaves corazones. Pirro vendrá, el jóven Pirro, á vengar á su padre, y Eneas mismo huirá con sus penates.

El Asia Menor, como poblada por los helenos primitivos, ofrece asimismo en su historia y su poesía ejemplares de hermosura que llenan de admiracion á los otros pueblos. Mitridátes, ese que puso el Imperio Romano al borde de un abismo, gustaba sobremanera de la belleza femenina, sin que esto menoscabara la celsitud de su alma ni la fuerza de su brazo. Yendo á dar batalla á los romanos encabezados por Luculo, dejó mujeres, concubinas é hijas suyas en la ciudad de Farnacia, por si acaso la perdiese. Báquidas, eunuco y privado de ese bárbaro poderoso, se presenta un dia en la dicha ciudad, y dice á las mujeres y las hijas de su amo: « El rey del Ponto ha sido vencido: os ordena que os quiteis la vida sin pérdida de tiempo, como podeis verlo por su sello. » Roxana, hija mayor del rey, alarga el brazo, toma la copa que el infausto mensajero tiene presentada, la apura y contesta: Decid á mi padre que Roxana muere contenta de obedecerle.

Estatira pierde el color, pero no vacila en tomar á su vez la copa de la muerte y beberse el contenido. El rey del Ponto, dice, no tendrá que quejarse de Estatira.

Ahora tú, Berenice! exclama el eunuco, y alarga el cáliz mortal. Berenice, soberbia hasta en la agonía, se levanta: Decid á Mitridátes que Berenice prefiere la oscuridad de la sepultura á la vergüenza de ser esposa de un vencido; y en ademan sublime se echa á pechos la ponzoña.

Monima no quisiera concluir tan pronto su vida de amor y felicidad: Monima está llorando: El rey mi señor, exclama entre sollozos, se ha cansado de mis hechizos, cuando así me condena á muerte en mis floridos años? Si le quise vencedor, vencido le quiero más: á Mitridátes no le vencen el valor y la constancia; le vence la fortuna. Si él lo manda, moriré. Y empina el vaso preñado de otra tumba.

A Roxana y Estatira se les ha ido ya el color: pálidas como una nube sin rastro de luz, no tienen vida sino en los ojos, que los abren todavía grandes y negros como la noche. Medio recostadas en cojines de seda carmesí, el brazo gordo y blanco les sostiene la cabeza: el pelo suelto en madejas abundantes les medio encubre el pecho, y por los círculos de esos tirabuzones se están asomando los contornos del seno voluptuoso. Los labios, por lástima ó por malicia de la muerte, no han perdido aun la delicada rosa que ahora poco estaba ardiendo en vida de amor. La garganta se esponja y se deprime con el aliento que quiere arrancarse de una vez. El cuerpo está allí en graciosa postura, formando todo

junto la imágen más bella é interesante que se puede ofrecer á ojos humanos.

Berenice es una deidad moribunda. Monima, la más hermosa de todas, es envidia de la vida, codicia de la muerte. Oculto el rostro entre las manos, derrámasele la cabellera por delante, y se está allí como la estatua del dolor enamorada del mundo. Yendo horas y viniendo horas, todas murieron. No podrán los vencedores aprovecharse de esas cuatro mujeres, que son cuatro cadáveres incomparablemente hermosos, pero cadáveres *. El espíritu es el contrario de los sentidos; y con todo, cuerpo sin alma, cuerpo sin voluptuosidad. Neron, contemplando con ojos ávidos los miembros desnudos de su madre muerta á sus piés, pudiera darnos la desmentida; y más si Periandro, uno de los siete sabios, viene en su auxilio y nos pone de manifiesto lo excusado de la sangre y el alma para gozar de la hermosura. La legítima impiedad de este filósofo que en extraño delirio triunfa del cadáver de su mujer Melisa, es ejemplo tan raro como terrible del ímpetu de las pasiones. Cuenta la historia que en Egipto los sepultureros violaban de noche á las vírgenes que enterraban de dia; por lo cual los legisladores dieron una ley que prohibia la inhumacion de las mujeres ántes de ochenta horas. La fantasía es en ocasiones suplente abominable de la realidad: el cuerpo muerto es nada: en esa nada han buscado algunos frenéticos el universo del placer,

* Todas murieron á veneno de órden de Mitridátes; mas debo confesar ingenuamente que así la descripcion física como el temperamento de cada cual de esas beldades, ni lo que dicen moribundas, es histórico, sino obra mia de pura imaginacion. Hago esta advertencia para que no digan que desquicio la historia y la estrago con fantásticas exornaciones.

explayando las pasiones contra el órden de la naturaleza. Las estatuas de mármol de las divinidades femeninas que condecoraban los pórticos de Aténas y Corinto, amenudo eran manchadas con simiente humana: los enamorados de esos cuerpos sin vida acometian de noche á disfrutar con ellas deleites que rugian dolorosamente en las tinieblas y el silencio.

EPISODIO

EL OTRO MONASTICON

Como el suceso que voy á referir es verdadero en sustancia, será misericordia ocultar los nombres, bien así de la ciudad donde ocurrió, como de los personajes que actúan en él con violacion aterrante de las leyes divinas y humanas. Y para rehuir la enojosa inicial con que suele indicarse un pueblo ó un individuo, tomaré de la nada la denominacion de una ciudad perdida y muerta en el seno de los bosques del Nuevo Mundo. Entre las que los conquistadores fundaron con más fama de grandeza, recordando por ventura otras del antiguo continente, hallábanse Logroño y Zamora, sólo de nombre conocidas en nuestro siglo. Es fama que los aborígenes, saliendo á deshora de lo profundo de las selvas adonde se habian retirado, degollaron varones, viejos y niños, y cargaron con las mujeres á las impenetrables guaridas

de la barbarie. Logroño y Zamora fueron sepulcros desiertos donde el jaguar, la culebra y más fieros hijos de la naturaleza montaraz hallaron cómodo abrigo, miéntras el chaparro salvaje iba dando paso á los árboles corpulentos que surgian al pié de las murallas y las bóvedas. Cuenta un viajero que habiéndose internado por los montes del Azuay con achaque de exploraciones, ó en busca del oro tentador de sus rios, echó de ver súbitamente ruinas de habitaciones entre la maleza, troncos enormes de torres, fragmentos de muralla de ladrillo colorado, arcos gigantescos y otras de estas. Si el miedo ó la realidad, no lo sabemos; el hecho es que él vió ó pensó que veia un salvaje de larga cabellera sentado de espaldas sobre un escombro. Huyó; y cuando volvió en compañia de muchos, nunca más pudo tomar el hilo de sus primeros pasos. No causaremos, pues, rubor sino á la nada, atribuyendo á una de estas ciudades difuntas lo que pasó en una muy viva y presente á los ojos del Nuevo Mundo.

En las naciones europeas la sociedad humana está dividida en tres clases, la principal ó noble, el estado llano y la plebe. El cruzamiento de las razas en la América del Sur ha dado orígen á una intermedia entre el estado llano y la hez del pueblo; ésta es la mestiza, proveniente de enlaces de españoles con indios al principio, á la cual debemos adscribir tambien la que tiene su cuna en los amores de los castellanos con las negras transportadas de Africa. La hez del pueblo la componen los negros y los indios: éstos son, en realidad, la gente del gordillo: los mestizos por nada consentirian en per-

tenecer á esa clase; ántes propenden á elevarse eslabonándose con familias que pican en aristócratas sin más que los bienes de fortuna, los cuales difícilmente acertarian á componerles un árbol genealógico. Los mestizos provenientes de la hibridacion entre españoles y aborígenes se llaman *cholos* en unas repúblicas, *huaches* en otras, *rotos* en estas, *léperos* en esas. El hecho es que esta casta cruzada ha beneficiado hábilmente el seno de la madre naturaleza, y provista de buen entendimiento, valor y audacia, se levanta á los primeros peldaños de la gradería social, sopalancando en la estolidez de los sedicientes nobles, escasos de fuerza moral é intelectual por falta de cruzamiento y de entronques mejoradores. Pero sucede que los mestizos, así como llegan á ser generales, obispos ó presidentes, ya no quieren ser *cholos* ni mulatos, y se dan maña en urdir genealogías de Béjar ó de Men Rodriguez de Sanabria. Las cholas que á fuerza de oro han dejado la bayeta, vienen á ser condesas; y nadie mira más para abajo á las de su clase que estas señoras de á cinco en pua, sucediendo lo mismo con los mulatos y las mulatas, los zambos y las zambas, y toda esa caterva de mestizos que componen la mayoría de las repúblicas hispano-americanas. Sea de esto lo que fuere, de esta clase suelen salir beldades de carácter tan raro, que llaman por extremo la atencion de los viajeros curiosos y averiguadores. Una *bolsicona* de Quito, verbigracia, con su follado de bayetilla ó de paño de primera, ancho el ruedo, exigua la cintura; follado que no se atreve á cubrirle el piececito primorosamente calzado con zapato de raso en chancleta, imágen es que Teniers hubiera tomado por modelo de sus mejores cuadros,

donde belleza y voluptuosidad se dan la mano y andan amenazando con poner fuego al mundo. Teresa de Jesus Alvinca, heroína de la presente relacion, era una de estas admirables bolsiconas ó mestizas acomodadas á trabucar el juicio á príncipes de Asturias y de Gales. Blanca, sumamente blanca, su mata de pelo semeja á el ala del cuervo, para usar el estilo de Ossian. Gorda es, sin parecerlo : sus mejillas están brotando sangre purísima : sus ojos alimentan ese fuego negro que enciende y consume las almas de los que caen en ellos, como en red que les tendieran los ángeles y los demonios coligados con un fin desconocido. Los labios, grosezuelos, parecen el boton de la granada : el seno prominente está echando de la camisa afuera dos globos de mármol ligeramente sonroseado : el brazo presenta una abundancia de elementos voluptuosos, que es delirio el contemplarlo bajo el hombro apretado por la manga corta. El zapato no le ciñe sino los dedos : el empeine del pié, rebosando de su pulida cárcel, ostenta un edema natural, que los ojos indiscretos se lo comen á bocados. El tobillo es cenceño; mas á poco que la retrechera se entregue al manejo del follado, empezará á levantarse tal y tan blanca gordura, que la pantorilla es ya un prodigio de salacidad inocente y delicada. Las manos son monas en esta Teresa de Jesus Alvinca : trabaja con la aguja en telas suaves : ni lava ni avienta el fuego ; no pueden estar echadas á perder por estos duros labores. Tiene diez y ocho años : empina el puchero : es honesta, de buenas costumbres ; ¿qué maravilla si más de cuatro mancebos tienen por ella la cabeza á las once? Muchos han pedido su mano ; á todos los desdeña :

gusta de la honradez y la cultiva : su madre adora en ella, y una y otra esperan en que Dios, premiando sus virtudes, les suba la fortuna.

Entre los enamorados de esta mestiza interesante andaba un clérigo llamado Joaquin Escudero, con tal pasion á cuestas, que bien hubiera bastado para que este galan de sacristía hubiese hecho pacto con el diablo, cual otro doctor Fausto. Dicen que las mujeres, cuando educacion y cultura no gobiernan sus inclinaciones, propenden fatalmente á la cogulla y la sotana, con detrimento de la parte civil, para vergüenza de poetas y doctores. Si esto es así, malditos sean esos rivales de ropa talar, tan feos para nosotros, que tanta guerra nos hacen y tantos combates nos ganan con su cara monda y lironda, sus dientes amarillos, y esa humildad que es de decirles : Pobrecitos ! Pobrecitos? ellos nos compadecen, se rien de nosotros, cuando, debajo de mi manto al rey mato, van ofreciendo su alma al enemigo con fianza de la hipocresía, y nos quitan de la boca los más dulces pecados. ¿Es posible, hermosas, que os sintais flacas é indefensas ante un fantasma de esos, que entra como sombra del diablo, saluda en latin y se sienta por ahí metido en su sotana, como en funda de muerto? Rasa la quijada, enorme la boca, el collar le está ajustando que le da aspecto de ahorcado. ¿Cómo viene á suceder que este hijo de la noche tenga más ascendiente en vuestros corazones que un mozo de bel mirar, apuesto y denodado, que gasta sin miedo, acomete peligros, y ante las vuestras fermosuras cae de rodillas, para salir con un puntapié en la boca

del estómago? Si fuera verdad inconcusa que los clérigos nos llevan la delantera en esto de gollerías amorosas, muchos conozco que aun de viejos se ordenaran; mas no siempre sucede lo propio; y clérigos hay que, no de buenos, sino de tontos y desmañados, se han de ir con palma y guirnalda á los infiernos. Hum... dice por ahí un canónigo, mirando de soslayo á sus nueve hijos. Pero esto no hace á mi propósito, sino el clerizonte que estaba echando los bofes por mi Teresita de Jesus Alvinca. Esta no hizo caudal de ese amor eclesiástico: miéntras los expedientes del señor abad no violaron los límites de la seduccion respetuosa, ella no le mostró sino desprecio; mas cuando echó de ver que ese Tartufo de menor cuantía era capaz de todo, horror fué el suyo, y se dió á cerrarle las puertas y evitar su encuentro en iglesias y calles, porque desde léjos echaba ese hombre sobre ella un sobrealiento de perdicion, que era como el hipo de la muerte. Cosa segura el ver ese fantasma á hito al pié de su ventana desde las siete de la noche, paseándose de largo á largo unas veces, otras inmóvil como el palo de escoba que las brujas plantan para bailar en torno.

Vivia esta mujer calle de Sanguña en la ciudad de Zamora. Dando la vuelta el año, he aquí que llega la cuaresma. Teresa de Jesus no habia echado por ese camino de insensibilidad y despego que se llama devotismo: religiosa de suyo, como toda mujer, cumplia con los preceptos de nuestra santa madre Iglesia, confesándose una vez al año, ayunando en témporas y vigilias, oyendo misa los domingos y dias de guardar. Su madre le hizo presente que convendria hallarse para el juéves

santo en disposicion de recibir el Santísimo en la Capilla Mayor. Con quién quieres confesarte? le preguntó. Con el padre Oquendo, señora. Santo varon, dijo la madre: voy á verle. Al tercer dia Teresa de Jesus se llegaba humildemente á la reja. Despues de media hora de expontáneas deposiciones, « No pecas, dijo el fraile, si das vado á esos impulsos. » Sorprendida la penitente, respondió que no lo comprendia. No pecas: como tu espíritu se halle suspendido en la mano de Dios, no hace al caso que el cuerpo se rinda á sus necesidades. Ten cuidado de que el alma no reciba tacha de las cosas del mundo, y no hay para qué tirarles el freno á los sentidos. Doctrina es esta de santos doctores, hija, si alguna vez has oido la explicacion del quietismo, con vénia de la Santa Sede.

La muchacha, iluminada por la luz de su inocente ignorancia, se levantó y se fué, huyendo de la seduccion del sacerdote prevaricador que así enseñaba el vicio en la cátedra de la penitencia. Madre, le dijo á la suya, como hubo llegado á su casa, ese padre no es el padre Oquendo: le noté la voz fingida desde el principio, y al fin se ha hecho traicion hablándome en la suya propia y diciendo impiedades en el confesonario. La vieja, buena mujer, religiosa ademas, se puso á la sombra de un *per signum crucis* de marca mayor, exclamando: El enemigo, hija, el enemigo. Jesus me ampare! conque no fué el padre Oquendo?

A obra de seis meses de este acaecido, estaba dando golpe en la ciudad un extranjero que habia llegado, y con mano abierta cobraba crédito de munífico y galante. El era inglés, segun decia: blanco de rostro, rubio de

bigotes, la cabellera parecia hebras de oro, segun era fina y lisa ; sino que algunos querian decir que hácia la raíz estaba un tanto oscura, como si lo demas fuera teñido. Este inglés gustó sobremanera de las mujeres y las costumbres de esa tierra : « Yu está risoluto, dijo, á mi casar y mi quedar Zamora. » Con esta premisa, dió en ir y venir por la calle de Sanguña, hasta cuando la casualidad y su industria le depararon la ocasion de meterse de hoz y de coz en casa de la bolsicona Teresa de Jesus Alvinca. En su media lengua, ó mas bien su lengua y media, se dió sus trazas para que comprendiesen que estaba enamorado hasta el meollo y queria casarse. El período de las cucamonas suele ser necesario para el descubrimiento del cariño ; pero como á falta de pan buenas son tortas, dijo cuatro disparates en español ainglesado el rico breton, y pan pan, pidió la mano de la mestiza. Cuando las envidiosas y malsines á quienes la buena fortuna de la Teresita estaba quebrando los ojos le dieron á entender que era una *chola* ó gente de poco mas ó ménos : Importa poco, dijo el inglés : en Lóndres será condesa de Salisbúry, y la tratarán de *lady*. La madre de la muchacha se inclinó fuertemente á este matrimonio : de ménos juicio que Teresa Panza, ya se le hacia agua la boca de verse suegra de un lord de Inglaterra, aposentada en un palacio, y saliendo en coche con lacayos de librea. Su hija, por el contrario, experimentaba indecible repugnancia por esas bodas deslayadas, que sobre arrancarla de su país querido, la pondrian fuera de su genio y sus antecedentes. Deudos, amigas y entrometidas vinieron á la carga, y del inglés hubiera sido la niña, si el bruto,

olvidándose de todo, no saliera un dia con alusiones á la escena del confesonario, y reconvenciones de haberle dejado allí como un bausan. El enemigo! madre, el enemigo! salió gritando la novia, en tanto que milord bajaba la grada de cuatro en cuatro escalones y se confundia entre la muchedumbre de un barrio populoso. En balde le echó la policía una brigada de ministriles y porquerones : el inglés, como el diablo, se hizo humo, sin que de él pudiera dar noticia ni el presbítero Joaquin Escudero.

Para reponerse de tamaño susto y grangear la proteccion divina, Teresa de Jesus se dió á visitar enfermos y hacer limosnas, que era una santidad verla salir al zaguan de su casa á socorrer en persona á los pordioseros que á ella acudian viérnes y sábados. Caritativa, siempre lo habia sido : ahora redobla esa virtud en via de dar gracias al Señor de que la hubiese librado de la red que le tendiera ese perverso. Una noche, como la lluvia menuda y constante estaba haciendo su ruido monótono, se oyó en la puerta de calle la voz cascada, afligida y muerta de hambre de un mendigo nocturno, de esos que llaman vergonzantes : la bolsicona saltó sobre su canasta de pan de trastrigo, y provista de una hogaza acudió á dar de comer al hambriento y de beber al sediento, segun que Dios lo manda. Hermano, dijo llegándose al vergonzante, coma esto, y ruegue por mí. Abalánzase el mendigo sobre ella como un rayo, tómala, vuela, cual si llevara una corderilla en brazos. Al primer grito de la rapta, su madre estaba afuera ; y así corrió, se desgañitó y remolinó el barrio, que el lobo dejaba la presa á la segunda calle en medio de un gentío inmenso.

Al otro dia Teresa de Jesus Alvinca tomaba refugio en el monasterio de Santa Catalina, adonde acudian entónces las mujeres temporalmente por varios motivos de los suyos. El clérigo Joaquin Escudero, medio loco, se dió á rondar el convento por la noche, tirar piedras al tejado, cantar endechas amorosas, ó echar ululatos que bien llegaban á oidos de la reclusa. Una noche se despidió al son de la guitarra con unos versos en los cuales decia que Zamora no volveria á verle, y que se iba en demanda de la muerte á los lugares más apartados de la tierra. Una por una desapareció el clérigo : súpose despues de algun tiempo que andaba por la república de Buenos Aires, y que de allí habia pasado en son de fuga al imperio del Brasil, por ciertos milagros que seria peor meneallos. La bolsicona, con esta fianza, salió del convento á porfía de su madre, á cuyo lado siguió su vida de mundo inocente, volviendo el juicio á cuanto mozo de su clase tenia la dicha de conocerla, y aun á pisaverdes de más suposicion, que de buena gana se hubieran aplebeyado por el amor de tan fermosa doncella.

Un año hubo transcurrido, cuando la madre de Teresa, volviendo un dia de la calle, encontró á su hija bañada en su propia sangre en medio cuarto, los vestidos arregazados, cual si hubiera sido víctima de un crímen atroz. Por mordaza tenia en la boca un pañuelo la muchacha; otro hacia de esposas, pero muy holgadas. Viendo como muerta á su hija : Teresa! Teresa, hija de mi alma! Bondad del cielo, qué me sucede... Teresa abrió los ojos pesadamente, en los cuales la vergüenza dió un relámpago, y los volvió á cerrar.

Su madre miró por el pudor, hizo gente, interrogó á los vecinos, y le fué dicho que sólo un clérigo muy cabizbajo habia entrado durante su ausencia. La jóven no se levantó del suelo sino para ir á la cama: indignacion, dolor, desesperanza, estropeamiento físico, motivos fueron de enfermedad, y grave. Declaróse la fiebre, la calentura pasó á delirio : al séptimo dia, la malograda hermosura habia fallecido. Por quitarle de los ojos á la pobre mujer el espectáculo de su hija muerta, llevaron el difunto esa misma noche al cementerio de San Diego, donde fué sepultada en presencia de algunas lágrimas amigas. Al otro dia hubo gran escándalo entre los religiosos franciscos que estaban de guarnicion en dicha recoleta de San Diego : un cadáver fresco, fuera de su nicho, estaba por ahí tirado en tierra, el ataud, roto, á un lado; la mortaja al otro. Sorprendido por la aurora, el exhumador no habia tenido tiempo de dar al cuerpo una postura honesta; dejólo allí como lo habia colocado para su satánico apetito; le cortó los pechos á cercen, y huyó dejando aterrados á los muertos.

A los cinco años de este acaecido, el buque ballenero « Adamastor, » pescando en Spitsberg, naufragó cerca de la costa, por obra de una tempestad del equinoxio de primavera. Salvóse la tripulacion en parte nadando hácia tierra, ó impelidos por el viento sobre los restos de la nave; aunque los más perecieron en las olas. La fragata « Victoria, » de la marina inglesa, vino á pasar á esa altura á los diez dias del naufragio : infiriendo de ciertas señales que algunos tripulantes pudieran haber salido á tierra, acostó á la más próxima, y vieron los

marinos ingleses, en efecto, algunos hombres tirados en la ribera como difuntos. No lo eran todavía : hambre, sed, frio les estaban consumiendo la vida; pero no todos habian muerto. Recogidos por la fragata, fueron espirando los más á bordo, sin ser poderosos para soportar el alimento. Otros, de más vigorosa constitucion, cobraron fuerza y se salvaron. Uno llamó especialmente la atencion de los oficiales de la « Victoria : » era éste un marinero que en el delirio de la fiebre causada por las sustancias alimenticias, se revolcaba sobre cubierta, dando mordiscones terribles al pavimento, y exclamando en voz perturbada : « En vida y en muerte...! en vida y en muerte...! » Caia luégo en uno como paracismo ó fallecimiento temporario, y recobrándose, volvia á gritar : « Mia, mia! en vida y en muerte...! » Sus compañeros, repuestos un tanto, dijeron ser ese un marinero llamado Joaquin Jéres, que habia servido en la marina pescante por cinco años. Quedóse un dia el náufrago en gran paz y sosiego, como si descansara en el Señor, con la conciencia acrisolada por el arrepentimiento; y levantando de improviso una voz clara y simpática, dijo para todos : Teresa de Jesus Alvinca, perdóname!

Antes de echar al agua el cadáver de Joaquin Jéres, los marineros de la « Victoria » le habian tomado del seno un saquito de seda que tenia suspenso al cuello : su contenido eran dos momias secas, negruscas, arrugadas, que harto parecian, á causa del pezon, haber sido pechos de mujer. Oh hermosura, funesto don del cielo! ya lo dijo Sófocles.

Funesto fué para la más hermosa de cuantas son las mujeres de que la historia moderna hace recuerdo. La reina Maria de Escocia, decapitada en Fothoringay de órden de Isabel de Inglaterra, debió su suerte infeliz á la belleza como sobrehumana con la cual volvia locos de amor á los hombres, locas de envidia á las mujeres. La tiránica Isabel, fingiendo despreciar á su víctima, consumiéndose estaba de celos y venganza : esa prisionera que ilumina los calabozos por los cuales la trae á mal andar el verdugo, va dejando en donde quiera huellas profundas de los afectos más suaves ó más apasionados, bien así por la apacibilidad de su genio en la desgracia, como por los hechizos con que trabuca juicios y prende corazones. Jorge Douglas sabe si esos ojos son mares de felicidad apiñada en dos focos de resplandor divino; si esos labios se abren como las puertas de la gloria mundana; si ese pecho ofrece al amor asiento muelle y espacioso. Cuando desde la colina de Kinróss le promete libertad, ese muchacho le está enviando su alma en la lucecilla bañada de esperanza con que á lo léjos le hace tal promesa á la bella cautiva. Huésped del rey de Francia, Maria Estuardo es la estrella de San German ; reina de Escocia, parece el Genio de la fortuna próspera resplandeciendo en los palacios de Edimburgo. Prisionera de su hermana enemiga, es la diosa de la hermosura á quien la caida ha dado una grave leccion en el libro del infortunio, y las pesadumbres han comunicado la autoridad del dolor fortificante del cristiano y el filó-

sofo. El jóven Chatelard no ardia en vano en el fuego regio que estaba prendido en su corazon : por el amor de una reina, peligros son esperanzas, reprensiones triunfos del orgullo : por el amor de mujer como Maria Estuardo, la muerte es dulce recompensa. Así es que el bardo cantaba sumergido en lágrimas; en lágrimas, con ser soldado :

O déesse immortelle,
Ecoute donc ma voix,
Toi qui tiens en tutelle
Mon pouvoir sous tes lois,
Afin que si ma vie
Se voit en bref tarie,
Ta cruauté
La confesse périe
Par ta seule beauté.

Funesto es el don de la hermosura, cuándo para la que lo posee, cuándo para las que lo envidian y los que la codician. Funesto ha sido en todo tiempo, no en las mujeres solamente, pero tambien en los varones. Dicen que el padre de Mahoma era hermoso de manera, que el dia que se casó con Amnisa, doscientas muchachas árabes de las más nobles tribus se mataron de dolor y desesperacion; y bien así en la Biblia como en el Coran constan los aciagos efectos de la hermosura de Josef, hijo de Jacob. El libro de la ley de los musulmanes, ménos severo que el de los cristianos, disculpa á la mujer de Putifar en un pasaje simbólico, que harta miga contiene respecto del carácter y las propensiones mujeriles. Como esa cariraida tuviese conocimiento de la murmuracion general, reunió un dia en un banquete á

las más habladoras y mordaces. A media comida, el jóven hebreo, ricamente ataviado, comparece en medio de muchos caballeros que estaban cumpliendo las órdenes de la gobernadora. Las damas del festin, devorándole con los ojos al mancebo, empezaron á decir pasito : Dios nos guarde... Dios nos guarde... Y se cortaban las yemas de los dedos en vez de pelar la naranja que cada cual tenia en la mano.

El siglo de Luis décimocuarto, siglo rey, que ha brillado por las armas, las letras y las artes, ha sido tambien el siglo de la belleza y la galantería en los tiempos modernos. Las queridas del monarca devoto á quien los jesuitas dieron bula de concupiscencia, afirmando que ella no hacia al caso para la salvacion del alma; esas mujeres, digo, pasan por arquetipos de belleza femenil, y fueron tales que hubieran podido echar raya entre las Mneserates, Gliceres, Gnathemiones, Floras y Laïs de Aténas. La señorita La Vallière, desde luego, la más feliz y más infortunada; la marquesa de Montespan; la Fontange, y por último esa madama de Maintenon tan nombrada por los franceses, dieron á la corte del rey sol el brillo funesto de los vicios, que so el barniz de la cultura y el refinamiento abrigaban la carcoma de las virtudes. Esa época dichosa de Napoleon llamada el Directorio resplandeció asimismo no ménos por la belleza que por la ilustracion de ciertas grandes mujeres que se ladean en la historia con los grandes hombres de ese tiempo tan glorioso para la nacion francesa. Madama Tallien, mujer de altos pensamientos y corazon encendido; madama Beauharnais, tan galana como inge-

niosa; Sofia Gay, esa linda Magalona de la caballería moderna; y sobre todas, el sueño perpetuo de Chateaubriand, madama Recamier, mujer de belleza incomparable, á la cual el autor de El Genio del Cristianismo tributó culto ardiente, gastando mundos de amor en ella, sin recompensa, y lo que suena peor, sin esperanza. Bien hubiera querido el señor vizconde don Francisco ser con ella, no el autor grave del libro con el cual habia puesto asombro en Europa, mas ántes el indio Cháctas que huye por los bosques con su libertadora, y la oye á ésta en su lecho de agonía arrepentirse de no haber sido de su amante.

Los turcos sacan en el dia las mujeres más hermosas con las cuales enriquecen los serrallos del Gran Señor y los principes Bajaes, las sacan, digo, de Mingrelia, Circasia y Georgia, comarcas afortunadas que han heredado algo de las antiguas Chipre, Gnido y Amatonte. La Imerecia suele producir beldades primorosas; y esto mismo sucede con los pueblos que habitan las faldas del Cáucaso, siendo la cosa más notable del mundo que al lado de muestras tan cumplidas del género humano vivan las castas más deformes y repulsivas que conoce el viajero, como son los calmucos y los tártaros nogais *. Callot, pintor perpetuo de lo feo, hallaria su paraíso entre esos bárbaros desventurados, y nada tendria que hacer en Georgia, Circasia ni Mingrelia. Entre las naciones europeas que hoy dan la ley de la civilizacion al mundo, Inglaterra se lleva la palma en órden á la hermosura de

* VIREY, *Histoire naturelle du genre humain.*

las mujeres : altas, blancas, rubias, las inglesas son deidades mitológicas que andan entre los mortales, combatiendo á unos, favoreciendo á otros. Algo hay de las heroínas de Ossian en una bella hija del Támesis : blanca y fria, es una nube fantástica que revolotea misteriosa por la orilla de un rio ó por una verde colina en busca de la sombra de su amante muerto en la batalla. La célebre querida de Nélson tiene fama de hermosa tanto como de desapiadada; y no puede uno contemplar sin celos y despecho ese grupo de divinas muchachas que están besando apasionadamente los largos bigotes del prusiano Blúcher despues de la victoria de Waterloo.

Las francesas no preponderan por la hermosura, sino por la gracia, el tanteo exquisito con que gobiernan el mundo con las leyes de la moda y la elegancia. Ciertos pueblos del mediodía de la península ibérica presentan modelos perfectísimos de mujeres bellas : el reino de Valencia es almáciga de hermosuras, y hermosuras tan diferentes de las del Támesis, que bien merecen algunas pinceladas que las pongan de manifiesto. Raro, muy raro es ver una rubia en la patria del Cid Campeador, el cual debió de ser trigueño : la valenciana es de un blanco aceitunado que tira á perla salida del baño de la aurora : sus ojos son negra noche, rota de cuando en cuando por relámpagos de luz celeste : sus labios están ardiendo como piropos en la fragua de Cupido : su cabellera abundante, espesa, forma contraste admirable con la blancura de los hombros sobre los cuales descansa en lánguidos tirabuzones. El porte de la hija del Turia es regular : sus carnes, frescas, apretadas, le están con-

denando á la tortura al espíritu del que lo deja ir trabucado por las curvas y altos derrames de esos miembros presentes á la imaginacion. Esta española pudiera concurrir á un certámen universal de mujeres bellas, y sobre mí si no se llevara el primer premio, puesto que no se lo disputase la portuguesa con sus pechos sobresalientes, palacios gemelos donde habitan amor y voluptuosidad.

En Italia hay mujeres que pasan al lienzo en forma de ángeles y vírgenes celestiales, sin que el artista hubiese hecho modificacion ninguna en sus facciones. Dicen que Rafael no hacia sino copiar á su bella Fornarina para sacar esas Madonas que andan por toda Europa, valiosas como un cuadro de Apéles. Las obras más cumplidas de los grandes maestros son retratos : bien así como los poetas suelen celebrar á sus amadas en sus poemas, así los artistas inmortalizan á las suyas en sus cuadros ó sus estatuas. Ejemplo de lo uno puede ser Jorge de Montemayor en la « Diana enamorada, » y de lo otro el gran pintor de Urbino en la Vírgen del Niño.

Pudiera yo ser imputado de falta de amor nacional y patriotismo, si en tratándose de hermosura y gentileza me mostrase ingrato con desentenderme de estas beldades americanas que tanto dan en que merecer á los que alcanzamos espíritus para saberlas juzgar y apreciar. Las bogotanas son bellas, sumamente bellas en sus floridos años. Su tez delicadísima no ha menester limosna cotidiana del infame albayalde ni el plebeyo bismuto para desafiar en lo blanco á la azucena. Acerca

de las mejillas, pálida es la rosa, y llena de rubor agacha la cabeza, cuando una dríada del Funza comparece en el jardin vestida de pastora. Desgraciadamente, dicen, la belleza es de corta vida en esta hermosa : será como la mujer árabe que á los veinte años es vieja, y no tiene la memoria provista sino de diez ó doce de amores y felicidades. Tan pronto, no se envejece; pero ese bribon de Emiro Kástos dice que á los veinticinco es... es... coto, dice el hereje: yo no he de repetir ni en artículo de muerte esta atrocidad sin ejemplo. En los bailes de Emiro Kástos hay siempre dos departamentos: en el uno, las jóvenes de quince á dieziocho años están hirviendo como una manga de espíritus divinos encarnados en miembros de mujer; en el otro, las... las... cotos (¡y no se abren los abismos y me tragan!) están silvando y fumando su cigarro. Miente Emiro Kástos! me dijo una vez un granadino : esa enfermedad es desconocida en la Nueva Granada. Por desgracia todos hemos leido las disquisiciones científicas publicadas acerca de ese horrible desvío de la naturaleza en la meseta de Bogotá, Mariquita y otras comarcas de Neo-Colombia; y hemos gemido de corazon con los poetas colombianos que lloran esa ruina prematura de la belleza en su patria. Si de los veinticinco para delante están condenadas á ir con esa cruz á cuestas, no olviden las ninfas del Monserrate que hasta los veinticinco son las más lindas de las sud-americanas; si ya no dan sobre ellas, rompiendo por Boyacá, las hermosas caraqueñas, y les arrebatan la palma. Si un Emiro Kástos ha sacado á la luz del mundo *el Aranjuez* de su coto, consuélense con que un Cosmopolita lo niega de redondo, y rieta á

singular batalla al descortes y mal nacido que se atreva á poner lengua en la porcion más amable del sexo femenino en el nuevo continente.

La suavidad del clima, la transparencia de la atmósfera, la esplendidez del firmamento, la pureza del agua son, sin duda, partes para que la quiteña conserve, muchas veces hasta los cuarenta años, el verdor y la frescura marzal de las colinas y los prados que circundan su poblacian elevadísima. Para donosa y elegante, la quiteña: con la mirada se insinúa, con la sonrisa conquista, con el porte general de su persona pone el yugo debajo del cual pesadumbres son delicias, desdenes incentivos, rigores esperanzas. La ojinegra del Pichincha es el demonio vuelto á la gracia de Dios con sus rezagos de malicia. Cariredonda por la mayor parte, sus mejillas son bóvedas de rosa dentro de las cuales los Genios del Amor, reducidos á mínima estatura, están soplando la fragua del placer. Su pecho es comba sublime: su brazo está desafiando al filósofo y al santo, si por lo blanco, si por lo gordo. La manecita es joya preciosa: los dedos suavísimos: la uña, espejo de las Gracias y las Musas. En cuanto á pasiones, estas estrellas de la Cinosura suelen morir de amor, y quitar la vida muchas veces. El Gran Mariscal de Ayacucho, que habia estado en casi todas las capitales de Sud-América, sólo en Quito halló mujer digna de su corazon y su mano; y es sabido que Bolívar á Quito vino á buscar la amazona que le salvó la vida cubriéndole con el escudo de Pálas, esa mujer tan fiera como hermosa á quien el Genio del Nuevo Mundo amó como Aquíles á la belleza de Scíros.

Los climas ardientes imprimen caractéres escepcionales en el sexo femenino : la luz encendida que devora la tierra afina el espíritu y le da los mayores quilates que él puede alcanzar : una guayaquileña de pelo suelto, cuyos hombros están forzando la chaqueta ; vestida de holandas y sinabafas delgadísimas que van y vienen cual ondas de blanca espuma, primero que mujer parece nereida que dejando sus grutas del Pacífico, ha subido al redropelo el Guayas, y se ha instalado en uno de esos palacios de fragantes maderas que producen sus bosques. Viva, picotera, esta ninfa del grande rio es propensa á las pasiones más nobles y elevadas, las cuales cuando están en su punto suelen convertir en poética melancolía la electricidad de su alma que brota afuera y chisporrotea en los ojos y los labios. Las chilenas pueden pasar por las inglesas del Nuevo Mundo, ya porque viven recostadas hácia el norte, ya por su temperamento sereno y grave en cuerpo eminente y facciones señoriles. Las argentinas van á un paso con sus hermanas de América, si por las prendas físicas, si por la belleza del alma ; y acerca de las mejicanas, sabido es que les echan el pié adelante á las mejores. Pero hay unas en la América Española que á justo título han grangeado nombre de *parisienses del nuevo mundo ;* estas son las hijas del Perú, tierra del sol, esa como Pancaya en donde nace el Fénix. La limeña es el dechado de la belleza femenina en lo tocante á la persona visible ; que en lo que mira á los afectos, una italiana de Palermo no los abriga ni más ardientes ni más profundos. Los usos de la tierra le comunican singular donaire y seduccion ; usos que van cayendo, para mengua del prurito nacio-

nal y la elegancia propia. El manto de la peruana, bien como la capa del español, es vestido tan magnífico, que si á cada uno de éstos le da aspecto de rey, á cada una de ésas la vuelve princesa misteriosa que refuerza el deseo con la curiosidad, dando á entender con la lumbre de los ojos el ángel lleno de delicada malicia que va desconocido tras el rebujo impenetrable.

Despues de esta revista en donde la galantería pasa por alto algunas omisiones y el amor suple lo que falta, será bien digamos al fin lo que es belleza y en lo que consiste? La belleza, como no tiene reglas ni modelos prescritos, carece de definicion. Belleza es armonía visible, música personificada: una mujer bella es una melodiosa expresion de la naturaleza.

There is music even in beauty,

ha dicho un bardo inglés: hay música en la belleza. Cuando fascinado contemplo una jóven hermosa, oigo que sus ojos están cantando á mis oidos: una niña fresca, pura, alegre es nota musical de la armonía eterna. En qué consiste que tal rostro es bello y cual no lo es? Consiste en que en el uno hay compas, cadencia, ritmo sonoro; en el otro todo es mudo, ó sus toques y su conjunto suenan desagradablemente á nuestros ojos. Belleza es armonía; gracia es melodía. La belleza infunde admiracion; la gracia es cuna de la simpatía: y como la gracia es alma de la belleza, belleza y gracia dan nacimiento al amor. Viendo estoy ahora mismo con la imaginacion una persona cuyos ojos me causan miedo; ese miedo que nos hace estremecer profunda y deliciosa-

mente de anhelos vagos, los cuales no sabemos si son culpas ó ambicion de cosas celestiales. Música visible es la belleza ; el amor es música desleida en afecciones que están hirviendo en el pecho al santo fuego de las Gracias.

DE LA BELLEZA ARTIFICIAL

Como si fueran más hábiles que la naturaleza, las mujeres han adolecido en todo tiempo del prurito de la hermosura facticia con la cual tratan oscurecer los primores inherentes à la familia humana, ó se proponen engatusar á los hombres vendiendo una cosa por otra. Si tienen creido que el resplandor ominoso con que salen brillando por las calles puede algo en nuestro ánimo, sepan, al contrario, que ese efecto es mortal para ellas. Si se dan á entender que tragamos gato por liebre, se engañan por la mitad de la barba, y salen mal libradas en nuestros juicios y opiniones. Seguro está que la inventora de las blandurillas y las mudas, lo que en general se llama afeite de las mujeres, haya sido una niña de quince ni veinte años, á cuyas mejillas la rosa pide favor, á cuyos labios el clavel se rinde confesándose vencido. La inventora de esas brillantes porquerías fué una vieja presumida que vió apagados sus colores, idos para nunca más volver sus gracias y frescura. Que estas vejancas desdichadas se encomienden á la ciencia de las brujas para mostrar lo que no son, aun no tan malo ; pero que una muchacha que está reventando y abriéndose como una flor del paraíso, acuda para embellecerse

á esos matadores de la belleza, esto es lo que no nos cabe en la imaginacion. La una, sobra de sí misma, escoria del oro que ha derrochado en treinta años, tiene necesidad de cubrirse el rostro, si es ocultadora de la verdad, y se anda á caza de admiraciones y amoríos; la otra, jóven, fresca, blanca, ¿qué tiene en su persona que fingir ni ocultar á nuestros ojos? Entre las flores de mi jardin, orillas del cual escribo, descuella la azucena, como la infanta heredera de la real familia. Habiendo llovido anoche, la madre tierra ha cobrado pujanza y brio: el sol comparece sobre un mundo espeso de nubes purpúreas, amarillas, violadas y de cien otros matices y combinaciones: un diluvio de luz llena luégo los huertos bajando de los montes, y las flores la reciben y aspiran como sedientas de los secretos divinos que esa mensajera del cielo acarrea en sus entrañas. La azucena, digo, en su oriente, está nadando en hermosura propia, tan lozana, tan suave, tan seductora con sus naturales atavíos, que si esta deidad insensible puede infundir pasiones, los espíritus incorpóreos de la atmósfera, los ángeles incompletos que pueblan el aire, se mueren de amor por ella, ó á sus plantas yacen desmayados implorando compasion de esa divina ingrata. Qué diríais, oh vosotras, niñas y señoritas de veinte años, si la princesa del jardin se diese sus trazas para mejorar su color y su frescura, mediante los secretos de una fada maligna cuyo ministerio fuera la persecucion y ruina de las obras más cumplidas de la naturaleza? Bien así como esa flor, si blanquease su blancura os pareceria loca de atar, así vosotras, jóvenes, cuando blanqueais lo blanco, sois para nosotros pobrecitas á quienes de buena gana encerrára-

mos en un hospicio, si hospicio hubiera donde os sirviesen reyes á la mesa y reinas os quitasen los chapines. El blanco anexo á la mujer es como el blanco natural en la leche : si lo cubris por mejorarlo, echais á perder el acierto de la naturaleza. Las obras maestras de escultura, las grandes fábricas de Aténas, el templo de Júpiter, el Parthenon ponian la fachada al mundo, limpia de ingredientes superficiales que ocultaran la sublime belleza que los ha vuelto célebres : ni cal, ni estuco, ni yeso. Así el rostro de Minerva, el de la Vénus púdica no admite las ridículas embarraduras con que las mujeres, más bellas que esas divinidades sin alma, viven empeñadas en afearse y envejecerse ántes de tiempo. Qué delirio es ese, niña? La azucena se contenta con sus gracias propias, y no pasa por la vergüenza de pedirle á la tiza una misericordia de blancura : el armiño no se queja del Hacedor, ni va á hurtar lo que le falta : la paloma, con lo que es suyo la ayude Dios, satisfecha se halla, y no procura volverse blanca la azul, ni la azul blanca. Dice por ventura una de estas avecitas : A mí no me ha puesto collar la naturaleza ; yo me he de envolver un arco íris en el cuello? Dice otra : A mí no me gusta este importuno tornasol ; yo quiero pecho y cuello como la nieve? Todos los séres vivientes se hallan conformes con lo que han sacado del vientre de sus madres ; la mujer, la mujer tan solo, el más bello y seductor, no está contenta con sus incentivos, y va á postrarse ante las más ruines sustancias, para labrar una belleza despreciable con la cual mata la que ambicionan los ángeles del cielo.

Entre los entes alados que sobrevuelan en mi dicho jardin hay uno que semeja á un pequeño globo de oro con paramentos de fuego : graciosos puntos negros taracean su coraza, al paso que en la cabeza le resplandecen unos como rubíes encendidos. Digo yo si á este peregrino amante de las verbenitas y las clavellinas le cogiésemos y le doràsemos la resplandeciente pechuga ? si al verde con luz, verde con vista que le adorna las alas le diésemos algunos hábiles brochazos ? si esos rubíes de la cabeza admitiesen un toque de vermellon ? Impíos ! eso viene así de manos del Todopoderoso : ni más sabios, ni más artistas, ni más pulidos que él. Si el albayalde hubiera sido mejor para el rostro femenino, albayalde le hubiera puesto la naturaleza. Pero en dónde, en dónde material más suave, delicado, puro que ese con que fulgura la vírgen inocente en su dichosa ignorancia del arte y las mañas de las viejas ? Dicen de los elefancíacos que tienen pasion profunda por transmitir su enfermedad á sus semejantes : sus semejantes huyen de ellos con horror ; y las niñas, las niñas hermosas se entregan de buen grado al contagio de esotra elefancía de la cara con que ponen en fuga al pobrecito amor, y espanto en los que íbamos á adorarlas de rodillas. Demos de barato que el artificio fuese capaz de producir obras perfectas : para que el arte fuese cabal, seria menester que junto con la hermosura efímera alcanżasen las mujeres el triunfo de hacernos creer en ella : si por hermosa que parezca una, estamos viendo y sabemos que ese es puro antifaz ¿ qué poder han de tener sobre nosotros ? Tanto valdria acudiésemos al Corso de Roma los tres dias de carnestolendas, ó á la

Grande Ópera de Paris una noche de baile de máscaras á escoger allí nuestras queridas ó nuestras novias : sabe Dios qué dragones, qué arañas, qué lagartijas, qué murciélagos no estarán tras esas caras de ángeles y serafines? Pues todo se sale allá: si por mal de vuestros pecados viniéredes á caer en el buitron de una de esas carantoñas, llamaos á engaño, como que la novia ha sido supuesta. Ni lo blanco de la frente, ni lo purpurino de las mejillas, ni lo rojo de los labios fueron suyos: luego fuisteis embaucados con esos elementos de otra cara : soltero nacisteis, soltero sois : id, hermano, en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia, y el cielo os depare mejor suerte. Qué dirian las mujeres si nosotros diésemos de repente en la flor de salir chorreando engrudo el rostro, y sobre él media libra de polvo de arroz ó de maíz echado ahí como cosa del diablo? Pues digamos que un galan de estos habia de andar boyante en hecho de amores y casorios! Lo mismo da que sea hombre ó mujer el Júdas que se embarra la cara con ajonje y sale á caza de pájaros pegadizos. Bonito soy yo para morirme por una maestra de obras de albañilería que toma á dos manos su lodo blanco, se embadurna con ojos y todo, haciendo hocico la boca, y se afina y pulimenta con palustre los carrillos! El amor infundido por un bacilisco de esos no es amor; es encantamento y superchería: ¿acaso nos agradamos del adorno, y ménos del artificio? Ya sentamos en otro lugar de este libro que la belleza era desnuda; desnuda de vestido, no tanto; desnuda de adherentes indiscretos, pegotes repulsivos que revuelven el corazon y le dan convulsiones al alma: desnuda de bismuto, albayalde, agua virginal y otros

potingues que tras ser enojosos á la vista, perturban la corriente de la vida, socaban la salud y dan al traste con la hermosura. Ni el arte refinado de las francesas, esa maña diabólica con que se proporcionan una belleza ingénita, puede pasar á los ojos de los varones, aun sin que piquen en filósofos : respecto de esta tramoya de las mujeres, todos estamos en un corazon: el vulgo la reprueba al igual del sabio : el necio es discreto en yendo de galanuras fingidas que carecen del poder de los primores naturales. Dudo yo, y nadie me sacará de ella, que una hermosa de embelesos apurados en el colorin alcance jamas el verdadero y profundo amor de un hombre sensato. Bien así como el valiente, el héroe suelen mostrar llaneza y moderacion en todas las ocurrencias de la vida, así la bella, la honesta han de resplandecer por la verdad y la ingenuidad. Al cobarde que truena y relampaguea en ocasiones de paz, que se bebe los vientos y se come á sus enemigos ausentes, le llamamos fanfarron, baladron, matasiete : ese no es lo que ansía parecer. A la hembra que se calafatea el rostro, y le compra al cinabrio la rubicundez de sus mejillas, la llamamos carantoña, esto es mujer vieja ó fea que á falta de lustre y donaire propio, se disfraza y sale erguida merced á ese ignoble adobo con el cual nos mata el corazon y nos hiela los sentidos. Mujer enlucida que se oye recuestrar por un hombre, atribuya su buena fortuna á la cortesía, y sepa que allá en el santuario del pecho de ese hombre hay una persona invisible que está protestando con fuerza contra las mentiras de sus labios. En dónde ese fuego vívido que hace hervir la sangre al lado de una mujer de suyo hermosa, que no toma nada del

arte de hacer viejas? El albayalde es sustancia helada; el fuego del vermellon es frio: estos nefandos matadores del amor han asesinado en el seno de la nada muchos grandes hombres y muchas mujeres hermosas. Cómo, con qué aliento insinuarse uno blanda, pero fuertemente con un mascaron de esos que ahoga en la boca la sonrisa, por no abrir con ella una grieta en la mejilla! Esa movilidad celestial de las facciones humanas que son el mudo poema de los afectos, se ha vuelto quietismo abrutado en la mártir del afeite: cara dada de barniz, cara de palo: los santos de la iglesia no son más formales, frios é insensibles: qué amor, qué placer con monstruo semejante?

Fidelio Tejedor era mancebo de cabeza abrasada y entrañas encendidas: vivir para él, amar. Su cuarto primer amor vino á ser una doncella que rebosaba en salud y hermosura: su edad, la primavera de la vida: el arreo, conforme á su belleza, que era grande: palabra y trato, música divina. Correspondencia unió esas almas. Vaivenes del mundo, altibajos de la fortuna, brutalidades de la política los separaron por cuatro años. Volvió el muchacho: dónde esa Dolores de mejillas como rosas apretadas, labios en los cuales la flor de la fusia se habia disuelto, dentadura blanquísima, aliento oloroso, cabellera de nuestra primera madre? Cuando la niña se le tiró al cuello, una ráfaga pestilente recibió él en el rostro, que le dejó arrecida el alma: los dientes estaban de un amarillo atabacado que queria parecer chocolate: las mejillas ardian en fuego fatuo, esa imágen de la muerte, relámpago de cementerio: los párpados irritados, la voz

enronquecida. Esa mujer era el ataud podrido donde ella misma habia clavado su belleza muerta. Fidelio, ante esa ruina pútrida, sintió que el ídolo de su pecho caia derrocado. Salió viudo sin dolor, no á llorar su amor perdido, sino á buscar otro más casto é inteligente. Albayalde, muchachas! vermellon, hermosas! Cuando uno llega empolvado del camino, su primer diligencia es lavarse y pulimentarse : las señoritas del dia madrugan á empolvarse, y, molineras perpetuas, salen á misa cual si toda la noche hubieran pasado moliendo en la aceña. Caen en unas estas nuestras mujeres, que en verdad, si va á decirla, los matachines europeos que vienen á caza de novias ó de ganga, y se vuelven á su tierra sin dejarles clavo ni estaca en la pared á sus mitades; estos viajeros de bululú, decimos, tienen razon de solazarse escribiendo unos viajes que son El Barbero de Sevilla : ¿y cómo no? las elegantes de Paris usan el polvo de arroz para refrescar y suavizar el cútis; pero se lo limpian y atersan que es gloria : nuestras pisaverdes, no señor; se hisopean la cara con el dicho polvo, ojos y boca inclusive, y allí las tienen vuesas mercedes de ángeles y serafines lloviendo ceniza por donde pasan. Este afeite seco es virtud para con el engrudo sobre el cual estampan otras una patena de cinabrio en forma de mejilla. Los pecados capitales han sido siete hasta ahora : El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza. De hoy mas añadireis : el octavo afeite con tontera y todo.

Siempre me ha hecho comezon en el espíritu la idea

de saber porqué la Sede Romana que fulmina excomuniones sobre los impíos, herejes y sismáticos; que ha puesto fuera de la Iglesia á los autores de libros inmorales, los fumadores de tabaco, los que niegan el orígen divino del diezmo y la primicia; que amenaza con las penas eternas á los que no le dan cincuenta pesos al cura por cada muerto, y cuatro para las ánimas; á los que no creen de buena gana en la virtud de las reliquias; á los que no hacen fiesta á san Pito y santa Flauta; á los que no mandan decir responsos por el alma de cualquier alma de cántaro que se va; cómo esa corte tan celosa y maternal no ha puesto hasta ahora en entredicho á las mujeres dadas de albayalde, bismuto, *cold cream* y otras brujerías tan perjudiciales para la religion? Acaso la Vírgen Santísima habrá usado esos encantamentos y hechizos nefandos? pues cómo sufre Su Santidad que católicas se desfiguren el rostro, imágen de Dios, y anden con esa enorme impostura imprimida en la parte más eminente y gloriosa del cuerpo humano? Desde Theofrasto hasta Labruyère, desde Labruyère hasta el audaz gusanillo que se atreve á poner lengua en uno de los vicios más poderosos del mundo, todos los escritores de moral han hecho armas contra el afeite de la gente desbarbada: tanto conseguiremos nosotros cuanto consiguió el autor de los Caractéres; mas si el papa fuera servido de venir en nuestro auxilio, como con la mano les quitara la herejía de la cara, y las dejara católicas-apostólicas-romanas mondas y lirondas. ¿Qué habria sino declarar herético el afeite, y condenar á las llamas infernales á las luteranas de la más cara? Pues señor, capaces serian las bellacas de se-

pararse de la Iglesia, y abrirle una herida como la cuarta con un cisma de á folio. A efecto de no caer en este peligro, démonos á meditar, investigar, discurrir y descubrir otra manera de ponerlas á raya á estas enemigas de Dios y de los hombres. El mencionado autor de los Caractéres convocó á sesion extraordinaria á todos los hombres civilizados : por unanimidad rechazaron ellos las mudas ó afeite y lo declararon reo de leso amor. « Si las mujeres quieren parecer hermosas á sus propios ojos, dice; si tratan de admirarse á sí mismas, embellézcanse á su modo ; pero si su fin es agradar á los hombres, he recogido los votos : decidimos que el rojo y el blanco postizos las vuelven feas y repugnantes, las desfiguran y envejecen ántes de tiempo : aborrecemos por extremo verlas embarradas de albayalde, ni más ni ménos que los lunares y los otros artificios ridículos con los cuales se vuelven risibles ; y tenemos creido que léjos de incurrir nosotros en la cólera del cielo por esta descortesía, él nos ha proporcionado este medio infalible de librarnos de ellas. » La junta de Labruyère dió una resolucion fundada, pero sin fundamentos : á mi vez he convocado un congreso, y á la fe, hermanos, que cada uno de los vocales ha de dar sus razones. Son éstos un filósofo, un teólogo, un médico, un poeta y un tonto sin oficio ni beneficio, á fin de que el mundo entero se halle representado. El filósofo, electo presidente, se pone de piés, y dice : Señores : Grave es el asunto, pero tan palpable su esencia, que el que no esté viendo su resolucion por tela de cedazo, no alcanza los favores de la luz, ni puede meter su cuarto á espadas en materias de estas que por nosotros suelen ser tratadas. Filo-

sofía es la ciencia de averiguar la verdad : averiguámosla una por una, y cuando la hemos descubierto, la adoramos, y en ella nos salvamos, como que es el reflejo de Dios, verdad suprema é infinita. Lo falso, lo escondido en el seno de la impostura, se halla léjos de él, y se aproxima de cada vez más al demonio, ese compuesto de mentiras cuyo espíritu es la corrupcion. El filósofo que vende por suyas doctrinas de otros ; el escritor que se apropia ideas ajenas, se llaman plagiarios ó ladrones de pensamientos y sabiduría : el malandrin que hurta cuadrúpedos es cuatrero : la mujer que finge colores y sale vendiendo hermosura que no tiene ¿qué será? Es reo de belleza simulada, á la cual conviene impongamos castigo no ménos que á la madre de hijo supuesto.

El teólogo habló en seguida, y dijo : Desde que la impúdica Jezabel se teñia los ojos con antimonio y buscaba en el cinabrio el rojo de sus mejillas escuálidas, la Iglesia ha reprobado, aunque no condenado formalmente, el prurito de falsificar la obra de Dios con materias innobles que cultiva la vanidad y compra el vicio. Alma pura, cuerpo limpio : mujeres que huyen de mostrar sus facciones propias, en el alma tienen costurones y peladuras que cubren con capas de hipocresía. Yo juzgaré siempre del corazon de una mujer por su semblante, si ingenuo, si doblado. Los entes celestiales no han menester artificios para ser bellos : la mujer es ángel humano ; ¿porqué se vuelve hija del espíritu de las tinieblas con esa desfiguracion impía con que hurta la cara á las miradas de los hombres ? Así como nosotros, sacerdotes, atersamos con el aliento la patena que reciba

las formas consagradas, así los varones del siglo deberian limpiar y pulir mil veces el corazon de las mujeres para el sacrificio con el cual las vuelven carne de su carne, hueso de sus huesos. Vanidad, soberbia, flujo por parecer mejores de lo que son y agradar con embelesos fingidos, son partículas que deslustran la patena: echad vuestro aliento en ella, limpiadla, hombres!

El médico se levantó: He leido en la historia antigua que una célebre romana llamada Popea, concubina desde luego, despues mujer legítima de Neron, tenia quinientas burras lecheras que llevaba consigo adonde quiera que fuese. Esta mala mujer era muy buena conocedora de los secretos de la naturaleza: la leche de burra, tomada, es cordial poderoso para los pulmones, los bronquios, todos los órganos respiratorios, y aun tiene mucho de hepática ó virtud curativa de hígados enfermos: usada por fuera en baños ó en lociones, suaviza, atersa y afina la piel como un verdadero filtro de maga ó sábia encantadora, de esas que prolongaban la vida de sus protegidos y su juventud por doscientos años y aun más. Medea prolongó las del padre de Jason, su amante, con yerbas que cogia en montes ocultos: Urganda la desconocida hizo tánto por Amadís de Gaula, que este caballero, á los ochenta años de edad, apénas mostraba treinta en su persona. El secreto de Popea era la leche de burra: tomaba la flor, y en el resto se daba baños generales cada dia. Así es que esta cortesana fué hermosísima hasta muy entrada en edad. Yo aconsejaria á nuestras bellas damas tomasen baños de cuerpo entero de leche de burra: si les fuere posible diluir en ella media libra de sesos del ave Fénix, mejor. Pero esto

de embarrarse la cara con cualquier porquería blanca que pueden haber á la mano, ¿qué es sino asesinar su propia belleza? Las arrugas son hijas del albayalde, señoras! No hay pomada extranjera, ungüento ni aceite que no sea infame instrumento de exterminio de la hermosura: la vista flaquea, el aliento se corrompe, la dentadura pierde su esmalte. El refrescante, el tónico poderoso de las fibras es la leche de burra: si no quinientas para todo el cuerpo, una ó dos para la cara, cualquier muerta de hambre las podrá tener. He dicho.

Le llegó su vez al poeta. La aurora brota del horizonte y se extiende en gran trecho del firmamento: decidme, os ruego, ese blanco de las nubes no tocadas aun por los rayos del sol que está viniendo, ¿puede ser mejorado mediante la habilidad de ningun artista? Ese rojo que ya se enciende repartiendo fuego fresco y alegría ¿pudiera subir de punto su belleza? Mirad el violado: cuán suave, cuán puro está! id pues y retocadlo: brillantez y primor le faltan. Ahora descended conmigo á la tierra, si gustais. He aquí la rosa reventada esta noche: refrescadla con vuestros vinagrillos, embermejecedla con vuestros ungüentos rojos, comunicadla hermosura y esplendor con vuestras insanas brujerías. Mujer jóven y de buena salud, rosa es, rosa que se está abriendo: ¿qué polvos, qué pomadas caben en esas mejillas que hasta fragantes son con la flor de la sangre que allí se agolpa? Si eres morena, oh tú que así naciste, ¿porqué te desagradas de ese tu colorcillo de perla hervida en la luz ardiente del sol que se va á poner? Sabe que las huríes del paraíso de Mahoma son trigueñas; ó serian mejores si lo fuesen; y á la hermosura de estos

séres dichosos, ni la de los ángeles blancos ha llegado. Por una blanca, podemos dar la vida, como no sea ojo de breque ; por una morena de ojos grandes y pestañas arqueadas, de mejillas que están echando llamas de amor y vergüenza, de labios candentes, capaces de alumbrar por la noche con la luz roja de la felicidad ; por esta mujer, digo, hacemos pacto con el diablo. La blanca crecerá en esperanzas, si acertare á volverse morena ; la morena todo lo ha perdido si da en ponerse blanca merced al mal puesto arroz ó la enjundia de Satanas en que entierra su belleza.

Tras éstos habló el tonto sin oficio ni beneficio. Yo, señores, dijo, no estoy por estas lucubraciones en las cuales todo es humo de pajas : hay en el mundo principio más atinado que este de dar realce á la hermosura con los sabios inventos que nos vienen de las naciones transfretanas ? Transfretanas, señores, quiere decir del otro lado del mar. *Transfretanas y lucubraciones :* fijaos en estos dos términos sublimes que llevo ya usados en tan corto discurso. Transfretanos... En qué estábamos ? Ah, lucubraciones. No, señores, sino que... Pienso que estábamos hablando del gusano de la seda ?

Qué más gusano que él ! gritan de la barra.

Al órden ! contesta el orador con suma energía y prosigue : Este gusano, como llevo dicho, vive en la morera, y come hojas de la dicha morera.

Y el orador qué hojas come ? preguntan en la barra.

Al órden ! y continúa : Ya recuerdo que se hablaba aquí de las mujeres, las hermosas, esta divina mitad del género humano, luz de nuestros ojos, sangre de nuestras venas. Blanco sobre blanco, miel sobre ho-

juelas: rojo sobre rojo, llamas sobre llamas. Qué tiene de ridículo, feo ni anticatólico que una reina de la moda salga resplandeciendo con dos hogares de carmin en las mejillas? Me gustan los labios rojos: pero si son más rojos me gustan más: yo vivo en los ojos negros; los más negros, son mi vida. Y miren si será timbre para un hombre que está privando salir de bracero por esas calles de Dios con la obra maestra del albayalde y el vermellon, artistas poderosos? Difiero, pues, en un todo de mis honorables colegisladores, y voto por la conservacion... La barra le ahogó á pifias y rechiflas, y dejó libres y sin cautela á los demas diputados, quienes despues de maduro exámen dictaron la ley singuiente.

Artículo primero: Las mujeres jóvenes ó viejas que se afeitaren no podrán contraer matrimonio ni con negros.

Artículo segundo: El marido de mujer afeitada será reputado pobre de solemnidad, é non podrá seer testigo en lid, nin fascer persona en juicio, nin acusamiento á nadie, nin seer hábil para segundas nupcias, puesto caso que moriese la primera carantoña, è será tenudo por home abestiado é tonto de capirote.

El congreso dió en la mueca: ya no se afeitarán ni las jóvenes, ménos las viejas, que son las que más gana tienen de casarse. Estemos á razon, y pongámonos de piés en la dificultad: yo modificaré esa ley en estos términos: La picosa cuyo rostro infeliz ha quedado como criba, tiene mucho que tapar en su gentil fachada: concedo que se afeite ó ciegue las sepulturas de su rostro

con difuntitos de engrudo, y lo embarnize con *cold cre ım* inglés ; siquier con enjundia de gallina.

La que adolece de costurones puestos ó nacidos en los labios, goza del derecho de echarles encima una capa de vermellon amasado con almidon muy espeso.

La que brilla por una constelacion de lunares cerdosos, de esos que no son estrellas en el cielo, queda facultada para pasar la rastra por allí, igualar el terreno y sembrar amores y gracias.

Las solteronas á quienes el tiempo, viejo trabajador, hubiese invadido para ararles la cara y dar posesion de ella á la vejez, con esas tristes firmas que llamamos arrugas, pueden asimismo llenarlas de cerotes ó tiras de una pasta cualquiera, y correr por encima el palustre, á fin de que todo quede raso, igual y capaz de recibir un hermoso pulimento.

Todas estas carantoñas podrán casarse con el ojo de bitoque que eligieren, puesto que hallaren correspondencia ; que si no fueren correspondidas, no se obligará ni á los presos de la cárcel á darles la mano.

Tuertos, cojos y pobres que cayeren en caso criminal, podrán solicitar del Poder Ejecutivo la conmutacion de la pena, tomando por mujer, en lugar de la de muerte ó el destierro, una vieja con mudas, habladora ademas, y amiga de enredos y embolismos.

Pero tú, la niña de quince abriles, qué impiedad cometes con blanquear tu blancura, suavizar tu suavidad, y teñir la rubicundez divina de tus labios ? Blanquéame, pues, la leche, suavízame el terciopelo, da bermejor más fino y puro á la rosa que se abrió no há mucho en esta aurora ! Tú, muchacha de diezinueve primaveras,

¿qué le tienes que pedir á Vénus misma en hecho de hermosura é incentivos? Las capas de materias extrañas en las mejillas contienen y frustran esas vaporaciones invisibles que el corazon echa afuera por ellas, y van á inundar á los hombres en los amorosos olores con que éstos pierden el juicio en locura envidiable. Juventud, salud, amor están siempre echando por la cara los vapores encantados que producen esta embriaguez de la felicidad que nos inspira tan poéticas sandeces. La mujer hermosa tiene para el hombre jóven la fuerza atractiva del polo: al lado de ella, todo es deseo de acercarse más y más: exhala un ambiente que aspiramos con ahinco: nuestra alma se va á la suya y, obrando el amor, juntas componen este universo de felicidad y placeres que sirve de contrario á las desdichas y pesadumbres que por otra parte son herencia nuestra. Embarnizarse la cara, es cerrar el paso á esas misteriosas exhalaciones. Llegaos, si podeis, á una boca neciamente afeitada: color, olor, sabor, todo os repele. El afeite es su mortaja: un cadáver no nos inspira más horror. Y hay mujeres que se afeitan, y mujeres hermosas de suyo! Loco es el hombre, dice la filosofía. Loco es, no tanto con su locura propia, cuanto con sufrir la ajena. Si el marido pusiese á raya á su mujer, el padre á sus hijas en este abuso escandaloso de nuestra condescendencia, ¿no veríamos luégo desterrado este, el más extravagante é insano de los vicios? Los judíos mataron á Dios; son deicidas: las mujeres matan la belleza; son suicidas.

RÉPLICA

A UN SOFISTA SEUDOCATÓLICO

RÉPLICA A UN SOFISTA SEUDOCATÓLICO

Si en lo esencial estuviéseis en un corazon conmigo, en lo secundario tendríamos poco que decir: suprimid esa contraposicion que habeis hecho entre las virtudes paganas y las cristianas, entre Maria, madre de Dios, y Arria, mujer de Cecina Peto, y quedan cegados esos *abismos tenebrosos* con que nos quereis hacer temblar. Nuestro ahinco por que la mujer adquiera nociones de la historia antigua, no denota menosprecio por la moderna; ántes por el contrario suponemos necesaria y perfeccionada ya la educacion religiosa, para que vengamos á proponerla como cosa nueva de la cual convendria tener conocimiento. Maria es el primer nombre que la niña pronuncia, con él principian los ejercicios de su habla, con él suelta la lengua. No la veis cómo hace altarcitos y oye la misa que un rapaz de la familia ahí luégo se la dice? Bien se me alcanza que la pura y limpia virtud, virtud del cielo, está en la ley cristiana, ley de Dios; mas si los antiguos griegos y romanos practicaron gran parte de ella, diremos que no fué virtud, por que el Redentor no habia aun venido al mundo? Virtud fué la de Sócrates, sabiduría la de Platon. Cómo! Sócrates practicando y enseñando el sufrimiento; Sócrates

sufriendo y aconsejando la pobreza ; Sócrates poniendo por obra y prescribiendo la modestia; Sócrates hablando en todo caso la verdad ; Sócrates humilde, morigerado, cuerdo ; Sócrates benigno, pulcro, suave, no fué virtuoso verdaderamente ? Todo lo que Jesucristo predicó despues, Sócrates lo practicó ántes ; casi todo lo que Sócrates practicó ántes, Jesucristo lo enseñó despues. Si Sócrates viviera en tiempo de Jesus, hubiera sido el primero de sus discípulos, él le hubiera bautizado en el Jordan. Sócrates es uno como profeta, precursor del Mesías, en cierto modo, á quien han venerado los siglos como honra casi divina del género humano. Filósofo sin par, hombre inferior tan solamente á Jesus, alma sublime, Sócrates, no eres tú el que con mano firme rasga el espeso manto que envolvia el mundo, y con mirada clara distingue allá un solo Dios eterno ? no eres tú el que pone escuela de grandeza de alma y bondad de corazon ? no eres tú el que muere por la sabiduría ? El Salvador se hallaba aun léjos de acometer su grande obra, y ya en la tierra habia un hombre que le anunciaba con las suyas : éste era Sócrates. Y porque no tuvo el nombre de cristiano, ni lo pudo tener, hemos de llevar á mal se le proponga como ejemplo de moral y sabiduría ? Nosotros no hemos dicho que debemos sacrificar un gallo á Mercurio el rato de la muerte : fuera de esta vana condescendencia, Sócrates fué verdadero y buen cristiano, y el padre del universo le ha bautizado en la ciudad de Dios. *Sancte Socrate, ora pro nobis !* exclama Erasmo, arrebatado de admiracion por la virtud de este hombre excepcional : San Sócrates, ruega por nosotros ! Y Erasmo no fué gentil, sino cristiano, y muy

cristiano, más caritativo, sin duda, que los santos que mandan arbitraria y sanguinariamente á los infiernos á los varones más claros y virtuosos que ha dado de sí la especie humana. Ay de tí, Aristóteles, dice san Jerónimo, que eres alabado donde no estás, que es en el mundo, y eres atormentado donde estás, que es el infierno. Y de dónde sabe san Jerónimo que Aristóteles está en el infierno? Para santo Tomas, este filósofo estaba en el cielo, cuando le presentaba al mundo como el modelo que debia tener á la vista respecto de ideas metafísicas, estudios y sentimientos del ánimo; y Bacon, dándole el primer golpe al aristotelismo, debe ser heresiarca á los ojos de la Iglesia que por tantos años tuvo por suya la doctrina de Aristóteles. Ciertamente, la Iglesia hacia poco caso de san Jerónimo, cuando quemaba á Estéban Dolet, por haber éste traducido á Platon, y no á Aristóteles; y desterraba á Ramus, convenciéndole de haber pensado de otro modo que el Filósofo. Si la sentencia de san Jerónimo causa ejecutoria, la Iglesia ha caido en culpa mortal, proclamando por su Doctor y su antorcha á un réprobo: si la Iglesia está en lo cierto, el veredicto de san Jerónimo no entraña justicia ni verdad. El conde José de Maistre, portabandera de los ultramontanos modernos, prueba con los principios de Platon la eternidad de las máximas del cristianismo; y transcribiendo las ideas de la Academia respecto del pecado original, dice: « Esta es precisamente la doctrina cristiana *. » No alcanzamos, pues, cómo los que á fuerza de inspiracion divina han anticipado al mundo

* *Veladas de San Petersburgo.*

los fundamentos de la doctrina cristiana, sean condenados al fuego eterno por la Iglesia. Reinando Justiniano, Platon lo fué por un sínodo muy concurrido, dice Gibbon. Qué maravilla, cuando por la propia causa que el fundador de la Academia, lo fué tambien Orígenes, Doctor y Padre de la Iglesia! Ahora pues, si la sentencia del sínodo fué cumplida, es necedad y contradiccion valerse de la autoridad de los precitos para dar fuerza y alto orígen á la doctrina cristiana; si Platon, espíritu inmortal, voló y se incorporó con la llama eterna, la resolucion del sínodo es vana, y aun impía.

Echad de ver la similitud que reina entre Sócrates y Jesus: uno y otro nacen para humilde cuna; uno y otro viven vida pobre, laboriosa, bienhechora; uno y otro tienen discípulos; uno y otro son denunciados, acusados, perseguidos; uno y otro apuran el amargo cáliz; uno y otro mueren á manos de los á quienes querian salvar: Jesus murió por la redencion del género humano; Sócrates no murió por la vanidad. No hay sino una diferencia entre los dos maestros, pero grande, infinita, la que va del cielo á la tierra. Si deseamos imitar á Sócrates, no echamos en olvido á Jesucristo: el punto fincará en la naturaleza de las obras que meditemos y demos á luz: si tienen por fundamento la educacion filosófica, y los autores ponen la mira en el aprendizaje de las humanas sociedades y el paso comun de la vida; dando por bien averiguado y admitido ya lo perteneciente á la religion, nadie les quita que se valgan de los filósofos y grandes hombres de lo antiguo. Está uno hablando de Aténas y de Roma, y ha de salir

con santo Tomé y santo Toribio? Tened conciencia, fariseos; y tened tambien cuidado: si empezais ahora á echar piedras á Sócrates, podeis correr la suerte de Anito y Melito, quienes pagaron con el odio universal, con el horror de los buenos y los malos, el haber acusado al Maestro. Los siglos y las generaciones han ungido á Sócrates; es uno como gran pontífice: el que le toca, queda maldito. Ahora nos traeis á la memoria la soberbia de este gentil ante los treinta tiranos, para afearle y desautorizarle; no tardareis en presentarle como dechado de humildad, para darnos en rostro con nuestro propio orgullo: mas ni en esta parte flaquea el parangon entre los dos maestros. La modestia de Jesus no tuvo límites en cuanto á humillaciones personales y padecimientos físicos: en yendo de su autoridad divina, siempre manifestó en su continente y sus palabras, y aun en sus obras, exaltacion y fuerza que hicieron temblar á esbirros y señores. Herido por el criado del pontífice, con rostro sereno se vuelve y le pregunta: Si he errado en lo que he dicho, demuéstrame el error; si he dicho la verdad, ¿por qué me maltratas? No de otro modo Sócrates recibe un bofeton en la calle, y sigue su camino sin dar señales de haber caido en la cuenta del insulto. Mas ponedle á Jesus delante de Anas que le echa en cara la arrogancia y el desvanecimiento de llamarse hijo de Dios, y vereis cómo ese hombre divino sostiene lo que ha dicho, resplandeciendo en su mirada el fuego eterno del Empíreo. ¿Y es humilde por ventura cuando entra al templo y echa de él á latigazos á los traficantes que están profanando la morada de su Padre? Viendo afluir tras él de nuevo la muchedumbre que le habia dejado

casi solo, se vuelve hácia ella, y con acrimonia la apostrofa : Me buscais, no por el milagro, sino por el pan de que estais ahitos*. Paz y serenidad fueron los caractéres morales de Jesucristo : llorar, muchas veces lloró ; reir, no rió jamas, porque la alegría del mundo no fué suya. Cólera, santa cólera, afecto súbito, y necesario muchas veces, sí le animó de cuando en cuando. La Escritura Sagrada hace mencion á cada paso de la ira de Dios : ésta no es soberbia : no lo fué en Jesucristo, porque no cabe semejante pasion en la Divinidad ; no lo fué en Sócrates, porque no entra ese vicio en la filosofía verdadera, la cual no es sino amor de Dios por el conocimiento de las cosas y la práctica de las virtudes. Sócrates en presencia de los treinta tiranos, recordándoles atrevidamente la sentencia de Apolo, es personaje sublime. « El oráculo de Délfos interrogado por Cerefon acerca de mí respondió : No hay hombre más justo, libre ni sabio que Sócrates. » Jactancia no, vanidad no : los dioses hablando al mundo son quienes dicen cosa tan grande ; así como Jesus, oráculo más respetable, declara que él es hijo de Dios, el Mesías anunciado al mundo por los profetas de la ley antigua. Yo sé muy bien que Jesucristo es el modelo de la virtud : su Imitacion, uno de los mejores libros que han salido del corazon del hombre. Pero cuando no estamos tratando de él, ¿ quién nos prohibe acudir á los antiguos sabios ? Harto dais á entender, y en poco está no lo senteis como principio, que fuera de la Iglesia no puede haber virtud. Para no apartarnos del mismo filósofo, una vez que tanto os

* *Joann.*, VI.

disuenan los nombres gentiles, decidnos : la caridad en sí misma es virtud cristiana : en san Bruno lo es, en santa Teresa lo es, y no lo seria en Sócrates? Si en éste no fué virtud, ¿ qué fué ? vicio ó cosa indiferente ? « Verdad á este lado de los Pirineos, error al otro lado, » hé aquí el principio de los falsos cristianos, esos que pagan el diezmo del mijo y el centeno, y omiten la esencia de los preceptos del Señor. Pero no saben que él ha maldecido, tanto á los que pagan el diezmo y no cumplen los preceptos, como á los que ayunan de manjares, y no de aborrecimiento, egoismo y difamacion? Malditos seais! está gritando en la cumbre del Hebal: luégo pasa á la del Gazirin, y grita de nuevo : Venid á mí, oh vosotros que profesais mi ley y la cumplis : mi ley es verdad, mi ley es fe : benditos seais á nombre de mi padre.

« Si con el corazon puro alargas los brazos al cielo, y te rehusas á lo inicuo, y no vives en pecado ; entónces levantarás la frente sin mancilla, olvidarás tu miseria, y no te acordarás de tus males sino como de aguas que han pasado. Y tu gloria resplandecerá como el sol del mediodia , y cuando te juzgues consumido , renacerás como la estrella matutina.

» Señor, quién habitará vuestro tabernáculo, y quién reposará sobre vuestra santa montaña? El que va por el camino de la inocencia y practica la virtud : el que dice la verdad en su corazon y no oculta el artificio en sus palabras: el que no hace mal á su hermano, ni le provoca con injurias : ese cuya presencia confunde á los perversos, y honra al hombre temeroso de Dios; que

hace contra el mal un juramento irrevocable, que no da dinero á usura, ni recibe presentes para juzgar con injusticia : ése, ése no irá vacilante por la eternidad. »

Así hablan los profetas encargados de desmentiros cuatro mil años ántes de que brotase en el seno de la nada la burbujita miserable de la cual habeis salido, hipócritas, hijos menores de Satanas. Teneis fe, no en la doctrina de Jesus, que es amor, compasion y fraternidad, sino en la vuestra, que es odio, fiereza y persecucion. No sabeis que Dios no quiere la muerte del pecador, sino su vida, y allá le está esperando con la salud eterna? Justicia, misericordia y fe, esta es la ley, dice el Señor. Doctores de la ley, vosotros la ignorais : digo más ; la ocultais : más aun ; la violais á sabiendas, vuestro sacrilegio va puesto á la cuenta de la sabiduría divina, y así os vais llegando y alargando la mano á la recompensa que á los buenos ha sido prometida ; pero allí está uno que os sale al paso diciendo : « Retiraos, impuros ; idos léjos ! vuestro camino es la hoya ahogada en sombras que estais viendo allá negra y profunda.

« Tribulacion y angustia para el alma de todo hombre que practica el mal ; del judío desde luego, despues del gentil ; pero honra, gloria y paz eterna á todo el que practica el bien, al judío y al gentil, pues Dios no hace distincion de personas *. »

Lo habeis oido? Si Dios no excluye á los buenos, que sean judíos, que sean gentiles, nosotros no podemos

* Epístola de san Pablo á los romanos.

huir de ellos bien como de gente maldecida. Virtud es la virtud en todo tiempo y lugar ; de ella hay ricas fuentes en esas tierras que vosotros cubris de tinieblas y condenacion. El Señor es magnánimo, el Señor es misericordioso : Hay muchas moradas en la casa de mi Padre, dice él mismo ; y vosotros trabajais por volver esa casa estrecha y mezquina, donde no haya espacio sino para vuestros elegidos, y no para los elegidos del Señor : casa inhospitalaria, palacio del egoismo, semejante al de los impíos donde no hallan entrada sino riquezas, soberbias, vanidades, impudicicias, gulas, ataviadas de púrpura y pedrería fina de la cabeza á los piés : casa de profanos, de tiranos, en cuyo frontispicio está grabada esta inscripcion en caractéres de sangre : « Aquí no entran esos mendigos que se llaman virtudes. » Los dueños de esa casa mandan echar por tierra el templo de Epidauro, teniendo como tienen por insulto la advertencia de su fachada : « Aquí no entran sino las almas puras. » Verdad es que ciertos sectarios hacen humildes votos, pero con trastienda por donde salen al orgullo y la condenacion. Hacen voto de pobreza, para volverse ricos : voto de obediencia, para mandar á papas y monarcas : voto de castidad, para dilatarse por el mundo del pecado, sin ruido y con holgura. El monje benedictino que hizo esta leal declaracion, no supo que un gran historiador la habia de transmitir á las generaciones venideras *. Nosotros, que si no hallamos de par en par el templo de Epidauro, no somos tampoco para huéspedes del otro palacio, no hacemos los votos del jesuita

* Decline and fall of the Romain Empire.

y el benedictino, y no le pedimos al Señor sino dos cosas, como el Sabio ; le pedimos nos aleje de la vanidad y la mentira, y no nos abrume ni con la pobreza extremada, ni con la riqueza excesiva : Dadnos, Señor, decimos, lo necesario, no sea que caigamos en la desesperacion ó la soberbia. San Pablo afirma que el amor á las riquezas ha hecho perder la fe á muchos cristianos : el benedictino cuyo voto de pobreza le habia producido dos millones y medio de reales por año, habia perdido la fe en Jesucristo. Tesoros no hacen gloria : la pobreza aceptada, saboreada, aprovechada, ésa es riqueza : y aprovechar la pobreza es hallar uno los bienes de fortuna en el estudio de la moral y el ejercicio de las virtudes. Riquezas adquiridas con el sudor de la frente, sin ayuda de la avaricia, ¿porqué no ? Poseidas con indiferencia, empleadas con discernimiento, léjos de ser peligro para su dueño, pueden ser camino de salvacion. Nadie más que el rico se halla en aptitud de ser útil á sus semejantes, dando de comer al hambriento, de beber àl sediento, vistiendo al desnudo y enseñando al que no sabe. Si el cielo no está lleno de ricos y potentados, es porque el demonio abre la boca sobre ellos, y les echa su aliendo pútrido, y los enajena con su magia, y los atrae como la serpiente á ciertos pájaros, y se los traga, y corre á vomitarlos en las tinieblas del infierno.

Leo con asombro en vuestro escrito : « Iremos á la antigua Grecia ó á la antigua Roma en busca de la moral ni la virtud ? Ellas son hijas de nuestra religion. » Y leo asimismo, y me consuela este pasaje de Bossuet : « Poco más ó ménos por el mismo tiempo Táles mileciano

fundó la secta jónica, de la cual salieron esos grandes filósofos Heráclito, Demócrito, Empédocles, Parménides : Anaxágoras, quien hizo ver que el mundo era obra de un espíritu eterno : Sócrates, que algo despues indujo al género humano á la observancia de las buenas costumbres, y fué el padre de la filosofía moral. » Carneádes, Plutarco, y otros discípulos de Platon, discípulo de Sócrates, trajeron á Roma esta filosofía moral, y la enseñaron. Aruleyo Rústico, privado y ministro del emperador, está oyendo entre millares de circunstantes una disquisicion filosófica de Plutarco : entra un oficial y le presenta un pliego del monarca, advirtiéndole que era asunto de suma urgencia. Calla el maestro ; todos guardan silencio, miéntras salia el cortesano. Mas éste suplica al orador seguir adelante, y no abre la misiva imperial sino cuando el discurso ha sido concluido. Mirad si filósofos y moralistas alcanzaban respeto en la antigua Roma, y ved allí la filosofía moral, la moral y la virtud, con las buenas costumbres á las cuales Sócrates inclinó al género humano. Mi Dios ! ahora no me cuelgo de la autoridad de un gentil : Bossuet, Bossuet es mi apoyo : Bossuet, Bossuet es mi guia : Bossuet, Bossuet es mi antorcha. Él me hace ver que esos paganos á quienes vosotros menospreciais, son grandes filósofos : él me pone de manifiesto que esos hombres incapaces de moral ni virtud, son padres de la moral : él me persuade que esos idólatras, réprobos desde el principio de las cosas, ven el mundo construido por un espíritu eterno, y proclaman un solo Dios.

Si ántes del nacimiento de la religion cristiana no

pudo haber virtud, cómo lo afirmais, venis por vuestros pasos, vendados los ojos, á poneros al borde de un abismo más tenebroso que ese que yo os he querido cavar: Moises, Aaron, Josué, y tú, gran Melquisedec, no conocisteis la moral: David, Jonatas, y tú, Ratzías venerable, no tuvisteis idea de la virtud: Ezequías, Jeremías, y tú, sublime Isaías, no cultivasteis la sabiduría. Y con todo, no solamente estabais viendo á Jesucristo, sino tambien erais su imágen y representabais sus misterios. Eliseo, preso y maniatado; Ezequiel, ahogado en un mar de zozobras y pesadumbres; Elías, la soga al cuello; Zacarías, muerto á pedradas; Isaías, burla y escarnio del pueblo; Daniel, echado á los leones; todos fueron la prefiguracion de Jesucristo, enviados por el Padre que anunciasen al Hijo para dos mil años adelante. Conocedores de la verdad, la descubren á los hombres; dueños de la doctrina, la predican; devotos de la justicia, padecen por ella; profetas inspirados, sabiduría es su naturaleza; santos de nacimiento, su vida es conjunto de virtudes. Y no obstante, como ántes de la religion cristiana no pudo haber moral ni virtud, esos precursores del Salvador ni la practicaron, ni la conocieron. He aquí los inventos de la ignorancia aguzada por el egoismo y aconsejada por la malicia. Al oirles uno á estos sacerdotes de Teutates se figura ver á Nestorio cómo le tiende las manos al emperador para que extermine á los herejes, que para él lo eran los católicos, y cómo le ofrece el reino de los cielos en cambio del mar de sangre que le está pidiendo. Cuando Jesus le pregunte por su nombre al sabio que predica impiedad y exterminio, él ha de responder: Me llamo Legion,

pues somos muchos. Muchos, sí, muchos... Muchos son los llamados y pocos los escogidos. No soy jacobita; pero de buena gana echara una piedra al sepulcro de esos mutiladores de la Divinidad, que la recortan y amenguan de suerte que bien cupiera en una pagoda de la India. El prurito de ellos es hacer pasar por herejes á los que no lo son, como si eso no fuera faltar á la caridad, romper la ley, ser impíos ellos mismos. Mas cuán diversos son los juicios de Dios de los de los hombres! Miéntras vosotros nos condenais, él nos absuelve *. Y el Santo Padre que es absuelto por el juez supremo á pesar de sus enemigos, no quiere que de esa absolucion participen sus semejantes: al contrario, de una mangonada echa á los infiernos la mitad del género humano, y se está riendo de oir chirriar sus carnes en las trébedes satánicas y resonar sus huesos quebrantados en los dientes de los canes de Lucifer. « Qué carcajadas han de ser las mias, qué arrebatos de placer, cuando vea á tántos reyes, tántos grandes que para el vulgo están en el cielo; cuando los vea, digo, gimiendo en las tinieblas profundas del infierno! » El lector, aterrado, imagina hallarse en presencia de Galerio que bate las palmas y se muere de risa al ver cómo los leones devoran á los hombres vivos que él les echa por puro gusto. Lo más dificultoso de la sabiduría es poseerla con medida, dijo un gran autor pagano, siguiendo al Apóstol, quien habia dicho: Sed sabios sobriamente; no lo seais más de lo preciso.

* Apologético.

« Sois generoso con el generoso, sereis terrible con el perverso.

» Vos sois, Señor, quien alimenta la antorcha que me alumbra : iluminad mis tinieblas.

» Con vuestra ayuda, oh mi Dios, cruzaré el campo de mis enemigos : con vos tendré fuerza y agilidad para saltar sus murallas.

» Dios es más elevado que el cielo : tú, miserable criatura, no podrias alcanzarle : más profundo que el infierno, impenetrable á tus miradas. Dios es más extenso que la tierra, más vasto que la mar.

» Dios conoce la vanidad de los mortales, ve el crímen en medio de las sombras *. »

Sí, Dios es y hace todo eso : Dios ve el crímen en medio de las sombras : vosotros, miserables criaturas, qué veis? Quereis por ventura igualaros á Dios, viendo lo que no podemos ver en medio de la oscuridad que nos rodea ? Cuán prontos se hallan á condenar á sus semejantes esos buenos, esos pios que no quieren ver en la religion sino una estrecha cárcel, donde el hombre no puede moverse ni echar una mirada en torno suyo ! Dios es más elevado que el cielo, más profundo que el infierno, más extenso que la tierra, más vasto que la mar ; y lo que es Dios es su religion, elevada, profunda, extensa, vasta en todas direcciones. Y tú la reduces á términos mezquinos? y tú rebajas su infinita altura? y tú le quitas su profundidad y la vuelves somera y sin asiento? « Hombrecillo de tierra, de qué te ensoberbeces? polvo y ceniza, porqué te magnificas y engran-

* Cántico de David. Los Jueces. Job, Ant. Test.

deces? » Tú no puedes tomar á Dios y medirle, y formarle segun tus pasiones y tu ruin naturaleza: déjale elevado, profundo, extenso, vasto, es decir, desconocido para nosotros. No sabes que Platon, con ser quien era, veia una como impiedad en el empeño por descubrir la naturaleza de los dioses? Lo más santo, lo más sabio es sometemos á ignorarla: leccion de un gran Doctor de la Iglesia, de la cual pudieras aprovecharte, si la mala fe y la ignorancia no te mantuvieran léjos de la virtud y la sabiduría. Tú, no solamente anhelas por conocer la naturaleza de Dios, sino que la has conocido; y conociéndola, ¡ cuán triste desengaño has debido llevar, pues le viste menguado, egoista, rencoroso, exactamente como tú, á cuya imágen le forma tu locura. Mi Dios es un misterio, misterio grande; y *los misterios son las esperanzas de la muerte.* Ahora pues, como las esperanzas de la muerte son la fuerza de la vida, yo estimo que vivimos á fuerza de un misterio, el cual nos será revelado cuando esas esperanzas sean cumplidas.

No quereis ir á Grecia ni á Roma, no sea que no halleis virtudes: busquémoslas; si las hallamos, ¿qué perdeis? No soy la sibila de Cuma que va guiando por el Averno al pio Eneas; no la sombra de Virgilio que conduce á Dante Allighieri por los Campos Elíseos; pero no soy ciego: yo veo con la sinceridad; vosotros no veis: seguidme por medio de las ruinas de Grecia y Roma. Cuál es la primera de las virtudes? La primera es una ley natural grabada profundamente en el corazon del hombre, el afecto religioso, amor y temor de la Divinidad, ora la llamemos dioses, ora Dios. Veamos

si los griegos la amaban y la temian. Alcibíades, ídolo del pueblo por su valor y su hermosura, sale una noche de una orgía, y entre la razon y el delirio, tambaleando por las calles de Aténas, va y mutila los Hérmes sacrosantos ó estatuas de los dioses tutelares. Huye al otro dia el réprobo : los atenienses, exaltados, enfurecidos, le han condenado por unanimidad. Con los hombres, dijeron, sea insolente cuanto quiera el bello libertino ; sus desacatos con la Divinidad, los ha de pagar con la vida. Esto en Grecia : veamos lo que pasa en Roma.

Los galos han entrado la ciudad por fuerza de armas : Camilo Furio, en el destierro : el Senado, degollado en el recinto de las leyes. Los restos de la patria se han acogido al Capitolio, donde los está salvando la aspereza del sitio y la providencia de los penates. El enemigo tiene cercada la ciudadela : nadie sale que no pague con muerte irremisible su atrevimiento. Cayo Fabio Dorso se levanta un dia, reviste los hábitos sacerdotales, toma las insignias de Roma, y con paso firme echa á andar hácia el monte Quirinal, donde su familia tenia fundado un sacrificio. Los galos, en mudo asombro, se abren y le dejan paso libre. Consumado el sacrificio, el jóven sacerdote, sereno, grave, siempre con sus insignias, vuelve, cruza el campo enemigo y entra ileso al Capitolio. Hé aquí el amor de la vida pospuesto á la pasion religiosa : los mártires del cristianismo no hubieran dejado ver mayor firmeza. En cuanto al atrevimiento, esa es la virtud heroica.

Para el amor á la patria, ved al jóven Curcio cómo viene por allí caballero en un bridon fogoso, ataviado con sus más ricos vestidos, haciendo escarceos y regates

de triunfador. Toma distancia, vuelve el caballo, le aprieta el acicate, y, brillando al sol sus armas, se tira de cabeza en el abismo abierto al pié del templo de la Paz. El oráculo habia dicho que si no se echaba en esa sima lo más precioso que contenia Roma, grandes serian las desgracias de la patria. Curcio tuvo para sí que un gran corazon como el suyo era lo más precioso, fué, y se echó por ella en el abismo.

Grecia no le va en zaga á Roma en punto de amor patrio. Por consejo de Temístocles, los atenienses han resuelto abandonar la ciudad á los persas vencedores, y refugiarse con su libertad y sus dioses en la sagrada Salamina. Un hombre llamado Circilo, buen orador, se levanta y dice en alta voz: « Atenienses, quereis saber lo que os conviene y cumple? Echad fuera á ese parlanchin que os arrastra á la ruina, y quedaos en Aténas: con un pueblo sumiso el vencedor será magnánimo. » Los atenienses, furiosos, le lapidan, y se van con su caudillo huyendo de la servidumbre. Aténas está, dijeron, donde están los libres atenienses.

Los trescientos Fabios degollados orillas del Cremera, los tres Decios sacrificados á la patria, todo es patriotismo; patriotismo hervido en el crisol, tan refinado y puro, que pasa por sobre nosotros como una llama invisible, sin cortarnos el alma ni inflamarnos el cerebro. Vamos á ver, patriotas que habeis sindicado á Roma de falta de amor patrio, echaos en el lago fatídico, cual otros Curcios; ó embestid con los sámnites, santa familia de trescientas personas, y morid sin sobrar uno; ó dad á pecho descubierto sobre el ejército enemigo, semejantes á los Decios. Sabeis lo que habeis dicho,

menguados? El patriotismo es la virtud de Roma: el amor á la patria la vuelve dueña del mundo. Las grandes acciones de nuestros tiempos no hacen sino remover para la memoria los tesoros de hazañas que están guardados en la antigüedad. La respuesta de Palafox á los franceses: Guerra hasta la navaja! el acto de tragarse uno de éstos los papeles que pudieran dar luz al enemigo; el fuego metido al polvorin por Antonio Ricaurte, son hechos hazañosos verdaderamente; mas por ahí nos vamos agua arriba á dar en Mucio, en Horacio Cocles y otros brillantes personajes de la historia romana. Si ella y la de Grecia fueran estudio obligatorio para los jóvenes del dia; si por ley debieran saberlas de memoria, cuántos héroes, cuántos mártires no engrandecieran nuestros siglos. Los Paralelos de los varones ilustres de Plutarco han sido escuela de grandes hombres.

Los atenienses, en medio de un carácter frívolo, no anteponian lo útil á lo honesto: sabido es el informe que dió Aristídes acerca del proyecto de Temístocles, que era meter fuego á la escuadra lacedemonia fondeada en el Pireo: Atenienses, dijo el hombre justo, no puede darse concepcion más provechosa para nosotros que la de Temístocles; pero tampoco hay cosa más inicua. Os aconsejo la desecheis. Los atenienses, sin preguntar cuál fuese el plan del arconte, lo desecharon. La destruccion de Copenhagua por los ingleses, el incendio de los alcázares de Pekin por los franceses, el bombardeo de Valparaiso por los españoles, no han sido aconsejados por Aristídes. En cuanto á los romanos, buena fe era divinidad que comprendia todos los dioses. Numa

fundó un sacrificio solemne en honor de ella : el sacerdote que debia celebrarlo iba en un carro cubierto, la mano derecha oculta en un crespon. La buena fe es ciega : no ve sino lo justo : para lo conveniente, si hay algo que convenga fuera de la justicia, no tiene ojos. Posible es que en el dia un soldado de honor y pundonor rechazara la proposicion que le hicieran de envenenar al general enemigo; mas es tambien probable que no le enviara al delincuente con cadenas hácia el dicho general, denunciando la infame propuesta. Cayo Fabricio, pálido de cólera, hace maniatar al médico de Pirro, y se le envia al príncipe conquistador. Si alguna vez quebrantaron su palabra los romanos, fué conjurando la ira de los dioses con una víctima expiatoria : el convenio hecho con el cónsul que pasó por las horcas caudinas no fué admitido por el Senado ; y quien más habló contra él para que se lo rechazase, fué el propio cónsul que lo habia celebrado, tomando sobre sí la pena de ese concierto infamante. Lo mismo sucedió con el que hizo un tratado indecoroso con Numancia : improbólo el Senado, y el cónsul, á peticion suya, fué puesto desnudo, atado de piés y manos, bajo la muralla de la ciudad ofendida. Cuando habia prometido una cosa, Roma hubiera muerto primero que faltar á su palabra ; y cuando á pesar de ella se habia cometido una injusticia, en la primera oportunidad la enderezaba con un acto solemne de reparacion ; y la majestad de la República quedaba en su punto. Ardea y Aricia tienen pleito sobre límites, y por bien de paz se quedan á la decision del pueblo romano. Este pueblo, por consejo de un viejo inicuo, determina quitarlos de ruidos á los contendien-

tes, adjudicándose á sí propio la parte disputada ; y de hecho se la adjudica. El Senado, hirviendo de ira, esperó su vez en silencio : tan pronto como le fué posible dar la ley á la turba del Foro, devolvió á sus dueños el territorio contencioso, sin ahorrar satisfacciones. Este es un gran pueblo.

Acciones de lealtad, aun hoy las vemos : Turena tenia entrevistas en su campo con su enemigo el gran Condé : sabiéndolo despues la reina doña Ana de Austria, reconvino á su capitan diciendo : Porqué no le tomabais al príncipe cuando venia á vuestro campo? Por que temia que él me tomara á mí, señora, respondió el valiente. Mas dudo que si un general diese hoy la libertad á cierto número de prisioneros, con la condicion de que si el enemigo no aceptaba tales y cuales proposiciones, se habian de volver á su prision, se volviesen sin faltar uno. Los doscientos prisioneros que Pirro mandó libres á Roma condicionalmente, se volvieron y se entregaron presos : el Senado no habia aceptado la paz. Los diez prisioneros enviados por Aníbal faltaron á su palabra : el Senado los declaró infames é inhábiles para los cargos públicos. Hé aquí la buena fe y la lealtad de un pueblo sabio. Entre nosotros es muy comun poner en peligro á un oficial generoso que se fia en la palabra de un preso y le da permiso de salir secretamente á tomar aire y cobrar vida con una ráfaga de libertad : el preso infame no vuelve : esto no hubiera sucedido en Roma. Esas grandes virtudes no resplandecian en público, sino porque en el hogar tenian actores : un pueblo bajo y corrompido en las relaciones

privadas de la vida, no será austero y sublime en la razon de estado : los dioses pequeñuelos de la casa, al salir á la calle crecen y se convierten en Apolo y Minerva, divinidades superiores. Los romanos fueron grandes en la política, porque fueron sabios en las acciones comunes de la vida : un hombre de buena fe para con los pueblos, de buena fe ha de ser para con las personas : así Quinto Escévola, estimando inferior al justo el precio de una heredad que trataba de adquirir, de golpe añadió cien mil sestercios. La finca que me han vendido, eso vale, dijo. Si se contentara el noble romano con dar lo que por ella le habian pedido, no hubiera faltado á la ley, pero sí á la conciencia. Teniendo por cierto que habia lesion enorme, esos cien mil sestercios eran para él un robo oculto ; y aun cuando del modo que el contrato habia sido celebrado no cabia reclamo en ningun tiempo, no quiso ser para ménos á sus propios ojos, y tuvo por mejor subir escandalosamente el precio, que poseer una cosa buena y barata contra los avisos de la equidad. Estas sí que no son acciones de nuestro tiempo : sino el fraude, la mezquindad y el abuso dan la ley en nuestras compras y ventas. A buen seguro que le tuviéramos por mentecato al que fuera á dar por una cosa diez mil pesos más de lo que le habia pedido el vendedor ; y por lo ménos seria tonto de capirote el que anduviese con escrúpulos de coger por veinte un caballo de á doscientos, en habiendo quien se le entregase. Quinto Escévola no es, sin duda, autoridad en la mohatra ; pero si hasta ahora no hemos tenido ocasion de honrar la memoria de ese hombre de bien con imitarle, nosotros, pobrecitos segundones del siglo

décimonono, podemos vanagloriarnos de haber dado veinte florines al mayordomo que nos pedia cuatro para un hospicio de ciegos en una ciudad del Rin*, y un duro por una flor á una muchacha sin vista que las vendia cantando endechas á la Vírgen. Un viejo de esos que tienen por indigno del hombre pedir limosna miéntras les puede sudar la frente, vendia peines hechos de su mano en una esquina de la calle. Qué es eso? La vuelta, señor. No teneis hijos, buen hombre? Tengo una, y tres netezuelos á quienes mantengo con mi trabajo. Quedaos con la vuelta, y agregad esta miseria más para el pan de esos niños. Miónos el viejo con semblante sorprendido, y dijo cuando nos alejábamos: A Dios vayais, noble extranjero.

Asimismo se nos acuerda haber contestado con un sofion á una beata de malísimo pelaje que en Sevilla se nos llegó una vez á pedirnos un duro para el Señor de los Desamparados; y nunca le dimos ni un cuadrante á un pordiosero asqueroso que en la ciudad de Niza andaba pidiendo « para tabaco, » cerrados los ojos, la pipa en la boca, escupiendo amarillo al tiempo que rogaba. Pídanos la susodicha « para los desamparados, » y le hubiéramos dado cien mil sestercios; mas ella pedia para el Señor, que ni come, ni bebe, y fué caso de conciencia estrellarla con una grosería contra la pared. « El Señor de los Desamparados » era probablemente un cleriganso podrido en plata, de los que ahuyentan con los perros á los pobres que se asoman por sus umbrales,

* En Wiesbaden. El Gobierno pone las dos terceras partes; los extranjeros llenan el presupuesto de esa benéfica institucion.

ó un cura de esos que amenazan con negar la sepultura á un cadáver, si no le dan cien pesos para los dijes de su barragana. Dios nos guardará toda la vida de contribuir para los vicios ni fomentar la avaricia de ciertos enemigos de Dios y de los hombres; pero el hambre será sensacion divina para nosotros, si llegáremos al caso de quitarnos el pan de la boca para dárselo al desheredado que llega y cae exánime á nuestra puerta. Para el Señor de los Desamparados, para la cera del Santísimo, para las ánimas benditas del purgatorio, todo es para el cura, ese hombre sin corazon que come de gallina, y le niega al mendigo hasta los huesos; que bebe de lo caro, y no tiene en el corredor una tinaja adonde el sediento llegue á humedecer los labios. Nosotros hemos tenido la desgracia de conocer un fariseo que salió una vez con el látigo hasta la calle tras unas desgraciadas mujeres que habian ido á rogarle con lágrimas en los ojos les rebajase alguna parte de los derechos de un entierro. No saben que el cura come de gallina? gritaba el impío; no saben que el cura toma vino? En el umbral de estos malos cristianos está impresa en gordos caractéres la inscripcion de la casa misteriosa de Pompeya: *Cave cane;* cuidado con el perro!

El vicario de Wakefield, el padre Cristóbal de « Los desposados; » los buenos y santos sacerdotes van fuera de esta cuenta. Quién seria osado á motejar las obras de los verdaderos apóstoles de la doctrina cristiana y la caridad? Religion que ha formado hombres como san Bruno, san Cárlos Borromeo, espíritus celestiales en figura humana, es, sin duda, la madre de las virtudes.

Nosotros no nos estrellamos sino contra los prevaricadores, esos fantasmas que en silencio y en secreto son azotes que le abren las carnes á la parte más infeliz del género humano. Estos, si compran, no compran como Quinto Escévola : ellos dicen que se parten con la Iglesia en Dios y en conciencia el fruto de sus manipulaciones : así, á lo largo de las Lagunas Meótidas, si el pescador no deja lealmente para los lobos la mitad de la pesca, van éstos y destruyen las redes. El hombre evangélico, dádnosle: ese que ayuna, y no aborrece al que come ; ese que cree, y no maldice al que piensa; ese que predica, y no condena al sabio ni al ignorante. Piedad, caridad, benevolencia, toques son del sacerdote perfecto ; y éste un santo personaje á quien aserafina el amor de Dios y el que le profesan sus semejantes, admirando virtudes tántas y tan grandes como resplandecen en su persona augusta.

Si alguna de las virtudes romanas se ha perdido casi por completo, es el desinteres : ejemplos hay, y grandes, pero tan raros en nuestra edad, que bien son una maravilla para los que los contemplan. El desinteres rayaba en lo sublime entre los romanos : el sueldo mismo, el ruin sueldo que hoy prostituye é infama á tanta gente, era desconocido en la grande época de Roma : jamas sus prohombres sirvieron á la patria por estipendio, ni tuvieron la mira puesta en las riquezas. Tiberio Graco, á quien el Senado confió una embajada solemne, no tenia sino cinco dineros por dia para lo estricto necesario ; y lo necesario en esos hombres era tan poco, que podian vivir á costa de nada. Hoy los embajadores de

las grandes potencias tienen cincuenta mil duros de renta anual: item, gastos de escritorio: item más, palacio donde se aposentan como príncipes. ¡Y digo si esos claros varones harian gracia á su patria del quinto de su renta, si se viera por ello en riesgo de perderse! Pues nosotros, pobretes republicanos del Nuevo Mundo, no tenemos entendido que darle ménos de doce mil fuertes á un ministro plenipotenciario en Europa, seria traer á ménos la Nacion, y exponerle al hambre y la vergüenza á ese oficial público? A otros tiempos otras costumbres: hoy la necesidad y el decoro exigen esas erogaciones, y no hemos de ir á usurparle sus glorias á la antigüedad, tomándole virtudes que no son para nosotros. Queda sentado, no obstante, que los romanos antiguos las practicaron á lo grande, como la buena fe de Fabricio y el desinteres de Curio. Los senadores, cuando se veian en el artículo de imponer una contribucion, ellos eran los primeros que se la imponian, y siempre por mayor suma que los demas: el pueblo muchas veces fué excluido de esas derramas generales, donde los ricos daban mucho, los pobres poco. El pueblo, dijo un orador, harto contribuye con alimentar á sus hijos. Y no ahora, que los parlamentarios se han eximido en algunas partes, ó han intentado eximirse, hasta de pagar sus deudas, merced á la inmunidad, como los lores de la Gran Bretaña. Y estamos viendo cada dia en nuestras repúblicas democráticas defraudar al fisco hasta los tenientes parroquiales y los gendarmes, con arrogarse el privilegio *de oficio* sobre las rentas del correo. Cabalmente los que tienen sueldo no han de contribuir con maldita de Dios la cosa para los gastos

comunes ? Un tiranuelo á quien la ignorancia puede servir de disculpa, no contento con redoblar sus anualidades, ha hecho poner con sus eunucos salario aparte á su cocinero, sus criados, sus caballos : y no es encarecimiento ni puro modo de decir, sino la verdad neta. Colocadnos á este varon ínclito en frente de esos de la antigüedad, y decidnos si más ejemplos de pundonor y grandeza nos ofrecen nuestros tiempos que los que llamais abismos ? « No ha habido pueblo en la tierra en donde la frugalidad, la economía, la pobreza hayan sido más ni por más tiempo honradas que en Roma. » Habeis, sin duda, vosotros los enemigos de Roma, hallado la manera de darle la desmentida al gran Bossuet, cuando decis que el amor por la historia antigua es perdicion de los cristianos? Séaos remitida la culpa en gracia de vuestras cortas luces ; pero si la malicia tiene su parte en sandeces tan mayores de marca, venid aquí, correveidiles del demonio, y sabed que la *obediencia cadavérica* no halla cabida en pechos donde amor de Dios y del género humano están hirviendo encendidos por la inteligencia que desciende sobre ellos y los crece, y los vuelve gigantes. Fabricio, Curio, Emilio Papo, vencedores de los pueblos más ricos de Italia, desdeñaron sus presentes, y no tuvieron en sus casas sino vajilla de barro. Rufino, varon consular, fué expelido ignominiosamente del Senado por el Censor, porque la tenia de plata y oro. Suplamos, pues, la admiracion con la difamacion, y á falta de conocimiento de ese gran pueblo, maravillémonos de los nuestros, porque somos católicos, decis, aun cuando nuestra moral sea ruin, y nuestra corrupcion nos pervierta el juicio, en términos que

no alcanzamos á distinguir lo bueno de lo malo, lo grande de lo pequeño. Pueblo donde los hechos magnos y las virtudes humildes tenian coronas; y la corona de ménos valor intrínseco era la más estimada, es, ciertamente, ejemplo muy ocasionado para los jóvenes cuyos estudios son cadenas que atan su alma á la voluntad destructora de esos maestros tenebrosos que enseñan el anonadamiento del espíritu, y tiran sus líneas al centro de la gobernacion del mundo por medio de la servidumbre y la ignorancia. Ya el concilio de Cartago prohibió á los obispos la lectura de los autores anteriores al cristianismo: esos ministros condecorados de la Iglesia no debian tener conocimiento del Fedon, de Platon; ni del Edipo rey, de Sófocles; ni del libro de los Deberes, de Ciceron. Queria vengarse el concilio, sin duda, de que san Agustin debiese su conversion á este autor sublime, segun él mismo lo declara en sus Confesiones. Platon, en el Fedon, enseña primero que todos la doctrina de la inmortalidad del alma. En la tragedia citada, Edipo, empurecido y limpio con las lágrimas del dolor, sube al cielo sin morir, cual otro Elías. Ciceron hace santos cristianos con sus obras; y nosotros, á nombre de Cristo y de la Iglesia, prohibimos esas obras. Nosotros no; vosotros, católicos de pocas obligaciones, las habeis prohibido; y habeis hecho bien. Gregorio primero, andando el hacha al hombro por la ciudad de Roma, sin que nada quedase en pié ante ese furioso demoledor, os ha dejado un gran ejemplo: estatuas, pórticos, bibliotecas, todo cae hecho polvo ante ese santo fundador de la civilizacion cristiana. Si Tito Livio se presenta, queda en cenizas; y el mundo, en fervo-

roso agradecimiento, santificara la memoria de ese gran pontífice. La tiara de éste es de oro, sembrada de diamantes: la corona más honrosa de los romanos era la gramínea ó hecha de grama: ésta no la alcanzaba sino el que habia consumado las mayores proezas*. Dudo que el *servum servorum* de los cristianos tuviese en más la corona gramínea que la de oro. Entre los gentiles, ésta era la última.

Justicia, amor patrio, abnegacion, buena fe, desinteres, ya los hemos visto; ahora veamos otra cosa entre las ruinas de la antigua Roma. « Ni qué iríamos á buscar en la Roma antigua? seria la libertad? » habeis dicho. Sí, en la Roma antigua iremos á buscar la libertad, que por desgracia no conocemos en la mayor parte de las naciones modernas. Hablamos de la libertad política, esa libertad que siembran y cosechan en el monte Aventino los orellanos del Tíber. No echeis en olvido que nunca me refiero sino á la Roma antigua: llegan los emperadores, cesa mi admiracion por Roma. Bien se me acuerda que los Marios y los Silas, los Pompeyos y los Césares no fueron emperadores; mas éstos no pertenecen ya á la Roma antigua. La Roma de los Curcios, la Roma de los Decios, la Roma de los Escipiones, la Roma de las Lucrecias, la Roma de las Cornelias, la Roma de las Veturias y Bolúmnias, ésa es la antigua Roma. En ella iremos á buscar la abnegacion, echándonos con los Decios en medio de los enemigos por salvar la patria; en ella iremos á buscar la honradez

* Corona quidem nulla fuit graminea nobilior. (Plinio, *Hist. nat.*)

inapeable, negándonos con Escipion á dar cuentas á los hombres primero que gracias á los dioses; en ella á buscar la pobreza evangélica, despreciando las riquezas con Fabricio; en ella á buscar la buena fe, volviéndonos con Régulo á Cartago.

La ley Porcia era fianza de la inviolabilidad del ciudadano: la ley Valeria prohibia el castigo de ninguno que apelase al pueblo. Que en las naciones civilizadas y cultas de Europa, donde lo que llaman *garantías individuales* es realmente salvaguardia de los ciudadanos, motejasen de sierva á la Roma antigua, podria uno llevar en paciencia; pero que en nuestras pretensas repúblicas, donde las leyes están allí, y los dictadores encima; donde las garantías individuales no se hallan suspensas legalmente, y los mejores patriotas agonizan en los calabozos, cargados de cadenas que la Constitucion prohibe; donde el derecho es uno, y la voluntad ciega del que tiene las armas en la mano, otra; donde la propiedad no existe con carácter de segura ni perpetua, pues no hay revolucionario triunfante que no la hiera con mil confiscaciones nefandas ó con penas que dicen la ruina de las familias; donde el soldado es dueño del caballo, el burro que encuentra en el camino, y el indio ó el *chagra* pagan, con la vida quizá, su imprudente reclamo; donde el sagrado del hogar doméstico sufre profanaciones brutales cada dia; donde colegios y escuelas son cuarteles de los enemigos públicos que se andan de aquí para allí con nombre de tropas; donde los patriotas eminentes caen bajo el puñal que el «jefe supremo» pone en manos del asesino; en pue-

blos y Gobiernos como éstos, digo, ¿cuál es el ignorante ó el malvado que viene á celebrarlos, procurando infundir desconfianza ó aborrecimiento por instituciones y naciones libres y grandes verdaderamente? Nunca en Roma el Gobierno ni sus oficiales usaron de fuerza contra los ciudadanos: cuando cónsules ó tribunos querian excluir de los comicios á algunos turbulentos, tenian esta fórmula comedida: *Si vobis videtur, discedite, Quirites:* Romanos, retiraos, si gustais. Esto no es salir los cholos de gorra con sus fusiles, y moler á culatazos á los electores en las mesas electorales; ni los negros de lanza por las calles aterrando y dispersando al pueblo, cuando se trata del ejercicio de sus derechos. Yo le preguntaria á un elector de cabeza rompida, si cuando le asentaron el garrotazo en la calva, oyó que decian: *Si vobis videtur, discedite, Quirites?* Lo que oyó fué otra cosa; y lo que sintió, la sangre que á chorros le estaba corriendo por tras la oreja.

Pueblo en donde la libertad es efecto de las leyes, y las leyes son sagradas, por fuerza es pueblo libre. « El pueblo más celoso de su libertad que nunca ha visto el universo, fué al mismo tiempo el más respetuoso del poder legítimo, y el más sumiso á los magistrados. » Cuando el obispo de Meaux hacia esta declaracion en el « Discurso acerca de la historia universal, » no pensaba que un católico semibárbaro le habia de dar un grosero mentis. Triste cosa seria el catolicismo, si para que prevaleciese fuese necesario dar en tierra con todo lo bueno y lo santo que ha tenido el mundo, declarando impío el uso de la inteligencia, y pecado la investigacion de la

verdad en los dominios de la historia y la filosofía de las épocas más brillantes del género humano. La libertad de Roma era efecto de sus leyes: libertad es gran justicia, justicia natural; y las leyes romanas fueron obra de inspiracion divina. Así como Dios ha hablado sobrenaturalmente por medio de los profetas, así ha hablado naturalmente por medio de los legisladores romanos, dice un gran Doctor de la Iglesia. Adrede echo mano por esta clase de autoridades, á fin de confundiros con ellas, y haceros ver que si hay algun impío y desviado, no soy yo, sino vosotros que vais contra la corriente de verdades inconcusas para teólogos y santos. Con vosotros sucede lo que con esa señora cuyo epitafio cita el obispo de Salisbury en sus viajes: « Propasándose en lo piadoso, dió en impía. » Así vosotros, por darlas de sabios excesivamente, dejais ver vuestra ignorancia; por cobrar fama de « católicos puros, » manifestais amor nefando á la servidumbre: por daros de piadosos, caeis en impiedad, como la otra, y sois impíos. Hutchinson se enfurecia contra Newton, y le llamaba impostor mal intencionado, por haber querido dar al traves con el sistema del universo del Pentateuco, y proclamaba el Pentateuco el único necesario para la felicidad del género humano. La ley de la gravitacion universal; el ordenamiento de los astros y sus cadenciosas rotaciones por sus órbitas; el giro perpetuo de la tierra al rededor del sol, eran imposturas é iniquidades para ese visionario judaico: no de otro modo nuestros rabinos católicos viven empeñados en circunscribir la humana sabiduría al círculo del Indice y los encíclicos, teniendo por inútil, y aun dañoso, el cono-

cimiento de las cosas que, bien averiguadas, son la ciencia verdadera.

Quereis « la libertad de pensar, hablar, trabajar, aprender y enseñar, » vosotros los enemigos de la libertad del pensamiento, la palabra, el trabajo, el aprendizaje y la enseñanza. Cómo sucede que venis á querer lo que no quereis de ninguna manera? Si estamos en perpetua contradiccion, y en nuestro estilo agonístico dejamos ver que seguimos rumbos encontrados, es cabalmente á causa de la guerra impía que llevais adelante contra todas las libertades que son el fuero del género humano. Libertad de pensar es libertad de formar conceptos, opiniones; y este santo derecho es mortal para la fe: vuestro gran principio es la fe, el anonadamiento de la razon; luego no trabajais por el imperio de esa libertad, sino por su ruina y olvido. La libertad de raciocinio va derechamente á la libertad de conciencia: ésta es prohibida por vuestro soberano, y así no podeis quererla sin caer en rebelion y apostasía, ó sois juguetes miserables de la ignorancia que no da con el toque de las dificultades. Nada os conviene ménos para vuestros fines que la libertad de pensar: si esa libertad fuera de vuestras máximas, no habriais echado al fuego infame de la inquisicion á los que han cometido el crímen de pensar libremente; no mandariais á empellones al infierno á los que se toman la libertad de pensar; no fulminariais excomuniones ni echariais maldiciones sobre los que piensan como filósofos y obran como sensatos. Secta mezquina y tiránica para la cual están prohibidas

la historia, la filosofía, y aun las artes explayadas en los mejores libros de nuestros tiempos, ¿se atreve á decir que lo que ella quiere es la libertad de pensar? Libertad de pensar es libertad de leer; el que no lee no piensa: ahora pues, hemos de dar por concedido que piensa como sabio y discurre como libre ese para quien la lectura es delincuencia que trae consigo las penas infernales? La esclavitud del cuerpo no es nada: grillos, cadenas, bastan para imposibilitarlo: la esclavitud del espíritu, esa donde la razon se halla presa, el discurso natural con grillete y el alma con carlanca, esa es la triste, la infame. Servidumbre física, hanla padecido los más ínclitos varones: Platon fué esclavo del tirano Dionisio: Diógenes fué esclavo; pero, cuán locos son los que me compadecen! decia este filósofo; no ven que los esclavos son los que me tienen cautivo? Los católicos de luces y conciencia miran con horror el cadáver que simboliza el alma muerta: alma muerta llamo aquí esa donde todas las libertades han dejado, extinguiéndose, una huella de ceniza. Montalembert, autoridad suprema de esos sectarios cuando no usa de la libertad del pensamiento, acaba de darles un revolcon: en vísperas de su muerte, se dirige al célebre anti-infalibilista Doellinger hirviendo en santa ira contra los proyectos que iban á convertirse en dogmas en el concilio ecuménico. La Iglesia galicana se ha vuelto gallinero de Roma, dice en su noble exaltacion, y grita porque se alcen los grandes ingenios de Francia contra los aniquiladores del pensamiento y la conciencia. Ay! Dupanloup, en quien esperaba el sincero y sabio cristiano, el gran Montalembert; Dupanloup sostuvo sus principios con valor: una

vez declarados erróneos por la mayoría de enemigos de la razon, se sometió á esa terrible autoridad en cuyas entrañas está brillando por las tinieblas la sala del Vehema... Dupanloup, nuevo Agustin, dijo para sí: No creeria en esto, si la autoridad de la Iglesia no me obligara á creer. Belarmino y Baronio, siniestros oficiales de la Corte Vémica, acaban por persuadir á los escépticos: desde la retractacion de Galileo en la puerta del tormento, no hay cosa que no alcance la autoridad de la Iglesia.

Libertad de hablar sin libertad de pensar, no existe; á ménos que tengamos la de publicar necedades, entorpecer los derechos del hombre y proferir vituperios contra los que toman por suya su defensa. Esta es la única libertad que gozan los católicos diferentes de Montalembert y Dupanloup, junto con la de tener encadenado el trabajo con el diezmo, el cuerpo humano con los derechos mortuorios, el espíritu con las llaves del infierno. Libertad de hablar... la tiene el sacerdote indigno, cuando profana la cátedra augusta de la elocuencia sagrada poniéndonos ahitos de injurias y torpezas: la tiene el escritor de mala fe, cuando apellida religion y levanta unos pueblos contra otros: la tiene el devoto sanguinario cuando, como Nestorio, pide al tirano el exterminio de los hombres de saber y entender á quienes llama « herejes, » porque no saludan á su avaricia, ni mandan parabienes á su lujuria. Esta es la libertad de hablar que propagan y disfrutan los dueños de las llaves del infierno, á cuya señal se abren sus puertas, para que entre la Legion qne piensa y habla con liber-

tad refrenada por el comedimiento, prendida en lumbre de inteligencia. En pueblos donde el papista fatídico anda con piedras en la mano para dar con ellas al que habla, hay papista harto necio y bribon que venga á sacarnos en cara nuestro amor por la Roma antigua, so pretexto que ellos quieren la libertad de hablar? Quieren tambien, dice, « la libertad de trabajar. » Falso: lo que quieren es la libertad de vivir del trabajo ajeno, de engordarse con el sudor de la frente del pueblo; de comer, beber y dormir en brazos de la ociosidad, á pierna suelta, soñando en las bodas de Camacho, y roncando de manera de echar abajo la casa. Esta es la libertad que defienden como la vida. Acaba un mal sacerdote y hombre perverso de negarle la sepultura á un hermano mio, el hijo más inocente y mejor que pudo dar de sí la especie humana: como no tuvo estudios, no les dió en qué merecer á estos fantasmas siniestros, monopolizadores de la gloria eterna y de los bienes del mundo. Heredero de la fe de sus padres, la *obediencia cadavérica* fué su ley: habitador de un monte, el cultivo de la madre tierra toda su sabiduría; y nada le acreditaba de hombre de buena familia, sino su color y sus modales. En cuanto á discusiones y controversias, nunca fueron suyas. Oir misa, ayunar, rezar: hasta prioste habia sido, dándole cincuenta pesos al cura *para la Vírgen de Aguasanta*. Si esta alma creyente, este cristiano fervoroso, persona sencilla y buena, ha sido víctima de la ferocidad del cura, ¿qué no sucederia, Dios eterno, con monstruo como yo, si no me oyeses mi continua deprecacion de llevarme á un pueblo cristiano y piadoso para decirme: Cumplido es el número

de tus dias: ven y descansa de la vida, que para tí ha sido tan pesada? Cárlos... pobrecito, viéndole estoy: esos ojos no vieron para la indiscrecion: esos oidos no oyeron para la delacion: esos labios no se abrieron para la difamacion: esos pasos no se dieron para el mal del prójimo. Su silencio, su apartamiento, su humildad, los de un santo: cae un dia con congestion cerebral y parálisis en la lengua al propio tiempo: ni habla, ni tiene conocimiento. Dios le mira, le ilumina por un instante: pide confesion; este es su primero, su único cuidado. Viene el cura, y se niega á oirle, so pretexto que el testar es primero que el confesarse. Tiempo preciso, tiempo precioso: murió el desventurado. Y ha habido hombre inicuo, sacerdote nefando, que le niegue la sepultura, con decir que no se habia confesado? A los heresiarcas, los suicidas, los impíos se la niega la Iglesia; á los que rechazan la confesion pudiendo hacerla: al que no puede confesarse, por falta de razon y habla, no la niega, pues no es ni sacrílego ni hereje. No lo habrá sido mi hermano en el concepto de ese Caifas de aldea, cuando siempre le dió sepultura? En hallándome yo allí, no le habria aumentado « los derechos, » pero sí le habria disminuido la impiedad y capado la soberbia. Conque todo el secreto del catolicismo está en el dinero? No, yo no digo eso: Bossuet, Fenelon fueron católicos; el conde de Montalembert, Dupanloup, el gran obispo, católicos: estos lobos rapaces que con nombre de curas devoran las poblaciones indefensas, éstos no son católicos, mas ántes judíos que venden á Cristo, y le abofetean, y le amarran, y le crucifican en sus semejantes, sus hermanos.

Quereis asimismo « la libertad de aprender y enseñar, » judíos : viéndolo estamos : libertad de aprender las cosas de este cura, y enseñarlas á vuestros hijos : lo que es aprender las lecciones de la sana razon, las máximas de la filosofía cristiana, las prescripciones de la religion verdadera, no es para vosotros. El vulgo del catolicismo, ó mas bien su parte corrompida é ignorante, es atroz : ese ahinco con que se echan á cumplir de mala fe los preceptos de la Iglesia, y ese olvido de la ley de Dios, están acreditando en ellos más malicia que ignorancia. Amar á Dios, no jurar su santo nombre en vano, honrar padre y madre, no matar, no fornicar, no hurtar, no levantar falso testimonio ni mentir : esta es la ley de Dios. Un católico frenético, de esos que le siguen á uno los pasos, para ver si entra á misa, y le tiran de la capa apostrofándole con un insulto, si no se pone de rodillas ante un leño de figura humana que está pasando en brazos ajenos ; ese intolerante sectario, propagandista grosero, digo, no lleva á mal que uno infrinja los preceptos del Decálogo, que son los que constituyen la religion propiamente dicha : un buen católico jura y perjura, deshonra padre y madre con sus vicios ; mata, si se ofrece ; roba, si á mano viene : mentir, por costumbre ; levantar falso testimonio, cuando lo pide el caso. Nadie le dice nada, sino es algun hereje importuno que adora á Dios dentro de su pecho, y cultiva sigilosamente las virtudes. Pero demos que un hombre poco cuidadoso de sí mismo se aparte un punto de los mandamientos de la Iglesia ; su menor tajada será una oreja. Pagar diezmos y primicias, esta es la verdadera grandeza de la religion. Confesar por pascua florida, y

aun mejor todos los dias; ponerles á sus ministros al corriente de cuanto ocurre en el hogar, descubrirles los secretos de la familia, para que ellos los pongan á ganancia; oir misa entera, y pagarla un peso entero; hacer fiestas á los ídolos, fiestas de las cuales la menor vale cuarenta pesos; esta es la esencia de la religion; y esta la ciencia que mis catolicones quieren aprender y enseñar; y para esto nos hartan de groserías é improperios, si ya no se vienen á las manos.

Un dia pasaba yo por debajo de un arco donde hay dos mechinales: frente por frente dos santitos de palo, antiguos, viejos, sucios se están saludando de dia y de noche con sendas velas á los piés. Cuando digo sendas, no quiero decir velas grandes; pues son, por el contrario, cabos pizmientos; lo que digo es que cada santo tiene su vela. Un viejo de capa, tan pringoso y churriento como esos diosecillos de la pared, puesto de hinojos en la calle, se está volviendo, ora al un lado, ora al otro, á fin de no perjudicar á ninguna de las imágenes en el repartimiento de oraciones. Iba yo á pasar, como queda dicho, cuando el ladron me ase por la levita, y dice con furia: Hínquese, ca...nalla! Yo no sé si murió del puntapié que le di entre pecho y espalda; pero sí sé que me habrian hecho pedazos los católicos, si por dicha no pierde el habla el viejo beduino, y no se ve en la imposibilidad de hacer gente. Los que pasen por debajo del Arco de Santo Domingo en la ciudad de Quito, pueden gloriarse de que están pasando por todas las calles de las ciudades de España que aun no han cobrado un resquemo de francesas. Así es como en Má-

laga vi una ocasion un hombre que venia por ahí echando venablos. Oh Dios ! y cuán graves eran los términos de ira y venganza con que asordaba los alrededores! Llegó á un humilladero de esos de la pared, y quitándose la boina, y besando los piés del santo, dijo : Este sí que me puede : ayúdame, Paco, á coger al zurdo, y te pongo una vela mañana de mañaíta. Queria que san Francisco le ayudase á beberse la sangre de su rival, y á vueltas de tan cristiana cooperacion le ofrecia un pedazo de sebo. Esto es más que los sacrificios de puercos en pintura que ciertos antiguos hacian á sus dioses.

EPISODIO

EL CURA DE SANTA ENGRACIA

Un dia se entró por las puertas del cura una pobre mujer bañada en lágrimas : Señor cura, mi marido se muere : ni sé qué hacerle, ni tengo para un medicamento : favorézcame. El cura tomó su capa, su baston nudoso, y salió con la mujer. Don Pedro, dijo, inclinándose sobre el moribundo, qué tiene ? Me muero, señor cura, me muero : confesion, misericordia. Confesóle el párroco, y una vez absuelto el agonizante, dijo : El alma está segura : ahora tratemos de salvar el cuerpo. Salió volando, tomó de su botiquin las drogas que le parecieron venir al caso, propinólas en persona, y se estuvo á esperar el efecto de ellas. Como no hubiese mejoría,

pasó la noche á la cabecera del paciente, el cual espiró por la madrugada. Señora Rosa, dijo á la mujer, yo sé que ustedes no tienen nada: el Señor es misericordioso: ocúpese usted en llorar á su marido; lo demas corre de mi cuenta. Y fué así: mortaja, ataud, entierro, todo lo dió y lo hizo. Al otro dia, misa fúnebre, con cuanta solemnidad pudieran ofrecer los paramentos y arbitrios de la aldea. Miéntras dura lo intenso del dolor, señora, no tendrá usted ánimo para buscar el pan de sus hijos: gaste estos reales; si le faltan, venga al convento. Iba á salir, y volviéndose de la puerta, preguntó: Los niños siguen frecuentando la escuela? Dos meses ántes de la enfermedad de su padre, respondió la viuda, ya no iban: nos llegó á faltar la mesada. Que vuelvan, señora Rosa; yo la pagaré. Y salió y se fué, llevando un santo dolor en el corazon.

Por la noche de ese mismo dia una sombra se deslizaba pegada á la pared de la calle: iba de prisa, pero con pasos atentados, religiosos. Llegando á una puerta, adentro la persona. La familia de esa casa eran una anciana, dos muchachas y tres niños cubiertos de harapos. Tan luégo como vieron comparecer allí al recienvenido, la anciana y las muchachas se tiraron de rodillas ante él: Señor cura, Dios le manda! dos dias há que no comemos: los chiquillos no han podido vender ni una trenza ni un peine: en vano se han matado mis hijas. Culpable soy, respondió el sacerdote: debí haber venido ántes. El último socorro, dijo la mujer, se ha concluido primero que el mes, á causa que pagamos una deuda de mi hermano Santiago para sacarle de la cárcel. Me lo

hubieran ustedes avisado, madre Rita : cuál era la deuda del pobre Santiago? Doce reales, señor. Y por doce reales, repuso el cura, ha ido á la cárcel ese hombre de bien? Y diga, señor, cómo ha sido eso : caida en pedazos la pollera de mi Angela, dos domingos no habia ido á misa la chiquilla : Santiago, viendo ese extremo, fué y sacó fiadas tres varas de bayeta : cumplido el plazo, entró á la cárcel. Y la pobre mujer se echó á llorar. Así, tan desnudas están estas criaturas? volvió á decir el sacerdote : vístalas, señora ; en casa tengo algunos géneros. No los tenia ; pero fué casa de un mercachifle, sacó liencillo, bayeta, pañuelos, y los tuvo á prevencion en el convento. Vino la madre de esas muchachas, y besándole la mano á ese santo varon, y regándola con las lágrimas de sus ojos, se volvió que no cabia de contento.

Asomáronse una tarde unos forasteros por la plaza, y se quedaron en medio de ella como quienes no hubiesen hallado posada. Salió el cura, tiró hácia ellos, y dijo : Qué es esto, amigos? porqué se plantan ustedes aquí? En dos casas hemos pedido alojamiento, señor, y no lo hemos obtenido : nosotros somos tántos, y las casitas son tan estrechas. La mia es espaciosa, señores : sean ustedes servidos de honrarme con admitir en ella un plato y una mala cama. Siguieron los forasteros al cura, y fueron tratados como los huéspedes de Abrahan, con buena voluntad. Donde reina el amor de Dios, no puede estar ausente el amor del prójimo ; y en habiendo amor de Dios y el prójimo, nunca falta para las obras de misericordia. Este hombre es un santo, decian los foras-

teros, tanto más admirados, cuanto le veian curar en persona, mudarle y servirle á uno como leproso que habian llevado á tomar baños termales al pié de un cerro. Cuando se fueron, á todos les dió reliquias de la Vírgen que pasaba por milagrosa : Hijos mios, la fe tiene mucha fuerza : creed y esperad. Estos pequeños símbolos de la fe, creyendo, no en ellos sino en el poder de Dios, pueden alcanzar mucho de su bondad. El enfermo va mejorado : es humilde, sencillo, creyente : el agua ha sido el instrumento; la misericordia divina el móvil, la fuente de su salud. Idos, y acordaos que en este monte hay un hombre á quien podeis llamar hermano.

Un dia encontró á un pobre viejo que estaba llorando en la esquina de la calle : arrimado á la pared, era de partir el corazon ver á ese anciano tristemente vestido cómo gemia en silencio y se enjugaba las lágrimas con su áspero poncho. Las canas le caian por debajo del sombrero roto, casi hasta la espalda ; las rodillas entreparecian limpias por los boquerones del pantalon. Tio Mariano, qué hay ? qué lágrimas son ésas ? Señor, responde el viejo, cómo no he de llorar : mi hijo, mi único hijo, Manuelito, está en el cuartel : le cogieron, le llevan de soldado esos que vinieron ayer. Yo me puse por delante, por darle tiempo para que huyese ; pero de un culatazo en el pecho, á tierra, y le amarran dándole de golpes. Aguárdeme aquí, tio Mariano ; luégo vuelvo á darle noticia. Enderezó el cura su camino hácia el cuartel, y preguntó por « el señor comandante. » El señor comandante era un cholo de bigotes, bocamanga colo-

rada y botoncitos amarillos en el hombro: tenia gorra y ceñia espada. Qué dice el clérigo? preguntó brutalmente al ver al cura. Señor comandante, han tomado un mozo que es el apoyo de sus ancianos padres: la ley exceptúa á los hijos únicos del servicio militar. Esta es la ley, replicó el cholo, desenvainando su machete y vibrándolo en el rostro al sacerdote: si ese recluta es hijo único, vale veinte pesos, fraile, ya sabe. El cura fué á su casa, trajo los veinte pesos, rescató al hijo único y se le entregó á su padre. Que se vaya, dijo al anciano, que se oculte. El comandante le ha soltado por veinte pesos; luégo le cogerá el capitan para vendérnoslo por quince. El muchacho se arrodilló ante el sacerdote, despues ante su padre, les besó la mano, y sin tiempo para ir á su casa, tomó el camino, y trote trote, desapareció. Ya no le veia el pobre viejo, y todavía le estaba gritando: Al monte, hijo, al monte!

Joaquin, yo sé que estás viviendo mal, le dijo el cura á un hombre de buen parecer que encontró en uno de sus paseos por la tarde; porqué no te casas? El mozo se encendió de vergüenza, y, cabizbajo, respondió: Me casara, señor cura; mas ni para los derechos tengo, ménos para poner casa. De los derechos no hables, replicó el sacerdote; yo te los pago... En cuanto á lo demas, ¿te convendria una colocacion en la hacienda del señor Ruiz de Borja? Este señor me ha suplicado le indique un hombre de bien y trabajo á quien él pueda confiar el cuidado de sus labranzas. Señor cura, yo lo que quiero es trabajar y servir á Dios: si no me he casado ha sido de miedo de que me falte lo necesario. El

domingo próximo se hizo la primera amonestacion : un mes despues, Joaquin, emperejilado y atusado, alargaba la mano á una ojinegra de lo más donoso : una peineta de azófar se le alza á ésta sobre la coronilla á modo de cresta sublime, adorno elegante para aldea : orejeras de coral, collar de perlas falsas, manillas de granate. El encaje de las enaguas, propasando cuatro dedos del follado, forma el ruedo de ese gracioso vestido de *mestiza limpia,* la cual pasó luégo á ser « señora mayordoma » de la hacienda de Santa Eulalia, por obra del cura de la parroquia.

Saliendo de sus habitaciones á decir misa este sacerdote, oyó en el cementerio contiguo á la iglesia un ruido como el chis chas del látigo, junto con los ayes de la víctima. Entra precipitadamente al dicho cementerio : un indio, tendido boca abajo, desnudo el cuerpo, está recibiendo los azotes que le da el verdugo. Grita desde léjos el párroco, vuela hácia ellos, toma por el pescuezo al ejecutor, échale en tierra, písale, hierve en santa cólera. El que mandaba este bárbaro castigo, asesinato de la vergüenza, era otro indio de más porte que tenia en la mano un baston con empuñadura y casquillo de plata : era *el alcalde.* Señor cura, dijo el alcalde, este mitayu faltó el domingo á la doctrina. Y no sabes que el azote está prohibido por la ley, malvado ? y no te he dicho mil veces que si me tocas á un pelo á uno de mis feligreses te he de matar ? Asió entónces con ímpetu la vara del alcalde, y le dió á su dueño tal voleo de palos, que no le dolieron tanto como al otro los azotes, pero que le dejaron escarmentado al indio abusivo y cruel.

Esa cólera es santa : si hay quien repruebe estos palos, tenga á bien llevar esotros ramalazos.

Señor cura, vengo á concertar los derechos: mi suegra murió esta mañana. Ustedes no son pobres, respondió el cura : puedes ceñirte al arancel? Una rabajita, señor cura. Da lo que quieras, hijo : yo no busco sino el pan de cada dia.

Señor cura, señor cura! anoche han botado este niño en mi casa: yo no puedo criarle : voy á echarle en la calle. Bárbara! en la calle... sabes lo que dices? Yo tengo madre: ella le tomará á su cargo: déjamele. Y apoderandóse de la inerme criatura con la solicitud de una apasionada nodriza, corrió para adentro gritando : Señora, señora madre, Dios nos envia un huésped! Los niños son bendicion del cielo : inocencia y esperanza en ellos residen. Una buena anciana vestida de negro salió á las voces del cura, y dijo: Qué es? qué niño es ése? Un expósito, señora : el que no tiene padres y el que no tiene hijos, hermanos son: éste es mi hermano : críemele vuestra merced como me crió á mí mismo. Tomó la señora al huérfano en los brazos, vió resplandecer en sus ojos la recompensa de la caridad, y dándole mil besos en la frente : Esto era lo que me hacia falta, un niño, un hijo tierno, un ángel doméstico que mantenga la pureza del hogar.

Un matrimonio alborotado comparece ante el cura : Me ha dicho ladron, señor cura. Y él, y él? pregúntele qué me ha dicho, señor. Yo, la madre de sus hijos,

su mujer propia, una callejera, trotaconventos, una... Mi honra, señor cura, mi honra primero que todo. Véale esa cara... don bebedor, don borracho, te he de arrancar los ojos!

En mi presencia, mujer! exclama el cura. Ya la conoce, señor, agrega el marido: nada es lo que aquí está diciendo la atrevida: á voz en grito, en la calle, me dijo que me habia robado la custodia.

Qué custodia? pregunta el cura volviéndose á la mujer; cuándo han robado aquí la custodia?

No es eso, señor cura, sino que el pícaro me dijo la mala palabra, esa que no puedo repetir ante vueseñoría.

Gervasio! así deshonras á tu esposa? luego tus hijos no son tuyos?

Falso, señor cura; cómo habia yo de decir eso? la honra de mi mujer es la mia propia.

Otro tanto debes decir tú, Dolores: la honra de tu marido es tu propia honra. Cómo le tratas de ladron? Pensad en criar bien á vuestros hijos, ántes que darles estos ejemplos que los pueden corromper y pervertir. Conque el marido es para su mujer un ladron, y la mujer para su marido una... vagamunda! y vuestros hijos? y Dios? Así es, señor cura, responde la mujer, llorando ya y enjugándose los ojos con el rebozo. Así es, señor cura, repite el marido con voz temblorosa y afligida. Vamos, Gervasio, abraza á tu mujer. Gervasio se la acerca tímido; salta ella sobre él y le echa los brazos al cuello. La paz fué firmada por más de un mes, y no hubo trapizonda, pues el cura, fiador, cuidaba de que la cultivasen, haciendo visitas continuas á los belijerantes.

Dos escuelas tenia la aldea, una de varones, otra de mujeres: visitábalas el cura periódicamente, un sábado la una, otro sábado la otra, habiendo establecido en ellas, acorde con el institutor, exámenes privados que llamaron sabatinas. Para el pundonor, el estímulo era un certificado con firma del señor cura y del maestro, el cual servia de mucho para con los padres del alumno que lo alcanzaba favorable, y de gran perjuicio respecto de los que salian con tachas y censuras. Para el interes, el párroco estableció tres premios, el primero de á diez reales, el segundo de á seis, y el tercero de á cuatro. Para el temor, las penas iban enderezadas á la vergüenza, y de ninguna manera al martirio físico. El cuerpo nada tiene que ver en la educacion del alma, decia el clérigo: para enseñar á los animales y adiestrarlos, sea en buenhora el látigo: los móviles de la inteligencia, otros son: no me curta usted á los niños, señor maestro, con penas corporales: lo que hacen de miedo, lo hacen mal; y ningun mérito hay en obligarlos á una cosa contra su voluntad: lo que conviene es hacerles querer y desear lo bueno: esto lo conseguimos de muy distinta manera que con el necio rigor que tuerce el más recto natural, y estraga desde el principio el corazon más bien formado. Así es que de esas escuelas salian hombres llenos de pundonor, aficionados al trabajo y amigos de su deber, y mujeres de obligaciones, tan hacendosas y virtuosas, que de los pueblos vecinos las buscaban y pedian su mano de rodillas.

Este cumplido sacerdote, este hombre de paz y caridad, como tiene el alma limpia, gusta del aseo del

cuerpo y la atildadura de costumbres. Su mansion es una concha : el guarda-casa está en pié á las cuatro de la mañana, y la barre desde el zaguan hasta el corral : los corredores siempre nuevos, á fuerza de cuidado : los aposentos, sencillos, casi pobres, ofrecen el conforto del órden primoroso que reina en ellos. Las tapias del jardin, ocultas tras un espeso enramado de plantas trepadoras, tienen aspecto de murallas de esmeralda donde resplandecen estrellitas de diferentes colores, como son la azul pasionaria, el amarillo mastuerzo y el blanco jazmin que inunda el barrio con su fragancia saludable. Los gansos dan gritos prolongados y tristes allá léjos en la huerta: las gallinas cacarean en el traspatio. Perro bravo, no hay ; el tesoro del cura son las virtudes, y éstas no tientan á los malhechores ; pero sí un viejo mastin, gordo y pacífico, que á fuerza de años y de lecciones ha perdido su fiereza, y no sirve sino para simbolizar la fidelidad, tendido en medio patio, ó bien sentado como leon en el umbral de la puerta de calle. El cura está de piés á las cinco: se lava rostro, manos y brazos cada dia infaliblemente, no le suceda lo que al dervis que salió una vez sin haber hecho las abluciones que tánto agradan á la Divinidad. Dice misa á las seis ; se queda en el confesonario hasta los ocho ; de allí para adelante visita á los enfermos ; vuelve á su casa á las diez, y hace su primera refeccion, la cual consiste en dos huevos tibios, un vaso de leche y un pan. Sabe que el chocolate es contra la castidad, y se abstiene de él, aunque le gusta. Imposible fuera notar una mancha en sus manteles: cada borron es un pecado, cada arruga una vergüenza. Paños sucios, alma puerca. Los vasos

son para verse el rostro en ellos : Horacio no tendria nada que decir. La leche de su mesa es de la vaca que ordeña allí mismo una indiecita de admirable pulcritud y frescura : la flor, la espuma, el primer jarro, no es para él, sino para la enferma vecina que se duele del pecho. Los vegetales de su huerto, las raíces de su arada componen su comida : papas gruesas, reventadas, derramando suave harina : coliflor pomposa, sembrada con sus manos : es una maceta de ofrecer al altar ese repollo lujuriante lleno de jugos nutritivos. Granos tiernos de sencillo condimento : dulce de frutas : agua pura del arroyo. Vino, jamas : licores fuertes, ménos : esos son fracasos de la templanza, buitrones de las virtudes. El tabaco... el tabaco... soporífero infame que entorpece el cerebro, ensucia boca y manos y aplebeya el espíritu, no halla cabida entre las buenas costumbres de los hombres limpios : ver un clérigo con el cigarro en los dientes, echando humo y saliva, es hasta irreligioso de su parte. Fume el soldado, fume el viejo, fume el que pasó la edad del amor : la mujer hermosa, el hombre pulcro, el enamorado, no fumen, ó desbaratan sus prendas y sus esperanzas. El cura de Santa Engracia no sabe fumar, no bebe humo ni echa inmundicias por los labios. Como es leido, sabe que los trabajos intelectuales no se compadecen con la salud, sin el modo y el pulso que en ellos gastan los prudentes : despues de comer, dos horas de paseo calmoso y grave : anda solo; la soledad es una musa : medita, al tiempo que va andando; recoge ideas, levanta el pensamiento al cielo; recibe en el alma los arreboles del occidente cuando el sol se ha puesto, y abrigada con esos colores que

comunican uno como calor divino, vuelve al convento con santa melancolía. No lee sino dos horas por la noche: su sueño, como de varon justo, es el de un niño. Torna la aurora, torna él á sus obligaciones y costumbres.

Este es el sacerdote evangélico, el cura perfecto.

Quedamos en la « libertad de trabajar ; » libertad que le habeis negado al pueblo romano, pasando al extremo de motejarle de ocioso é indolente. Régulo, general del ejército de Africa, escribió al Senado poco más ó ménos de este modo : « Padres conscriptos : Donde tántos y tan grandes capitanes pudieran sustituirme en el gobierno de este ejército, admírame le hayais sometido nuevamente á mi autoridad, con una reeleccion que, si crece mi honra, y me llena de júbilo como prueba de confianza, tiene para mí el grave inconveniente de ver yo á mi familia sufrir el desamparo y la necesidad por un año largo todavía : mis tierras se hallan incultas, mi mujer y mis hijos están careciendo de lo necesario. En este concepto, ruegoos, padres conscriptos, tengais á bien relevarme del mando, y permitais mi vuelta á Roma. » El Senado contestó á esta representacion con un decreto por el cual mandaba que las tierras de Régulo fuesen beneficiadas y sembradas por cuenta de la República. No os maraville esta providencia del Senado; maravílleos el saber que esas tierras eran siete fanegas, pegujal inferior al que los generales asignaban á cada

soldado despues de una conquista, el cual se componia de catorce ; maravílleos el saber que el generalísimo de un ejército, el vencedor de Cartago, que tenia á su disposicion un poderoso reino, no tenia con qué sufragar para los gastos de su casa, si no iba á labrar con sus manos su diminuta hacienda. Detractores de la grande antigüedad, decidme, ¿dónde están los generales que, mandando ejércitos, entrando ciudades por fuerza de armas, sojuzgando imperios, no tienen ahora con qué mantener á sus familias por que ni gozan de rentas, ni salen de sus campañas y sus triunfos con las manos hediendo á oro ? Vedlos, sí, vedlos, ellos son... generales y coroneles, quienes, depuesta la espada, empuñan el timon del arado y van siguiendo el tardo paso de sus bueyes. Trabajar... ¿qué es trabajar para estos enemigos del trabajo ? Ingratos llaman ellos á los pueblos, por que no les manifiestan su agradecimiento con fomentarles su conhorte, con crecer sus vanidades mediante la envilecedora lisonja. La madre del recluta que va la soga al cuello, dejando en triste desamparo su casa, su familia : ingrata. El dueño del caballo, el burro, á quien la tropa despoja y atropella en el camino : ingrato. El rector del colegio que profanan los soldados, aposentándose en él junto con sus bagajes, haciendo rodar por el suelo á puntillones los globos, rompiendo las cartas geográficas : ingrato. Ingrato el padre de familia que ve sus bienes de fortuna confiscados ; ingrato el propietario á quien imponen de contribucion la mitad de su hacienda ; ingrato el buen patriota que gime en el tormento, y ve correr sus dias á la tumba, cargado de grillos y cadenas. Todos son ingratos. Para Fabricio,

para Curio, para Régulo eran ingratos los que, obligándolos al mando en tiempo de paz, les impedian arrimar el hombro al trabajo, arar la tierra y exigir de sus entrañas benéficas el sustento de sus hijos. Decir que los romanos no conocieron la agricultura, es no tener conocimiento de ese pueblo ni haber saludado la historia. Magon, célebre cartagines, habia escrito una obra de agricultura: entrada Cartago por Escipion Emiliano, este egregio capitan ordenó que la obra de Magon fuese preservada del fuego á todo trance: bien así como otro vencedor habia cifrado su conato en preservar el cuadro del Yaliso en la toma de Ródas; y como Tito puso todo su empeño en la salvacion del templo vencida Jerusalen. Escipion, al tiempo que estaba contemplando el fuego en la ciudad enemiga, tenia en la mano cuidadosamente el libro de Magon. Envióło despues á Roma: el Senado mandó traducirlo al latin sin pérdida de tiempo. Varron, el más sabio de los romanos, tuvo á la vista las disquisiciones del cartagines cuando escribió sus elementos de agricultura: Plinio hizo lo propio; y Columela, el que más de propósito se habia dedicado al estudio de esa ciencia, honró su patria y regaló al género humano con mil secretos arrancados del seno de la tierra. El padre de la agricultura francesa, Ollivier de Serres, corresponsal de Enrique IV, habia leido y aprendido de memoria las obras de Varron, Plinio y Columela; ¡ y hé aquí que los romanos no conocieron la agricultura, ni tuvieron libertad de trabajar! Las reglas de Virgilio acumuladas en las Geórgicas, siquiera por la poesía son conocidas de todos: la ignorancia y la sandez de negarle al pueblo romano el estudio y la labor más

necesarios para la vida, reservadas estaban para estos seudo-católicos cuyo universo se halla encerrado dentro de estas cuatro paredes : egoismo, mala fe, malicia y necedad. Seudo-católicos, digo, oid ! Estos son unos, y los católicos verdaderos, sinceros, ilustrados, otros muy diferentes.

Qué otra libertad quereis, cristianos de capa larga ? no quereis tambien la de cogernos en la calle á los herejes, y boquiabriéndonos con una artimaña de madera, darnos á viva fuerza el cuerpo de Cristo, como dice Gibbon que hacian los católicos de cierta nacion y cierto siglo ? No seria mala esa libertad, como no lo fué para Juan Manuel Rosas, el gaucho memorable, la de tomar por las calles de Buenos Aires á cuanto caballero de levita ó de frac acertaba á pasar, y con tijeras resonantes cortarles la falda al rededor, de modo que el hidalgo quedase persona de chaqueta en daca esas pajas. La manera de hacer demócratas es ésta ; así como la de hacer católicos es maniatar á los herejes, y abriéndoles las mandíbulas con la artimaña consabida, embocarles las formas consagradas : otrosí, hacerles *vomitar* el diezmo, para contrahacer vuestro lenguaje, pinchándoles las carnes con los cuentos de las lanzas benditas. Éntrome aquí, que llueve : todo lo demas es música ; y apaga y vámonos.

Hemos vuelto palmario que vosotros quereis la libertad de pensar, hablar, trabajar y enseñar : veamos si el pueblo romano gozó en algun tiempo de tan preciosas libertades. Ese pueblo era él mismo su legislador : los

decretos del Senado regian por doce meses ; y no eran leyes perpetuas sino por la sancion del pueblo. Los tribunos, diputados de éste, proponian leyes al Senado : el Estamento de los caballeros era el poder judicial, y el pueblo el tribunal supremo. Por esto hemos visto que, segun la ley Valeria, ningun delincuente sufria la pena, si á él apelaba. Ved pues si el pueblo romano tenia libertad de pensar y hablar. Tan bien pensó, que, « si sus leyes han parecido tan santas, y su majestad dura todavía, es porque el buen sentido que rige al género humano, reina en todas ellas. No es posible ver otro código donde se haya hecho más justa aplicacion de la equidad natural *.» Este pueblo y estas leyes que un gran católico presenta de modelo á los hombres, son las que vosotros, que de puro católicos dejais de ser cristianos, habeis escarnecido como sectarios sin sabiduría ni conciencia. El pueblo romano, el de la ciudad, el pueblo de intra-muros, no trabajaba mucho, es cierto, porque profesaba las armas, no porque no tenia libertad para tan noble ocupacion. Pero ved luégo allende el Tíber, y en una mezquina posesion hallareis á Cincinato labrando la tierra con sus manos. Esperad : quiénes vienen por allí ? son los varones expectables que el Senado envia á revestir de la púrpura dictatorial al viejo labrador. Cincinato obedece ; mas despues de haber salvado la patria en pocos dias, vuelve y empuña otra vez la esteva. No se trabaja en Roma?

Un dia compareció ante el edil un hombre acusado de

* *Discours sur l'histoire universelle.*

magia. Este era un propietario que se daba maña en sacar de una heredad reducida cosechas más abundantes y mejores que los ricos de sus extensas posesiones. Cómo, decian éstos, el miserable Cayo Furio Cresino, esclavo ahora cuatro dias, obtiene de su puñado de tierra más frutos y de mejor calidad, que nosotros de nuestras grandes heredades ? Esta no puede ser sino obra del demonio; y le acusaron de arte mágica. El edil, sentado en su alta silla, está esperando al reo : el pueblo inunda el Foro : Cayo Furio Cresino se presenta rodeado de sus gañanes, seguido de sus bueyes, arrastrando en pos de sí las herramientas y los utensilios de su labranza. La gente, bien vestida, es robusta, gracias á los buenos y abundantes alimentos : los brazos de esos gallardos campesinos, gruesos, nervudos, son los de Hércules. El timon del arado, un árbol entero, no los aflige, ni al buey que lo tira, ni al mozo que oprime la reja contra el suelo. La cerviz de esos animales puede sustentar un monte y arrastrar una ciudad : así es que los surcos que ellos abren son profundos. Cada azada pesa una arroba: las hoces parecen cimitarras. Romanos! dijo Cayo Furio Cresino, hé aquí mi magia : estos jornaleros, estos animales, estas herramientas son las malas artes de que me valgo para obligarle á mi pegujal á producir más que sus grandes haciendas á mis malquerientes. En cuanto á mis dias sin descanso, mis noches sin sueño, mis fatigas y sudores, no me es dable poneros á la vista. Rompen los circunstantes en aplausos : el reo es absuelto por unanimidad ; y los acusadores, corridos, se escurren por allí, huyendo la rechifla del pueblo. No se trabaja en Roma ?

Toda esa frondosidad antigua, esos bosques y jardines que circumbalaban la Roma de los cónsules y los césares, ha muerto, ha desaparecido, dejando el lugar á la *malaria* y la peste que imperan en la campiña romana yerma y funesta. ¿Dónde están los huertos de Luculo, esos depósitos inmensos de plantas, flores, aves y cuadrúpedos de todo país y todo tiempo? Dónde los jardines de Atico? dónde las quintas, las casas de recreo de los grandes hombres, esos paraísos pequeños que eran la tierra prometida de los cónsules, los senadores y los generales, cuando, cansados, abatidos, aburridos de la política y los cuidados del gobierno y de la guerra, se retraian á olvidar y hacerse olvidar en ellos? Ciceron, el más pobre de los patricios, poseia veintiuna casas de recreo, unas en la campiña romana, otras en la Campaña, y otras en los montes Sabinos: Tusculum, su predilecta, se hallaba á las puertas de Roma. Ni habia un palmo de los alrededores de la ciudad que se manifestase descubierto é inútil: árboles, arbustos, matas bellas y salutíferas, gramas, céspedes, y flores por todas partes, en medio de las cuales el agua cristalina de los cien acueductos que la traian de los collados y los montes, formaban mil ruidosos laberintos. La Roma de los papas es un sepulcro que se levanta sobre el tiempo y las generaciones en medio de un vasto secadal: la naturaleza, enferma, es allí víctima de un letargo sin fin: su hálito pestífero corre á modo de viento de muerte, y ay del que lo aspire, porque aspira el secreto de la tumba. La campiña romana, con no haberla sentido mil ochocientos años, ha olvidado la reja: esa castidad deshonrosa, proveniente de las mil calamidades que han pa-

sado sobre ella, la pervierte más y más : hosca, agria, irreducible : nadie siembra nada en ella, porque nada produce: el agua, huyendo de su seno, le dejó una maldicion. La primavera no ha concluido, y el viajero huye aterrado : calenturas, fiebres malignas principian desde fines de mayo, y no dan treguas sino á fuerza de nieve y frio : el invierno es muchas veces anciano bienhechor que da la salud con drogas amargas. Acaso era lo mismo en la Roma antigua ? Ningun autor hace mencion de la *malaria*, ni la canícula aterraba como la peste negra de ciertas regiones malditas del Asia. Todo verde, todo fresco, gracias á la industria del hombre, que por mil medios grangeaba los favores de la madre naturaleza. Y ése, ése, el pueblo romano, no trabajaba ni tenia idea de la agricultura !

« Por dicha buscaremos la propiedad en la Roma antigua ? » principia así vuestro argumento acerca de tan importante y esencial materia. Si, iremos á la antigua Roma á buscar la propiedad, pues ella no podia estar ausente de pueblo que « era magnánimo porque era virtuoso, » y porque era virtuoso desdeñaba las riquezas. « No bastan en una buena democracia que sean iguales las porciones de tierra ; han de ser pequeñas, como entre los romanos. No permita el cielo, decia Curio á sus soldados, que ningun ciudadano tenga por poca tierra la que es suficiente para alimentar á un hombre*. » El comunismo y el socialismo, azotes de

* *Des causes de la grandeur et de la décadence du peuple romain*, MONTESQUIEU.

las sociedades modernas, no han salido, no podian haber salido de pueblo donde cada ciudadano se contentaba con una porcion de tierra que él podia labrar con sus propias manos. Los graneros públicos, en Roma, no estaban al arbitrio del pueblo : los magistrados repartian el trigo conforme al número de personas de cada familia ; y la ley agraria, que yo sepa, nunca tuvo por objeto la comunidad de bienes. De continuo se la discutió en el Foro ; mas en esto el Senado se mantuvo firme. Y cuando ella hubiera pasado, no disponia que los romanos gozasen de sus bienes en comun, sino que la tierra fuese repartida en justicia, quitando algo al que tuviera por demás, dando algo al que tuviera ménos ó nada tuviera : cosa muy diferente del comunismo de los revolucionarios franceses. Una vez hecha la reparticion, la porcion de cada ciudadano quedaba garantida por la ley, sagrada, precisamente lo que sucede entre nosotros ; con esta diferencia, que entre los romanos antiguos las riquezas no eran de la menor estima, ni habia ricos en la antigua Roma ; al paso que en las sociedades cristianas todo lo poseen unos, nada otros. No quiero ley agraria, no porque ella no es esencialmente justa, sino por las injusticias y los males sin cuento que traeria consigo, caso que fuera posible llevarla á cabo, lo cual es muy dudoso. La revolucion francesa no lo pudo, ¿quién lo podria? Ricos hay en Francia, ricos en Inglaterra que tienen de renta una libra esterlina por minuto ; ricos en nuestra pobre democracia. Pobres hay en Francia, pobres en Inglaterra, que se comen las manos y se echan en el Támesis ó el Sena ; pobres hay asimismo entre nosotros.

Sea como quiera, la propiedad exista, siga adelante como está, haya pobres y ricos : los unos gocen de sus riquezas, los otros quedémonos al Señor. « Y Jesus, mirando al rededor dijo á sus discípulos : Cuán difícil es que los que poseen riquezas entren en el reino de los cielos. »

Achacar á la Roma antigua la invencion del socialismo, es lo mismo que achacarle la esclavitud. El socialismo, por un encadenamiento misterioso de las ideas y las cosas, tiene su cuna en el despotismo, quién lo creyera; y no podia, por ley de la naturaleza, haber nacido en un pueblo que adoraba la libertad, la cultivaba y la gozaba como su bien mayor, más verdadero y presente. La práctica pone en claro relaciones paradójicas que parecen absurdas : el socialismo que está haciendo temblar en nuestros dias á las testas coronadas, conforme las naciones adelantan hácia la libertad, va refugiándose en los imperios donde el autócrata hace gala del poder absoluto. Durante el segundo imperio napoléonico los socialistas eran sombra y espanto del déspota : hoy la república no le teme : ¿ qué ha de temer, si á más andar gana la Rusia, y va dejando libres los pueblos donde el órden es avenidero con el ejercicio de la libertad, y las instituciones democráticas con el progreso ? Alemania ha dado una ley contra el socialismo : ideas no se matan con leyes : la Francia republicana no tiene necesidad de darla : su socialismo ha emigrado al Norte, y allí, en manos de hombres y mujeres, amenaza de muerte á personas é instituciones : libertad y democracia bien entendidas no lo necesitan. La sociedad

humana es una escala ; escala sin escalones, no puede haber : suprimid las clases sociales, y dicha sociedad queda suprimida. En una sementera de trigo mismo unas espigas son mayores que otras, si por la elevacion, si por el volúmen : tienen las espiguitas bajas y flacas derecho de conspirar para ser iguales á las gordas y altas ? Allí está la naturaleza que tal hizo ; pegaos con ella. Alemania, Rusia, imperios despóticos, ó casi despóticos, las han hoy con el socialismo : Francia, como queda dicho, lo está ahogando sin leyes : los Estados-Unidos no lo conocen. El socialismo, pues, no pudo haber nacido en la Roma antigua, como sin luz de razon ni conciencia lo habeis sentado, vosotros, católicos de la garra, para quienes no hay cosa buena fuera de vuestra jacarandina. Socialismo... Infantin, discípulo de San Simon, proclama la comunidad de bienes de fortuna, la libertad de amor, bajo la inspeccion del sacerdote, la comunidad de mujeres, el nivelamiento de las clases sociales, con la *obediencia cadavérica* á un gran pontífice, que debe ser católico. Vosotros sois, pues, los socialistas, sansimonianos sin caer en la cuenta: no os falta sino la Gran Madre : id á buscarla por Ginebra.

Ahora viene la esclavitud, y con « los alaridos del esclavo desgarrado por el látigo del patron » me helais de espanto. Una imputacion calumniosa á un gran pueblo y dos gazafatones, hé aquí la esencia de esas dos líneas de vuestro cuño. El patrono, en Roma, era protector obligado á tales y cuales servicios para con sus clientes : el patrono tenia amigos inferiores á él á quie-

nes protegia á vueltas de sus obras serviciales: esclavos, no eran ellos. Luego ese látigo no estaria chasqueando en manos del patrono sino del dueño; y esos alaridos no habrán sido del cliente sino del esclavo. Sea de esto lo que fuere, la invencion de la esclavitud no es de Roma; no lo es, puesto que es mucho más antigua; ni defecto del gentilismo, como lo afirmais, irrogando á los dioses este gratuito agravio: mujeres tenian éstos, queridas y mensajeros; mas no he sabido que en el Olimpo hubiese esclavos: lo que sí sabemos todos es, que los patriarcas de la ley antigua los tuvieron mucho ántes que los romanos: ¿ quién no sabe la historia de *la esclava* Agar ? La esclavitud es la mancha de los pueblos antiguos y los modernos, el crímen de que no se quieren castigar, porque no se resuelven todavía á tener por buenas las leyes del Redentor ciertas naciones que ponen la monta en el nombre, y no en la esencia de las cosas. No quereis ir á Roma, por *no oir los alaridos del esclavo*; pues no vayais tampoco al Brasil, nacion cristiana; no vayais á Cuba, católica-apostólica-romana. A los Estados-Unidos, desde ayer, ya podeis ir: Lincoln os ha abierto las puertas. ¿ Porque afeais á Roma con esa excrecencia que así deslustra á los antiguos como á los modernos? El cristianismo acabará por extirpar ese nefando abuso: el Evangelio no sufre la esclavitud: el Salvador muere por el género humano. No, no iremos á Roma á buscar la esclavitud, pues el hombre de bien no busca en ninguna parte sino lo justo y lo bueno. Y echad de ver una cosa, que yo he querido ir á Roma, y de ningun modo á la infame Capadocia; que el pueblo romano es quien me

causa admiracion, y no los tracios ni los bretones de ese tiempo: en balde me traeis esas tiramiras de ingleses desnudos á ponérmelos por delante: así los compadezco yo como vosotros; así los libertariais vosotros como yo. El derecho antiguo de la guerra era monstruoso: hizo mal Roma en reducir á los prisioneros á la esclavitud; pero en descuento de este abuso, ¿no se os acuerda cuántos enemigos vencidos vinieron á Roma á ser ciudadanos romanos? En Roma, al lado de un crímen hallais siempre una virtud: Id á Roma: aprovechad de lo segundo, absteneos de lo primero.

El vicio general de que adolece vuestra censura es la mala fe; y demas de esto hay en ella error de juicio, y un prurito de generalizacion que tuerce mis ideas y estraga mis intenciones. Cito á Platon, y decis que Aténas no puede servirnos de modelo: traigo una ley de Licurgo, y volais á advertirme que en Lacedemonia se toleraba el hurto: admiro á Lucrecia, ¡y cuán prontos y apercibidos estais para darme en cara con el suicidio! Locura seria en mí pretender que ahora nos educásemos en la escuela de Hejesias; locura que imitásemos en todo á los romanos. Pero es no menor la vuestra de querer inspirar repugnancia por las antigüedades griega y romana, y hacernos olvidar los nombres de Aristídes y Caton, por los de san Simon Estilita y san Martin Porres. No seria mejor pensásemos en todo, supiésemos de todo, y del vasto campo de las civilizaciones antigua y moderna tomásemos la flor y nos adornásemos con ella? Direis que para salvarnos no habemos menester las sentencias de Bias ni los consejos de Pitaco; y yo

os digo que no por que los sabemos nos condena el Señor á las llamas infernales. Y no os dijo ya Bossuet? seria vergonzoso á todo hombre de bien ignorar el género humano. Condenad por vuestra parte cuanto querais á vuestros semejantes ; pero, « felices los que esperan en silencio la salud de Dios. »

Qué diria Gibbon si os oyese la peregrina especie de no querer se inspire á los jóvenes simpatía por la antigua Roma ? qué diria Fenelon ? qué diria el gran Cárlos de Secondat ? qué dirian tantos ínclitos varones que han resaltado sobre los demas, no por haber vertido la sangre de los pueblos, mas ántes por haberse instruido en el Liseo y el Pórtico ; por haber ido con los diputados del Senado por todo el mundo en busca de buenas leyes ; por haber bebido, no de « las turbias aguas de Sodoma, » como habeis dicho, sino de las cristalinas y saludables del Peneo ? No me cerreis las puertas de la antigüedad, porque os las rompo á hachazos. Miguel Angel, ciego, se hacia llevar al museo del Vaticano, y lo que no alcanzaba con la vista, lo obtenia por medio del tacto : su espíritu, en combinacion misteriosa con la belleza, estaba gozando en silencio de las formas y las perfecciones de las estatuas antiguas. No de otro modo me haria yo llevar á las ruinas de Grecia y de Roma, y arrimándome á las columnas del Partenon, y tocando los escombros del Coliseo, recibiria profundo y rejuvenecedor deleite, volviendo con la imaginacion á esos pueblos y esos tiempos. Sabeis cuándo hemos de ser felices verdaderamente ? no cuando estrechemos la inteligencia ciñéndola á la órbita de vuestros mezquinos

estudios, como lo deseais, y obedeciendo como ruines á los tiranos del espíritu, sino cuando entreguemos nuestros hijos, como los magos, á cuatro preceptores, el más sabio, el más justo, el más temperado y el más valiente de la Nacion. « El que le llega á tomar el sabor á los estudios religiosos y á la vida mística, habeis dicho, ya no piensa en las vanidades de la historia. De continuo vemos incrédulos que se pasan á nuestro partido ; mas no un católico que se pase á los libre-pensadores. » Arcesilao se encargó ahora dos mil años de responder por mí, con la que le dió al epicúreo que se complacia en repetir que de su escuela nadie se pasaba á la estoica ; miéntras de ésta sí muchos se pasaban á la de su maestro. Si fuera yo versado en el griego antiguo, estamparia esa respuesta en su idioma propio, á fin de que nadie la comprendiese : á falta de esa joya orinecida de la educacion, adornaré con el silencio mi discurso, que esto lo requieren la pulcritud de las ideas y la castidad de los oidos. Por lo demas, no es exacto que ciertos cristianos sean tan firmes como dicen : las conversiones de éstos al mahometismo son frecuentes en el Asia. Acaba el *Indian Mail* de dar noticia de un misionero que, habiendo ido á convertir musulmanes, se ha vuelto mahometano él mismo, y hoy predica con gran fervor el Islam á los cristianos *. Sea dicho en pro de la verdad que ese curioso misionero es cristiano protestante, y no católico ; pero cuántos franceses, de esos que pueden contarle los pelos al diablo, católicos-apostólicos-romanos en su tierra, no andan de turcos en Constantinopla,

* *Indian Mail*, 24 de mayo de 1875.

de santones y dervises en el Cairo, de adivinos en Ispahan, y aun de bonzos y sacerdotes de Budda en la India? Un portugues de nombre Castro Capao llegó por sus servicios en el haren del Gran Señor á ser bajá de una cola: era de morir de risa verle mondo y lirondo el cogote, ceñida la cimitarra, fumando su pipa de á dos metros, gordo como cantor jubilado de san Pedro. Le pasó por la cabeza venir á Portugal á hacer una visita á su familia: tan luégo como fué en su casa de *Tras os montes*, no perdió ni domingo de oir misa entera, aunque él era quebrado; ni viérnes de comer de vigilia, ni juéves de ir á la escuela de Cristo; y como para sufragar para el buen viaje, en vísperas de su regreso, Julio Castro Capao se confesó y comulgó en Santa Ripeta, y se volvió á su bajalato más infiel que en ningun tiempo. Adonde fueres haz lo que vieres: Castro Capao era un Maquiavelo de una cola y dos orejas, pero no tenia serrallo...

« El esposo tirano de la esposa, » habeis dicho. La ley mantenia á la mujer en tutela perpetua hasta el dia que se casaba, en el cual quedaba emancipada y libre. Nunca en Roma tuvo el marido derecho de vida y muerte sobre la mujer, como lo tuvo, por desgracia, sobre los hijos; nunca pudo obligarla, ni la obligó á los trabajos y las penas de la servidumbre. Podian los hombres repudiar á sus mujeres, y esta facultad la tuvieron amplia los maridos; y con todo, era tal *el respeto por los auspicios,* tales la moral y las costumbres, que el espacio de quinientos veinte años nadie se atrevió á usar de ese derecho, hasta que Carvilio Ruga repudió á la

suya, por causa de esterilidad *. Las mujeres tenian templos aparte; las casadas, juntas misteriosas en las cuales trataban puntos ignorados por los maridos, quienes sufrian esos misterios con religioso silencio. Por eso fué tan grande el crímen de Clodio, y tan ciega la indignacion de los romanos, cuando ese muchacho desalmado se introdujo, vestido de mujer, en la casa de César, por amores con la de este guerrero. Ni la salvacion de Roma fué motivo harto poderoso á los ojos de Ciceron para violar los misterios femeninos: sabedor de la conspiracion de Catilina; de cómo iba la ciudad á ser destruida por el fuego, y degollados senadores y hombres de bien esa misma noche; el cónsul, inquieto, pálido, deja el Foro y, seguido del pueblo, acude á su casa para tomar providencias acerca de salvar la República. Llama á la puerta: silencio; vuelve á llamar: todo silencio. Su mujer estaba celebrando ese instante los misterios de la Buena Diosa: el cónsul retrocede con santo respeto, y gana una casa vecina. Hé aquí la tiranía del esposo sobre la esposa, el yugo del hombre sobre la mujer. Los romanos hacian siempre memoria de Caton Censorino quien se habia arrepentido de haber confiado un secreto á una mujer: Marco Bruto, varon austero, de pensamientos elevados y opiniones rigorosas, lo primero que hizo fué poner á su mujer al corriente de la conjuracion contra el dictador Julio César. Porcia, hija al fin de Caton de Útica, echa de ver cierta zozobra en su marido: no le dice qué tienes, no le pregunta qué va á suceder? Toma

* Dionisio de Halicarnaso.

un cuchillo y, desnudándose la pierna, se abre en el muslo una herida profunda. Qué haces, Porcia! grita su marido aterrado. Para que veas, responde esta mujer sublime, con cuanta facilidad me diera yo la muerte, si tuviera la desgracia de perderte. Bruto la incluyó en los conspiradores.

Tan grande era el miramiento de esos antiguos por las mujeres, que las leyes castigaban muchas veces al marido las faltas de su cónyugue, como sucedió con Titideo Labeon, á quien el edil impuso una fuerte multa por los desórdenes de su mujer Vestilia. Las vestales, sacerdotisas de la diosa de la pureza, están simbolizando el respeto y la veneracion que los romanos profesaban al sexo femenino. Es verdad que en faltando á sus votos eran enterradas vivas; mas era porque, como célibes, no tenian sobre quien el juez echase todo el rigor de la ley; y su excelso ministerio de estar en correspondencia con la Divinidad por medio del fuego sagrado, era descuento sublime del grave castigo en que incurrian las prevaricadoras. « Decíase de los romanos que ellos mandaban á todas las naciones, y que sus mujeres los mandaban á ellos. » Cuando discurriais el presentar de víctimas de los hombres á las mujeres de Roma, no columbrabais que el gran Bossuet os estaba dando un mentís y un tapaboca. Lo que no pudieron los senadores saliendo en corporacion á echarse á los piés de Coriolano ; lo que no alcanzaron el cuerpo de sacerdotes, los flamines de Júpiter, el gran pontífice, lo pudieron la anciana Veturia y la jóven Volumnia. La madre y la esposa del desterrado vengativo sabian que salvando á

Roma le perdian ; el desterrado estaba viendo que ceder á los ruegos de su madre y su esposa, era cavar su propia tumba : madre y esposa, dos mujeres, pierden hijo y marido, y salvan la patria. ¡ Qué esclavas tan poderosas ! Respeto á su madre, amor á su mujer, esto fué más para Coriolano que lágrimas del Senado y majestad del sacerdocio.

Sertorio, lleno de guerras y de triunfos, de triunfos y de gloria, sabe la muerte de su madre, se encierra en un cuarto oscuro, y se propone morir de hambre y dolor. Tres dias se estuvo tirado por el suelo, revolcándose con gritos agudísimos, hasta que sus capitanes, vencido el respeto por el peligro de su general, fuerzan la puerta, y le salvan á pesar suyo. Estas son las mujeres desdichadas á quienes desamor y menosprecio vuelven cosas, despojándolas de la personalidad augusta con la cual naturaleza las iguala en un todo con nosotros ! Ignoran los seudo-católicos, seudo-sabios, que una de las lámparas inextinguibles es la que los arqueólogos pretenden haber encontrado en el sepulcro de Tulia, hija de Ciceron ? Esa disolucion de oro que nunca se consume, no era empleada sino en honrar y perpetuar la memoria de personas casi divinas. La tumba de Cecilia Metela, uno de los pocos monumentos salvados del rigor despacioso de los siglos, es como un templo : todos los viajeros la conocen. Si alguna persona se atrevió á subir en carro al Capitolio, fué una mujer : viéndola está el mundo á esa romana soberbia cómo infringe la ley impunemente, y envuelta en púrpura, arrastrada por cuatro caballos blancos, viola atrevida la escalera sa-

grada, y se apea, como una Semíramis, en el umbral del templo de todos los dioses. Agripina, resguardada por las cenizas de Germánico que lleva consigo, y por los fueros de su sexo, se afronta con Tiberio, y le pregunta : Qué proporcion guardan los honores rendidos á la víctima con la persecucion á su descendencia ? El tirano, herido en su orgullo, mirándola despacio, dijo : No estoy distante de hacer con ésta una severa demostracion. No la hizo, por no hacerla con una mujer. Al paso que hoy, en pueblos cuyo monarca se ha llamado « rey cristianísimo ; » pueblos católicos-apostólicos-romanos, la mujer es uncida con el buey y el asno para arar de cinco á cinco : el Perigord, la Bresse, la Picardía, la Baja Bretaña les están sacando verdaderos á Aimé Martin y Michelet *. En Roma, las leyes Julias fomentaban y premiaban el matrimonio : el número de hijos era santidad para la que tenia muchos : hoy, ¿dónde está la ley Papia Popea que las saque de la triste horfandad en que se consumen la mayor parte de ellas, luchando con la furia de la naturaleza comprimida, y con las pesadumbres de un triste aislamiento ? dónde la recompensa y los honores á las que dan mayor número de hijos á la patria ? Pobres mujeres, nosotros ni siquiera les comunicamos nuestros proyectos, ménos consultarnos con ellas, como los galos ; ni rendirnos á su dictámen, como los germanos. Los egipcios sometieron por una ley el hombre á la autoridad de la mujer, en honor de Isis : los babilonios hicieron otro tanto en honor de Semíramis : nosotros no nos sometamos á su au-

* *Education des mères.* La Femme.

toridad ; pero levantémosla con la educacion, endiosémosla con el amor, honrémosla con la estima ; y no, á fuer de católicos, andar deprimiendo á los pueblos donde ella ha preponderado más, para regalarla con una superioridad fantástica, superioridad y felicidad de que no goza todavía en los cristianos. « Se detuvo, se volvió á ellas, y les dijo : Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos. » Desde Jesus hasta nuestros dias, llorando están por ellas y por sus hijos, y diciendo : Piedras, rodad sobre nosotras ! montes, cubridnos !

Por una ley antigua las matronas romanas no podian llevar sobre sí más de dos onzas de oro en adornos y arrequives : tanta sencillez y pobreza las humillaban : echaron de manga á un senador galante, y éste propuso la abolicion de la ley, contra el parecer de los más graves padres conscriptos. Caton pronunció un discurso convincente acerca de mantener la ley suntuaria : Las estatuas que hemos traido de Siracusa, dijo, creedme, son nuestros enemigos más temibles. Hablaba contra el lujo. Empero las damas romanas se habian levantado en globo : con mil voces estaban suplicando, con mil manos estaban ordenando : lágrimas, amor, promesas, nada omitieron. Habia por entónces un famoso libertino llamado Julio César : éste se decidió por las joyas femeninas y, á pesar de la autoridad de Caton, riéndose de sus pullas, echó abajo la ley con su elocuencia. Ese pillo sabia que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere ; y puesto que la púdica Diana no habrá querido que las mujeres anduvieran abrumadas de oro y pedrería fina,

el orador de los anillos dijo lo que despues dijeron los franceses : *Ce que femme veut, Dieu le veut,* y la ley fué derogada. Decidme ahora que las mujeres nada podian en Roma.

No pretendo que entre los mártires de la religion cristiana, entre sus santos, no haya modelos dignos de ser imitados ; pero éstos, á mi modo de ver, no son esas mujeres insensatas, histéricas del fanatismo, cuya virtud y santidad consisten en comer yerbas crudas, como bestias, y dormir sobre tres guijarros, uno para la cabeza, otro para medio cuerpo, otro para los piés, puente de dos arcos por los cuales pasan en caudal negro y soñoliento la locura y la ignorancia, como he leido que más de una desdichada lo practicó en la vida. Digo lo practicó, y no lo ha practicado, porque el género humano, en feliz y diario mejoramiento, no cae ya en esas demencias de santos frenéticos é impíos, cuyo timbre es envilecer la obra del Criador y desfigurar su imágen. El cordero pascual era escogido entre los más sanos, más bellos y robustos ; y no se hubiera agradado la Divinidad de un sacrificio cuya víctima fuera una alimaña ridícula, estragada por la roña, macilenta, fea á la vista y repugnante al paladar. La virtud del cuerpo, virtud física ofrecida á Dios en forma de hambre, azotes, demacracion horrible, llagas vivas, es fiesta nefanda. Lastimarse la espalda con las disciplinas, amortiguar el brazo con los cilicios ; perder belleza, fuerzas y salud, ¿es ser digno de la hermosura y la salud eterna? Las virtudes propiamente dichas son impalpables : no tienen carnes que abrirse con pelotas de puntas de vidrio ; no

tienen estómago que atormentar con la necesidad ; no tienen cabeza que perturbar con el insomnio : el hombre ó la mujer que se aproxime á Dios con el amor violento de los serafines, ese es el santo, esa la santa, porque en ese amor están ardiendo todas las virtudes. Los santos del azote me causan horror : esa no es sino la estupidez sanguinaria que se está agitando sin objeto. Santas como santa Ines, que sufren el martirio y mueren por Dios, ántes que salvar la vida y ser felices del mundo á costa de la conciencia y la virtud, dádmelas. ¡ Y cuán bella es esa niña de quince años ! y cuán fuerte en su infantil debilidad ! Tesoros, promesas, amenazas, todo en balde : el tirano, desesperado, cae á sus plantas, echa lágrimas ardientes de amor y crímen : enfurecido, se endereza, grita á sus esbirros, da órdenes foribundas : la jóven, serena, inflexible, y siempre hermosa, sonrie á la muerte que ya llega en las puntas de las lanzas. La hirieron, murió ; murió por su religion y su honra : murió vírgen, inocente, subió al cielo en alas de los ángeles. Y alas de los ángeles no fueron para ella hambres continuas, maceraciones insensatas, martirios indignos ; fueron esas invisibles que despliegan las virtudes, y se mueven á impulsos del Altísimo, que sopla en ellas y las envia por las regiones de la gloria en armonioso movimiento. Santa Teresa de Jesus elevada á la inmortalidad en esos éxtasis sublimes que la ponen en contacto con los séres divinos, y la hacen gozar anticipadamente de una ráfaga de gloria eterna, esa es la que me causa maravilla y me infunde anhelo de una imitacion imposible. Santa Mónica, madre de san Agustin, tomada de ese amor de los serafines, practicando las obras de misericordia, colgada

del Señor todopoderoso y misericordioso para que llame á su hijo querido, esa es la santa. De ser un idiota que pasa el dia en la ociosidad metido en la iglesia, y la noche se tira sobre cama de hortigas, dándose á entender que es santo, quiero ser pecador hombre de bien, que á lo ménos honra á Dios con el pensamiento y sirve á sus semejantes con el trabajo. Vosotros quereis, seudo-católicos, nos pongamos á dormir sobre un monton de espinos, como lo haceis vosotros, salvo el derecho de levantaros en lo oscuro y pasar de puntillas al dormitorio de vuestro amigo ausente... *Bene quidem :* mi senda es otra : si llego á Dios, no ha de ser por la tortuosa de la hipocresía.

Bella será y amable « la jóven que prende su cerilla y la pone á *su patron* por la salud de su hijo. » Ni mio es el trigo ni mia es la cibera : muela quien quiera ; mas ruegoos considereis otro refran que dice por ahí : ir por lana y volver trasquilado. Mondos y lirondos os hallais, amigos ; que á nuestro modo de ver, os hemos trasquilado, y á cruces ; lo que los latinos llamaban *turpiter decalvare* ; y el Fuero Juzgo *esquilar laidamiente*. Jóvenes bellas y amables, las puede haber entre los romanos, puesto que no pongan *cerillas,* ni tomen las hebillas... de don Diego, como vosotros : veamos si las hay sublimes. Cecina Peto, varon de pro, ha tomado cartas en la conspiracion de Escriboniano contra el emperador : Escriboniano sale mal y muere : Cecina Peto anda vacilando y temeroso. Es de saber que en ese pueblo, el condenado á muerte que la esperaba de manos del verdugo, quedaba infame : el modo de salvar la honra

era anticiparse al ejecutor con la propia. Arria, mujer de ese hombre pusilánime, aterrada del peligro que está corriendo su marido de tener mala muerte, toma un cuchillo, entiérraselo en su propio seno, sácalo chorreando sangre, y con divina sonrisa se lo presenta á su marido diciendo : *Pæte, non dolet!* Peto, no duele. Peto, avergonzado, toma el cuchillo, y hace su deber. Esta no es bella y amable ; pero es bella y terrible ; ejemplo inaudito de valor y denuedo, que con una proeza salva á su esposo de la infamia.

Cuánta delicadeza en la muerte de la mujer de Fulvio ! Era éste un privado de Augusto que poseia sus secretos, y á su vez se los recomendaba á su consorte. Mujer no los podia callar, y descubrió uno de no poco momento. Fulvio experimenta en breve el ceño reprochador de su amo : desesperado, corre á su mujer, y le cuenta lo que pasa. Con razon, y muy bien merecido, responde ésta : bien sabes que no tengo ningun poder sobre mi lengua ; y con todo no dejas de recargarme de secretos. Mas á todo se puede dar un corte ; y pues yo he sido la causa de tu desgracia, yo quiero darte el modo de remediarla : muere, amigo querido : sigue á tu esposa, la cual, si no ha alcanzado á preservarte de los peligros con el silencio, no se verá falta de ánimo para salvarte con el ejemplo. Y diciendo y haciendo se mata á ojos vistas de su marido, no tanto asombrado, cuanto pronto á imitar el heroismo de su mujer sublime.

Ahora supongo que quereis tambien una jóven her-

mosa y amable, y me la exigis como prueba de la bondad y la belleza de esos tiempos, grandes tiempos de Grecia y Roma? Vedla aquí, y mirad si no vale tanto, y acaso más, que *la del patron y la cerilla.* — Cleombroto, yerno de Leónidas, rey de Esparta, se ha revelado contra su suegro, le ha vencido y expelido de Lacedemonia. Quelonisa, hija del rey en desgracia, deja á su marido triunfante, y se va al destierro con su anciano padre: allí fué para él ojos de ciego, piés de cojo; todo lo que era el santo Job para los predilectos del infortunio. Pero Leónidas tiene su bando en la patria ausente; y como la prosperidad raras veces tiene vuelta de hoja, Cleombroto se viene á tierra, vuelve su suegro, tornan las cosas á como ántes eran. Y Quelonisa? Quelonisa deja á su padre vencedor, y se va al destierro con su marido desgraciado. Allí fué para él madre, esposa é hija. Es ó no amable esta jóven? es ó no buena esta hermosa jóven? *La cerilla*, está bien: cualquiera la puede poner, que sea buena, que sea mala: abrazar en todo caso el partido de los dolores, enjugar lágrimas, ser báculo de la vejez, amor del corazon, ángel de la guarda del vencido, siempre del vencido, esto es santidad; y estas mujeres, como la vestal Tuccia, pueden traer agua en un harnero. La sangre de una muchacha buena, pura, como la del cordero con que fueron señaladas las puertas de los israelitas, salva del exterminio á toda una raza. El que una posesa del demonio del fanatismo duerma sobre tres piedras, y coma tres habas crudas por dia, á nadie aprovecha; al paso que las acciones que envuelven amor y abnegacion, son prendas de la grandeza del género humano y gloria

del Criador. Jesus anduvo siempre tras los que podian necesitar de él : no vivió encerrado en una cueva, ni se maceró las carnes, ni dió en esas bajas demostraciones de arrastrarse y desfigurarse, como despues lo han hecho algunos frenéticos, echándolo á cuenta suya, y como quienes practicaban las virtudes.

Ahora viene Lucrecia. Todos preferiremos siempre á Maria, madre de Dios, sobre Lucrecia, mujer de Colatino, esto es sin duda : no hay, no puede haber contraposicion, rivalidad entre ellas : la virtud se junta con la virtud á pesar de tiempos y distancias. Mahoma ha reunido á Maria, hermana de Moises ; Maria, madre de Jesus ; Cadijah, su esposa ; Fátima, su hija, y las ha llamado « las cuatro mujeres perfectas : » vosotros, cristianos de por ahí, tomariais por los cabellos á Fátima y Cadijah, y sin averiguar su condicion, sin meteros en consultas con el Juez supremo, las aventariais al infierno, tan solamente por que eran esposa é hija de Mahoma. Este ha hecho lo contrario : ha tomado á la hermana de Moises y la madre de Jesus, y las ha puesto como las dos primeras mujeres perfectas. Volveis, pues, al verdadero, ménos benigno, ménos perdonador que el falso profeta. Guárdeme Dios de querer igualar á esas mujeres : lo que hay de virtud en ellas, si es virtud, todo se saldrá allá ; mas el santo privilegio de Maria de ser madre del Enviado de Dios, la levanta sobre las personas de su sexo y sobre el género humano. Si á grandeza de alma y á virtudes va, Lucrecia, la suicida, hubiera sido santa Lucrecia, si en tiempo de los reyes hubiera curia romana, y se usara mandar allá cincuenta mil pesos para

las diligencias legales de la canonizacion. Ya veo que se os erizan los cabellos, rugis de cólera y huis de espanto haciéndome cruces: no importa: Lucrecia, mujer de Colatino, hubiera sido santa Lucrecia, y vosotros le hubierais puesto velas, pidiéndole sabe el diablo qué cosas ilícitas con vuestras secretas oraciones. Lucrecia es un conjunto de virtudes, virtudes cristianas: modesta, humilde; pues siendo gran señora, trabaja en uno con sus criadas. Caritativa; pues no habla de ni hace mal á nadie. Honesta; pues por haber perdido la honra á pesar suyo se da de puñaladas. Aquí está lo malo, decis: con este hecho impiamente heroico pierde todas sus virtudes. No es así: una mujer cristiana, desde luego, luchara hasta la muerte; y si la defensa hubiera flaqueado por falta de vigor, todavía le quedaba el último arbitrio, cual era quitarse la vida ántes de la consumacion del sacrificio. Si nuestras ideas reinaran entónces, Lucrecia hubiera hecho lo propio; mas el cristianismo no iluminaba aun la tierra; y una mujer, por santa que fuera, no podia atenerse á sus prescripciones ni sus prohibiciones. Mas aun: la esposa de Colatino, léjos de cometer un crímen con suicidarse, no consumaba sino una accion indiferente segun los principios de esos tiempos; indiferente, si ya no era virtuosa, como indicador de ánimo fuerte y virilidad siempre bien vistos por los romanos. Ni la religion, ni las leyes, ni las costumbres prohibian el suicidio; y habia de ser criminal quien lo verificaba? Y echad de ver que no aplaudí en Lucrecia el suicidio, ni pretenderia yo que todas las mujeres se matasen, si sufriesen la desgracia de esa antigua: el amor á la honra, la virtud sin límites,

la pureza del alma irritada que la ponen en la necesidad de quitarse la vida, esto es lo que me enfervoriza. Lo que yo quisiera que nuestras mujeres aprendiesen de Lucrecia seria la fidelidad, la buena fe, y esa honesta pasion á su marido, que no le permiten vivir despues de haberlas violado. No, no quise la imitasen ni en el gentilismo, ni en el suicidio. Era éste accion tan inocente entre griegos y romanos, que por el mismo caso venia á ser muy comun. Para ciertas escuelas, como la de Hegecias, rara virtud quitarse la vida ; y tan elocuente el sofista, que Antígono hizo cerrar de mano poderosa la dicha escuela, no fuese que su reino quedase despoblado. Todos saben que Ambrociata, como acabó de leer el Fedon de Platon, corrió al mar y se echó en él de cabeza. Hubo tiempo en que las doncellas milecianas dieron en matarse, tomando tal incremento su locura, que los legisladores intervinieron en ese fúnebre negocio con leyes diferentes. Nada pudo eso con las muchachas enloquecidas por obra de « una extraña melancolía, » segun dice el historiador que trae este caso : ni exortaciones de los sacerdotes, ni expedientes de los magistrados, ni lágrimas de los padres. En este conflicto, los senadores dieron una ley, la cual disponia que el cuerpo de la suicida fuera colgado desnudo en la plaza pública. La providencia fué eficaz : pudor alcanzó lo que no habian alcanzado amor ni consejo. Y no vayais, cazadores de contradicciones, á tomarme en una de bulto, habiendo yo dicho poco ha que las leyes no prohibian el suicidio. No lo prohibian : este fué un caso excepcional, y como desgracia extraordinaria que amenazaba con la ruina de Mileto, el legis-

lador debió meterse de por medio: bien así como le sale al frente, y con sabias providencias le barrea el paso á la peste, sin que haya dado leyes contra ella en tiempos de mortalidad: la mortandad es caso raro, al cual conviene acudir con arbitrios supremos.

Matábanse los hombres por tan leves causas en aquellos siglos, que parecia se mataban no más que por matarse. Mídas se quitó la vida tomando por mal agüero el ladrar de un braco: Aristodemo, porque habia tenido un sueño triste. En Roma, Lucio Aruncio se dió la muerte, por huir, dijo, del pasado y del futuro. Granio Silvano y Estacio Próximo, por no aceptar la gracia de hombre tan malo como Neron. En la antigua República de Marsella guardaban por cuenta del erario cicuta preparada para las personas que quisieran salir de este mundo, adelantándose por su cuenta en demanda de los secretos eternos. Tal era el suicidio en la antigüedad, ¡y venimos á condenar á Lucrecia por suicida! Los españoles juzgaron en Méjico, y condenaron á muerte á Cuelpopaca, general de Moctezuma, segun las leyes de España. Montesquieu dice que este es el ejemplo más raro de esas usurpaciones sangrientas con que los hombres han lastimado la justicia. Otro tanto hizo Francisco Pizarro con Atahualpa, á quien echó al fuego, entre otros artículos de acusacion, porque el Inca habia tenido muchas mujeres, cuando las leyes de Castilla prohibian la poligamia. No de otro modo los católicos ignorantes juzgan á los pueblos anteriores al Mesías por las leyes, no de Jesus siquiera, sino de la curia eclesiástica. Platon, Aristóteles, Marco Tulio han quebrantado

los mandamientos de la Iglesia: no han oido misa entera, no han confesado y comulgado por pascua florida, no han pagado diezmos y primicias, no han comido peje el viérnes, no han ganado indulgencias; al infierno! Hé aquí la santidad, hé aquí la sabiduría de esos locos voluntarios. Y á qué infierno se hubieran ido, cuando no lo habia en esa época del mundo? El infierno es institucion posterior; lo que entónces habia era Averno, Tártaro, debajo de los Campos Elíseos; cosa muy diferente del infierno de sapos y culebras de nuestros clé rigos. Decir que Táles de Mileto, Pitágoras de Sámos, Anacársis y más filósofos pata de perro están en el infierno de los cristianos, es lo mismo que decir que esos sabios vagabundos se fueron á Babilonia en ferrocarril, y visitaron las Pirámides en velocípedo. Que se hallen en el Orco, siquier Tártaro, vaya en gracia; en el infierno católico, *nego*. El infierno católico es asunto que nos atañe á nos los papistas, nos los jesuitas, nos los benedictinos; el infierno católico nos incumbe á nos las hijas del Buen Pastor, nos las beatas, nos las viejas urdemales; el infierno católico es ganga de los que oimos misa, nos rompemos el pecho á mogicones, pagamos diezmos á la Iglesia y despojamos al desvalido para reembolsar esa contribucion sagrada. A él nos vamos los pontífices con nuestras tiaras sembradas de pedrería fina, y nuestro báculo de puño de oro: á él nos vamos los obispos con nuestras altas mitras y nuestra capa magna: á él nos vamos los canónigos con nuestra barriga reverenda y nuestra papada de tres pisos: á él nos vamos los curas con nuestra codicia, nuestra inclemencia, nuestra ignorancia y nuestros hijos. Las almas

de los escépticos, los pirrónicos y los peripatéticos no pueden haber permanecido mil años en el aire esperando la fundacion de nuestro infierno. Á él nos vamos los emperadores cargados de riquezas, de soberbias y de sangre : á él los guerreros hartos de victorias y laureles, hartos de lágrimas sin compasion ni remedio : á él los sabios falibles, seudo-sabios, que propagan absurdos y enseñan equivocaciones : á él los hombres de estado que provocan guerras, esquilman á los pueblos y echan á perder la república por ineptitud ó por malicia. ¿ Qué lugar ha de haber para los gentiles en nuestro infierno ? Á él nos vamos los letrados vanidosos, los escritores maliciosos, los poetas inmorales y tontos : á él las señoronas gordas de pecados, las señoritas afeitadas de alma y cuerpo, las maduras impertinentes. Jurisconsultos, escribanos, tiranuelos, esbirros, frailes, clérigos y monjas, muchos son entre nosotros para que haya vacantes en el infierno de ofrecer á los pecadores del gentilismo. La América para los americanos, dijo Monroe ; y esta idea se ha convertido en principio de derecho tácito : así, el infierno para los católicos ; y quede esta regla convertida en dogma de fe. *Si quis... anathema!*

Léjos nos hallamos de pensar que el infierno sea creencia perjudicial, ni siquiera inútil para el género humano. Si no existiese el infierno, seria preciso inventarlo, como ha dicho un filósofo hablando de Dios. Raros, muy raros serian los hombres que amasen á Dios, aun cuando no hubiera cielo ; y le temiesen, aun cuando no hubiera infierno, como la santa

doctora que tantas veces hemos de nombrar en este libro. La idea de las recompensas y los castigos futuros es de todas las religiones, y está fundada en el principio de la justicia universal, la justicia divina. Si en este mundo pudieran ser castigados todos los delitos, estarian tal vez por demas las penas subsecuentes á la vida; y si todas las virtudes y las buenas obras fueran premiadas desde aquí, el galardon de la eternidad no viniera á ser del todo necesario. Mas como nuestros peores delitos, cuales son los que cometemos en lo profundo del pecho contra nuestro Criador y Padre, quedan impunes en la tierra, justo es pensar que algo hay allá de terrible y no sospechado por nosotros. Asimismo la conciencia y el sentido interior no toleran ver frustradas por la nada las mayores virtudes de que somos capaces. La parte feliz de nuestra especie; esos que viven sin motivo de queja del mundo; que gozan segun su naturaleza, y no padecen ó padecen poco; esos que ni experimentan el suplicio perpetuo del crímen, ni saborean la dulce satisfaccion de las buenas acciones; esos podrán quizá ser indiferentes á la doctrina de la gloria y las penas futuras. Los que padecen por la justicia, la verdad, la moral; los que trabajan y viven hartos de hambre; los que sudan y no tienen agua; los que sirven á sus semejantes, y reciben en desprecios y golpes el pago de su buena voluntad; los que sufren con paciencia los rigores de la suerte, derramando lágrimas de resignacion y amor; los que ven sus miembros lacerados, su piel escoriada, sus huesos desportillados, y no se irritan ni reniegan; los que en medio de las sombras dolorosas de la miseria levantan los ojos á Dios y le ben-

dicen ; los que se sacrifican por las santas causas ; los que viven pensando y alabando al Infinito, creyendo y temiendo ; éstos, digo, todos éstos, tienen derecho á la recompensa futura : la nada seria gran injusticia ; y Dios no las comete ni grandes ni pequeñas. Ahora pues, los malvados que hacen todo ; los sacrílegos que se burlan de lo que no saben ni conocen ; los tiranos que destruyen pueblos asesinándolos ó corrompiéndolos ; los mentirosos que matan alevosamente la verdad á cada paso ; los calumniantes que exponen á la deshonra ó la ruina al inocente ; los que derraman sangre con premeditacion ; los libertinos infatigables que se comen á bocados honestidad, pudor y paz de las familias ; los impíos que niegan á Dios ; los corrompidos que predican el abuso con nombre de libertad, la violencia á título de derecho, el error en forma de *luces;* los hipócritas que engullen carne divina, devorando los miembros de Cristo debajo de la capa ; los fanáticos que propagan su religion á sangre y fuego, insultando y calumniando á la Divinidad : todos estos perseguidores tenaces de Dios y de los hombres, que se van sanos y buenos á la sepultura, sin haber padecido ni sufrido ; justo es, necesario es que allá, al otro lado de la vida, vayan á ver lo que han hecho y paguen sus maldades. Ticio, cuyo hígado hinchado sirve de comida inagotable á un buitre inmortal ; Ixion, dando vueltas eternamente en su rueda espantosa ; Sísifo, á cuestas con su pedron por el repecho á cuya cima nunca llega, son emblema del infierno de los griegos, y acreditan que ese pueblo sabio no desechó la doctrina de las penas y las recompensas futuras. En mi humilde entender yo no difiero de los

más creyentes sino en la naturaleza de esas penas y esas recompensas, y en la arbitrariedad con que nuestros sacerdotes condenan á los que, probablemente, Dios recibe en su regazo. Componer un infierno de los males conocidos por nosotros, es negarle sus secretos á la eternidad. Yo oí una vez un sermon en el cual el orador ponia á la vista de los pecadores el infierno. Desde luego no habia en él qué comer ni qué beber, sino una por semana, á fin de que los precitos no murieran de hambre ; y ese tardío desayuno eran unas cuantas culebras mal sancochadas, otras tantas lagartijas, y algunos sapos crudos envueltos en mostaza. Despues decia que los diablos los bañaban á los condenados en agua fria, les pinchaban el cuero con alfileres y los obligaban á dormir sin sábanas. La gente anda allí muy flaca : hay temblores de tierra á media noche ; viruelas y sarampion dos veces al año : corren muchas falsas noticias : las mujeres son tuertas y los hombres borrachos. Cuando se ha menester agua, no llueve ; cuando sobra humedad, no deja de llover. Las papas se agusanan ; el maíz se pierde, y la jora se viene á poner carísima. Cuando tienen sed, se ven obligados los malditos á beber de un rio de tinta que está corriendo entre piedras muy gordas. Los vientos son más fuertes que los de Huashapamba : los perros cogen rabia y muerden á los transeuntes. Los criados no permanecen ; fugan hombres y mujeres ; la casa queda sola, y cabalmente llegan huéspedes cuando la señora está enferma. Este es el infierno, católicos !

Que esta oracion es de aldea, no hay para que se

diga. Las viejas lloraban y se aporreaban el pecho, y gritaban; mas dudo que un auditorio francés se hubiera erguido de súbito, pálido, aterrado, como cuando Massillon tocó al infierno con la mano y lo puso por delante. Ese infierno no es de fuego ni de nieve: es la vida y el conocimiento en medio del vacío. La ausencia de Dios produce las tinieblas, y estas tinieblas son sin frio ni calor, sin hambre ni sed, sin goces ni dolores; mas causan en el alma el convencimiento de una existencia sin fin, metidos allí en esa vasta nada, viviendo la muerte perdurable : este es el infierno. Y este no para los á quienes sin razon ni justicia condenan jueces del mundo, sino para los que lo han merecido por sus obras. Las nodrizas de Roma solian espantar á sus niños con el eunuco Narses : no de otro modo ese buen cura y mejor orador aterró al inocente auditorio con un punto realmente patético, hablando de las malas noticias que corrian en el infierno, cuando dijo : Hermanos mios, allí hay amenazas continuas de que viene el mudo Ignacio Veintemilla : esconded cuanto tengais, escondedlo! zarcillos de vuestras hijas, cucharas de plata, animales domésticos, debajo de la tierra! Miradle ahí, ya llega : esa cara de caballo, esa cerviz de toro, esos ojos de besugo, esas patas de elefante, suyas son, católicos! Y el borrachon de Urbina no es ese que viene atras, cayéndose á un lado y á otro? Pensará que aquí hay aguardiente, malas mujeres, montones de oro que llevar á su casa. Los que le han mantenido en sus épocas de hambre; los que le han dado una capa de dos que tenian; los que le han sacado la barba del lodo no están aquí! En vano vienes, pícaro! no tendrás á

quien meter en calabozos y dejarlos morir con grillos; á quienes desterrar y condenar á las necesidades que te aliviaron; á quienes difamar y calumniar por que te defendieron. Mala residencia es el infierno, pero no tanto que sea buena para ingratos y bribones como tú. Qué fin el tuyo, canalla! qué fin... Para morir en la infamia, el desprecio público, la abominacion general, mejor te estuviera haberte hecho cargar por los diablos ahora treinta años: no es verdad, católicos? Si este libro llegase por ventura á manos de lectores europeos, seguro está que tomasen este sermon al pié de la letra: en América, donde curas y misioneros son la gente ménos letrada y más inculta, oraciones como ésa son comunísimas. Dicen las verdades en el púlpito en ocasiones, como la presente, pero en qué forma! otras la ocultan y son del todo maliciosos. La regla no es general: hombres hay entre los eclesiásticos, de inteligencia y saber, y algunos que pudieran entrar en docena con los mejores del viejo mundo.

Volvemos á Lucrecia. Qué hubiera debido hacer una cristiana en la estrecha situacion de la romana? Resistir hasta el último suspiro, y matarse, pero ántes del daño irresarcible, decis. Mas Lucrecia no lo podia: porqué? por motivo de esa misma infamia de que ella queria huir. Viene Sesto Tarquino, hijo del rey, y la amenaza con la muerte si en el acto no se rinde á su pasion. La honesta esposa desprecia el hierro que ya rompe su seno. Pues mira, dice el príncipe, te quito la vida, hago lo propio con uno de tus esclavos, pongo juntos los dos cadáveres, vuelo á Colatino, y le doy cuenta de haber

matado á su mujer, como buen amigo suyo. por haberla sorprendido en fragante delito de adulterio con un vil doméstico. Sabido es que entre los romanos todos tenian facultad de matar á los adúlteros, si los tomaban con las manos en el crímen; y quien tal hacia servia á sus amigos de manera de alcanzar su eterno agradecimiento. Qué hace Lucrecia? qué debia hacer? Matarse. Vuelvo á recordaros que la doctrina de Jesucristo no era aun conocida, y que Lucrecia no pensó que cometia una accion reprensible. Debia haber dado cuenta á su marido sin quitarse la vida? « Porqué no resististe, » hubiera dicho éste. « Porque no pude. » « Pues porqué no te dejaste matar? » « Por que me amenazó con la infamia. » « Y ahora te juzgas limpia? no estás infamada? no eres infiel, adúltera? y no me cubre á mí tu ignominia más que á tí misma? » Lucrecia muere de mano santa, su propia mano, y esta muerte sublime trae consigo la libertad de Roma: ¡ cuán grande acontecimiento!

Lucrecia es suicida, y por suicida, decis, no la debemos nombrar en hecho de virtudes. Y qué direis, y qué hareis cuando os presente yo suicidas beatificadas, canonizadas por el Pontífice Romano? suicidas con la propia ocasion que Lucrecia, suicidas santas, santas suicidas? Qué asombro! Aquí están, aquí están.

Vosotros que sois tan buenos cristianos debeis saber más que nosotros, pobres, desventurados herejes. Abrid las obras de san Ambrosio, buscad el tratado « De la virginidad, » y ved allí á Santa Pelagia con su madre y sus hermanas cómo se botan en un rio, por no servir de plato á los hambrientos de ellas.

Echad la vista á la Historia Eclesiástica de Rufino, y ved allí á santa Sofronia que se da de puñaladas, cual otra Lucrecia, por huir de las brutales manos del emperador Maxencio.

Leed, buscad por ahí, y hallareis otras varias suicidas santas, santas suicidas. Santa Margarita de Cortona, mujer de hermosura sin igual, se hiere el rostro, se lo magulla, provoca supuracion pestilente en esas llagas, se mata la belleza, se mata la salud, suicidio atroz, por ahuyentar á sus enamorados. Y tened entendido que todas ésas fueron canonizadas despues de muertas, pues á mí se me ignora que nadie haya recibido en vida ese augusto tributo de veneracion.

Qué decis? santa Pelagia, su madre y sus hermanas debieron haber servido de plato á los hambrientos de ellas por amor de Dios? Santa Sofronia debió haberse entregado al emperador Maxencio por amor de Dios? Ajenos os hallabais de proferir una blasfemia, y la habeis proferido. Yo, pobre hereje digno de compasion, me quedo á Lucrecia, Pelagia y Sofronia; vosotros, católicos-romanos, ¿á quién os quedais? *Notable es* que vuelva yo á proponeros *tres suicidas.* Prosigamos. Mas no hemos de proseguir ántes de haceros yo saber á quién os quedais vosotros. Vosotros os quedais á *esa santa* de que habla Miguel de Montaigne, la cual, habiendo pasado por las manos de muchos soldados un dia de libertad de amor y saqueo de honras, se lavaba las suyas, como Pilatos, diciendo alegremente : Bendito sea Dios que á lo ménos una vez me ha sucedido esto en la vida sin cargo de conciencia... Hipócritas, como halleis resquicio para engañarle á la Divinidad, ya estais

contentos: si hubiese uno que os obligase á tomar lo ajeno, seriais ladrones sin culpa: si os constriñesen á hincar el puñal en el pecho de vuestro hermano, no os tendriais por homicidas: si os obligasen á jurar falso, el perjurio no seria pecado vuestro. Así la heroína de Montaigne quedó muy satisfecha: en poco estuvo no pensase haber llevado adelante un acto meritorio.

Ni pretendí hacer comparaciones entre las mujeres paganas y las cristianas, ni ménos dar la preferencia á ésas. Cada cual en su lugar: Maria, en el corazon y la cabeza, en la cabeza y los labios de la mujer desde que nace hasta que espira. Lela Marien es figuracion divina hasta en los devaneos religiosos de los moros. Lucrecia, Arria, Pompeya Paulina podrán servir para la educacion secundaria, si el clérigo Fleury anda fuera de camino, cuando no exige en la mujer sino un poco de música, un poco de canto y el modo de hacer bien una cortesía. El hombre moderno, civilizado segun la forma de las sociedades que componemos y los tiempos que alcanzamos, ha de ser cristiano desde luego, despues gentil, si tener nociones de la filosofía y la moral antiguas, y admirar las virtudes heroicas es, como afirmais, profesar el gentilismo. Ya os comprendo que vuestro ahinco es echar abajo toda la grande antigüedad, de un hachazo, como el soldado de Constantino hizo con la estatua de Serápis. Advertid, hermanos, que eso seria entrar Roma á sangre y fuego tras ese horrible Gregorio que dió el asalto á la ciudad jurando muerte y ruina á todo lo que diese de sí un olor de paganismo, aun cuando fuesen templos maravillosos, mármoles y bronces ani-

mados por la inspiracion divina de los artistas de la Grecia. Echar abajo la antigüedad, es meter fuego á la Biblioteca Alejandrina: echar abajo la antigüedad, es empeñarse en destruir, como Calígula, la Ilíada de Homero y las Décadas de Tito Livio. De buena gana destruiriais la Ilíada, no es verdad? y cómo no, cuando en ella no se habla de santo Domingo, fundador de la Inquisicion, ni de san Ignacio de Loyola, sino de Júpiter Tonante y Agamenon Atrida? Destruid la Ilíada, amigos, y asemejaos á Calígula, católico-apostólico-romano. Yo no la destruyo, y aprendo de memoria la Escritura Sagrada, fuente inagotable de virtudes, mar de poesía, monumento grandioso digno de la inspiracion divina. Si á bien lo teneis ahora, levantadme un auto de fe, enseñadme con el dedo las calderas hirvientes: Torquemada está pronto á escucharos y complaceros. Qué insensato empeño es este de formar sectas, deslindarlas, apartarlas, donde no hay ni puede haber sino una religion y doctrina? Todos somos unos en ellas, y grito yo con Jeremías: El templo de Dios, el templo de Dios, el templo de Dios está entre nosotros!

Y Ciceron! mi Ciceron viene aquí arrastrado por las barbas como sodomita, para que el fuego del cielo llueva sobre él? No se me acuerda haber leido en ninguna parte que este grande hombre se hubiese precipitado en ese abismo: los historiadores de Roma no lo dicen, y no han puesto en olvido el matrimonio de Neron con el infame Esporo, ni los amores del emperador Adriano con el muchacho Antinoo. Plutarco, el filósofo austero que nada perdona á los sugetos de sus comparaciones,

no le afea á Marco Tulio con ese vicio, ni es por ahí por donde éste viene á ser inferior á Demóstenes. Middleton, en la vida prolija que de ese antiguo ha compuesto, no lo dice: en qué fuente han bebido, pues, los seudo-católicos esa noticia? Estos traen sus papeles mojados, si ya no han ido á consultarse con la estatua del padre Pasquino. Lástima que no caigan en manos de Sixto V, para que este varon justiciero les corte manos y lengua; manos y lengua que así se atreven á ponerse en una de las reputaciones más tersas que hubiesen cruzado los siglos, para llegar á nosotros á maravillarnos con la grandeza y mejorarnos con el ejemplo. Jamas han imputado vicio ninguno á Ciceron: en el más corrompido de los siglos, puédesele citar como brillante paradigma de virtud. Codicia, envidia, malignidad, concupiscencia y más groseras pasiones que dominan á las almas vulgares, nunca tuvieron el menor ascendiente sobre la suya. Los que leyeren sus cartas familiares no descubrirán en ellas nada de bajo, arrebatado, licencioso; nada que haga sospechar alguna mala fe*. Cuando Ciceron, escribiendo á Peto, le cuenta su encuentro casual con la cortesana Cyteris en casa de su amigo Volumnio, hace pié en la nombradía de esa mujer pública para confesar que á él le gustaba comer bien; no mucho, sino bueno; pero que en ningun tiempo habia tenido inclinacion á los otros vicios, y ménos al libertinaje. Los que le echan en rostro sus dos repudios, no cargan la consideracion en que este hombre tan feliz habia sido el más infeliz de los mortales en el hogar doméstico.

* *Vie privée et littéraire de Cicéron,* édition de Le Clerc.

Terencia, su primera mujer, ostentó el corazon más duro y revesado que puede caber en pecho femenino: cuando todo el mundo tenia á gloria presentar algo al vencedor de Catilina en el destierro, ella solamente le negó los socorros indispensables para la vida, haciendo gala de frialdad en sus cartas, ó insultándole necia, cuando lo que habia menester ese delicado proscrito eran los consuelos de la amistad y el amor. Vuelve á la patria por decreto soberano: Italia entera, como él mismo dice, sale á su encuentro: los olivares de Tibur, las flores de la campiña romana son apénas suficientes para los arcos y las coronas que disponen hombres y mujeres: Senado, sacerdocio, patricios, gente llana, plebe, todos se van de vuelta encontrada hácia el varon ínclito: Terencia, muda, rostrituerta, como quien estuviese devorando mortal disgusto, se queda en su casa. Llega Ciceron á Bríndis, se detiene allí algunos dias: su hija, su adorada Tulia, echando rios de lágrimas, suplica á su madre le proporcione los medios necesarios para ir á ver y abrazar á su padre: la cruel Terencia le niega todo. No importa; la buena hija rompe por las dificultades, y vuela á echarse en los brazos que la envuelven con pasion infinita. Una vez en Roma, el varon consular supo que su mujer se habia ocupado en hablar de él durante su ausencia, en difamarle y burlarse de sus más loables acciones; en seducir á su hija para que dejase de quererle. Herido en el corazon, indignado, la repudia, y hace bien. La indisolubilidad del matrimonio es una de las leyes más sábias del cristianismo: las desgracias particulares redundan en el provecho general, y los males y abusos del divorcio se han evitado con esta

cadena, pesada para algunos, dolorosa en sumo grado, pero salvadora de la familia y la sociedad humana. Entre los romanos el divorcio era permitido; y la mujer mal avisada que pagaba con ingratitud y bajeza el sacrificio de un hombre, allí al punto recibia su castigo.

El señor de Chateaubriand, en su flujo por traer á ménos la Roma antigua, porque algo resulte en provecho de la moderna, admira la corrupcion de ese pueblo, y como prueba nefanda, nos reduce á la memoria el divorcio de Ciceron. Este verificó un acto lícito y llano segun los códigos de su patria; y no alcanzamos cómo el ejercicio inocente de un derecho deponga en contra del que se atiene á sus regalías. Si el señor vizconde sienta que la corrupcion estaba en las leyes mismas, tendrá que haberlas con todos los grandes hombres que las han hecho provenir de inspiracion divina, y con todos los grandes pueblos que en ellas han fundado su legislacion. Era por el contrario tan suma la moralidad del pueblo romano en sus mejores épocas, en los siglos de sus virtudes, que dejaban de aprovecharse de las conseciones legítimas de la ley por respeto á *los auspicios*, como lo hemos observado en el caso de Carvilio Ruga. Los romanos tenian facultad de repudiar á sus esposas, y algunas veces las repudiaban; por donde viene á ser el pueblo más corrompido del mundo, segun el gran apologista de la Iglesia. Ahora veamos cuáles son más corrompidos, si los que verifican un acto segun la ley, ó los que lo verifican infringiéndola? Ciceron, gentil, repudia á su mujer, sin faltar á las leyes; Napoleon, cristiano católico-apostólico-romano, repudia á la

suya á pesar de los preceptos del cristianismo. Ciertamente, echar á pasear á Terencia, mujer indigna de hombre de tanto mérito como Ciceron, es peor que despedir á una santa como Josefina Beauharnais. El uno es corrompido, porque es pagano, y no traspasa ley ninguna ; el otro no lo es, porque es cristiano, aunque la traspase. No es verdad, por otra parte, que Marco Tulio hubiese repudiado á Terencia, « por casarse con su pupila, » como sostiene el autor de « El Genio del Cristianismo : » repudióla por los motivos que hemos enunciado, y se casó despues con Publia, sin haber pensado en ello anticipadamente. El señor de Chateaubriand falta á la precision histórica, y sea dicho con perdon de tan grande hombre. Bonaparte, cristiano, repudia á Josefina, *por casarse* con Maria Luisa : este es el punto. Y Bonaparte no es sino el ejemplo de los infinitos casos que pudiéramos traer, no solamente de emperadores y reyes católicos descasados, sino tambien de simples personas particulares. El que de Sevilla sale, herrada lleva la bolsa, dice un refran ; y si va á Roma, vuelve descasado, si lo quiere. Conque el divorcio fundado en profundas razones, permitido por la ley, es corrupcion ; y el divorcio por dinero, traspasando la ley, no es corrupcion. Hé aquí, señor vizconde, los efectos de eso que vosotros llamais, en vuestra lengua, un *parti pris ;* esto es una causa abrazada á ciegas, y defendida á todo trance. Con su segunda mujer Ciceron procedió más de ligero : no pudo sufrir la tirria con que ella miraba á Tulia, como buena madrastra, y sin más la echó á pasear, con haberle cautivado el amor de esa muchacha en términos de sacrificar el decoro de la edad, casándose hombre maduro

con una casi niña. No usó, pues, de la facultad del divorcio por aficion á otras mujeres, ni por prurito de variedad deshonesta, sino llevado de grande y justo resentimiento. Dion Casio, el historiador á quien todos llaman infame, por esa su negra tendencia á la difamacion y el descrédito de los antiguos más ilustres, se empeña en afear á Marco Tulio con no sé qué amores misteriosos, cuya heroína anovelada es una tal Cerelia. Pero tan vano en sus imputaciones, que no puede ménos de confesar él mismo que cuando Ciceron tenia sus pláticas con la Cerelia, ésta era vieja de setenta años. Linda edad, y muy para el efecto de apasionar corazones delicados y fervientes. Esta vieja, humanista, como las suele haber, era admiradora arrebatada del orador y escritor más brillante de Roma : su trato no pasó, ni pudo pasar, del puramente literario. Si á don Marco, por obra del demonio, se le trabucaron juicio y sentidos, *manco male*, yo no le envidio el gusto. La vieja le dió, sin duda, un bebedizo, incurriendo *ab æterno* en la pena de las Siete Partidas, las cuales prohiben dar yerbas á los homes é las muyeres para se far amar é derrocarse en ayuntamientos ilícitos é non alayados.

Muchos años despues de la muerte de Ciceron los emperadores comenzaron á mirarle como una divinidad, y le tributaron el culto que suelen á las de segunda órden ; y se vió, cosa rara, á Ciceron, Cástor y Pólux y Jesus adorados en un mismo altar por los gentiles. En concepto de los romanos, á Ciceron no le faltó sino resucitar para ser hombre divino, como el aparecido de

repente « en planta de varon cabal » orillas del Jordan y el lago de Tiberíade, segun la creencia de los docetas. Erasmo afirma que si Ciceron hubiera sido cristiano, la Iglesia le hubiera canonizado; y Erasmo es uno que, andando á caza de flaquezas por la antigua Roma, y de defectos por las obras de Marco Tulio, primero que hallarle un vicio ni un acto infame en toda su vida, alcanzó á descubrir que no habia sabido latin, y le tomó más de un solecismo. Cuáles serian la rectitud de ese corazon y la pureza de esa vida, cuando sus mortales enemigos, como sean hombres de buena fe, han visto que por las virtudes privadas Ciceron hubiera sido santo ! Y hé aquí que dos mil años despues brota de un estercolero una mano negra, se alarga en la punta de un hueso, y rompiendo la historia, y ensuciando la verdad, le da un bofeton al compañero de Jesus en el altar de los emperadores. Viviendo Ciceron, Escipion Nasica no hubiera sido declarado por decreto público el más santo de la ciudad, por que hubiera tenido un rival triunfante. Ya Erasmo le puso entre los de los cristianos ; ahora dice : *Quum vita fuerit integra, nec integra solum, sed etiam casta* : cuya vida fué, no de integridad solamente, sino tambien de castidad *. De castidad, habeis oido ? El probo, el casto no es « sodomita » : los hijos del pecado, los malditos y nefandos perecen debajo de montones de abrasada ceniza : éste, como Lot, sale por aviso de los dioses, y se va adonde no le alcanza el castigo de los réprobos. Lot huye, Lot se escapa, católicos ! enviad tras él vuestros esbirros, y dad órden,

* Erasm. *ad Joann Wlatten.*

como Antonio, os traigan su cabeza y sus manos. Le alcanzaron, le cogieron : ya le llevan al profeta maniatado. Mas él ciega á los verdugos por la fuerza de la oracion, y les dice : Venid acá conmigo. Y cuando están en la plaza de Samaria, se dirige á Dios exclamando : Abrid, Señor, los ojos á estos desgraciados para que vean donde están. El poder de la santidad no sufre contraresto : Lot huye de Sodoma de órden del Altísimo : Eliseo ciega á los esbirros : á Ciceron no le alcanza el fuego de las ciudades malditas. Ni cómo le ha de alcanzar, cuando es casto? ni cómo le ha de alcanzar, cuando si viviera en tiempos posteriores á Jesus hubiera sido canonizado? ni cómo le ha de alcanzar, cuando ni cometió crímen ni conoció vicio en el mundo? « Al gran maestro, al mayor de los doctores, al santo, » ésta es la inscripcion que, tomada de la China, ha puesto el género humano en la fachada del templo invisible que ha erigido á Ciceron. Si el infame triunviro no bubiese dispuesto arbitrariamente de la vida del grande hombre, éste, como Edipo, no habria tenido muerte natural : desvanecido en presencia de los hombres, habria subido al cielo en alas de los ángeles. Enoc desaparece arrebatado por la palabra divina : Elías se encumbra sobre un globo de fuego misterioso. El que al morir puede exclamar : « Me siento convertir en un dios! » seguro está que su ángel de la guarda, ó su Genio, le ha guiado siempre por caminos opuestos á los de Sodoma y Gomorra, donde crímenes y vicios llevan adelante un carnaval perpetuo. Puesto que la virtud divina obra en vosotros, segun decis con sobrada impiedad, haced descender por la fuerza de la oracion las

llamas del cielo sobre la víctima. Falsos profetas, no lo habeis podido. Ahora dejad que *el íntegro, el casto* levante á Dios su corazon y su palabra... Porqué perdeis el color? porqué temblais? Esas llamas descienden, caen sobre vosotros, os devoran, sacerdotes de Baal!

« Ah, si en el seno de algun pueblo católico cundiera tan abominable vicio, se estremecieran de horror aun las potestades del infierno! » exclamais horrorizados. Las potestades del infierno están estremecidas; Sodoma y Gomorra están reedificadas; horrorizaos. En dónde? En el seno de más de un pueblo católico: en esas ciudades monstruos donde los vicios más inverosímiles habitan las tinieblas; donde el dios Priapo tiene altares en oscuros subterráneos; donde los hechizos de Vénus nada pueden; donde los Antinoos y Esporos desbancan á las Cyteris y Popeas; donde... Jóvenes que habeis salido por un instante de la inocente América, decid si estoy hablando la verdad. Qué de atrocidades, qué de pecados inauditos, qué de crímenes no se llevarán adelante en esas bacanales, que aun cuando no se disparen enloquecidas por las calles, estarán bailando, saltando y corriendo furiosas pos sus escondrijos? Los que no habeis viajado, no sabeis... mas nadie ignora por allá que ese nefando vicio está hoy tan coronado como en lo antiguo. Tan coronado no, pues las leyes no lo sufren, como en Aténas, ni lo prescriben á los mozos, como en la infame Tébas; pero ay! no deja de reinar. Estemos á justicia: España, en este particular, es la nacion más bien quista con la Providencia: en España la naturaleza está en sus términos propios: reina majestuosa, no

se apea ni un punto de su trono, y los hombres le prestan homenaje en debida forma. El grave, religioso español no va á Sodoma ; si se pierde es en Jerusalen. De aquí proviene que nosotros estamos libres de ese vicio, nos horrorizamos de sólo oirlo, y la mayor parte de los sud-americanos aun ignoran lo que ello puede ser. Dichosa ignorancia ! Pero dad un paso de España, salvad las Columnas de Hércules, y allí vereis á la madre naturaleza tirada en el fango, pisoteada, estropeada por el hombre. « Dícese que en Argel se ha llegado al ex-
» tremo de no tener ni una mujer en los serrallos.
» Cuando los revolucionarios contra el sultan Achmet
» de Constantinopla saquearon la casa de Chaya, no en-
» contraron en ella ni una sola*. » Estas son llagas con que el género humano morirá infestado : si la ley de Cristo fuera observada, se las curara ; mas qué importa la profesemos cuando no la seguimos ? No llueve fuego sobre las ciudades, no hay otro diluvio, por que el Señor ha dicho : No maldeciré à la tierra en adelante á causa de los hombres, porque su corazon y su pensamiento están inclinados al mal desde que nacen : no fulminaré, pues, mi ira contra toda criatura viviente, como lo he hecho.

« Para impugnarnos respecto de los católicos, nos echais encima los vicios de los mahometanos, decis : que los argelinos no tengan mujeres en sus serrallos, no quiere decir que nosotros las desechemos. » Ya lo creo : vosotros no sois gimnosofistas puros que desechais ninguna

* *Esprit des lois.*

clase de logros y deleites; ni siquiera esos á cuya vista se estremecen de horror las potestades del infierno. Venid conmigo, tomemos esta nave, y dentro de tercero dia hemos descubierto tierra de Europa. Qué cimborios, qué torres, qué palacios de mármol son esos que allá están resplandeciendo bañados por el sol de Italia? Mirad estas costas á lo largo de las cuales la encantada Parténope se va desenvolviendo, sembrada de ciudades, pueblos y aldeas pintorescas. Esa es Nápoles, reina del mar Tirreno: Nápoles la bella, opulenta, amorosa. Id con tiento por esa ciudad católica: ella es el sepulcro blanqueado de que hablan los profetas. Un hombre está allí contra la puerta de una iglesia; otro en la esquina de la calle; otro os sigue á la sordina. Ya se vienen á vosotros, ya se os llegan... os hablaron los infames! qué proposiciones son las suyas? qué os ofrecen? qué inmundicias os echan en los oidos? Sodoma y Gomorra están reedificadas, las potestades del infierno están estremecidas. Y qué extranjero no ha sido víctima de un ultraje irreparable en el monte Pincio, el Corso, la plaza del Pópolo, en Roma, ciudad del pontífice romano, cuando pasaba entre oscuro y claro, meditando por ventura en cosas elevadas é inocentes? Corredores del crímen, embajadores de Sodoma, los echacuérvos que os siguen con el pecado nefando en las manos son tan comunes allá, que me admira no hayais tenido de ello la menor noticia. Y hé aquí que, si en el seno de algun pueblo católico cundiera tan abominable vicio, se estremecieran de horror aun las potestades del infierno.

Que los cristianos primitivos, con los olores frescos

de las ciudades malditas chamuscadas á orillas del Mar Muerto hubiesen temido esos hálitos ponzoñosos, y hubiesen tomado providencias para preservarse de ellos, pudiera admitir explicacion ; pero que los jesuitas, ortodojos de ayer, se vean en la necesidad de hacer prohibiciones nefandas á su órden, como las hechas por el padre Aquaviva, esto es lo que no nos cabe en el entendimiento. Las amistades con los jovencitos son peligrosas, decia san Pacomo ; y castigaba gradualmente á los hermanos que reian ó se jugaban con los niños. Aquaviva, en las Instituciones, ha abrigado los mismos temores que san Pacomo, vecino de Salen y Pentápolis.

Doroteo es todavía más severo con sus frailes : Rechazad la amistad de los mozos como la del enemigo ; huid de conversar con ellos *ut amicitiam diaboli.*

No recibirás en tu celda á un niño ni un jóven, exclama san Teodoro Studita, en un corazon con san Isidoro, quien tiene por peligro inminente el reir con un niño ó el tocarle.

San Saba rechaza de su órden á los imberbes, no sea que la honestidad corra peligro. Y es sabido que en el monasterio de san Bermon el maestro de escuela no podia estar ni un instante solo con uno de sus escolares, ni le era dado dirigirle la palabra sino en presencia de todos *.

En las Instituciones de los jesuitas, *Regulæ communes,* hay reglas como éstas :

De non loquendo ;

De nemine tangendo ;

* Nusquam solus cum solo progrederetur, nec solus puer secretius illi loqui ausus esset.

y aun les prohiben á los padres tocar perros ni gatos, ¡ qué infamia ! En qué casa pública de prostitucion comprenderia nadie el motivo ni el objeto de prohibiciones semejantes * ? Amistades de mal olor, *amicitiam male olentem,* como las de las *regulæ communes,* no conocieron los de Puerto Real ; y cuando, pulverizado por el Pontífice Romano, á pesar de san Agustin, Jansenio hubo caido, bailaron sobre él los jesuitas, le pusieron alas de diablo, y en una ruin farándula que llamaron comedia, le mandaron á los infiernos. Y Jansenio no habia temido nunca hallarse á solas con un niño, ni tocar perros ni gatos. Ahora pues, los jesuitas son ó no católicos ? viven ó no en el seno de más de un pueblo católico ? Escarbó el gallo y descubrió el cuchillo : vuestro sodomita no ha sido Ciceron, el hombre más honesto y puro de la antigüedad, segun el testimonio de muchos santos cristianos y Doctores de la Iglesia. La justicia de los hombres henchidos de odio es un furor farisaico, dice san Pablo : la ciencia de los hombres henchidos de mala fe es una ignorancia satánica, digo yo. Estos nunca andan buscando qué salvar sino qué devorar : *Quærens quem devoret.* Mas cuando invocan las llamas del cielo para sus enemigos, las llamas caen sobre ellos, como sobre los ministros de Baal, y los consumen. Enemigos... No saben que el verdadero cristiano no los tiene, porque sufre y perdona ? *Christianus nullius est hostis.*

Quintiliano formó su *orador perfecto* tomando á Ciceron por modelo. El orador perfecto, dice, ha de poseer

* *Le Jésuite.* — *Des Jésuites,* MICHELET et QUINET. — *Le Jésuite moderne,* GIOBERTI. — *Histoire de Port-Royal,* Jean RACINE, etc., etc.

todos los conocimientos humanos, todas las virtudes: probidad incorrupta, firmeza indomable, actividad que nunca pierde la esperanza de ilustrar á los hombres y hacerles ver lo cierto de las cosas: honestidad, valor, amor al género humano, como Ciceron. Y este es el Ciceron vicioso cuyo conocimiento seria perjudicial para los jóvenes; cuya amistad, de mal olor, *male olentem*, para los niños? Poco es que este grande hombre haya vuelto más gloriosa á su patria con sus obras, que todos los capitanes juntos con sus hazañas y conquistas, como afirmó un antiguo; Ciceron ha convertido al cristianismo á los Doctores que hoy son lumbrera de la Iglesia. Yo solamente soy capaz de sentar paradojas semejantes en pueblo como este donde escribo; pero las siento, porque las puedo probar.

Agustin es idólatra: en vano su santa madre vive colgada de la mano de Dios pidiéndole por él: Agustin permanece sumido en los vicios y los errores de una juventud desenfrenada: es vanidoso, se va desalado tras la preponderancia del orgullo. Deja una mujer, toma otra; la deja á ésta, busca la tercera, y la cuarta, y la quinta: sus aventuras dan golpe, vive del escándalo. Su propension al mal es irresistible: asalta por la noche el cercado ajeno en gavilla con otros pícaros, y sacude los árboles de su vecino, le roba la fruta á ese hombre pobre, infeliz, para echarla á los puercos. Agustin es malo, corrompido: cae en sus manos un dia *El Hortencio,* y siente en el corazon y el espíritu una transformacion milagrosa: en el libro del pagano ha visto á Jesucristo: su doctrina, pura y limpia, allí está llamando á las almas á la nueva religion. Si á mí no me creis,

oidle á él mismo. « Este libro cambió, dice, todos mis afectos y mis ideas : enderezó á vos, Señor, todos mis ruegos, y dió direccion nueva á mis propósitos y mis deseos. Todas mis vanas esperanzas, envilecidas á mis propios ojos, cayeron en un pronto, y principié á levantarme hácia vos. Ser filósofo y sabio á la manera de Ciceron, fué mi ardiente anhelo : este hombre nos vuelve sensible y palpable el precepto del Espíritu Santo : Guardaos de los incentivos de la vana filosofía que sigue las tradiciones de los hombres y las máximas del mundo, y no las de Jesucristo, en quien reside corporalmente la plenitud de la divinidad *. »

La doctrina de Jesucristo estaba en El Hortencio : San Agustin no echaba de ménos en él sino el nombre del Salvador. Y á este hombre extraordinario que en medio de las sombras del gentilismo volvia sensibles y palpables los preceptos del Espíritu Santo ; que ha convertido paganos en cristianos, libertinos en Padres de la Iglesia ; á éste le condenais, judíos, por vicioso y corruptor ? San Hierosmo era apasionado de Ciceron : pues bien ; los ángeles le cogieron un dia, segun la tradicion jesuítica, y le castigaron ese amor gentil con doscientos azotes. Con cuántos le castigarán á san Agustin nuestros católicos por haberse dejado seducir y corromper por Ciceron ? « Ciceron, explayando su divina inteligencia segun las reglas de la Academia, sentó los principios de religion, moral y filosofía, todo conforme con la mente de Dios mismo respecto de la humana criatura. » El sistema de Ciceron, dicen los críticos, es el esfuerzo mayor y

* *Confesiones de san Agustin.*

más sublime que nunca ha hecho el hombre en estado de idolatría, para elevarse al fin puro y dichoso á que se halla destinado. Erasmo, con el libro de Los Deberes en la mano, con el de Las Leyes, abismado en profunda admiracion, decia que el corazon que habia dado cabida á tales afecciones, la cabeza que habia concebido tales ideas, no pudo ménos que estar inspirada por la Divinidad. *Dubitare non possum quin illud pectus, unde ista prodierunt, aliqua divinitas occupavit* *.

En presencia de la verdad negada, la sabiduría desconocida, la virtud hollada á los piés del vicio ; en presencia de la mentira coronada, la ignorancia ahita de riquezas y honores, la mala fe encendida á manera de antorcha universal; cuando vemos al inicuo de regidor de pueblos, al impío que derrueca altares, al homicida triunfante ; aturdidos por ese tropel del género humano que corre ciego á estrellarse contra los siglos venideros, sin mirar en las virtudes, á las cuales atropella como animal selvático ; tenemos ímpetus de exclamar como el orador sagrado que está mirando á sus plantas un mar de pecadores contumaces : Oh Dios, en dónde están tus escogidos ?

Desde que Veleyo Patérculo hizo la apología de Ciceron en las barbas de Tiberio, ya nadie se ha atrevido á poner lengua en tan célebre romano. Cremucio Cordo acababa de recibir del déspota la órden de quitarse la vida, por haber encomiado á Tito Livio, historiador

* Erasm., *Ep. ad Joann Wlatten.* — *Obras de Ciceron*, édit. de Le Clerc.

poético que reviste á la libertad con las alas de los séres divinos. Veleyo, baheando todavía la sangre de Cremucio, toma de la tumba á Ciceron, y le coloca entre los dioses inmortales, por su amor á la libertad y las virtudes. Tiberio, estupefacto, no dijo nada: justicia y valor aterran algunas veces á los tiranos. Quintiliano fué afectísimo á Ciceron y le llamó « el más virtuoso de los grandes hombres. » Marcial, adulador de otro tigre que vivia de sangre humana, va persiguiendo por la eternidad entre las sombras de los réprobos al asesino de Marco Tulio, y amonesta á los hombres de todos los siglos á no perder de vista al infame Antonio y castigarle con su execracion perpetua. Volvereis á decir que éstos son gentiles, y añadireis, convirtiendo á vuestra causa el principio de Bentham, que autoridad gentílica no es razon, así como autoridad religiosa no es razon. San Hierosmo, san Agustin, Erasmo no son gentiles; mas si en todo caso gustais de ejemplares de nuestro tiempo, oid exclamar lleno de júbilo á Francisco Petrarca, presbítero de la religion cristiana, hombre de bien y católico además: « Por fin me fué dado conocer á Ciceron, aunque al borde del sepulcro! » Esto decia, habiendo hallado él mismo las cartas á Atico, donde se presenta el orador antiguo en toda la sublime desnudez del hombre justo. Dion Casio, griego asalariado por los tiranos, historiador sin verdad ni decoro, fué mortal enemigo, no de Ciceron solamente, sino tambien de todos los hombres célebres que habian resplandecido por la práctica de las virtudes. Mas sus injurias y calumnias no cundieron: sus diatribas, puesto que rebosando en negro talento, no mancillaron la honra del virtuoso escritor;

ántes por el contrario, esas oleadas de impureza no hicieron sino poner de manifiesto la tersura de su vida. Á la vuelta de algunos años, el emperador Severo Alejandro tributaba á Ciceron, en un santuario oculto de su palacio, adoracion junto con Platon y Moises*; y Severo Alejandro fué uno de quien se ha dicho, que si el género humano hubiese de elegir un rey absoluto, universal y perpetuo, habria elegido á ese emperador. El infame Dion Casio mismo no alega en sus sátiras otra autoridad que la de un cierto Fufio Caleno, sacrílego que se habia atrevido primero que todos á echar su sobrealiento pestífero en la sombra augusta de Marco Tulio Ciceron. Como Virgilio, éste tuvo su Mevio y su Bavio; y es natural: grande hombre, hombre de genio, oficial del Todopoderoso en el mundo, circundado de un arco íris invisible para los perversos, el cual no brilla sino á los ojos de Dios y de los justos; hombre de esta naturaleza, digo, sin envidiosos, perseguidores y detractores, no se ha visto. ¡ Así llegue algun dia á los oidos de los malos la voz que, saliendo de la eternidad, rompe los siglos, y dice al que yace muerto en las tinieblas: « Levántate, oh tú que duermes el sueño de la muerte, y Cristo te iluminará! » El malo sigue durmiendo, y esa voz no ha rompido aun su torpe sueño. Sueño de muerte es el pecado; sueño de infierno el crímen.

Pudiera yo honrarme con el silencio respecto de cargo tan gratúito como temerario, de afirmar que soy ene-

* *Lampridio*, SEVERUS.

migo de Jesucristo, yo que no puedo oir su nombre sin un delicado y virtuoso estremecimiento de espíritu, que me traslada como por ensalmo al tiempo y á la vida de ese hombre celestial. Enemigos, no los tiene Jesucristo: los malos cristianos, los católicos de mala fe son los que los tienen. Los oráculos de la gentilidad misma declararon que Jesus era hombre puro, sér extraordinario comparecido en el mundo para fines secretos de la Providencia; pero que los cristianos, por fatalidad eterna, desmerecian de él y eran acreedores á la ira de los dioses. No lo digo yo; lo dice el oráculo de Porfirio, en el cual creyó por ventura san Luis, rey de Francia, cuando se opuso ahincadamente á que un Kan de Tartaria convertido al cristianismo viniese á visitar las ciudades de Europa. Temió el santo rey que en presencia del espectáculo horrible de las ciudades católicas y los ministros de la religion, aquel bárbaro se volviese á su creencia primitiva. Suponiendo que el Redentor no hubiera sido sino persona mortal, yo, y todo hombre de bien, haria lo posible por imbuir á los pueblos en la idea de que era Dios. Si despojásemos á ese gran profeta de su carácter de divino, pondríamos á las sociedades humanas al borde de un abismo: el hombre no basta para contener al hombre: es necesario el Dios, pues no todos gozamos la prerogativa del filósofo verdadero. Cuáles son las ventajas de la filosofía? preguntaba un materialista á un sirenaico, bien como zahiriéndole con un retintin irónico. La de que pudiéramos los que la profesamos, respondió el filósofo, vivir sin leyes, absolutamente como vivimos con ellas. Si todos fuéramos filósofos de ese linaje, pudiéramos quizá vivir sin Dios

visible, como vivimos con Jesucristo; pero en este océano de ignorancias, malicias, inclinaciones perversas, anhelos desordenados, ímpetus feroces, desmayos tristes, abatimientos y miserias, el género humano ha menester freno y apoyo á un tiempo; freno y apoyo que pone y ofrece la religion, no sea que, hirviendo en furiosa anarquía, corra deshecho á los infiernos por el canal de las impiedades y los crímenes. Renan, Peyrat, y todos los que se han levantado en nuestro tiempo á negarle su parte divina á Jesucristo, no le habrian hecho buena obra á la especie humana, aun cuando hubieran demostrado sus proposiciones. En todo caso, una gran alegoría levantada en el Oriente y crecida hasta llenar el mundo; alegoría sublime que simboliza la sabiduría, la virtud y la felicidad, respeto y veneracion infundiera, y no deseo de arruinarla, por flujo de erudicion y soberbia. Los ateos que trabajan por destruir á Dios, son la figura de los anti-cristianos que se consumen por robarle la divinidad á Jesucristo. Así como no alcanzo cuál seria la ganancia de los hombres con perder por convencimiento su Criador; así no descubro su adelanto con dejar en Jesucristo un individuo simple y llano como nosotros. Si es error el mio, no me lo arranqueis! ese error me consuela, me salva, bien como al viejo Caton le consolaba la doctrina de la inmortalidad, y suplicaba á los incrédulos de su siglo no le arrancasen tan saludable convencimiento. Si la divinidad de Jesucristo fuera un error, los trescientos millones de cristianos que cubren la mitad de la tierra, tendrian derecho para levantarse y decirles á los que la combaten: No nos arran-

queis, por Dios, este error que nos consuela y nos vuelve dichosos.

Hay un sér perfectísimo cuya esencia está escondida en los misterios de la eternidad : nadie osa tocarle, por sus tradiciones sacrosantas : el espíritu divino desciende sobre él, y como la luz á la estatua de Memnon la hacia dar suspiros armoniosos, así le hace propagar oráculos propicios á los hombres, y advierte al mundo lo que ha de cumplir y lo que ha de evitar para su bien. El pueblo le respeta, se contiene en su presencia, obra como lo manda Dios. Llega un sabio y dice : este hombre de carne y hueso es como todos nosotros : abajo el impostor ! Será digno de aplauso ese sabio impudente y necio? Si él supo que ese ente extraordinario era como cualquiera de nosotros, ¿porqué no guardó para sí la noticia perjudicial á todos, útil á nadie? qué gana él con que los pueblos dejen de creer que en ese cuerpo humano está encerrado el espíritu divino? El descubrimiento de la verdad, responde el falso sabio. Este sabio no sabe, sin duda, que el pueblo debe ignorar muchas cosas ciertas y creer muchas falsas? Varron, el más sabio de los romanos, no pensaba que la política ni la religion consistieran en entregar la verdad desnuda á la plebe, sino en ocultarle muchas cosas: ley antigua, muy antigua, observada desde las religiones primitivas en pueblos donde no habia vivir sin misterios profundos, como los sepultados en las Pirámides del Nilo. Con quién sustituis á Jesucristo, tal cual le conocemos y adoramos los cristianos, oh vosotros que estais andando tras él con el hacha de la Comuna? No teneis aún un Dositeo,

yo presumo, ó habeis descubierto un Simon Mago? Temed que vuestro profeta no se os vuelva turco cuando vais á buscarle, como les sucedió no há mucho á los judíos. No, vosotros no quereis un Barcochebás ni un Menandro para desbancarle con él á Jesucristo; quereis la « autonomía individual, » como dicen los que no saben lo que dicen: la anarquía en lugar del órden, la oscuridad sobre la luz, la nada contra el todo que llena el universo. Dejadle á Jesucristo como es y como está: si le quitais la divinidad, dejais una caparazon no mayor ni más excelsa que la de Mahoma, ó la de cualquier otro hombre hábil de los que han conseguido embaucar al mundo y volverle su esclavo en provecho del error y la soberbia.

Ente sobrehumano habrá sido en verdad Jesus, cuando allí mismo, á las puertas de su muerte, los gentiles, llenos de misterioso respeto, le tributaban adoracion. Tiberio quiso clasificarle con los dioses del Olimpo: segun Lampridio, Adriano le erigió templos; y Alejandro Severo le veneró poniéndole junto con las almas de Abrahan y Orfeo. Los más encarnizados enemigos de Jesus nunca se atrevieron á irrogarle injuria ninguna: Volusiano, Juliano el Apóstata, Celso confiesan los hechos maravillosos que, por inspiracion y poder divino, andaba consumando por donde iba envuelto en luz, rodeado de amor, santificando la tierra con su mirada y su palabra. Simon Mago, Elimás, Apolonio de Thiana y otros muchos falsos profetas comparecieron, porque, segun la sublime expresion de Bossuet, el infierno hacia su último esfuerzo: cuál de ellos ha prevalecido? Si

Jesucristo fuera simple mortal como ellos, impostor además que venia á venderse por hijo de Dios, hubiera corrido la suerte de esos bribones, quienes inmediatamente cayeron en desprecio y olvido, á pesar de las llamas que echaban por la boca. Si el Cristo compuesto de las dos naturalezas, la divina y la humana, no prevaleciera en mis afecciones, yo no caeria en el error de Renan y de Peyrat, sino en el de los docetas : esa súbita aparicion de un sér desconocido en figura de hombre por las orillas del Jordan, tiene poder terrible en mi imaginacion ; pero el raciocinio echa luego en tierra esa concepcion más poética que filosófica. El Jesucristo puramente divino destruye uno de los más hermosos y profundos misterios : y luego esa cuna que rueda en el pesebre, esa madre apasionada, esos humildes pañales, ese fundador y esos fundamentos de la democracia, adónde irian ? Marcion, Valente, Manés y otros negaron la humanidad de Jesucristo : para estos novadores no tenia sino cuerpo fantástico, impalpable, y extraño á las necesidades del hombre. Lo cual es falso, por testimonio de los gentiles mismos. Léntulo, gobernador de la Judea, dando cuenta de Jesus al emperador, dice, es verdad, que « no se le ha visto reir ; » pero sí llorar muchas veces. Que comió por costumbre, nadie lo niega: dormir, dormia las horas que ha menester segun la higiene un hombre de sus años. Ese pelo de belleza inefable ; esa barba en forma de herradura de color indecible ; esa mirada casi infinita, donde la inmortalidad está yendo y viniendo en ondas de gloria; esa boca por la cual se asoma á cada paso el Verbo divino ; ese porte majestuoso ; esa mansedumbre grave ; ese amor que experi-

menta é infunde como afecto superior á lo humano; todo, todo está probando que en ese hombre hay algo de divino, que en ese sér divino hay algo de humano. Seré tan hereje como gusteis, católicos de la cuchilla; mi Jesucristo, dejádmele, así como le describo y le guardo en mi profundo pecho.

COMENTARIOS

Al pié del Tungurahua, una de las montañas mayores del globo y más hermosas de los Andes, hay una aldea llamada Baños, á causa de las aguas termales muchas y distintas que brotan de sus faldas. Esa aldea es una égloga de Virgilio puesta en carnes por Salvator Rosa : si hay paisaje bello en el mundo, ése es. Naturaleza ha hecho un horrible gesto á orillas del Pastaza : despues de una revolucion de piedras condenadas y rocas feroces que están protestando en eterna mudez contra la paz y el órden de las cosas, se apacigua y cobra el aspecto con que brilla por la hermosura que condecora ese recodo selvático de la creacion. Allá gustaba yo de hacer mis incursiones de hijo melancólico de la soledad y el silencio, llevando á veces mi amor por las bellezas de la tierra hasta exponer la vida en los despeñaderos del rio formidable, ó en los riscos del monte que sobresalen en forma de torres arruinadas, templos caidos ó agujas de piedra viva. Esa aldea tiene su cura. Oigo un dia altas voces de cólera en la plaza : échome de mi aposento

afuera : el cura, lanza en mano, está subiendo las gradas de su casa, vomitando esos tacos y bravatas de soldado que habian movido mi curiosidad. Era el caso que un hombre, un buen hombre, un pobre hombre llamado Rodriguez, habia acudido en defensa de su mujer, y llegó en buena sazon para oponerse á las violencias del párroco. Furioso éste, vuela al convento, coge una lanza, y se tira á castigar al pícaro que así se atreve á volver por su honra. Este, este mismo fraile es el que le negó la sepultura á mi hermano, porque con eso sacaba más dinero, y de paso me irrogaba ofensa grave. El escriba era mi adulador : cuando yo iba al pueblo, su visita la primera : Señor don Juan, usted nos ha de mandar : Señor don Juan, á usted le hemos de obedecer. Pero ocurria entónces que yo estuviera perseguido de muerte por uno de esos malhechores armados que en ciertas repúblicas de América se denominan jefes supremos ó presidentes, y allí fué la maldad del fraile impío. « Cárlos Montalvo está en los quintos infiernos ! » gritaba en la puerta de la iglesia pocos dias de muerto mi hermano. Y porqué, señor cura ? le pregunta un chagra animoso. Porque no se confesó, responde, ardiendo él mismo en llamas infernales. Entra á su casa, cierra la puerta de su cuarto sobre sí : á poco, un ruido como de cuerpo que cae llama la atencion de la gente doméstica : sus hijos se precipitan adentro : el fraile, boca arriba, negra la cara, sanguíneos los ojos, está echando espuma por los labios, y un ronquido que pone miedo en los circunstantes. « Señor cura, señor cura ! » « Taita padre, taita padre ! » El señor cura estaba en los quintos infiernos, porque no se habia confesado : taita padre

era un monton de inmundicia tirada por ahí como cosa del muladar. El gobierno temporal de la Providencia es doctrina de los católicos : el conde José de Maistre la sostiene. Señor conde, venga acá esa mano. Si el nombre de los malvados ha de ser un secreto, yo no lo pienso así : ese cura se llamaba Vicente Viteri. Pase á la posteridad, si es posible.

He dicho que en los Estados-Unidos no conocen el socialismo : pudieran darme la desmentida los que sepan que el demagogo Kearney lo introdujo no há mucho en California é hizo adeptos. Pero lo que es cundir la doctrina en la Nacion, no ha cundido. California es el único Estado que se ha dejado corromper los oidos por las groseras sandeces del visionario Kearney, sin hacer gran caso de él, en tratándose de los efectos. Cosa rara! los católicos de Irlanda son los que se hallan en secretas relaciones con los fenianos de Inglaterra, los socialistas de Alemania y los nihilistas de Rusia. Aquí están los conservadores franceses, los *godos*, como los llamaríamos nosotros, que no me dejarán mentir. « El Fígaro, » de Paris, ha publicado últimamente un artículo formidable contra esa liga oculta. Conque, señores católicos puros de los Andes, no somos nosotros los *rojos*, los *herejes* los que profesamos los principios de Dublin...? El lord comisionado de la reina Victoria no acaba de morir á manos de liberales.

No pocos habrá que deseen saber cuál fué la respuesta

de Arcesilao al epicúreo que se complacia en repetir que de su escuela nadie se pasaba á la estoica, cuando era tan frecuente ver estoicos reducidos al epicureismo. La familiaridad de un comentario puede quizá sufrir la franqueza de Arcesilao, imposible para la gravedad del texto en nuestros dias. Es natural, respondió el filósofo, que de gallos se haga capones; al paso que de un capon no se puede hacer un gallo. No se aflijan los ultramontanos; la paridad no corre á cuatro piés : de ellos sí se pueden hacer gallos, y de pata dura, y espuela que parece alfanje morisco, y cresta como la sierra de Quindío, y buche para diezmos y primicias y herencias y albaceazgos. Dígalo el ejemplo. Navegando yo hácia el sur del Pacífico, eché de ver un turco á bordo, que iba cargado de insignias y reliquias de Mahoma. A la altura de la isla Gorgona, cayó con fiebre amarilla : Alá! estaba exclamando, y pidiendo una copa de brandi. Un zambo perverso de los sirvientes, llena un vaso de ese veneno, y vuela escalera abajo. Qué haces, muchacho! grito, precipitándome tras él : vas á asesinar á ese hombre? Si es el tercero que se bebe; y allá se lo lleve la trampa : no ve usted que es moro? Tomé tierra en Tumaco, lleno el corazon de lástima por ese desventurado que se iba á morir en el buque, sin llegar al Perú adonde se dirigia. Dios y el capitan dispusieron otra cosa : ved como se presenta en la Aduana el turco, apoyado en dos marineros ingleses : echáronlo por ahí en cualquier parte, y yo á mi alojamiento casa de un europeo amigo mio. El cura del pueblo era huésped de esa misma casa : á las doce de la noche, golpes á la puerta :

« Señor cura, el turco se muere ! levántese. »

» Qué tengo yo que ver en eso! gritó el fraile, catalan furibundo que por arte de birlibirloque se hallaba de cura en esas tierras. »

» Señor cura, señor cura, el turco se muere! »

» Busquen ustedes un dervis ó un santon, y se los lleve el diablo á todos! Un sacerdote católico nada tiene que hacer con un mahometano. »

» Señor cura, señor cura, el turco se muere! »

» Hombre, dijo el capuchino, ahora se me ocurre que puede ser que yo le convierta *in articulo mortis.* » Y diciendo y haciendo, llevado de su buena intencion, se levantó y se fué. Dos horas despues volvió cariacontecido el fraile : Qué demonio, dijo; el turco ha sido católico. Y porqué andaba de islamita? pregunté. Sus razones tendria el muy bellaco; ó pura gana de andar con bragas y turbante. Era católico de Siria. Se llamaba Miguel Angel : ha tenido entre sus papeles recomendaciones de obispos de la cristiandad. Mas fué tarde para confesarlo : le absolví en cuerpo muerto.

Cuánto va que ese turco era un capa rota? Los ortodojos tenian entre manos, probablemente, una maniobra de las suyas. O le hicieron turco para hacer ver al universo que los mahometanos se volvian católicos á la vuelta de una esquina? Hum... el turco fué como los tullidos que entran en brazos ajenos á las cuevas milagrosas, y salen sanos y buenos, y muy tiesos y puestos en órden. El padre Olegario, capuchino, residente en el sur de Colombia, y el pueblo todo de Tumaco, me están sacando verdadero. Miguel Angel, católico de Siria, se habia hecho turco, á lo ménos por defuera. Y judío acaba de hacerse un español, para casarse con una

israelita. Como el caso adolece de fealdad, omitiré el nombre de ese buen chapeton; pero no los de las personas á quienes oí la historia no há muchos dias, en Paris, en el Hotel Laffitte. La señora de Lavalle, polaca viuda de un frances acaudalado, viajera sempiterna, contó de sobremesa con todos sus pormenores la conversion del católico al judaismo, y su matrimonio con la bella hija de Abrahan. Si el amor fué el agente de esa transaccion inaudita, seria cosa de averiguar despacio si el galan merece pena de la vida: yo siempre he pensado que dos que se quieren bien son felices y viven con gusto en el infierno mismo, puesto que no haya por las vecindades clérigo que ande predicando sermones del purgatorio. Los papistas no quieren oir sino conversiones de protestantes y judíos al catolicismo; pero niegan la verdad, y se cierran á la banda cuando se les pone ejemplos de lo contrario. Muchos de los franceses católicos que acompañaron á Napoleon á Egipto se quedaron allí y se volvieron musulmanes: harto conocido es el teniente Sèlves, que vino á ser bajá de tres colas, llamándose Soliman Bajá; y Lubbert-bey, ó coronel Lubbert, que fué luégo el famoso Edris Effendi, á quien Mehemet Ali hizo ministro de instruccion pública y gran maestro de la Universidad de Alejandría. El marques de Bonneval, echándose el alma á la espalda, y devolviendo el bautismo á la Iglesia, habia abierto la carrera de estas singulares conversiones. Hombre y flaqueza son una misma cosa: en cualquier religion y cualquier estado todo es miseria.

Monsieur Naquet se ha salido con la suya : tiempo há que ha estado proponiendo con rara constancia en el Cuerpo Legislativo el restablecimiento de la ley del divorcio : los diputados de la República lo han restablecido. No sabemos todavía si el Senado confirmará esa ley, y si ella empezará á regir inmediatamente. Ergotistas buceadores de contradicciones nunca me han faltado : ya me van á decir que Napoleon no infringió ley ninguna cuando se divorció de Josefina, puesto que el Código Napoleon permitia el divorcio. En cuidado me lo tuve ; y aun se me alcanzaba que cuando ese Código fué admitido como regla de la monarquía despues de la restauracion, la ley del divorcio quedó abrogada. El emperador no infringia ley ninguna? Señores ! No infringia ley civil, pero infringia ley religiosa ; no vulneraba su Código, pero heria en el sacramento. Héme aquí de campeon de los ultramontanos. Y la archiduquesa de Austria, era ó no católica-apostólica-romana ? Napoleon, que en Egipto mostró profundo respeto por el islamismo, no dejó de mostrarlo por el catolicismo sino para desairar á una mujer y tomar otra. « Voy, llego, tiembla ! » le escribia á su mujer sospechosa : eran fundados esos celos imperiales ? La razon de Estado, por otra parte, es cosa de bulto : pudo divorciarse un emperador ; mas todos conocemos personas particulares que han ido á Roma casados con una mujer, y se han vuelto á su patria á casarse con otra. No hay quizá república de América que no pueda citar un ejemplo de éstos. El vizconde de Chateaubriand no supo lo que se dijo, cuando para tachar de corrompida á la antigua Roma alegó el divorcio de Ciceron. Excusado es decir

que el que viene del Nuevo Mundo á Roma no viene con las manos vacías. Como los ultramontanos quieren salir por donde meten la cabeza, no dejarán de hacerme notar que para ellos la autoridad del papa es ley en hecho de dogmas y sacramentos, y más cuando ahora es infalible. A nada falta, pues, el que se casa de nuevo, cuando la cabeza de la Iglesia ha disuelto el lazo conyugal. Esto es lógico : si éste fuera el punto, aquí entregara yo las armas. Pero no se trata de la autoridad pontificia, sino de averiguar si el que se aprovecha de las concesiones de la ley es corrompido porque se aprovecha de ellas? y si los romanos antiguos fueron los más corrompidos de los hombres, como afirma el señor de Chateaubriand, porque se divorciaban algunas veces, cuando ni religion ni ley se les oponian? Segun alcanzo, la diferencia de tiempos, religiones y costumbres está en que en Roma el divorcio era permitido por las leyes, y entre los católicos lo concede un hombre. Las segundas nupcias fueron miradas por los primitivos cristianos como « un honesto adulterio ; » y cuidado que ésta es expresion de un Padre de la Iglesia. Ahora en vida de la mujer, qué hubiera dicho san Basilio ! Ni todos los católicos de hoy están acordes : dígalo esa señora que, viendo pasar á la segunda esposa legítima de un gran señor descasado en Roma á fuerza de dinero, exclamó : Allí va la amiga de mi marido. Esa señora, católica-apostólica-romana, como lo son todas las mujeres en la América Española, le negaba al papa la autoridad de romper un sacramento. No expongo aquí mi modo de pensar á este respecto ; no hago sino servirme de las armas de mis contrarios para herirlos con ellas. Si lo hubiera de exponer, diria

que una buena mujer es el asunto de la vida; y que por inconstante, veleidoso y caprichoso que un hombre sea, debe juzgarse feliz al considerar que ni otro amor ni muchas riquezas pueden quebrantar los lazos que á ella le ligan. En cuanto á las malas, lo mejor seria que se las llevase Jesucristo, no al monasterio, sino allá, léjos, muy léjos, aunque sea al quinto cielo. Pero si ni él las quiere, plegue á Dios todopoderoso que imperios y repúblicas tengan cada cual su Monsieur Naquet: ya dije que Marco Tulio hizo bien de echar á pasear á esa Gorgona de Terencia. El divorcio es permitido actualmente por las legislaciones de casi todos los pueblos de Europa: en Bélgica, por término medio, hay cuatro divorcios al año. En Alemania, como más extensa, hay mayor número. Los que más se divorcian son los suizos, con ser gente pacífica y avenidera. El divorcio, hasta ahora poco, fué privilegio de ricos en la Gran Bretaña, en cuanto para alcanzarlo se habia de hacer enormes gastos. El episodio del romance *World Times* de Cárlos Dickens nos hace ver que el hombre que podia gastar cincuenta mil francos en las diligencias legales, quedaba libre del pesado yugo. Así es que el pobre Stephen, por falta de cincuenta mil francos, tiene que vivir con esa Estinfálida que tan infeliz le vuelve. Hoy las leyes de esa nacion han puesto el divorcio al alcance de todos los ciudadanos: ricos y pobres, nobles y pecheros pueden repudiar á sus mujeres por causas justas, y volverse á casar. La Francia republicana ha tardado mucho en restablecer la ley del divorcio; y, segun parece, el Senado no prestará su aquiescencia todavía.

A OTRO ESTILO OTRO LENGUAJE

Gustamos de la sal que pone las cosas en su punto y las mantiene frescas: la de botica es amarga; y si demas de esto se la propina fuera de tiempo, es tambien perjudicial. Esos graciosos pesados que le avientan á uno á la cabeza la basura con escoba y todo, no son del gremio de Quevedo y don Mariano José de Larra, quienes echan sus rehiletes de manera de hacer reir á las Musas en el Helicon. Sin delicadeza no puede haber donaire: la sátira ha de venir debajo de una alcorza dulce y fina, para que sea grata al paladar: si ocurre que á lo grosero de la sustancia agregamos lo ruin de la forma, el ceño de los lectores le advertirá al mal censor que sus ingeniosidades se han ido por el albañal. Quede el libelo para que lo conteste Júdas: yo tomaré de él los puntos que frisan con el arte de escribir, y á modo de aprendizaje diré en ellos lo que se me entiende, segun que suelo adolecer de un flaquillo en esto de vestir con pulcritud á nuestra buena lengua castellana. Pues señor, ese gallo no está mal en donde está; ni por qué lo habia de estar? por que está sobre la pata izquierda? póngale yo sobre la derecha, y todos quedaban *aplacidos*, como dirá tal vez el Fuero Juzgo. Moléstales á ustedes de igual modo, señores retóricos de media sotana, el que ese bicho esté durmiendo: no duermen ustedes asimismo? Sobre cuál de las patas, me harán el favor de decírmelo, á fin de que no yerre en adelante.

Ahora viene el gato, y tengan cuidado con él, por cuanto Buffon y mas naturalistas le tienen por el animalejo más retobado, colérico y agresivo cuando le sacan de sus casillas : si se vuelve sobre ustedes, les hace merced de un puñado de uñas en la *facies hebraica,* y al demonio la querella. Pregúntanme qué tienen de particular los gallos y los gatos de Roma, para haberlos traido á colacion con preferencia á los de cualquier otra parte ? Tienen de particular que son los que vi ese dia en la Roca Tarpeya. Si uno ve un gallo en Roma, y quiere hablar de él, ha de hablar de él ó del que ustedes tienen entre sus gallinas ? Si en vez de ese gallo les pongo el de san Pedro, quedaban ustedes para hacerme presidente. Mas tropezamos con la maldita ley de los judíos que prohibia los gallos en la ciudad : si san Pedro oyó realmente el canto de un gallo del cortijo vecino de la casa de Caifas, pongo ése, y andar. Y dejémoslo aquí, pues daca el gallo, toma el gallo, se quedan las plumas en la mano. Pero no dejaré de advertir que « el gato » no podia yo haber visto *acurrucado en el lecho de Lucrecia*, pues los mismos naturalistas lo describen como al ente más infiel, pérfido y lascivo que abriga el reino animal ; y á él no le era dable simbolizar la castidad, la lealtad, la pureza de la mujer de Colatino. Yo sé donde pongo mis gatos ; ustedes truecan los frenos. Ni habia yo menester la imaginacion que ustedes suponen en mí, para delinear una mujer romana alta, pálida y melancólica, sino que tales son los rasgos característicos de las actuales mujeres de Roma, como pueden verlo todos en geografías y viajes. Cuando ustedes pensaban de mí que estaba enhilando ideas fantásticas, no

hacia yo sino echar por ahí una pincelada descriptiva. « Tenemos por más probable que esa mujer habrá sido como el comun de las mujeres, ni más ni ménos. » Como no le puse las lupias de la hotentota ni las orejas de la malabar, no es probable solamente, sino tambien verdad de clavo pasado que ella habrá sido como todas las mujeres, ni más ni ménos ; y siéndolo, pudo muy bien ser alta, pálida y melancólica. Ya no les es concedido á los viajeros, cuando están en Inglaterra, decir que las inglesas son de estatura elevada, rubias, hermosas, graves : cuando están en Francia, que las francesas son bajitas de cuerpo, morenas, donosas, el fuego mismo por adentro : cuando están en España, que las españolas son las reinas de las mujeres : rostro ovalado, colorcillo de cera embebida en clavel ; formas combadas, carnes duras : su alma una viva llama. No señor: todo esto es pura imaginacion : las mujeres son lo mismo en todas partes, « calabacinas de testa, badea de cogote : un pelo aquí y otro allí, como espárragos : » del un ojo les mana piedra azufre desleida, y del otro asafétida. Mas olvidais, los caballeros, que algo va de Maritornes á Florinda, la beldad del Tajo. Qué seria de vosotros si yo hiciese una incursion en los campos de la literatura, y os trajese gallos ante los cuales agachariais humildes la cabeza, bien así como os he traido santas suicidas cuando ménos lo esperabais ? Digan los tontos lo que quieran, el que ladre lúgubremente un perro, bale una oveja, cante un gallo en lo silencio de unas ruinas, á todo el que tenga un grano de poesía en el alma le ha de parecer bien. Víctor Hugo se deja ir por las orillas del Rin, olvidado del mundo, metido dentro

de sí mismo, ahijado en un todo con la madre naturaleza: echa de ver por ahí un escarabajo, y se detiene, y se inclina: como está patas arriba el pobrecillo insecto, le pone caritativo en su postura natural, admira « su brillante coraza, » y cuando le ve alzarse por el aire, experimenta en el alma el vivo gozo de haber consumado una accion de hombre de bien. Pónese luégo á descansar á la sombra de un viejo árbol: en un hueco del añoso tronco una araña ha tendido su red: dos ó tres moscas, vivas aún, como recientemente aherrojadas, se están moviendo sin esperanza de libertad. Rompe la red el viagero, y el mundo es de las prisioneras. Oye el *tlac tlac* de un sapo en los chaparros de un castillo feudal arruinado, entra en él, ve una nube de murciélagos que vuelan por las salas sin techumbre: una luciérnaga brilla por ahí: pasa un cuervo con lúgubre ruido: ladra un perro en la oscuridad, pues anochece; bala una oveja, canta un gallo... Qué tal, señores poetas de gallaruza? Dirán ustedes que Víctor Hugo es rojo: pues aquí viene Isaías el profeta, el gran profeta: « Jerusalen, Jerusalen! ay de ti, Jerusalen. Te habitarán bestias feroces; culebras andarán por tus palacios; se dejarán oir aves siniestras; los animales todos andarán dando aullidos por tus plazas: Jerusalen, Jerusalen! » Qué hubieran hecho ustedes conmigo si yo pusiera en las ruinas de Roma culebras, puercos y tigres? Si me cogen, allí me matan. Lamartine dice que pasara contento la vida,

> Avec le cri du coq et le chant des oiseaux,
> Avec le bêlement prolongé des troupeaux.

Saben ustedes lo que es *coq?* Gallo. Y *bêlement des*

troupeaux? Balido de los rebaños, las ovejas. La poesía no está en las palabras, amigos, sino en las ideas, los sentimientos del ánimo : muchas veces uno se hace ridículo echándose á reir de lo que ni entiende ni siente ; pues, como dijo otro, hay más personas capaces de comprender á un geómetra que á un poeta. Sentencia que puede muy bien caber aquí, ya que se ha mentado á Víctor Hugo y Lamartine. Si los gallos de éstos nada pueden, prestará algo uno de Horacio, padre de las humanidades? Oid resonar por los ámbitos del Lacio este dístico sonoro :

> Ad galli cantum consultor ubi hostia pulsat,

y callaos de contado, so pena de incurrir en el enojo de Juan de Meung:

> C'est chose qui moult me deplaist
> Quand poule chante et coq se taist.

Gay, en su elegía del Cementerio de la aldea, no ha podido prescindir del gallo, y le oye cantar en el silencio allá tras los sepulcros y los árboles. Pero tambien se rien de este gallo los poetas sin poesía ; veamos si tienen algun miramiento por el religioso Milton :

> The crested cock whose clairon sounds
> The silent hours.

El crestado gallo cuyo clarin anuncia las horas silenciosas. Allí tienen ustedes un gallo épico, un gran gallo; y no rompido de la crisma, como ustedes, sino con cresta sublime, sierra de fuego con la cual está amenazando segarles la gola á los papistas, como heterodoxo de rompe

y rasga. Un gallo creston en una epopeya, en El Paraíso perdido, *The lose Paradise,* ¿quién se rie? No faltará quien: cuando Massillon pronunciaba una de sus más grandiosas oraciones, un cleriguete sordo-mudo estaba por ahí metido en un rincon de Nuestra Señora de Paris riéndose para su capote. Esto no lo he leido en ninguna historia; pero así ha de haber sido. Y volvemos al gallo; y puesto que los de la tierra no les satisfacen á mis cuervos, les doy uno del Empíreo; no el de san Pedro, sino otro de mejor cria. El ángel Gabriel trajo de la Meca el Alborak, monstruo compuesto de caballo y de camello. Montado en él Mahoma el profeta, subió por una escalera de luz. Lo primero que vió fué un gallo como el ampo de la nieve, y de tal magnitud, que con los piés tocaba el primer cielo, y con la cabeza daba en el segundo, con ser que cada uno de los siete está separado de su vecino por quinientos años de andar y más andar. Todas las mañanas canta Dios un himno, y el gallo le acompaña: de donde proviene que los gallos de la tierra cantan á la misma hora. Y el gallito era pequeño en gracia de Dios. El primer cielo es de plata: allí encontró Mahoma á nuestro padre Adan. Pero este no es mi asunto, sino el hartarlas de gallos á esas gallinas con pepita que se han ido cacareando tras mi gallo. Cuerpo de Cristo! no pensaban mis cornejas de misa y olla que yo los tuviese tántos y tan finos á mi disposicion. Al capon que se hace gallo, azotallo. Y á manera de posdata les he de dar uno de Cervantes, por si no sean buenos y pasaderos, corrientes y molientes los latinos, ingleses, franceses y musulmanes.

Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.

Oiga! exigen tambien un gallo americano los gansos de sacristía para darse á partido y entregar las armas? Véanle aquí, y de los más arrogantes y musicales.

Mas del pajizo alar de la cabaña
Saldrá el clangor, cual de clarin sonoro,
Del gallo vigilante,
Que saluda al lucero de la aurora
Que sube por el éter rutilante.

Este gallo, cuyo clangor sube á las estrellas, sobre ser de pata bien señalada, es además católico, y católico además, puesto que es de don José Joaquin Ortiz, el Luis Veuillot de Sur América, que tánto les da en que entender á los rojos de Colombia.

Ese cuadro que pinté, no de tan mala mano como ustedes piensan, no solamente es fiel, pero tambien tiene su objeto. Contemplo á mis piés el Foro Romano: las ruinas del Coliseo se encumbran allá solitarias y funestas: un buho está gritando entre la paja que ha crecido en sus rotas paredes: el templo de la Paz, no ménos grande, se me presenta de más cerca. Los arcos de Tito y de Severo; los escombros del monumento de Jano; la oscura boca por donde se desciende al palacio de Augusto; una columna erguida ella sola entre montones de cascote; un pedazo de arco que se sostiene á lo largo de veinte siglos; y al frente, allá más léjos, el

monte Aventino hirviendo en memorias del pueblo rey, el gran pueblo romano: cobijado todo esto por un silencio vasto, profundo, grandioso: la muerte, el pasado en formas descomunales era lo que yo tenia por delante. Vuelvo la vista, y en una casuca de triste aspecto veo una mujer vestida de negro, callada y triste; veo un gallo suspendido sobre una de las patas; veo un gato acurrucado en un jergon. Esta es la vida, éste el presente de la señora del mundo. La Roma antigua y la moderna ¿no están bien contrapuestas? Hablé de la Roma actual como nacion política, y de ninguna manera como asiento de la Iglesia, y por esto no la presenté grande como las naciones católicas que la reconocen. Hoy, como nacion, como imperio, ya es grande y fuerte, ilustrada y poderosa, si por Roma entendemos la Italia toda, la Italia una. La Roma cristiana, la Roma eclesiástica es Jerusalen; y esta Jerusalen es asimismo por su parte grande y fuerte, aunque ya el Dux de Venecia no lleva por el diestro la mula del Papa, ni éste ordena á reyes y emperadores venirse á él á piés descalzos.

Enseñar deleitando es el arte del escritor perfecto, grado sumo del ingenio al cual no llegan sino los mayores de marca, esos que echan á la sabiduría el grano de sal indispensable para su conservacion, y el de locura, sin el cual el extremado juicio del filósofo vendrá á parar en insensibilidad y desabrimiento. Los autores que aderezan la inteligencia de manera de hacerla paladear ávidamente á los que la prueban, ésos son los maestros. Pero si á la bisoñez acompaña en nosotros lo árido de la materia, á riesgo estamos de

quedar por puertas en la gran exposicion de las obras intelectuales. Darle algun aderezo á la gramática, pergeño seria de la habilidad misma: la gramática no es tierra para flores; mas como ella da los frutos del idioma, preciso es cultivar ese campo de espinos y plantas sosas. Sin el caudal necesario para acometer el dilucidamiento de cuestiones tan escabrosas como las que suelen ocurrir en esta parte científica de la literatura, habria yo dado de mano á las provocaciones descorteses de mis impugnadores invisibles; pero va de la enseñanza general, y no me es dado dejarlos triunfantes por falta de réplica, en pueblo donde la ignorancia suele arrimarse á la mala fe y apellidar victoria en contra de la verdad. El falso amigo que me ha salido al paso en la encrucijada, sin levantarse el capirote, me afea desde luego « la arrogancia de mi carácter » : la humildad cristiana, evangélica, con la cual nos postramos ante Dios, es gran virtud que debemos desear para nosotros y nuestros semejantes: esa humildad profana que va arrastrando á los hombres por el suelo, no es la mia, cierto. Humilde con el Señor, alto con los altos, me hago pequeño, como Filotás, cuando las hé con gente bondadosa y modesta. Para los viles, desprecio ; para los malvados, odio ; para los criminales, espanto. Si por esto soy *un monstruo*, monstruo quiero ser; y en tanto que el cielo favorece mis maldades, no he perdido la esperanza de la gloria. Sócrates dijo, es verdad, que su ciencia consistia en saber que no sabia nada; pero esto era con relacion á lo mucho que al hombre le queda siempre por saber, y de ningun modo porque el filósofo se tuviera por ignorante ruin. Humilde el hijo de la partera, humilde... Y me le

citais como ejemplo de humildad que debe llenarme de vergüenza, á mí que nada he dicho en mi alabanza. Allí está el humilde haciéndolos temblar á los treinta tiranos. « Un dia Cerefon consultó al oráculo respecto de mí : No hay, respondió el dios, hombre más sabio, virtuoso y fuerte que Sócrates. » Este no se alaba de no saber leer ni escribir, ni de ser un guardamateriales, como lo hacen mis censores, sin advertir que si nada saben, no tienen derecho á intervenir en discusiones filosóficas. Sabido es que las leyes de Aténas concedian al reo indicar él mismo la pena que habia merecido : juzgado y condenado Sócrates, los jueces le preguntan : Cuál es vuestra pena ? El reo de virtud y sabiduría pudo haber salvado la vida diciendo : El ostracismo, ó bien otra menor ; pues los tiranos ansiaban una palabra de modestia del reo para absolverle, arrepentidos de su infame conducta : el filósofo se yergue, y con voz de divinidad ofendida, responde : Ser alimentado en el Pritaneo ! El Pritaneo era una institucion grandiosa, un alcázar en donde los varones ínclitos vivian mantenidos á expensas del Erario. Hé aquí el hombre cuya humildad me han citado como ejemplo esos sectarios intransigentes cuya soberbia no nos perjudica, por que se va en chorros de vanidad al sumidero. Sabe usted, señor areopagita, qué nombre tiene el orgullo con cuero de humildad ? Hipocresía. Ah, si usted pone velas á los santos para que le saquen bien en sus aventuras contra los mandamientos de la ley de Dios, ya no podemos fiarnos de usted.

Lo *del reloj*, amigo, no es agudeza que dará golpe.

Estudiamos, á fin de compartir con nuestros semejantes las luces adquiridas: usted quiere, y tuvo la inocencia de decirlo, que la instruccion sea como *el reloj*, para tenerla en el bolsillo. Al modo que el avaro posee tesoros, y los mantiene bajo tierra? Si fuera para guardarla escrupulosamente, la sabiduría en nada se diferenciara de la ignorancia: así como el más pobre es el rico que no usa de sus riquezas, así el más ignorante seria el instruido que no quisiese usar de su instruccion. Usted quiere que uno se aproveche de ella, pero en « su uso particular, » y *guardada se la tiene*, segun dice, para su exclusivo mantenimiento. Veamos la manera de usar uno de sus luces en su provecho particular? Si nos aprovechamos de la instruccion adquirida, ha de ser comunicándola con los demas, no hay remedio. En el concepto de mi censor, historiadores y filósofos son fanfarrones importunos empeñados en referir, « sin que nadie se lo pregunte, » lo sucedido en el mundo, « como un loco que anduviese avisando á todos la hora que indicaba la manecilla de su reloj. » Tenga usted su instruccion en el bolsillo, ó en la oreja; pero deje que los demas sean francos y liberales. Bien está que no ande uno por la calle enseñando historia á cuantos encuentra: si el escritor la enseña desde su cátedra á los que le quieren oir, ¿quién sino un albardan interesado en su descrédito puede hacer fisga de él? Y en qué manera! Descoyuntar períodos, trastrocar términos, invertir palabras, esconder puntos y comas, no es burlarse de un autor, sino de un público desentendido de sus fueros. Esa no es la crítica de Aristarco, la diatriba literaria de Zoilo, ni el exámen de Jerret; es una sim-

ple farándula en que un mal histrion representa, disparando al autor, no pasadores ni viras delicadas, sino cohombros que le vuelven acreedor á la horca. Don Mariano José de Larra fué hombre culto y leal: nunca tomó por objeto de sus burlas á sus amigos, poniéndose careta para que no le conociesen; ántes cuando habia tratado ofensivamente á una persona, le daba las señas de su casa, indicándole la hora de hallarle á punto fijo. Seria usted capaz de esa hidalguía, mi amigo de ayer? Ya sabe usted en donde vivo... Seamos críticos á modo de Boileau: armémonos de pluma para poner las cosas en su centro, no de cuerda para servir á tiranuelos rencorosos.

Ahora pongámonos de piés en nuestro asunto. *El torneo de la frase* es un adefecios para el zoilo con minúscula, porque él no lo ha visto. Lea á Capmany, uno de los más autorizados preceptores de lengua castellana, y hallará *el torneo de la expresion*, en vez de *el giro* de los galiparlistas. Corte, modo, torneo: el *giro* á la pelaza, y la pelaza al fuego.

Usted comprendió, amigo analizador, á quiénes dejaban vivos los siracusanos vencedores de los atenienses, ¿no es verdad? A los que cantaban versos de Eurípides, con cuyas armoniosas modulaciones les suavizaban éstos el alma á los duros sicilianos. Hubiera sido menester un gran esfuerzo de tontera, como el que usted ha intentado, para que nadie se equivocara. Quiso usted hacer una gracia, pero no la hizo.

Con pinceladas de pintor, como usted lo ha entendido, no podia retumbar el Tasso, ni lo puede nadie: con versos sublimes en la idea y sonoros en la forma, muy bien puede ir retumbando una epopeya por la cumbre del Parnaso. Leemos en el Exodo que las palabras de Moises en el monte Sinai, el pueblo repartido en el valle *las oia por los ojos*. Sólo un aritmético y un tonto pueden hablar sin figuras, dicen : usted no es aritmético; luego es hombre de talento, cuando no alcanza que esos son modos de hablar figurados.

El verbo *pasar* unas veces es activo, otras de estado: Cervantes lo usa en una y otra significacion, como observa don Diego Clemencin. Si usted está en lo cierto, yo no he cometido error: miéntras esto se dilucida, guarde su chufleta. Cuando Cervantes dice que don Quijote y Sancho *pasaron* un graciosísimo coloquio, fué sin duda tan menguado como yo? Deme usted cantaleta; pero á don Miguel abonado por don Diego, con el sombrero en la mano, hombre de pocas obligaciones.

El pensamiento podria entrar como *pieza de arquitectura*, cuando el verbo *bornear* con quien viene fuera tomado en sentido recto; mas si cualquiera lo entiende en el metafórico, queda usted por alarife aprendiz, puesto que bufon maestro. Don Antonio Capmany puede algo con usted? Escúchele: « Bornear : mover y ladear las sillares hasta ponerlas ajustadas y en debido lugar. En este sentido se dice, hablando metafóricamente, que el estilo de Tácito es *borneado.* » Qué tal, hermano Modesto? El estilo de Tácito es borneado, porque cada

idea está bien ajustada con las vecinas, y todas en su lugar: el de usted no es borneado, porque sus cosas están revueltas; y entre faltar á la verdad y desmocharse de agudo, ha hecho usted un embolismo de dos mil demonios. Buena fe es amor á la verdad: el que falta á ella, cae en mal caso, ya respecto de Dios, verdad eterna, ya respecto del filósofo, el santo y el caballero, para quienes mentira es error, pecado é infamia: error para el filósofo, pecado para el santo, infamia para el caballero. El que miente se reconoce vencido, puesto que huye del campo de la honra, y se enzarza en un chaparro, en donde se está á tirar piedras, como duende, sin que nadie le vea. Mala fe es monstruo en cuyo seno se dan de navajadas vicios y defectos: envidia, mezquindad, bajeza, malicia, malevolencia, prurito de impostura, son lechigada de esa hembra en cinta por obra de Satanas. La buena fe, al contrario, es doncella ingenua y pura: ántes que negarse á sí propia ó que rendirse á la fuerza, muere mil veces. La mala fe, por grandes que sean sus hechos, no sale con el triunfo, porque los suyos son como la luz del fuego fatuo: brillan por un instante, y se convierten en tinieblas. Verdad, rectitud, conciencia son luz del sol, luz del dia. Esta es moral, y teníamos entre manos la gramática. « Mas qué *de bueno* puede traernos...? » Galicismo, dice usted, doctor sutil, y nos remite á Baralt. Don Rafael Maria, allí se está, y, como buen cristiano, le cede la precedencia á Fray Luis de Granada: « No es claro que tenemos acá dentro de nosotros un calor pestilencial, que nos viene por parte del pecado, el cual gasta cuanto *de bueno* en el hombre hay? » Ejemplos de este *de* le

traeríamos á millares. Los maestros de nuestra lengua lo habrán tomado por ventura del frances? del frances, en tiempo que este idioma estaba léjos de preponderar entre los modernos, y el castellano privaba en todas las naciones cultas?

Bien podrá ser, dijo don Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que segun las tienes *de espesas*, aborrascadas y mal puestas, á tiro de escopeta se echará de ver quién eres. Ni don Gregorio Mayans, ni Pellicier, ni otro alguno de los analizadores del Quijote han tachado este *de* de galicano: Clemencin lo hubiera echado ménos, si faltara, como lo echa en este pasaje: *Segun salió turbado.* Estuviera mejor, dice, segun salió *de turbado.* Don Diego Clemencin no es antiguo, sino de nuestros dias, y hombre tal, que pudiera entrar en docena con Juan Valdes, autor del « Diálogo de la lengua, » Cobarruvias y otros Padres de la Iglesia de la lengua castellana.

« Cuando llegaste junto á ella, no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué *de bueno* que yo no acierto á dalle nombre, digo un tufo como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? »

Lo que sintió Sancho fué un olorcillo algo hombruno; y debió de ser que *ella* con el mucho sudor estaba un tanto correosa; lo cual no sucede con mis aristarcos, quienes si á algo huelen, no es á hombre.

Este algo *de bueno* se da la mano con el algo *de nuevo* familiar para los clásicos. Los nimios puristas á quienes muchas veces estragan las impurezas de la ignorancia, suelen convertirlo en *algo nuevo*, con notorio perjuicio

del número y la eufonía del lenguaje. Don Cárlos Coloma, en los Anales de Tácito, dice: « Entre tanto Laciar, haciéndose encontradizo en la plaza con Sabino, como para darle cuenta de algo *de nuevo,* le lleva á su casa. »

Si á escritores modernos va, aquí viene un auxiliar poderoso de Clemencin : « Qué tiene *de ridículo,* dijo la marquesa, nacer con una señal en el pecho ? » Prueben los seudo-puristas, archiempalagosos á decir : qué tiene *ridículo* nacer con una señal en el pecho ? y díganme si no se tienen por los parlanchines más ridículos del mundo.

« Pregunto lo que hay *de nuevo,* repuso el duque, y no lo sabido. » Fernan Caballero, coronista de las tertulias aristocráticas de Sevilla, hablaba atildado, me parece ? Don Eugenio de Ochoa dice que las obras de este autor abundan en locuciones felicísimas y graciosos modos de decir. A otro punto.

La expresion *á tú por tú* podrá significar lo que usted dice ; esto no quita que *tratar tú por tú* no signifique tratar familiarmente, ladearse con uno, como se desprende de ésta manera de decir de la Celestina : « Nunca tratan con parientes, con iguales á quienes pueden hablar tú por tú. » Y sabe usted lo que es « La Celestina ? » Uno de los oráculos de la lengua castellana. Juan de Mena, Rodrigo Cotta y Fernando Rojas no pensaban, sin duda, que un hombrecico por ahí en la tierra de Atahualpa se les reiria en las narices, rompiendo la eternidad con el ímpetu de la ignorancia.

« A vueltas con nuestro anhelo por saber... » *Andar*

á vueltas no es sino luchar ó reñir, dice el doctor iluminado; de donde se deduce que el autor andaba á la greña con su anhelo por saber.

Oh hideputa el pelon, y cómo se desasna! Podrá pasar el que acote yo al dicho Fernando Rojas? Por lo ménos es palmario que aquí encaja esa soberbia exclamacion; pues *á vueltas* no es solamente luchar ó reñir, sino tambien idiotismo que denota el empeño con que uno toma una cosa. Pero como aun cuando me solventara yo, mi acreedor no me diera por quito, oiga á su mismo Baralt: «Se esforzaba por hacer derivar de ellos su prosapia, y andaba siempre *á vueltas* con el árbol genealógico y otras bagatelas de nobleza hereditaria.» Andaria por ventura ese tal riñendo con el árbol genealógico, y á reempujones y cachetes con otras bagatelas de nobleza hereditaria?

«El autor, *á vueltas* de las recetas para hacer blandurillas, mezcla preceptos de pura y severa moral.» Ese autor es Ovidio; y ese que da noticia de tal mezcla, es don Diego Clemencin, el cual no se anda al pico ni á la garra con las blandurillas, ni con el artífice de las Metamorfósis; y así como éste á vueltas de esas recetas mezcla preceptos de pura y severa moral, así yo, á vueltas de mis iras, gusto de hacer explicaciones que aumenten el caudal de conocimientos de los que, si algunos, los tienen menores que los mios. Blandurillas significan, pues, mudas; y mudas, no las mujeres que no hablan, sino los cosméticos, menjurges, potingues, ungüentos, almidones, enjundias y más porquerías con que las presumidas de poco juicio echan á perder la hermosura con que las agració naturaleza.

Lo de los galicismos, hermano, indica ciega esclavitud en usted : ha leido el Diccionario de Baralt, y ya no quiere oir otra cosa. Mas no hemos sabido que la Academia Española hubiese canonizado á ese autor, estimable desde luego. Querer desterrar de nuestra lengua el vocablo *país*, verbigracia, es delirio que nadie podrá convertir en realidad. Para denotar el suelo, el territorio de una nacion, *país* ha sido usado por los autores antiguos, como se puede ver en la clásica traduccion de las obras de Tácito por el ya citado don Cárlos Coloma. « Pasa Jermánico adelante, saquea el país, persigue á los enemigos... » Cuando se lo usa para designar los habitantes, los pobladores, la gente, *país* es galicismo, y escasa instruccion la de los que lo usan de este modo. Verdad es que ocurre poco en los libros antiguos, y así hallamos en Mariana *provincias* por *país* : otras veces dice *comarca*. Pero país denota algo de más general y extenso ; y puesto que lo hubiésemos tomado del frances, bien tomado estaria. La Academia le dió carta de naturaleza, es nuestro compatriota, y aun autóctona de nuestro suelo. Cuando don Andres Bello dice que *país* lleva el acento en la i, ¿ de qué país habla ? en gramática de la lengua castellana está dando reglas para la francesa ? Ni Baralt le priva á este vocablo sino de la significacion de pueblo ó habitantes de un territorio ; y ahora viene un maestrico por ahí á echárnoslo á Filipinas ? La propia suerte corre el verbo *hacer* en sus manos : quítenoslo hecho el purista, y ya no podremos hacer nada. Galicismo será en ciertos casos ; pero siempre, hombre de Dios ?

Quien por toda poesía no ha leido sino el « Sopla que quema, » no puede ser juez en poesía. Cómo lo ha de ser, si tiene para sí que la Musa es *un mono que salta de la mesa adebajo del catre, ó un gato que se le come el queso!* Preciso es que tenga mucho de maese Pedro quien piensa y habla de este modo. El que haya una persona usado el vocablo *catre* le parece muy mal á maese Pedro, pues ocurre que los de menguado ingenio se figuran que la poesía consiste en decirlo todo con palabras poco comunes y de rodeada manera. Estos no pueden sufrir se denoten las cosas por sus nombres, y todo lo que no sea llamar al cielo *el tindáreo huevo,* y á las estrellas *gallinas celestiales,* será prosa, « y de la mas ruin. » No lo pensaba así el autor de « El Moro expósito, » cuando describiendo el incendio del palacio de Rui-Velázquez, decia :

.... Del suelo quebrantado
Por las grietas el humo empieza á alzarse,
Y acaso llamas : crujen las paredes,
Y aun está en un rincon el rico catre,
Y el niño en él.

Fuera de la cacofonía, imperdonable en hombre tal como el duque de Rivas, el *catre* está muy bien en su rincon ; aunque el pobrecillo infante desgarra las entrañas con los vagidos que echa en medio del fuego enviado por la justicia divina á casa del Señor de Barbadillo. Mas ved cómo vuelve el *catre* purgado de la cacofonía.

Respira el padre ; es suyo : corre, vuela...
Pero en el punto mismo de salvarle,
Una viga del suelo en aquel lado

Falta, se troncha con fragor, y el *catre*,
Y el niño, y la bordada colgadura
Se hunden en un abismo y hondo cráter,
Por do rompe de llamas un torrente,
Que todo lo consume en el instante.

El niño pereció; el señor de Barbadillo siguió en el huracan de sus crímenes, y el hijo de Zahira estaba creciendo para vengar á su padre Gústios Lara. Sea de esto lo que fuere, don Vicente Salvá dice que tarde ó nunca se hará en España cosa mejor que « El Moro Expósito. » Yo debí haber dicho tálamo, ó navío de la recámara para quedar bien con el fiscal de las buenas letras: el *catre* es lo que le insita la risa: vaya pues á darle soga á don Angel Saavedra. Conque la Musa no se metió adebajo del catre; usted es el que está metido en un zapato con sus humanidades y todo, pobre literato de monasterio. Califica usted mi prosa de trivial; puede ser. Pero « esconderse debajo del catre, » « no salir ni á palos, » « tener la boca llena de macarrones, » ¿no es hablar como las mujeres del mercado? Todo esto lo aprende usted en su barrio, varon cultísimo, y nos da buenas muestras de su hablar moratiniano. Si por falta de tino y pulcritud me hubiera yo dejado decir alguna de esas morcillas habladas, aquí me dejara tambien morir de pura vergüenza; á usted le gustan mucho esos lugares,

Porque allí llega sediento,
Pide vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánselo, bébelo,
Págalo y vase contento.

« Oh dulcísimo Jesus... » Hay pedazo de gaznápiro!

Qué tiene que ver nuestro dulcísimo Jesus con las altercaciones gramaticales de dos pedantes como nosotros? Conque Jesus hasta para echar mentiras y tontadas? Hombre que no está en gracia, ningun término ha de proferir ménos que ese tan lleno de verdad y dulzura.

Con cuánto amor y paciencia
Sufriste, Redentor mio,
Por mi loco desvarío
Tan inhumana sentencia.

Vamos, para argumentos como éste no me ocurre contestacion. A ese buen Jesus y Redentor yo le quiero como la doncella de Lope de Sosa:

Muy amiga le soy, madre,
A ese Jesus que nació:
Mas que á mí le quiero yo.

En cuanto al gazmoño que nos viene con éstas, diré tan solo que habilidad y gracia ha menester para explayar su fervor religioso en materias tan poco teológicas como las que tenemos entre manos. Los santos inmortales, los entes imperecederos, la Divinidad misma son cooperadores de nuestras acciones, por reprobadas é ilícitas que parezcan. Los bandidos de Italia y España son á su vez devotísimos: á ninguno le falta su escapulario, su rosario, y los hay que cargan un crucifijo, para encomendarse á él, á la Vírgen y sus patronos en sus empresas más atrevidas y criminales. Pero á éstos á lo ménos les sirve de disculpa la ignorancia: los católicos *ilustrados* que se agavillan con Jesucristo para perder con la maldad á los hombres de bien, son reos de sacrilegio, y el dia de las cuentas estarán allí pálidos

y mudos. Quedan notificados los perversos cuya furia no se ha contenido ni en impulsar á sacerdotes sin don de acierto á que prediquen sermones irracionales. El espíritu de la filosofía cristiana simbolizado en la palabra *cosmopolita,* reina en « El Cosmopolita, » leo en un periódico extranjero; y aquí los buenos de los clérigos predica y más predica contra « El Cosmopolita. » Saben lo que hacen estos sabios sin sabiduría, ministros sin doctrina, cristianos sin religion? Dan triunfo y gloria á la envidia, la hipocresía, la iniquidad, esto es, al demonio que se está haciendo pedazos dentro del corazon de ciertos fariseos. Si nos persiguieran los devotos avergonzándonos con el buen ejemplo, aun no tan malo; pero si de la iglesia salen como á posta á infringir todos los mandamientos de la ley de Dios, ¿qué son sino réprobos en éste y el otro mundo? En la doctrina de Jesucristo nada hay falso: no es religioso quien pervierte la verdad y vive ocupado en la ruina de sus semejantes. Pues no hay duda en que no es falta de inteligencia sino sobra de malicia de los que necia y desvergonzadamente han dicho que mi fin es establecer no sé qué sistema « sobre las ruinas de la sociedad cristiana. » Lo que sí me propusiera con ardor seria establecer el cristianismo puro y limpio sobre las ruinas de la iniquidad, la hipocresía, el fanatismo; y ojalá Dios me diera licencia para este santo apostolado, aun cuando el martirio fuera mi única esperanza.

Doblemos esta hoja, y no le dejemos sentar el pié en el suelo al mal cristiano y peor escritor de la gran lengua de Castilla, ya que él ha nacido para dar de comer al

diablo. Venga usted acá, señor guapo, y vea cómo se pone en claro una maraña. Cuando el comparativo *mejor* está usado por *más bien,* hay galicismo : cuando significa más bueno, más conveniente, más útil, es castizo. « Al soldado *mejor* le está oler á pólvora que á algalia, » dice Cervantes. Y Tiberio, dirigiendo la palabra al Senado, les habla de este modo : « Ruegoos, padres conscriptos, considereis si os *está mejor* mudar de resolucion. » Los ruegos de Tiberio eran órdenes para los senadores ilustres, claros y expectables, y así *tuvieron por mejor* mudar de resolucion ; con lo cual el tirano quedó satisfecho, y mis críticos las orejas caídas, sin que á los jesuitas que los llevan por el bocado de la brida les sea dable sacarles la espina del dedo.

Suelen usar los autores del adverbio *ya* con significacion de *si es que, si acaso, por ventura :* no peca quien dice : « Podrian los pueblos perdonarle, si *ya* se arrepintiese, » como yo dije, autorizado por escritores de más de la marca. « Pero él se guardará bien, dijo don Quijote, si *ya* no quiere hacer el fin mas desastrado que padre hizo en el mundo. » Esto es, si acaso, si por ventura no quiere lo que dice el caballero.

« Sucedieron pocas cosas dignas de memoria, *si ya* no les ocurre á los autores henchir sus libros con alabar... » Tácito por boca de Coloma nos dice : Si es que, si por ventura no les ocurre á los autores henchir sus libros. A los autores les ocurren tántas necedades ! pero tachar de redundante ese ya, no le pudo ocurrir sino al trasgo que anda poniendo piés con cabeza las cosas.

Podríamos perdonarle todo sino fuese la traicion. « Este *sino* hace aquí oficio de capa rota : no sabemos á lo que ha venido, y por razon de Estado, le prendemos. »

Arremetióse Morilla, y comiéronle los lobos. Prender? cómo prender? El puto judío es el prendido, y no su reverenda fray Luis de Granada, quien sale de fiador por ese buen muchacho. « De todas las cosas habia el demonio despojado á nuestro santo Job, *sino* era de la vida. » Esto es, fuera de la vida, excepto la vida. Préndanlo.

Malas son las lecciones de lengua castellana sin consulta previa de los verdaderos maestros : así enseñamos errores, y no reglas que sufragan para su pulimento y hermosura. Ni ha existido, ni existirá jamas una lengua matemática : las más cultas se componen de irregularidades, las cuales, cogidas al vuelo por algunos pescadores de defectos, son joyas de los mejores quilates, que por falta de pericia en nosotros pierden á nuestros ojos su primor y estima. La discrepancia de ciertos tiempos de los verbos es aire del idioma en ocasiones, gracia que no hemos de sacrificar á la nimia exactitud, la cual vendria á ser muchas veces mezquindad y desconocimiento de la pompa que ha menester una reina. Cuando Granada dice : « Si quieres saber qué tantos *sean* los pecados que en los tiempos pasados tienes hechos, » ha faltado á la correlacion de los del verbo ; pues en rigor debió haber dicho : qué tantos *son* los pecados. Dijo *sean*, aplicando el futuro al pasado, no por equivocacion, sino por capricho y elegancia. No hay buen libro que yo abra, donde no halle lo propio.

« Porque no son de condicion que *se posean* exteriormente, dice Nieremberg, hablando de las virtudes, sino intrínsicamente. » No habla el buen padre de las que podemos poseer, sino de las que poseemos, y aun hemos poseido ántes. Y no se llamen á iglesia los críticos de hoy diciendo que fué acaso *quid pro quo* de Nieremberg ; oh, no ! es corte que usan á cada vuelta de hoja ; y aun por eso hallamos en las Meditaciones de Granada : « En este mismo cuidado y descuido podrás entender cuán de verdad *sea* este Señor nuestro padre, y cómo tiene para nosotros entrañas y corazon de tal. » Medrados estaríamos si él no fuese nuestro padre actualmente, y sólo nos endulzasen el alma los autores místicos con la esperanza de que lo será en algun tiempo. Mi padre es hoy, y lo fué de los mios : los malos reniegan de él con la mentira, las intenciones aviesas, la perversion de espíritu y las obras criminales.

Tal dia como hoy vencí á Cartago, exclama Escipion en presencia de los ingratos que van á someterle á juicio ; y será bien que en memoria de ello *vamos* luégo á dar gracias á los dioses. El pueblo le sigue al Capitolio, y los tribunos se quedan mirándole asombrados. Hé allí el presente por el futuro. Escipion, para hablar segun todo el rigor de la ley gramatical, debió haber dicho *vayamos,* ó *váyamos,* como dicen ciertos inimitables profesores de nuestra buena lengua americana.

Si á modernos va, Capmany me saca airoso. « El escritor elocuente, como *sea* su fin mover y persuadir... » Capmany quiere decir : Como el fin del escritor elocuente *es,* y dice *sea,* no por error, sino por modismo elegante.

Con esta leccion Fernan Caballero, otro maestro : « No digo que no *haya* malas lenguas, dijo la viuda ; ¡ Jesus si las hay ! » Nadie más que los deslenguados saben que esas víboras reinan hoy, como reinaran despues de otro diluvio, si diluvio. Pero el Señor nos prometió que no lo habrá, á pesar de nuestra maldad consumada, y podemos dormir tranquilos, sino son pestes, hambres y terremotos.

La Academia Española, en la última edicion de su Gramática, dice : « No son irregulares algunos verbos, aunque tal vez lo *parezcan.* » Esto es lo *parecen :* subjuntivo por indicativo. Si á autoridades va, el juez lo ha resuelto.

« Gran justador : pues verle armado, un san Jorge. »

Hay figura más graciosa, elípsis más rápida y expresiva ? Para éstas, á la Celestina. ¡ Y hay quien se ria de mí, porque digo : Gran hacendista : pues sus obras, las de un Colbert !

« Abrazarte quiero, amor ; que agora que te veo creo que hay más virtudes en ti que todos me decian. »

« Halló la empresa más fácil que todos habian pensado. » El que me condena esta frase, tiene que condenar la de Fernando Rojas ; y Clemencin advierte que la tragi-comedia de « Calixto y Melibea » es libro de *gran autoridad* para el lenguaje. Juan Valdes, el ya citado autor del Diálogo de la lengua, otro que tal, juzga á la « Celestina » por uno de los libros donde la lengua castellana « está más propia y castiza. » En esas oraciones

faltan, por la elípsis, una preposicion y un artículo : qué lengua más elástica y hermosa?

« Danles un ciento de azotes, y échanlas las haldas en la cabeza. » Esto hacian antiguamente con las corredoras de oreja, *y aun de todo el cuerpo,* cuando las tomaban con las manos en la masa. Allí falta el *con* ántes de *las haldas :* supresion graciosísima usada á cada paso por las autores clásicos. El que dice : « Otro dia, su mochila á cuestas, su rifle al hombro, tomó el camino y se fué, sin que persona se lo estorvase, » no ha menester *con* ántes de *su mochila,* ni can despues de sus talones.

Gracia es, y audacia de tomo, echar á los perros como alimento poco razonable para la lengua culta, cortes y decires que ya fueron preciosos. No se me ignora que don Rafael Maria Baralt, en su Diccionario de galicismos, hace un deslinde nuevo entre *gente* y *gentes,* afirmando que el primero es del lenguaje serio y remontado, y el segundo lo solemos usar, dice, cuando la idea que expresamos envuelve menosprecio. Que á él le parezca así, bien puede ser; mas que tal haya sido el uso en la gran época de nuestro idioma, no estoy en un tris de llevarle la contraria. « Una es la sutileza con que adelgazamos la verdad en la disputa, y otra cosa cuando se acomoda el modo de hablar á la opinion comun de *las gentes,* » dice Balbuena, traduciendo los Oficios de Ciceron. El escritor no muestra despreciar á *las gentes* que no adelgazan la verdad en la disputa; al contrario, los que la engordan con la buena fe son los dignos de estima y loa.

En el paralelo que Tácito hace de Alejandro y Germánico hallamos esta locucion : « Ambos muertos por asechanzas de los suyos entre *gentes* extranjeras. » El de la alta historia, esa historia que *anda á caballo,* en el estilo de Quintiliano, no es el vulgar, al cual don Rafael María quiere adscribir este noble plural con el cual tan grandes cosas han expresado los antiguos. En el mismo estilo de á caballo dice Coloma en los Anales : « Llegó despues Sináces con nuevas *gentes.* » Y en tiempo en que la espada era ley de pundonor, los soldados, ó el ejército, no eran, que digamos, la gente ménos preciada de la república. Qué menosprecio habia de envolver el *gentes,* cuando los personajes trágicos echaban mano de él en sus más lamentables conflictos? Y sino, ved allí sobre esa torre esa bella mujer que en ademan de despedirse del sol, el cielo, el mundo, desmelenada y como fuera de sí, exclama : « Oh *gentes* que venis á mi dolor, oh amigos y señores...! » Esa mujer que así está invocando la conmiseracion de sus semejantes, á la vuelta de un minuto es un monton de carne sin alma en el suelo salpicado con su sangre. La hermosa Melibea, quitándose la vida, no mostraba, sin duda, el más subido punto de desprecio por esos á quienes estaba llamando para que la viesen morir? Oh gentes que venis á mi dolor, oh amigos y señores... Pudieran imputarme de anticuario los románticos de nuestra lengua, si yo no reforzase la doctrina antigua con el testimonio de los escritores modernos más autorizados. Quintana, en sus vidas de los españoles ilustres, hablando del Quijote, dice así : « Puesto que *las gentes* se agradaban tánto de él que, si sus defectos

eran fáciles de ver, todavía eran más fáciles de corregir.»

Si esto no basta, subamos agua arriba, lleguemos á los manantiales de nuestro idioma, y descubramos allí si *gentes* es ó no galicismo : « Otrosí decimos que está muy notorio el daño que hace á hombres mozos é á doncellas, é á otros géneros de *gentes* leer libros de mentiras y vanidades... » Las Cortes de Valladolid en el siglo décimoquinto no fueron, yo presumo, á pedirle al frances ese *gentes* para hacer su peticion al rey? O hemos de suponer que la dicha corporacion miraba con desprecio á hombres mozos, é á doncellas, é á otros generos de *gentes?* Suele suceder, por la inversa, que el singular de este nombre trae consigo cierta idea de poca estima y consideracion ; verbigracia : gente de poco más ó ménos, pobre gente, buena gente ; cuando los franceses, para el mismo caso, se sirven del plural diciendo *bonnes gens.*

Ya os oigo que decis : Do no hay cabeza raída no hay cosa cumplida : la susodicha Melibea, las Cortes de Valladolid, y Sináces con sus *nuevas gentes,* son simples legos ; y así no son poderosos para persuadirnos á católicos-apostólicos-romanos como nosotros. Pues ved aquí cómo un sacerdote de saber y fama acude á la procesion con una curiosa insignia en las manos. « Añaden haber sido halladas *estas gentes* (los batuecos) por una señora de la casa de Alba, que rendida al amor de cierto caballero, dió tan mala cuenta de sí, que le fué necesario huir... » Yo, con no haber dado tan mala cuenta de mí, como esa noble dama dió de ella, estoy sacando á la luz del mundo estotros batuecos, que harto merecian quedar ocultos é ignorados hasta el dia del juicio. Lás-

tima que no haya otro Feijoo que dé cuenta de este nuevo descubrimiento.

El verbo *crecer*, en ocasiones, es transitivo, como en este pasaje del padre Roa : « Como si Dios que á nuestros mayores hizo grandes, no pudiese crecer nuestra pequeñez. » Dios puede volvernos gigantes de pigmeos, verídicos de mentirosos, caritativos de malsines, nobles de canallas, buenos de malos, y personas de virtud de viciosos y delincuentes ; pero los críticos sin entender ni saber no podrán nunca darles un tapaboca bien dado á esos parlanchines del diablo que siempre hallan resquicio por donde apellidar la tierra y hacer tumulto de grandes autores y bulla de autoridades. Quién es, por Dios, el poeta español que ha dicho :

Crece el caudal de este profundo rio
El llanto de mis ojos?

Si no es Quevedo, averígüelo Vargas ; que yo no estoy ahora para ir á revolver el Parnaso y calentarme la cabeza, por citar á punto fijo una cosa que no importa. No importa... cómo no importa un verbo tan elástico y acomodadizo? Mirad aquí otra significacion de las suyas en otro fraile de los de mejor raza. « No solamente procuremos conservar el don de la gracia, sino tambien adelantar y *crecer* en él. » Nieremberg es antiguo que mucho sabe de lengua castellana.

Ya sé, dice usted, buen hombre, que toda la culpa me echan á mí : sale un libelo : el hermano Modesto. Sale un pasquin : el hermano Modesto. Sale un ridículo

juicio crítico : el hermano Modesto ; y pan de perro.

El perro flaco todo es pulgas, amigo ; y puesto que suya es la ruin censura, tome para peras, y con su pan se lo coma.

Huir, dice usted, no puede usarse sin régimen ; y éste no puede ser sino el *de* : así el siervo de Dios huye *de* los pecadores, el cristiano *de* los herejes, el católico *de* los rojos.

Esto es perder con buenas cartas, digo yo, si ese siervo de Dios, ese cristiano y ese católico no juegan con cartas señaladas, para ganar á la mala á los rojos.

> Darte han dados plomados, perderás tus dineros :
> Al ganar vienen prestos, á la lid tardineros.

Los que juegan limpio, dicen como santa Teresa de Jesus : « Huid, hermanos, las ocasiones del pecado ; » y como fray Luis de Granada : « El cocodrilo es animal fiero que huye si le acometis, y os acomete si le huis. » Asimismo son los fieros seudo-católicos, los apologistas del patíbulo, huyen si los acometemos, nos acometen si *les huimos.* Cocodrilos de tierra seca, ay de los que den señales de tenerles miedo ! Si á los que no *les huimos* nos están mandando de dia y de noche á los infiernos ; á los que se dejan amilanar por sus colmillos, los hacen pedazos y los mandan positivamente á la sepultura, y aun más adentro. Galileo, pobre anciano, sin fuerza para resistir los rayos del Júpiter moderno, *les huyó ;* pero le cogieron, le mordieron y le arrancaron la retractacion que es el documento más glorioso de la sabiduría de la Iglesia.

Toma ejemplo del tiempo que *nos huye*,
Y en sus flores de tardos nos arguye.

Por ahora, no hay miedo de que la memoria me falte en poesía; y aun los he de distinguir entre los dos hermanos, por parecidos que sean; pues si no fué Bartolomé, fué Leonardo el que nos puso el lindo ejemplar del tiempo que *nos huye*. Si los Argensolas están en un corazon con santa Teresa y fray Luis de Granada, ya podremos sin cuidado no *huirle* al cocodrilo, porque si *le* huimos, nos acometerá y nos obligará á retractarnos de nuestras verdades más palmarias y nuestros convencimientos más profundos. Don Antonio Capmany, portaestandarte del purismo riguroso, corrobora la legitimidad de esas locuciones cuando afirma que « da lástima ver al orador buscar en la bóveda las palabras que *le huyen* *. Conque si estampé un gazafaton cuando dije que el diablo mismo *le huia* al consabido pícaro, porque éste era peor, santa Teresa, fray Luis y don Antonio tuvieron la culpa.

Yo pienso, dice por ahí el enemigo del pensamiento, que nunca el singular puede entrar por el plural. Es, pues, disparate decir *tánto hombre ilustre*.

Uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla. Usted piensa uno, amigo Zoilo; Fernan Caballero piensa otro: véalo usted en « La Gaviota, » linda novela de costumbres españolas. « Cristianos! yo no sé de dónde salió *tánta criatura*. » « De dónde salió *tánto músico?* » Y

* Filosofia de la elocuencia.

si Momo, el cara y media, no fuere autoridad en materia de lenguaje, lo será de fijo el autor del poema del conde Fernan González, uno de los monumentos primitivos de nuestra lengua, donde está dicho :

Salia muy mucho caballo vacío con mucha silla.

Este *muy mucho caballo* piensa usted que era un solo caballo ? Pues uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla.

Si el cántaro da en la piedra, mal para el cántaro ; si la piedra da en el cántaro, mal para el cántaro. Bonito soy yo para dejarme poner la mano en la horcajadura por semejante matracalada de cabezas torcidas, que vienen á rezarme las estaciones en medio de la controversia literaria.

« Hablar *en* nunca se ha dicho, sino *de* ó *acerca* de un asunto. Si el autor habla *en* materias filosóficas, ya puede hablar *en macarrones.* De estas gangas se me ofrecen á cada paso. »

Al bobo se le aparece la madre de Dios ; y al crítico tabernario, apologista de Avellaneda, se le aparece el látigo con que don Diego Clemencin, don Antonio Capmany, don Vicente de los Rios y más analizadores cultos le abren las carnes al fraile ó *el clérigo* infame que osó presentar al noble don Quijote en postura indecorosa, acortándole á posta la camisa con que Cervantes habia honestamente escondido las reservas del pudor. Los *macarrones* de mi censor y la torpe figura de Avellaneda, todo es uno.

« El buen filósofo Diógenes vió hablar á un discípulo

suyo con un mancebo... al cual como le preguntase *en qué* hablaba... » Es lástima, dice Clemencin, que esta expresion vaya anticuándose, porque es más elegante y ménos familiar que *hablar de* ó *acerca de* un negocio. El padre Feijoo, hombre tan uno con las buenas letras como con la templanza, hablaria tambien *en macarrones?* Y Hurtado de Mendoza no fué sin duda un porro cuando escribió en « Lazarillo : » « Así estuvimos hasta la noche hablando *en* cosas que me preguntaba, á las cuales yo respondí lo mejor que supe. » Así como las obras maestras, segun lo sienta Sócrates, son obra de las virtudes, asimismo sin delicadeza no puede haber acierto. *A un home letrado é de vuesa compostura era mal contado el facer de acucioso* reidor. El Bachiller Fernan Gómez de Cibdad Real pudo haber recabado de Juan de Mena lo que á ninguna costa alcanzaria de estos Juan Ranas que pasan á mayores sin advertencia ninguna á política ni decoro.

« Este inventor arbitrario de palabras convertiria dentro de poco nuestra lengua en cosa nueva, que no entenderia el demonio, si le dejásemos libre en su facienda. Pero no haya miedo, pues aun nos queda el brazo sano. »

Halladooslo habeis el neologista presuntuoso. Don Pedro Felipe Monlau, en su Diccionario etimológico, exige derivacion recta, necesidad y oportunidad para la creacion de vocablos nuevos. El que tuviere buena raíz, nunca será barbarismo ; y el que fuere oportuno, será término gracioso y digno del caudal de una lengua sábia. *Izquierdar* tiene buen orígen y es oportuno :

de ésta manera haria yo mi defensa, si yo lo hubiese inventado; pero no soy yo, sino Cervantes quien ha dicho : « El canónigo, como vió que don Quijote *izquierdaba...* » Y ni aun él es el inventor de la hermosa palabra, sino fray Luis de Granada, segun lo insinúa el más prolijo y atinado de los comentadores del Quijote. « Izquierdar, apartarse del camino recto de la razon : palabra metafórica felicísimamente inventada, tal vez por fray Luis de Granada en el Símbolo de la fe. »

« El caminante, que vió *de la* manera que venian esos hombres... » « Nuestro gran escritor debió decir : que vió la manera *de* que venian. Pero *este genio* no acertará ni de chiripa. » Tal dice Avellaneda; ahora oigamos á Cervantes : « El hombre que vió *del modo* que trataban á su compañero... » Y don Diego Clemencin, comentando este pasaje : Manera elegante de decir, en lugar de : Qué vió *el modo de* que trataban á su compañero *.

Si las maneras elegantes de decir son barbarismos, disparates y futilezas, porque las usan legos, dejemos pues que la sala del Behema, ó el cabildo eclesiástico den nuevas leyes de lengua castellana; aunque, segun el caudal de sus noticias en el arte de escribir, darán ciento en la herradura y una en el clavo. Si no erraren de ignorancia, errarán de propósito : se tienen echada el alma á la espalda, y todo lo que no sea sufragar por su ambicion, su presuncion y su codicia, será mala gramática, creencia falsa y necedad. Mucho dicen, y

* *Comentario al Ingenioso hidalgo.*

mucho hablan de sí propios, y mucha bulla meten de Iglesia, infierno y salvacion; pero herradura que chacolotea, clavo le falta. Sólo Dios es bueno, hermanos; él sólo es grande y sabio. Nuestro silencio depusiera más en favor de nosotros que estas verbosidades maliciosas, las cuales no son por ventura sino vanidad y soberbia en cuyas entrañas se está desenvolviendo la desgracia de la vida.

« Ya usó del singular por el plural en nombres sustantivos nuestro clásico autor; ahora lo usa en verbos, echando albarda sobre albarda, como si alguna vez se encontrara este uso en los buenos escritores, ni en poesía. Mas démosle pasaporte á este disparatillo en gracia del talento que ha echado en él nuestro curioso don Juan. »

Miedo ha payo que reza: está, sin duda, viéndole las orejas al moro difunto que va á llamar furiosamente á sus puertas.

Azarque dió una gran voz,
Diciendo: *Abrí* esas ventanas:
Los que me llorais, oidme.
Abrieron, y así les habla.

Era uso comun antiguamente suprimir la *d* que forma el plural de la segunda persona de los verbos activos; y si hoy corre ménos tal costumbre, nadie que tenga noticia de la poesía castellana podrá decir, sin ocultar la verdad, que tal uso no ha reinado en Castilla.

Rui Diaz de Vivar, apellidado el Cid, tenia dos hijas á cual más bella y querida por su gran padre. Doña Sol era muchacha resplandeciente con la luz propia que la

animaba, circundándola en suaves ondas que la volvian ángel de ojos negros, medio caído al embate del amor mundano. Doña Elvira, la menor, pudiera haber causado la ruina de España, si ya la Cava no hubiera dado buena cuenta del reino del *injusto forzador.* La madre de las dos palomas era una tal doña Jimena á quien, por más señas, el Cid su marido quiso cortar las faldas por vergonzoso lugar. A pesar de tamaña osadía, la doña Jimena daba sus pedazos por su señor, y al real de los moros se hubiera metido por salvarle. Un dia el mio Cid Campeador, herido el punto de honra, entra á su casa revuelto y alborotado, echa mano por la primer arma que encuentra, y va á salir amenazando al cielo y á la tierra. Su mujer y sus hijas se abalanzan sobre él, y aherrojándole con amoroso atrevimiento, le contienen é imposibilitan. El guerrero ofendido lucha, y está gritando de este modo :

> Elvira, *soltá* el puñal !
> Doña Sol, tiradvos fuera !
> Non me tengades el brazo,
> Dejadme, doña Jimena !

El Romancero del Cid cometió *un disparatillo,* como yo, cuando dijo *soltá* el puñal, en vez de *soltad* el puñal. Con ser indígena de América el cholo Avellaneda, no tiene conocimiento del uso familiar nuestro de decir á hijos y criados : Vení, tomá, callá?

« Quien alcanzare á penetrar esta maraña, le tengo por hombre de mucho entendimiento, » dije por ahí. Esto es carecer hasta de las primeras nociones del arte

de bien hablar, afirma el analizador : el dativo no puede ir sin su preposicion correspondiente : debió el bueno de don Juan haber escrito : *A quien alcanzare,* etc.

A santa Teresa no se le alcanzó tampoco esta regla cuando dijo : « Quien trabajare á traer consigo esta preciosa compañía, yo le doy por aprovechado. » Y Juan Valdes, autor celebérrimo del Diálogo de la lengua, fué un porro cuando escribió : « Lo más puro castellano que tenemos son los refranes. » Refranes con el vicio en que cayó la susodicha doctora, y en que he caído yo, ocurren á cada paso.

Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

Quien anda entre la miel, algo se le pega.

Quien de lo ajeno se viste, en la calle le desnudan.

Este régimen oblicuo, digamos así, es una como elípsis en la cual el pronombre trae embebida la preposicion. Santa Teresa y Juan Valdes sabian donde les apretaba el zapato.

« En haciéndola el hipócrita, la ha de pagar : infierno, ¿ para quién ? »

« Don Juan lo escribe, pero lo entiende Júdas. Qué es *haciéndola?* qué hace el pobre hipócrita, que no lo será tanto, ya que ha merecido el anatema de un rojo ? Veamos cómo sale de esta angostura el amigo que todo se lo sabe. »

Agora lo veredes, don traidor y palabrero. *En haciéndola,* esto es en haciendo de las suyas : y las del hipócrita son decir uno por ál, mentir ; devorar á Cristo con dientes aguzados por el diablo atras del altar

mayor; cargar cilicios de cera, y procurar se los vean todos; ayunar en público, y comer carne de puerco á solas; ser caritativo de palabra, y cutre en las obras; darse golpes en el pecho, á los cuales tiemblan de susto la verdad y de ira el cielo, y pasarle la mano por el cerro á la lujuria; volver á Dios los ojos del cuerpo, y al demonio los del alma; encubrir hábilmente las pasiones, suplantar los afectos, falsificar las esperanzas: ser, en una palabra, monedero falso de religion, costumbres y virtudes: tenerse en casa el cuño de la vida, y sacar piezas sin ley ni valor intrínseco. Esto es ser hipócrita, y éstas son *las del hipócrita.*

En haciéndola es locucion elíptica bellamente usada por los más remirados y elegantes escritores, como Alonso del Castillo, quien ha dicho: « Si fueses, oh mi Dios, tan puntual y ejecutivo, que *en haciéndola* el pecador, luégo la pagara, ¿ qué fuera hoy de tus mayores amigos? »

No pienso yo que unos como ellos fueran para tan grandes cosas. « Nuestro autor no habla sino la mitad; la mitad queda para que lo supla y lo agregue Pateta. Y esto más, que él se discurre estos que él llama *cortes y torneos,* reñido como anda con el *giro* de la lengua francesa. »

¡ Tánto como esto puede decir un crítico á quien ni ayuda la sabiduría ni abona la conciencia! Los más graciosos laconismos de los escritores modelos son tachados de *mitades defectuosas,* cuando los maestros de la lengua los presentan como ejemplares dignos de imitacion. Santa Teresa tiene miles de estos compendios de pala-

bras, digamos así, donde el pensamiento, como puro diamante, está brillando perfectamente montado. « A ser yo para saberlo decir, se podria hacer un gran libro de oracion. » « Ansí que, hermanas, no creais fuérades para tantos trabajos. »

En Mariana leemos esta rápida locucion : « Para éstas, dijo el Condestable cogiéndose las barbas, que el cleriguillo me la ha de pagar. » El cleriguillo era el obispo de Avila que le estaba haciendo mala obra en el ánimo de don Juan II; y tánta le hizo su reverenda, que el pobre don Alvaro de Luna descontó en el patíbulo los triunfos y las glorias de su vida, sin que hubiera llegado el dia de *cobrársela* á su ilustrísimo enemigo.

« Esto en órden á puntos gramaticales, y por lo que mira á la retórica, dicen al fin cualesquiera de los zoilitos ridículos de la línea ecuatorial; ahora en hecho de religion seremos, no solamente firmes, sino tambien atrevidos, impetuosos, tenaces, acometedores é invencibles, porque tenemos ofrecida nuestra alma á Dios, y nuestras facultades á la defensa de su santa doctrina enseñada por Jesucristo y sus apóstoles. »

Embrazan los escudos delant los corazones ;
Abajan las lanzas apuestas de los pendones;
Enclinaron las caras desuso de los arzones,
E vanlos á ferir de fuertes corazones.

A estos caballeros andantes de retablo ya don Quijote los descabezó á todos; é ansí non me da afincamiento de las sus coitosas bravezas; ca si la verdad es escudo de la conciencia, á ningun bellaco desalmado le es con-

cedido ferir en ella ; é cuando el ímpetu inmóvil de la conviccion está operando en el ánima nuesa, nos da fuertes corazones, é todo es poder é vencimiento sobre la clerigalla que, ahorrada de faldas, face jura de venírsenos encima, é bebernos la sangre de las venas, é comernos el tuétano de los huesos. Yo me soy tan queredor de ese á quien me tratan mostrar enemigo contra todo mi taliento, que non fago cosa, nin acometo empresa sin que dé abertura á ello con esta sancta encomendacion de aguisadas palabras :

En el nombre del Padre que fizo toda cosa,
E de don Jesucristo fijo de la Gloriosa.

COMENTARIOS

La materia de la « Réplica á un sofista » se halla en « El Cosmopolita ; » pero lo que allí está en cuatro ó cinco páginas, ha venido á ser en este libro un tratado de ciento cuarenta ó ciento cincuenta : es original en su mayor parte, y en él se encuentran puntos nuevos bien así de historia como de humanidades y filología. El lugar de Ciceron, verbigracia, no consta en mi primer escrito : con más lectura, he podido ahora ampliar ese estudio y darle la forma que lleva. Lord Byron mostraba arrepentirse de haber publicado su terrible contestacion á los críticos escoseses : de los puros agravios, las iras, las soberbias, yo tambien me hubiera arrepentido. Suprimidas la sátira personal, las alusiones sangrientas, queda la doctrina, y esto á manera de discusion útil para los jóvenes de América, de la cual podrán sacar algunas verdades provechosas. Acometido de repente por una muchedumbre insana de amigos y enemigos, tuve cólera, lo confieso, é hice andar el palo de manera que no me que ló títere con cabeza. No fué caso de inquisicion el haber salido yo, muchacho aún, con una pluma en la mano que heria como lanza en los malvados opresores y en los serviles oprimidos? El tiranuelo cayó patas arriba ; con el revólver y la pluma he puesto en calzas prietas á los que me han embestido de diferentes modos. Por fin estoy en calma : ahora no quiero sino

ser útil, salvo que seré pernicioso para los que juzgan funestas la propagacion de la verdad y la difusion de las luces. He acumulado sobre uno solo la crítica de muchos hombres de mala conciencia, porque al fin preciso es que haya un chibo emisario, ó uno que cargue con los pecados de todos. Sin la resistencia que solemos oponer algunos *herejes*, como nos llaman en América los clérigos á los que algo estudiamos y nada robamos, religion, moral, política, literatura, perdidas fueran. Todos esos á quienes se dirige la Réplica á un sofista son miembros correspondientes de la Academia Española, mentira parece. Un pobre hombre de cuyas virtudes literarias yo no hacia caudal, vino un dia á mi casa y me dijo : « El Cosmopolita » está bueno ; pero en adelante yo he de poner la puntuacion. » No me he consolado de esta desgracia sino cuando he sabido que á escritores de más fuste que yo les ha ofrecido tambien su puntuacion, como hizo con don Tomas Cipriano de Mosquera en Lima. No sea usted tonto, don Juan, me dijo otra vez el mismo académico de la Argamacilla ; no se puede decir que *le* huimos al diablo, ni que el diablo *nos* huye. Está bien : no *le* huimos al diablo ; pero al cocodrilo sí ; y al orador de Capmany podrán muy bien huirle las palabras, lo mismo que á los Argensolas el tiempo. Cuando ignorantones como ése son miembros correspondientes de la Academia, y se conceptúan abonados para vender sus conocimientos y regalar su puntuacion, ¿qué esperanza le queda á un pueblo de llegar á ser sabio ni culto ? Pobre historia en manos de un embustero, pobres humanidades en poder de un menguado presuntuoso !

La puntuacion de ese buen señor, yo no la habia menester; lo que sí le hubiera agradecido hubiera sido la acentuacion, que está corriendo la suerte de los judíos: instable, pasajera, no tiene patria ni reconoce hogar. En dónde pintaré el acento, Señor Dios? en corazón? en pasión? La Academia Española, en su última gramática, lo pinta en los acabados en on, cosa que nunca habíamos hecho; y al fin ella debe de estar en lo justo. Cuándo acabarán los españoles de fijar la ortografía de su lengua? Los franceses nada tienen ya que hacer en la suya, teniendo como tienen regla y norma conocida. La Academia, Salvá, Bello, raras veces están acordes; y así vemos fluctuar la ortagrafía castellana en términos que realmente afligen. Mucho debemos de haber adelantado de Cervantes acá; mas era ya tiempo de tener leyes gramaticales tan buenas, que no sea preciso derogar mañana lo que hemos establecido ayer. Queriendo ceñirme á los últimos preceptos de la Real Academia Española, fué el manuscrito de los « Siete Tratados » con los nuevos acentos á la imprenta: don Juan Bautista Guim, viejo español de los chapados á la antigua, no los quiso ni oir, sino los en que yo insistí con fuerza, como los de *éste, ése*, cuando se les usa con énfasis, ó están en lugar de nombres que quedan atras. Pero en corazon, verbigracia, dijo que primero echaria al fuego su pluma de corrector. Corrector que ha sido catedrático en universidades de España, y hombre de consulta en Francia, respeto merecia. Cedí en la mayor parte, y muy descansado y contento que estaba con mi Monsieur Jacquin por impresor, y mi don Juan por corrector, ancianos á cual más hombre de bien, experi-

mentado é inteligente, que me hacian útiles indicaciones. Con dos cooperadores tales, no habia duda sino que mi libro iba á salir, sino bueno, por lo ménos correcto. Faltáronme las pruebas una semana entera : nada venia de Besanzon. Escribo á mi impresor, y la contestacion es el parte del fallecimiento de su esposa, compañera de toda su vida. A la cama se fué el anciano. Volvemos al trabajo con la convalecencia : hé ahí que me vuelven á faltar las pruebas : Qué ha sucedido, mi buen Monsieur Jacquin? La contestacion es el parte del fallecimiento del señor Guim. ¡ Y digo si me causó pesadumbre la noticia! Hombre que al primero de los Siete Tratados me habia escrito : « Su modo de escribir me pasma, » y otras cosas que me hacian agradable escozor allá adentro en las regiones de la vanidad y la esperanza, bien merecia mi cariño. Despues de enterrar al español, su antiguo camarada, Monsieur Jacquin se puso otra vez á la obra. Esto no duró ni quince dias : entrando una noche á mi cuarto, hallé un gran pliego de luto : mi impresor habia muerto, estaba ya en sus siete piés de tierra. Este libro sale de un cementerio : será bueno, será mal agüero? Por lo ménos es evidente que muchos han de caer desmayados al verle; aunque los aparecidos no siempre vienen á revelar secretos de crímenes ocultos, sino tambien á descubrir tesoros. Un jóven frances lo está imprimiendo en Besanzon ; yo lo corrijo en Paris, sin tener á quien volver los ojos en las dificultades y las dudas. Errores de ignorancia, ha de haber muchos ; de malicia, ni uno solo. Lector, mira cómo te acomodas á disimular y perdonar, en gracia de lo que ha hecho un semibárbaro á efecto de darle un mentís

al grosero teuton que ha escrito de nosotros : « La raza hispano-americana es tan menguada, que jamas dará un hombre capaz de componer un libro. » El prusiano Paw hubiera dicho mucho más, si no le hubiera faltado el vino ; pero ya habia dicho tambien que en América la lactacion duraba diez años. ¡ Cuán tetones fuéramos si mamáramos así, eh, amigos de Colombia, Venezuela, Perú, Chile y más hermanos ? Bien se ve que Paw fué el que mamó diez años ; que si mamara cinco solamente, no hubiera publicado ni la mitad de esas torpezas. Por dicha el viajero aleman no debe de saber castellano ; que si lo supiese, ya diria que el autor de los « Siete Tratados » es incapaz de componer un libro, cuando ha promiscuado en más de un lugar el dativo con el acusativo, poniendo acaso *les* por *los* y *los* por *les*. Si esto hay, vaya por cuenta de los impresores, y sírvame de excusa la distancia : mucho me temo que ocurran por allá en las fojas pasadas uno ó dos casos de esa fea trocatinta : imposible me ha sido conseguir la tercera prueba de Besanzon á Paris. Lo que el señor Guim contestó á uno de mis reclamos fué : « Cíteme usted la obra más remirada, y si en el primer capítulo no le tomo dos ó tres faltas, proteste usted contra las que se puedan hallar en su libro. » Dios misericordioso ! cuando Erasmo le tomó unos cuantos gazapatones á Ciceron, segun que lo hemos dicho, quién seria tan vano y amigo de lo imposible que quisiese publicar obra sin defectos ? Así por ejemplo en este punto se me acuerda haber dicho : « *instituciones* de los jesuitas ; » cuando ellos no tienen sino *constituciones*, y famosas !

Un hombre de Estado mandó una vez un expreso á rompe cinchas tras el correo, porque entró en duda si habia ó no puesto el acento ortográfico en el « Excelentísimo señor » con que se dirigia al contraalmirante de la flota francesa del Pacífico, respecto de cierto bombardeo que estaba á las puertas. El primer cañonazo podia dispararse ; y el señor ministro de Relaciones Exteriores recaudaba á todo trance su buen pliego, para pintar el acento de vida ó muerte. En poco está que yo no dé órden á mi impresor de echar al fuego este primer tomo, cuando veo en él *Aspacia* con c, siendo así que este nombre célebre se ha escrito con s desde que la bella hija de Mileto compareció en Aténas perturbando el ánimo de Sócrates y unciendo á su carro al gran Pericles. Así como *Germánico* no será *Jermánico* ni el dia del juicio; por cuanto si no hubiera sido *Germanicus* por hijo de Druso Nero Germánicus, lo hubiera sido por vencedor de los Germanos y conquistador de la Germania. *Germánico* se halla en diez lugares de este libro, pero eso les da á los críticos de allende el mar; lo que hace á su propósito es hallarle una vez con J por yerro notorio : seré ignorante, pícaro y hereje, como lo he sido mil veces por idénticas razones. Un notable escritor de Colombia, don Arcesio Escobar, publicó un artículo foribundo contra mí, porque en uno de mis escritos habia hallado un *pricioneros* con c. Pero, buen amigo, le decia yo, ¿no ve usted la misma palabra cien veces en mi opúsculo? Porqué se agarra usted de la única que está mal puesta ? Nada : de un liberal no se podia esperar otra cosa ; y ése es un tal y un cual. Era el caso que un católico puro habia

cogido por sorpresa 37 hombres en un buquecito : matólos hasta el último, dos por dia, regodeándose en la defensa de la Iglesia. Yo los llamaba prisioneros á esos hombres; y lo eran, como revolucionarios con derecho y programa. El de gentes, herido en el corazon, estaba dando altas voces por mis labios : don Arcesio ni palabra en órden al punto legal; pero halló por ahí un *pricioneros* con que se coronó. Ay de mí, si no hiciera yo esta como fe de erratas en libro escrito para la América Española, donde no hay quien no se levante contra el bribon que está amenazando con hacer algo de provecho. La fe de erratas ha caído en desuso : ¿ cómo haré para que mi libro no vaya con ese rabo? La introduzco y hago pasar con nombre de comentario, y allá me den látigo en mi ausencia los que no tienen por bueno el expediente. Si halláramos por ahí un *sismático*, castigáramos al autor ó al impresor? Señor maestro, yo digo *cisma* cuatro líneas despues; no he podido decir *sismático* cuatro líneas ántes. Y ese *conseciones*, qué significa, don sutil palabrero? No sabe usted que la primera es c y la segunda s? Como siempre he dicho *conceder*, no concedo que *conseciones* sea falta mia. Y restableciendo la ortografía de un feo *socabar* que se halla por la página 150, y poniéndolo *socavar*, por ser compuesto de so y de cavar, pasemos á otra cosa.

La uniformidad es requisito de toda obra bien impresa : palabras que unas veces llevan acento y otras no, dan á entender, ó que el autor ha estado fluctuando, ó que no ha habido acuerdo entre éste y el impresor. *Fe* se encuentra con acento en gran parte de este volú-

men; y no han empezado á hacer caso de mi correccion sino al fin. Monosílabo que no ofrece peligro de anfibología, *fe* no requiere acento. Del mismo modo he barreado en las pruebas el de *estátua, perpétuo* y otras que, como palabras llanas ó graves, no lo llevan. Pero el diablo ha sido que estátua y perpétuo se han quedado con él en más de un pasaje, aunque despues se ha hecho ya caudal de mi correccion. Otro tanto digo de *atras* y algunos vocablos más que no requieren acento ortográfico. Esto de los acentos nos ha de afligir poco á los autores que no tenemos en Paris un don Vicente Salvá por editor, fortuna que les corria á los españoles é hispano-americanos de ahora medio siglo. Don Angel Saavedra pudo dar á la imprenta en Francia su « Moro Expósito, » y echarse á dormir : no así el que tiene que haberlas con franceses, cuyo esmero no bastará jamas, en yendo de libros castellanos. Digo que lo de los acentos no debe afligirnos; ¿ cómo afligirnos? Abra usted la Gramática de Bello, y lea : « Poco mas ó ménos. » Abra la de la Academia Española, y vea : « Poco más ó menos. » Las *Apuntaciones críticas* de Cuervo : « Poco mas ó ménos. » Otra vez la de la Academia : « Poco más ó menos. »

Dale Dios al hombre
Bienes infinitos :
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.

La Academia ha pasado al *más* el acento que le ha quitado al *menos*.

El flujo por hablar á la francesa no tiene límite en

América, lo mismo que en España. Por ver si seria posible acostumbrar á los lectores á la verdadera pronunciacion de los nombres ordinales, he escrito « Luis décimocuarto, » no sin algun ejemplo de los clásicos. Pero no : el punto será decir *Luis catorce.* Habiendo oido á un hombre de talento : « Felipe dos, » fuí y puse en mi manuscrito : « Felipe segundo. » El monstruo habia tambien dicho : « Napoleon uno. » Qué arbitrio nos queda á los que amamos á nuestra lengua y la cultivamos sino dejarnos morir de pesadumbre, ó caer á palos sobre los malhechores como ése y molerlos? Napoleon uno, Felipe dos, Cárlos cinco, Fernando siete... Señor, dónde están tus iras? duermen para despertarse más terribles el dia de tus juicios? Un escritor de política ha dado en escribir adrede « Luis 14, » para matarnos de cólera á los que escribimos « Luis XIV. » Por esta regla ha de escribir tambien : Felipe 2 y Carlos 5; y eso es que no es nada.

Ivon (*pág.* 71) no es el Iban derivado del hebreo Jehohhanan, gracia de Dios, don de Dios; orígen de Juan, Joan, Joannes, segun la etimología traida por Monlau. Ivon nada tiene que ver con Juan, aun cuando San Ivon sea tan santo como San Juan. Pero ése no se deriva de Jehová, nombre inefable que indica la eternidad de Dios.

Conque significando *así pues,* es una sola palabra; y aunque en todo el libro se halla bien escrita, he de corregir el único pasaje donde se ha puesto *con que* en esa significacion. Don Arcesio Escovar ha dejado bue-

nos testamentarios. Lo que sí me hubiera dado vergüenza siendo cosa mia, hubieran sido esos dos ó tres lugares donde se ha puesto régimen de acusativo á verdaderos dativos. Un sombrío moralista les está apostrofando á las locas que se afeitan más de lo justo; y para darles en los ojos con su sandez, les dice que *la* comuniquen (á la rosa) hermosura y esplendor con sus artificios. Lo mejor será que *le* comuniquen, aun cuando sea del género femenino la gentil pieza. Si se tratara de abrumar con el desden á una presumida, *la* abrumaríamos; así como le abrumaríamos con nuestra risa al menguado que se diese una mano de vermellon, cual otro duque de Brunswik.

En la página 88 hay un solecismo : hablando de árboles y fruto, se dice que *le* obligan á producir, como si el fruto fuera el que produjese. De Besanzon á Paris muchos errores más debe de haber; y para no incurrir en otros quizá de peor naturaleza al corregirlos, pongo punto final, y paso á averiguarme con el segundo tomo, el cual saben los cielos si saldrá más flojillo que el primero. Libros franceses impresos por españoles, no serian para un Sainte-Beuve : gracia es que franceses impriman así como así libros españoles. Libros españoles, en España. Si Dios permite que yo dé á luz en Europa otra de mis obras, será en la patria de Cervantes.

BESANZON, IMPR. DE P. JACQUIN.

